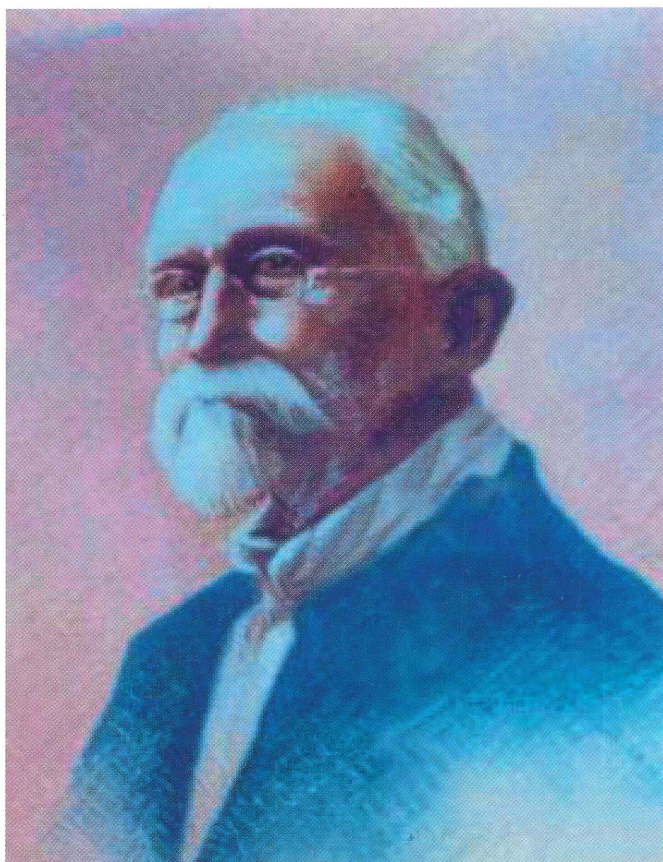


MÁXIMO GÓMEZ

VIDA Y ESCRITOS



BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

XL

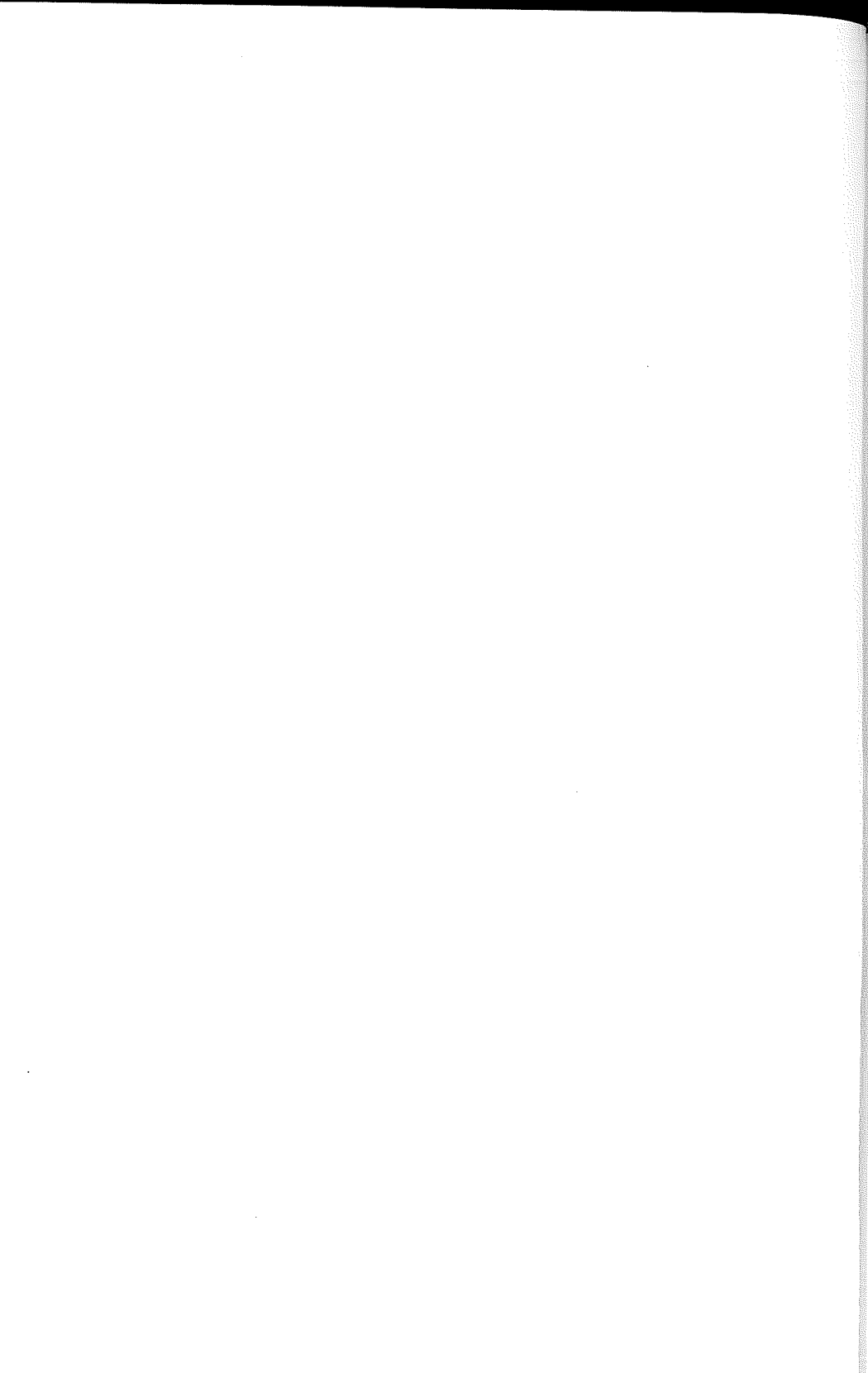
La Colección de Clásicos Dominicanos alcanza, con esta obra, su volúmen cuadragésimo, dedicándolo a un dominicano excepcional en quien la luminosidad genial del estratega militar y el valiente enfrentador de circunstancias, brillan también en la claridad de su expresión literaria ponderada, coherente y libre de efectos retóricos: el Generalísimo Máximo Gómez, Libertador de Cuba.

¿Por qué de Cuba?

Por el encuentro con situaciones que eran muy diferentes en Santo Domingo, donde la pobreza compartida entre los colonos españoles y los trabajadores nativos creó un acercamiento de razas insoñable dentro de la mayor de las Antillas, Cuba, la última de las colonias españolas en estas islas picantes.

Así Gómez confiesa en sus Notas Autobiográficas, publicadas en *Revoluciones... Cuba y Hogar*: “Cuba, país de esclavos: no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso; tan fue así que quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal. Me encontraba en una situación del espíritu: pobre, sin dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y la pena para asociarse; los que sufren, pronto se hermanan...”

Luego, en declaraciones al *Listín Diario*, 31 de agosto de 1899, explica: “...he ayudado a conquistar libertades, habiendo nacido



MÁXIMO GÓMEZ

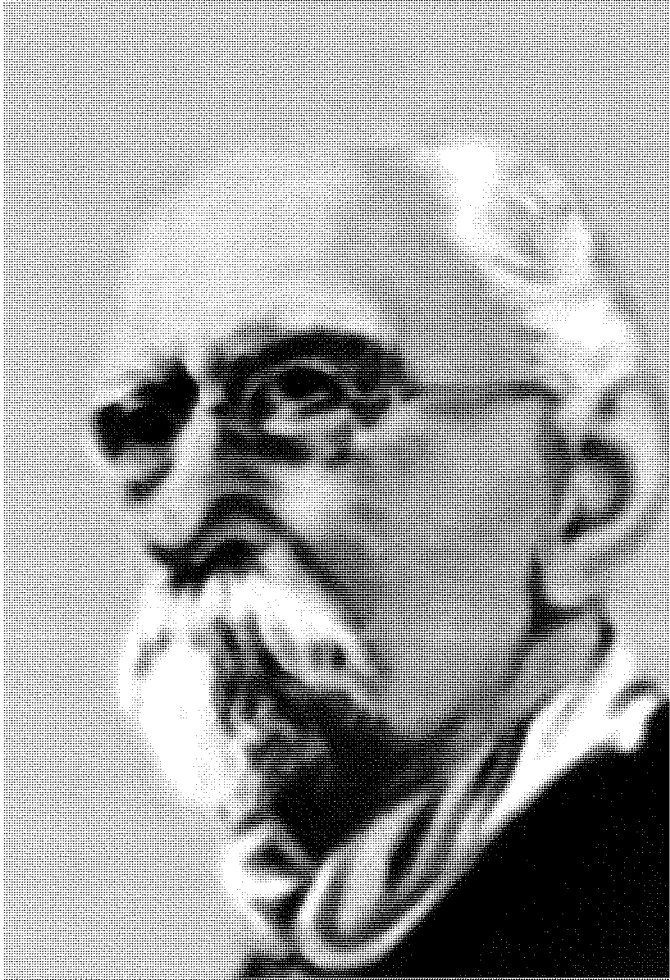
VIDA Y ESCRITOS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

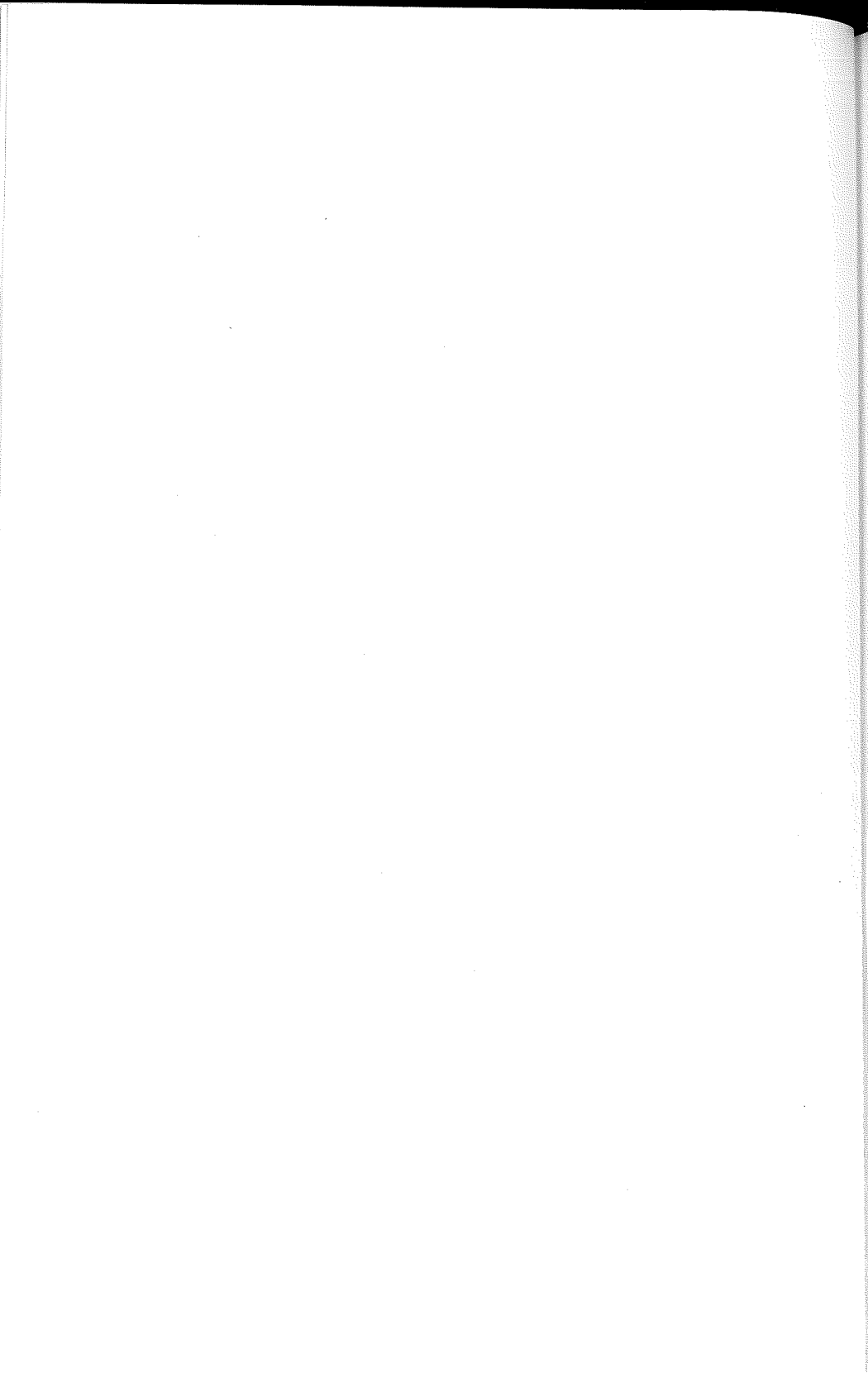
Director-fundador:
Manuel Rueda (1921-1999)

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard Pellerano

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar



Máximo Gómez



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XL

MÁXIMO GÓMEZ

VIDA Y ESCRITOS

*Estudio introductorio, selección y notas de
Francisco Pérez Guzmán*

*Coordinación general:
Jorge Tena Reyes*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2005

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Diagramación
Cuesta-Veliz Ediciones

Foto de Máximo Gómez en página 5:
www.cubagob.cu

ISBN 99934-54-18-4

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

El general Gómez

A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado un par de espuelas, como quien no ve en el mundo más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina y de sombra del rostro trigüeño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen a recibirlo, a tomarle la carga del arzón, a abrazársele enamorados al estribo, a empinarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer a un pueblo libre; la mujer que se los dio, y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás,

en un silencio que es una delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da a las almas la grandeza verdadera: la hija en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre lo mira como a novio: ése es Máximo Gómez.¹

Si Máximo Gómez merece bien de la Patria por su sobrehumano esfuerzo en la guerra, aún más merece la gratitud de las generaciones posteriores, por su prudencia en la paz. Prudencia en las relaciones con el interventor norteamericano; prudencia hacia los partidos cubanos que se iban formando; prudencia, aún mayor, al ahogar en su pecho, en homenaje al bien público, toda legítima aspiración; prudencia para con el pueblo no dejándose arrastrar, por el aplauso unánime, a motivos demagógicos tan comunes en períodos post revolucionarios. Sus violencias de la guerra se cambiaron en maduras reflexiones y magnífica moderación.²

¹ José Martí: *Patria*, 26 de agosto de 1893. *Obras Completas*, tomo IV.

² Orestes Ferrara, coronel del Ejército Libertador: *Mis relaciones con Máximo Gómez*. Editorial Molina y Compañía, La Habana, 1942.

AL LECTOR

A cien años del fallecimiento de Máximo Gómez Báez, General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba, los historiadores y estudiosos del legendario dominicano-cubano han coincidido en reconocer que su dimensión histórica va más allá del tiempo histórico que le tocó vivir. Su legado de creador de una estrategia singular en la lucha armada irregular, de carácter popular, en las guerras anticoloniales que libraron los cubanos, ha traspasado los contornos del continente americano para ser estudiado en otros países, principalmente de Europa.

El mito militar Máximo Gómez forjado por sus compañeros insurgentes en las guerras de independencia de la mayor de las Antillas, el reconocimiento a sus cualidades extraordinarias por parte de afamados generales españoles y los abundantes estudios de especialistas del arte e historia militar han permanecido inalterables. Escribir la historia de las guerras emancipadoras del siglo XIX, a nivel mundial, sin mencionar su nombre, devendría en una omisión antihistórica.

Pero la leyenda, el mito militar Máximo Gómez que se ha sustentado en una producción historiográfica y ensayística sorprendente, ha contribuido al desconocimiento de otras facetas de su vida como la de pensador, que plasmó en las letras sus vivencias e ideales de

libertador de un pueblo como el cubano, oprimido por el colonialismo español.

Fundamentado en el interés de reunir en una obra la visión más integral del insigne banilejo, la Fundación Corripio, Inc. ha elaborado este proyecto que, materializado en *Máximo Gómez. Vida y Escritos*, le posibilitará al lector potenciar la estatura intelectual del hombre que conjugó el arma de combate del guerrero con la pluma de escritor mambí como sustancias fundamentales de su quehacer revolucionario.

En lo que respecta a su labor de intelectual en la vertiente de escritor y como pensador de asuntos políticos, sociales, humanísticos y hasta dotados de pinceladas filosóficas, aún queda mucho por investigar. La papelería de Máximo Gómez es muy voluminosa y está diseminada en muchos países. En treinta años de vida revolucionaria y casi siete de hombre famoso, contrajo correspondencia con personas de diversas nacionalidades que van desde importantes presidentes de Estado hasta amas de casa. Por esa razón un gran número de sus cartas originales se hallan en países que hoy no podemos imaginar.

Después de Cuba, que es la mayor depositaria de sus papeles, la República Dominicana, Jamaica, Honduras, Panamá y Estados Unidos de América concentran una elevada cifra de documentos debido a su permanencia temporal. Sólo para tener una idea del enorme reto que enfrentaría cualquier interesado en aproximarse a la obra de conjunto de Máximo Gómez, le diremos que en el Archivo Nacional de Cuba tendrá la oportunidad de consultar más de cinco mil documentos personales relacionados con Máximo Gómez. Claro está que en otras instituciones de la Isla como la Biblioteca Nacional "José Martí", el Centro de Estudios Martianos y el Museo de la Ciudad hay manuscritos importantes.

A lo anterior se añaden los periódicos editados por la emigración patriótica cubana. En estas publicaciones posiblemente se encuentren artículos que aún no han sido localizados. No se puede desechar que algunos de esos trabajos no podremos conocerlos porque muchos de sus números son imposibles de leer por su estado de deterioro total.

Máximo Gómez, en sus diversos escritos, nos revela su naturaleza de escritor. Una vocación que se realiza en circunstancias adver-

sas. A veces hostigado por la horrible miseria económica que apenas le permite comprar una vela para escribir. En otras, en plena campaña militar, se sumerge en el silencio nocturno del campamento para escribir y escribir. Su pluma vuela impulsada por un estilo propio, espontáneo, sustentado en la originalidad y sensibilidad, en correspondencia con el tema que trata.

En verdad, Máximo Gómez da la impresión de haber estado obsesionado por la escritura. Para él, escribir era tan necesario como respirar. Su espiritualidad le exigía esa práctica no solo como una satisfacción personal, sino también como un instrumento para plasmar su ideal y que la historia lo recogiera para las sucesivas generaciones. Gómez está consciente de lo que es y que como constructor del pueblo cubano, la historia habrá de exigirle explicaciones de su conducta. Por eso todos sus escritos, no importa el género que utilice, llevan en el fondo la historia como destinatario. Porque está persuadido que tendrá que rendir cuentas ante ella y sus escritos conformarán la pieza magistral de su defensa. Su intención es dejar evidencias para aquellos que la escriben y fueron protagonistas o testigos de las guerras emancipadoras cubanas, así como los que distanciados en el tiempo tratan de explicar desde la ineludible subjetividad, su ideología y nacionalidad, para el lector curioso por saber de la gran epopeya cubana.

En contraposición al Máximo Gómez escritor en su etapa mambisa se halla el silencio absoluto en los años de la Guerra de la Restauración. ¿Autocensura por su pasado de partidario de la anexión de su patria a España? ¿Un pasado que aborrecía? Indudablemente que sí, ¿por qué no se decidió a escribir para explicar las razones que le llevaron a asumir esa posición de combatir a los que luchaban por la patria dominicana? Interrogantes que parecen sentenciadas a permanecer sin respuestas.

Máximo Gómez. Vida y Escritos fue concebido para que convergiera el afamado militar con el intelectual. A pasos de siete leguas —no podría ser de otro modo por el personaje de que se trata— el lector entrará en contacto con una introducción cuyo objetivo consiste en seguir la huella que nos conducirá en la búsqueda constante del hombre, sus ideas, la sociedad, el contexto antillano e hispanoamericano y la época.

Después usted va a adentrarse en su "Diario de campaña", pero no va a encontrar combates, sino reflexiones, conceptos, conflictos, ilusiones, frustraciones, hechos que podrán enriquecer su imaginario sobre Máximo Gómez.

Más adelante vendrá el Máximo Gómez de "Letras Insurgentes". El escritor de relatos conmovedores, el creador de piezas literarias sin grandes pretensiones estéticas, el articulista de opinión, el cronista sensible y el redactor de cartas impactante.

Seguidamente podrá apreciar en apretada síntesis una cronología mínima que nos aproximará al Máximo Gómez desde su nacimiento hasta su muerte en sus diferentes fases.

Al final se ha añadido un "Apéndice" que aborda cómo vieron a Máximo Gómez sus contemporáneos. Claro está que ha sido una selección muy reducida, pues presentar al General en Jefe del Ejército Cubano mediante los criterios de los que le conocieron bastaría para llenar cientos de cuartillas.

Sin dudas esta publicación no agota la arista seleccionada. Pretender ese objetivo requiere de algunos volúmenes. Esperamos que algún día sea realidad una serie de publicaciones que recoja sus obras completas. Mientras tanto, en este año de su centenario, incursionemos por la vida y obra de uno de los más grandes próceres de Hispanoamérica. Más exactamente, de "nuestra América", como la concibiera José Martí y con la que Máximo Gómez se identificó y fue consecuente hasta el último día de su existencia.

FRANCISCO PÉREZ GUZMÁN
Güira de Melena, La Habana

MÁXIMO GÓMEZ EN DIAGONAL

De ningún modo sería una exageración aseverar que uno de los días de más conmoción y tristeza de Cuba, en toda su historia, fue el caluroso sábado 17 de junio de 1905, cuando en una de las habitaciones de la casa situada en la calle 5^{ta} No. 45, en el barrio del Vedado, La Habana, a las 6 p. m., el doctor José Pereda y Gálvez alzó la voz para anunciarle a familiares y amigos que "el General ha muerto". Así, con esas escuetas palabras, apagaba las vagas esperanzas de los que se resistían a creer que el Generalísimo, como le llamaban al hombre que había desafiado a la muerte en alrededor de 235 acciones de guerra independentista y sólo recibiera dos heridas leves,¹ cediera a la Pihoemia,² enfermedad letal

1. La primea fue en la garganta cuando cruzaba la trocha de Júcaro a Morón, el 6 de enero de 1875; la segunda la recibió en la pierna derecha, en Bejucal, provincia de La Habana, el 14 de enero de 1896.

2. Septicemia que origina una infección muy letal en la sangre. Los síntomas más comunes son fiebre alta, contracciones musculares, alteración del ritmo cardíaco, retención de la orina, entre otros. Máximo Gómez la contrajo cuando realizaba un recorrido por la provincia de Oriente. En carta a Fermín Valdéz Domínguez, un mes y días antes de su muerte, le decía: "*Su carta afectuosísima, hace días en mi poder, y sin contestar a su tiempo por hallarme enfermo de lo cual estará Vd. enterado por la prensa. Las fiebres, fuertes ataques de asma y una infección en la mano derecha cuya operación se hizo necesaria (dolorosa) me han retenido en cama...*" (Archivo Nacional de Cuba: Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 251, No. 57).

que, apresuradamente, se lo llevaba cuando los cubanos de todas las clases sociales, credos religiosos, ideologías, instituciones fraternales y de partidos políticos que se hallaban en enconada lucha, más lo necesitaban. Manuel Marques Sterling, percatado de lo que significaba el fallecimiento de Máximo Gómez para la estabilidad de la República en una coyuntura de enconada lucha política entre gobierno y oposición, enfatizaba semanas antes del desenlace fatal:

"La pérdida del general Máximo Gómez, en estos tiempos, y en proximidad a los debates electorales, sería lamentable como si hubiese caído en las últimas jornadas del 98, y no digo esto por medida de las circunstancias, que noson comparables, sino porque en la consolidación de la República le es necesario un equilibrio de tendencias políticas que no ponga al pueblo entre dos fuegos sino entre dos principios".³

En efecto. Los cubanos combatientes que lucharon en la manigua y en la emigración por la independencia, de la etapa incierta de ocupación de la Isla por el ejército de Estados Unidos de América y de la República recién instaurada con soberanía limitada mediante la Enmienda Platt, siempre necesitaron del dominicano porque era la leyenda viva de la gesta mambisa y el símbolo de la cohesión nacional.

Una mirada a las ediciones de los periódicos *El Mundo*, *La Discusión*, *La Lucha*, y a la revista *El Fígaro*, con textos y fotografías que recogen el testimonio del acontecimiento, es harto elocuente para evaluar el significado de Máximo Gómez. Muchos cubanos, tanto de la intelectualidad como políticos, de a pie, veteranos de las guerras independentistas o simples ciudadanos, en sus palabras conceptuales sobre Gómez le llamaban el Padre de la Patria y el Libertador de Cuba. Quizás el periodista Emilio Núñez, en su escrito de recordación, interpretó una de las facetas que más ha despertado la admiración: su desinterés por ocupar la presidencia de la República y que la gran mayoría entendía le correspondía.

3. *El Fígaro*, No. 21, 21 de mayo de 1905, p. 251.

*“Entre los grandes hombres de América, su predilecto fue Juárez. Washington resultó ser reelecto por segunda vez; el general Máximo Gómez no aceptó la presidencia de la República que fue su obra: es el único ejemplo que nos presenta la historia. En desinterés fue más grande que Washington y Bolívar. Luchó treinta años por la libertad de este pueblo, y debe ocupar el primer puesto entre los libertadores de América”.*⁴

En los tres días de luto nacional, periodistas y escritores describían para diversas publicaciones nacionales y extranjeras el impacto de la muerte del General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba. Pedro Henríquez Ureña, en su reseña para el periódico *Listín Diario*, de Santo Domingo, subrayaba que:

*“La ciudad entera estaba de luto. Estaba prohibido hacer música y no se oía vibrar un piano, ni cantar una voz, ni sonar uno de los muchos fonógrafos de La Habana. Cada media hora, durante tres días, disparaba el cañón de la fortaleza de La Cabaña; y cada hora tañían las campanas de los templos. Cerrados los teatros, las oficinas, los establecimientos, ofrecían las calles, llenas de colgaduras negras y banderas enlutadas, un aspecto extraño con las multitudes que discurrían convergiendo hacia el palacio”.*⁵

En verdad el país entero quedó paralizado. De Oriente y otras provincias arribaban a La Habana cientos de personas que deseaban, con su presencia, expresar su agradecimiento patriótico a “El Viejo”, como le llamaban. Instituciones de diferente naturaleza, de las regiones más apartadas de la Isla, ordenaron la confección de coronas de flores que se sumaron a las de la capital de la República. Unos veinte carruajes y dos largas hileras de personas fueron necesarias para trasladar las ofrendas florales.

4. *Ibid.*, La Habana, No. 26, 25 de junio de 1905, p. 18.

5. Pedro Henríquez Ureña escribió la reseña días después de la muerte de Gómez. Fue publicada por el *Listín Diario* el 9 de agosto de 1905. Aparece registrada también en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, Emilio Rodríguez Demorizi. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1954.

El presidente Tomás Estrada Palma le otorgó a los funerales de Máximo Gómez los honores de Jefe de Estado. Una investidura que el General en Jefe del Ejército Libertador había rechazado con profunda convicción que argumentaba –según Ramón Roa– con estas palabras afiladas como para que no se lo mencionaran más: “porque además de conocerme a mí mismo, que no sirvo para eso, no soy tan tonto que vaya a desbaratar con los pies lo que ayudé a hacer con mis manos”.⁶ El presupuesto para cubrir los gastos de los funerales fue de la respetable cifra, para aquellos años, de 15,000 pesos. El cadáver, embalsamado, fue tendido en el Salón Rojo del entonces palacio presidencial y que fuera, en tiempos coloniales, residencia de los capitanes generales. Los curiosos advirtieron que el féretro era del mismo estilo que guardó los restos del presidente norteamericano William McKinley. Las banderas cubana y dominicana cubrían el ataúd. A las tres de la tarde del martes 20, como estaba previsto, partió el cortejo fúnebre que veintiún cañonazos le anunciaron a la ciudad.

El recorrido por la calle Obispo –en la actual Habana Vieja– se caracterizó por la solemnidad. Pero al llegar a Prado y San Rafael, una multitud enorme que ocupaba el espacio del hoy Parque Central, los portales y aceras del hotel Inglaterra, el Teatro Nacional y de otras edificaciones colindantes, se abalanzaron sobre el armón de artillería halado por ocho parejas de mulos, con la intención de apoderarse del sarcófago y trasladarlo en hombros hasta la necrópolis de Colón. Las clases populares consideraban a Gómez un General del pueblo y ese pueblo que él había libertado tenía el derecho de llevarlo sobre sus hombros. Con anterioridad, su hija Clemencia, cuando observó que el cadáver, en capilla ardiente, colocado en el centro del Salón Rojo, permanecía aislado de los sectores humildes, preguntó de forma airada: “¿Dónde está ese pueblo que mi padre libertó?” Fue entonces que comenzó el desfile interminable de los desposeídos.

Un gran desorden y consternación se originó cuando los agentes del orden arremetieron con violencia. Morón, cocinero y asistente de Máximo Gómez en la última guerra, tuvo que hacer un

6. Ramón Roa: *Con la pluma y el machete*, tomo I, Ministerio de Educación, La Habana, 1950, p. 327.

esfuerzo extraordinario para que el caballo del General en Jefe —iba delante del armón de artillería— espantado, no golpeará con sus cascos a las personas tendidas sobre el suelo. Todo parece indicar que la actitud represiva que dejó sobre el pavimento la sangre de algunos enardecidos cubanos agradecidos se debió a que allí estaban el Presidente de la República y casi todo el gabinete del Gobierno. Para justificar su actuación, que pretendía contrarrestar las críticas severas, las autoridades policiales declararon que ellos habían actuado de esa manera para salvaguardar la seguridad del primer magistrado. Restablecida la tranquilidad, la marcha fue reanudada pero nuevamente interrumpida al llegar a la intersección de las calles Reina y Galiano. Otra vez la muchedumbre que se concentraba en el lugar trató de apropiarse del cadáver del General. Sus propósitos fueron frustrados y sobre el pavimento volvió a quedar la sangre, pero esta vez se mezcló con las flores que desde los balcones habían sido lanzadas al paso de la caravana fúnebre.

En las fotografías que han quedado como testimonio gráfico de los momentos finales del sepelio, en el cementerio de Colón, se observa a los masones que le rendían tributo al General —era su hermano de logia— junto a monseñor González Estrada, que al frente de varios sacerdotes católicos había oficiado el solemne responso en la capilla principal, a petición de los familiares. También en las gráficas aparecen los miembros del Partido Liberal al lado de los militantes pertenecientes a sus rivales más encarnizados: los moderados. Escena increíble que solo la muerte de Gómez podía provocar. Allí también estaban los del Partido Obrero, los descamisados, la gente del pueblo humilde y los de cuello y corbata. En la relación de los asistentes encontramos nombres que le guardaron fidelidad absoluta tanto en la guerra como en la paz y los que posteriormente, inmersos en pasiones incontroladas, se convirtieron en sus enemigos irrespetuosos durante los debates de la Asamblea del Cerro, en que se discutía la obtención del dinero con el que se pagaría a los miembros del Ejército Libertador. Algunos de ellos opuestos a la idea de Gómez de que no se solicitara empréstito, para evitar el endeudamiento de la futura República, llegaron a recordarle que era un extranjero. Estas y otras palabras ofensivas provocaron su renuncia de General en Jefe del Ejército Libertador.

Sólo los toques de Silencio y la Generala, ejecutados por José Cruz y Juan Barrera, respectivamente, ambos cornetas de Máximo Gómez durante la Guerra de Independencia, pudieron calmar la gran multitud que según todos los cálculos sobrepasaba las veinte mil personas, que permanecían dentro y en los alrededores del cementerio. Minutos antes otro desorden se había producido y, otra vez, la policía volvió a intervenir golpeando a la muchedumbre que trataba de entrar al camposanto. En esa atmósfera tensa, el féretro fue depositado en una bóveda provisional del cuadrante número 6.

Sin dudas que a Ricardo Dolz le sobraría razón cuando escribió para la Cuba de principios del siglo XX: "Nadie más volverá a conmover con su muerte tan hondamente el sentimiento cubano".⁷

La curiosidad fusionada con la devoción y veneración que los cubanos habían evidenciado cuando el General en Jefe entraba en marcha triunfal a la capital de la Isla el 24 de febrero de 1899 volvieron a reiterarla en sus funerales, lo cual contrasta con el anonimato que envolvió a Máximo Gómez cuando arribó a Cuba por la provincia de Oriente casi cuarenta años atrás. Al principio solo encontró las miradas de los curiosos que observaban la llegada de los hombres que habían sido derrotados en la guerra de Santo Domingo, como se conocía en Cuba. Máximo Gómez, acompañado por su madre, dos hermanas y centenares de evacuados, coterreños banilejos y de otros lugares de República Dominicana, comenzaba su destino cubano embargado por la incertidumbre. Atrás habían quedado familiares, hijos, frutos de sus amores de juventud, amigos, las vivencias del Baní natal que ahora se convertían en recuerdos y añoranzas. ¿Por qué dudar que una pregunta le golpearía en prolongada nostalgia? ¿Cuándo retornaría a la patria? Esa misma interrogante se formularían las decenas de familias que se mezclaron con la de Gómez. Pero el regreso resultaba imposible en corto tiempo porque ellos habían elegido abandonar a Santo Domingo. Unos por temor a represalias, otros porque deseaban emprender nueva vida en el camino que conduciría a la fortuna en una isla de la que se exageraba la prosperidad. Y no pocos porque esta-

7. *El Figaro*, La Habana, No. 26, p. 323.

ban hastiados de las crisis políticas con revueltas y enfrentamientos armados. Aún persiste una interrogante que no ha quedado despejada: ¿Cuál o cuáles fueron los motivos que impulsaron a Máximo Gómez a emigrar como evacuado a Cuba? En su inmensa papelería no hemos encontrado una respuesta completa y precisa.

El comandante Máximo Gómez era uno más de los vencidos que se habían situado al lado de la anexión de su patria a España y había combatido a los defensores de la soberanía durante la Guerra de la Restauración que comenzó en 1863 y se extendió hasta mediados de 1865. Era un oficial anónimo de las reservas del ejército de su país, pues no había acumulado extraordinarios méritos militares, excepto algunos hechos aislados como la evacuación de San José de Ocoa.⁸

No debió sentirse muy extraño en lo relacionado con el oriente cubano pues era muy parecido a su patria por una geografía en la que sobresalían las montañas y una abundante población negra y mulata, pero totalmente opuesta en lo social, donde se conjugaba un régimen esclavista que él no conocía. Apreció, sin dudas, la vida opulenta de propietarios de ingenios, cafetales y de grandes comerciantes que en su visita a La Habana observó era más acentuada. En contraposición, constató la que llevaba un campesinado plagado de miseria cuya raíz, en parte, se hallaba en la explotación a que eran sometidos por los impuestos de la burocracia española. A Máximo Gómez se le reveló la existencia de los grandes contrastes que mostraba la Isla y que el demógrafo e historiador Juan Pérez de la Riva denominó como Cuba "A" y "B", pero con el común denominador de una sociedad de amplias vertientes discriminatorias que se aplicaban con rigurosidad.

Al evacuado Máximo Gómez, que llegaba a Cuba soltero y al frente de su familia, en tierra desconocida, vestido con el ropaje de antipatriota, sin recursos financieros que le garantizaran una existencia desahogada, dependiente en un principio de las autoridades españolas, le deparaba una experiencia que originaría un cambio de su destino cubano en 180 grados.

8. Por su participación fue ascendido a Comandante.

Construcción de una leyenda

El 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes, abogado, natural de la ciudad de Bayamo, provincia de Oriente, radicado en la jurisdicción de Manzanillo que por el oeste limitaba con el Golfo de Guacanayabo, proclamó en su ingenio Demajagua la decisión de los revolucionarios cubanos centrada en "Independencia o Muerte" y el derecho de los esclavos de la isla a la libertad plena. Y para que no hubiera equívoco acerca de su pensamiento le dio la libertad a los suyos y a los otros que trabajaban en su propiedad bajo la condición de alquilados. Desde aquel primer día en que se inició la lucha armada popular para construir un estado cubano, se sabía que era importante impregnar a los revolucionarios de dos objetivos cardinales. En la esfera política, la emancipación plena de Cuba de la dominación colonial española, mientras que en la social predominaba la abolición de la esclavitud.

El gesto apresurado de iniciar la guerra anticolonial fue motivado porque las autoridades españolas recibieron información de los planes insurreccionales y ordenaron neutralizarlos. La iniciativa rebelde de Céspedes incentivó a otros conspiradores de la región oriental que, al conocer la noticia, se sumaron al movimiento. El bautismo de fuego no se hizo esperar y, al día siguiente, los bisoños mambises atacaron al poblado de Yara. Esta acción de guerra culminó en un fracaso de tal magnitud que puso en peligro las perspectivas de la revolución emancipadora. La inexperiencia de una tropa conformada por civiles devendría en el gran obstáculo para consolidar la lucha armada.

En esos días de guerra revolucionaria uno de los rasgos más sobresalientes consistió en que el incipiente Ejército Libertador de Cuba se hallaba conformado por centenares de hombres de vida rural sin hábitos militares y de esclavos que en su inmensa mayoría no hablaban el castellano y solo conocían el cafetal y el ingenio. Una alta cifra de ellos se hallaban subordinados, también, a civiles convertidos en generales y coroneles —no pocos eran universitarios, hacendados y de otras sólidas fortunas— que habían obtenido esos grados y jefaturas debido a su condición de fundadores y dirigentes de la conspiración y a las elevadas posiciones

económicas e influencia social como las que ejercían Francisco Vicente Aguilera —el más acaudalado de todos—, Vicente García, Julio Grave de Peralta, Calixto García Iñiguez, Francisco Maceo Osorio y Pedro “Perucho” Figueredo, entre otros.

En aquel contexto de desorden, ignorancia militar, sin saber cómo organizar la lucha armada, los cubanos orientales independentistas hallaron en los dominicanos que le habían acompañado en el gran desafío anticolonial, a sus maestros, de los cuales aprendieron las primeras lecciones de cómo hacer la guerra.

Sin embargo, los banilejos hicieron otra notable contribución que la historiografía ha pasado por alto: la de hacer conciencia de lo que era una guerra a los que nunca la habían experimentado y estaban ansiosos por hacerla. Fue una labor silenciosa y paciente, preparar a los revolucionarios psicológicamente al sacrificio y a habituarse a los horrores derivados de los conflictos bélicos. Al respecto, Máximo Gómez dejó constancia al referir que ellos se dieron a la tarea de establecer “*el contacto frecuente con la gente de los campos*” porque “*era preciso formarles la conciencia de la obra tan difícil*”.⁹

Las experiencias de los dominicanos en los conflictos armados contra los invasores haitianos y en los de la Guerra de la Restauración, se aplicaron con rigurosidad mediante la acción directa y en las conversaciones con los jefes cubanos. La lectura de los hechos bélicos registrados en los meses iniciales de lo que la historiografía ha identificado como la Guerra de los Diez Años revela nombres fundamentales: Modesto Díaz, los hermanos Luis, Félix y Francisco Marcano y Máximo Gómez Báez. A estos generales banilejos del Ejército Libertador de Cuba —excepto Félix, que ostentó el grado de coronel— no se les puede invalidar el derecho histórico de ocupar un lugar trascendental en la construcción de la historia militar cubana en su gran voluntad de independizar a la Isla. De la extensa referencia que avala la afirmación, citemos, sólo para ilustrar, algunas de ellas en los días cruciales cuando la Revolución se jugaba la vida o la muerte.

Una de las situaciones más peligrosas para la Revolución, recién iniciada, fue el descalabro —citado con anterioridad— que la

9. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 542, No. 37.

tropa insurrecta, bajo la jefatura de Carlos Manuel de Céspedes, sufrió el 11 de octubre en el ataque al poblado de Yara. En ese estado de desmoralización y prácticamente abandonado el líder del movimiento insurgente –pues le siguieron siendo fieles unos cuantos patriotas–, Luis Marcano marchó en su auxilio con más de 200 hombres que subordinó a Céspedes y lo persuadió para atacar Bayamo. Como Jefe de Operaciones, planificó junto a Céspedes dicho ataque en el cual lograron un gran éxito político-militar.

Además, a Luis Marcano le corresponde el haber sido el fundador de la primera estructura que tuvo el Ejército Libertador, que quedó organizado en siete compañías.

Cuatro días después del éxito de la toma del caserío El Dátil, le siguió la rendición de la guarnición de Barrancas. A su vez, Modesto Díaz,¹⁰ con su tropa emboscada en al río Babatuaba, en audaz acometida, logró frenar la marcha de una columna española que avanzaba hacia Bayamo, procedente de Manzanillo. A estas y otras acciones bélicas se les añade la primera carga de infantería al machete, dada por Máximo Gómez.

De aquellos dominicanos insignes que forjaron el Ejército Libertador, sólo Máximo Gómez recorrería el largo camino de casi treinta años de bregar revolucionario en los cuales quedó tejido un mito y leyenda que ha resistido el tiempo y la ácida crítica historiográfica.

Pero el destino cubano de Máximo Gómez comenzó a construirse no el 16 de octubre de 1868 –cuando ingresó al Ejército Libertador mediante el levantamiento que se llevó a efecto en El Dátil y el poeta José Joaquín Palma le otorgó el grado de Sargento que él

10. Cuando arribó a Cuba, Modesto Díaz Álvarez ostentaba el grado de Capitán de Brigada de la reserva de su país y acumulaba una vasta experiencia bélica. Fue jefe militar de la provincia de San Cristóbal durante la Guerra de Restauración. Era el de mayor graduación militar entre los evacuados dominicanos que abrazaron la causa independentista cubana. Se sumó a la insurrección el 18 de octubre de 1868 en los momentos en que los revolucionarios amenazaban atacar Bayamo y cumplía la misión de las autoridades españolas de defender la cárcel. Ocupó importantes responsabilidades militares durante toda la Guerra de los Diez Años. Al finalizar la contienda bélica regresó a su país. Falleció el 28 de agosto de 1892 en Yaguatae, San Cristóbal.

aceptó con humildad— sino en 1867.¹¹ Al recordar su ascenso militar en la Revolución, lo dibujó de la manera siguiente:

*“Aquel día memorable para mí, en ese entusiasmo alocado de un pueblo, en medio de un maremágnun atronador, que no cedía a nadie, que no era posible organizar nada, fue cuando se le ocurrió a Joaquín Palma nombrarme Sargento, título que yo no desdeño por el contrario, amo con amor sincero, por quien fue, por lo que fue y en donde fue...”*¹²

En el mencionado año de 1867, Gómez había sellado su compromiso de combatir por la independencia de Cuba, cuyo primer acto encubierto consistió en romper sus vínculos con el ejército colonial español al solicitar su licenciamiento. En esos meses que han permanecido como una página en blanco en la historia escrita, que recoja en detalle la participación de Máximo Gómez y otros dominicanos en la conspiración que preparaba la guerra emancipadora, la labor proselitista fue más importante de lo que se cree. Por aquel tiempo, Gómez se dedicaba a un negocio de madera con la casa de Ramírez y Oro, ubicada en Manzanillo. Este negocio le permitió establecer relaciones con muchísimas personas de las áreas rurales desde Manzanillo hasta Bayamo. En un escrito fechado en 1901, concebido para rectificar un desacierto del destacado intelectual cubano Vidal Morales y Morales —quien había abordado su entrada en la Revolución—, aclara y precisa:

“Con el primero que yo me entendí fue con mi amigo Francisco Estrada, dueño de la finca Valenzuela, de la cual era mayoral mi cuñado Santiago Pérez en cuyo punto celebramos, más de una vez, reuniones privadas. Fácil es comprender que mi iniciación era más profunda de lo que se hace aparecer.”

11. En otra oportunidad, Máximo Gómez expresó: “... yo vengo respirando revolución no desde el 68 sino desde el 66, eso quiere decir que la revolución no me incubó a mí. Yo nací libre y lo que sucedió fue que nos abrazamos...”

12. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 542, No. 37.

Y en párrafos posteriores continúa:

"(...) las relaciones de amistad que me ligaban a algunas familias, puesto que la Sra. de Francisco Estrada, Lucía Castillo, era hermana de Leonela Castillo, esposa de Joaquín Palma, todo esto me colocó en [ilegible en el documento] espontáneo compromiso revolucionario.

"Unido íntimamente con Eduardo Bertó, que tenía su residencia en 'El Corojo', no muy lejos de Bayamo, fijé más mis corridas por aquellos contornos, como zona más estratégica para cuando llegase la hora y para estar menos visible a las miradas del enemigo para el que ya empezaba a hacerme sospechoso.

"Así las cosas, nos mantuvimos dentro de esa lucha incierta y [ilegible] de peligros que siempre, en todos tiempos y lugares tienen que sobrellevar conspiradores y revolucionarios, sin que me sea posible relatar ahora las diversas peripecias que nos asediaban en aquellos meses y que tampoco es el propósito de estas líneas".¹³

Pero Gómez no era el único dominicano que reclutaba gente y preparaba condiciones para cuando estallara la Revolución, tareas similares desempeñaban un nutrido grupo de sus compatriotas que residían por la zona de Bayamo y Manzanillo entre los que se encontraban Luis Marcano, Modesto Díaz, Francisco H. Heredia, Santiago Pérez, Félix Marcano, Juan Gómez y Ceferino Martínez.

Toda la historiografía que ha tratado de descifrar la causa que motivó la decisión de Máximo Gómez de abrazar la gesta independentista cubana ha acudido como única fuente a las confesiones que el dominicano, muchos años después, realizara cuando se había convertido en el jefe militar supremo de la Revolución anticolonial. En la obra *Revoluciones... Cuba y Hogar*, las generaciones de estudiosos se aproximaron al porqué de su incorporación al proceso emancipador de la mayor de las Antillas, al afirmar:

13. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 542, No. 37.

“Cuba, país de esclavos; no había yo conocido tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal”.¹⁴

Y en plena lucha armada durante la Guerra de Independencia, en agosto de 1896, en una de las frecuentes tertulias que se daban en su tienda de campaña, volvió sobre el mismo tema para decir:

“Por mis relaciones con cubanos entré luego en la conspiración; pero yo fui a la guerra llevando aquellos recuerdos en el alma, a pelear por la libertad del negro esclavo, y luego fue que, comprendiendo que también existía lo que se puede llamar esclavitud blanca; uní en mi voluntad las dos ideas, a ellas consagré mis esfuerzos; pero, a pesar de los años que han pasado desde entonces no puedo olvidar que acepté los principios de la revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo.”

Desafortunadamente, Máximo Gómez —o quizás el coronel Fermín Valdés Domínguez, participante de la mencionada tertulia, lo excluyó de su versión— nos privó de saber lo que entendía por esclavitud blanca y que ahora se convierte en un elemento ideológico importante que incidió en su decisión de echar su suerte en una guerra, en tierra extranjera, que enarbolaba erradicar aquellos males que erosionaban a la humanidad.

Hasta el presente, a los estudiosos a quienes se les ha despertado la curiosidad por conocer la levadura que fermentó en Máximo Gómez su conducta antiesclavista no han tenido en cuenta un elemento que no se puede pasar por alto: su profunda ética cristiana que nunca abandonó.

La ausencia de investigaciones generada, tal vez, por insuficientes informaciones, ha impedido reconstruir de forma y contenido coherentes, aspectos del modo de vida de los dominicanos

14. Bernardo Gómez Toro: *Revoluciones... Cuba y Hogar*. La Habana, Imprenta de Rambla Souza, 1927, p. 152.

que habían arribado a Cuba en calidad de evacuados y el tratamiento que recibieron por parte de las autoridades coloniales. Este desconocimiento ha tendido una cortina sobre la posible existencia de otros motivos que influyeron en la determinación de muchos de ellos de combatir al lado de los revolucionarios cubanos.

Conocer qué tipo de trato las autoridades coloniales de Cuba y del oriente de la Isla, en particular esta última, les dieron a sus aliados dominicanos durante la Guerra de la Restauración, las decepciones, frustraciones de índole económica y social, el incumplimiento de promesas, la dependencia de no pocos de ellos para subsistir en su condición de militar, en fin, las ilusiones perdidas, si es que las hubo, y vivir en una sociedad del tipo colonial como la cubana, posibilitaría el porqué los dominicanos, que en su patria habían militado en el mismo bando de la Anexión, en Cuba escogieron caminos diferentes y se enfrentaron —casi siempre sucede así— como enemigos endemoniados.

En las primeras semanas de la incipiente guerra anticolonial, el gran reto que afrontaron dominicanos como Modesto Díaz, Máximo Gómez y los imprescindibles hermanos Marcano: Luis, Félix y Francisco,¹⁵ consistió en simultanear las tareas de imponer la disciplina a una tropa donde predominaban los guajiros, enseñarles cómo combatir al enemigo y, a su vez, ser aceptados como jefes no obstante su condición de extranjeros. Aunque parece ser que no proliferaron incidentes de esa naturaleza, sí se registraron algunos como el experimentado por Máximo Gómez cuando se presentó a Félix Figueredo y le trató, según él, con desprecio, porque el grado de general le había sido otorgado por el general en jefe Carlos Manuel de Céspedes. También otro jefe cubano, Donato Mármol, no le reconoció su jerarquía al ignorarlo. Ante tal situación, Gómez

15. Luis Marcano Álvarez fue uno de los 37 hombres que junto con Carlos Manuel de Céspedes dieron el grito de "Independencia o Muerte" en el ingenio Demajagua, según algunos historiadores. Francisco Marcano Álvarez se incorporó a la insurrección el 11 de octubre de 1868. el 23 de enero de 1870 fue hecho prisionero y fusilado tres días más tarde en Santiago de Cuba. Otros historiadores mencionan la fecha de su muerte el 2 de febrero del mencionado año. Félix Marcano Álvarez se sublevó el 11 de octubre de 1868. Combatió durante toda la guerra. Participó en la conspiración conocida como Paz de Manganese que se desarrolló en Oriente en 1890. No pudo participar en la Guerra de Independencia por hallarse inválido. Falleció en Santiago de Cuba en 1915.

hizo saber que él "no era más que un extranjero que como un soldado cualquiera deseaba unirme al general Donato".¹⁶ Esas palabras determinaron su aceptación.

En realidad, en las tres guerras que libraron los patriotas cubanos contra la dominación española no se observaron conflictos de tipo chovinista. Los nacionalistas cubanos siempre reconocieron la ayuda solidaria y acataron la autoridad que emanaba del grado militar superior, pero expresaron sin distinción de nacionalidad su inconformidad con actitudes y disposiciones que consideraron injustas, inadecuadas o en las que el jefe había evidenciado ineptitud. Si se elabora una relación de extranjeros que alcanzaron altos grados militares en el Ejército Libertador, el resultado no sólo sería sorprendente por la cifra, sino también por la amplia representación de nacionalidades que integraron la oficialidad. Quizás este rasgo constante de la guerra de Cuba le dé un toque singular si lo comparamos con otros procesos bélicos de emancipación que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX a nivel mundial.

No fue hasta el 4 de noviembre¹⁷ cuando la defensa de Bayamo—había sido atacado y tomado por los insurrectos cubanos entre el 18 y el 20 de octubre—pasó a ser más que una posición estratégica militar: un símbolo del independentismo, en que comenzó a construirse la leyenda Máximo Gómez. Hasta ese día su hoja de servicio permanecía sin una acción militar de envergadura, de impacto y que revelara ante los ojos de los mambises bisoños sus dotes de jefe militar, de iniciativa original con un pensamiento creador y, sobre todo, de valor que lo impregnaba de prestigio y respeto.

El Máximo Gómez organizador de guerrillas, el que se esforzaba por convertir en militares a civiles, enseñaba y auxiliaba a otros jefes en sus operaciones militares, saltó a la fama. ¿Qué había sucedido aquel día para que se colmara de tanta gloria? Una columna española al mando del coronel Demetrio Quiroz que marchaba con la misión de recuperar Bayamo fue neutralizada mediante

16. Máximo Gómez: *Diario de Campaña*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, p. 2.

17. Hay otras versiones que mencionan el 26 de octubre. Nosotros seleccionamos la que aparece en el *Diario de Campaña de Máximo Gómez*.

una sorpresiva y fulminante carga de infantería al machete que se dio en un lugar que algunos afirman que es Tienda del Pino.¹⁸ Este combate, que se inscribe en la historia militar cubana como la entrada triunfal del machete mambí, marcó el inicio ascendente de la trayectoria militar de Máximo Gómez y lo catapultó hasta la cima donde se hallaban los altos jefes militares de la insurrección.

Después vendrían campañas militares que le consolidarían su prestigio al poner a prueba su inteligencia y habilidades en las cuales demostraba sagacidad como guerrillero de montaña en los territorios de Guantánamo y Santiago de Cuba, así como capacidad para llevar subordinados a la macheteada histórica de Palo Seco, en la actual provincia de Las Tunas, y a combates y batallas en la vasta planicie camagüeyana, de la envergadura de La Sacra, El Naranjo-Mojacasabe y Las Guásimas, la batalla más grande librada por el Ejército Libertador. A su vez, le correspondió hacer realidad el sueño mambí de cruzar la trocha militar de Júcaro a Morón e invadir Las Villas. Y en los meses finales de la guerra, ocupar, temporalmente, el cargo de Secretario de la Guerra del Gobierno de la República en Armas.

Cuando la cruenta guerra finalizó con la firma del Convenio del Zanjón, el 10 de febrero de 1878, el mito Máximo Gómez se había interiorizado entre los mambises como entre los españoles. El dominicano había emergido de ella como el máximo jefe político-militar que reconocían otros destacados jefes cubanos que se habían forjado a su lado como Calixto García Ñíguez, los hermanos Antonio y José Maceo Grajales, Flor Crombet, Guillermo Moncada, Serafín Sánchez y Francisco Carrillo. A este reconocimiento del mambisado se le sumaba gran parte de la dividida y convulsa emigración.

La lectura de cientos de cartas privadas relacionadas con Máximo Gómez, fechadas todas en los años que cubren la etapa emigratoria que se extendió desde el 7 de marzo de 1878 –cuando arribó a Montego Bay, Jamaica–, hasta el 11 de abril de 1895, en que desembarcó por Playitas de Cajobabo para incorporarse a la guerra –había estallado el 24 de febrero–, posibilitan construir su

18. En otros escritos, el lugar de la carga al machete aparece con el nombre de Pinos de Baire y Venta del Pino.

perfil en múltiples direcciones en los ámbitos políticos, sociales y culturales.

Concluida la Guerrita Chiquita en la cual Máximo Gómez no participó porque había vaticinado su fracaso y cuyo nombre tuvo origen en su brevedad —estalló el 24 de agosto de 1879 y concluyó hacia 1880—, los revolucionarios no se desanimaron y posaron sus ojos en el hombre que consideraban capaz de volver a encender la llama de la insurrección, pues reunía las cualidades suficientes que lo dotaban de un poder de convocatoria que no poseía ningún cubano en esos momentos. Su aprobación para dirigir un nuevo movimiento lo insertó en un mundo revolucionario convulso donde afloraban resentimientos personales que se arrostraban desde la Guerra de los Diez Años, ambiciones desmesuradas, decepciones motivadas por fracasos de expediciones anteriores, desconfianza, criterios contrapuestos acerca del modo de organizar las expediciones y la reticencia de la emigración en cuanto a aportar el dinero necesario para cubrir los gastos.

El esfuerzo fracasó y acentuó aún más las divisiones. Los intereses de grupo se acrecentaron y se tornaron más visibles. Y aunque el prestigio de Máximo Gómez no fue afectado porque se le continuaba considerando como al jefe militar que todos seguirían, dentro y fuera de la Isla, al llamado de la contienda bélica, en lo personal debió sufrir agudas depresiones.

Dos rupturas se habían producido de contenido y forma muy diferentes. Una, la de José Martí, que en carta del 20 de octubre de 1884 le censuraba su método de dirigir el movimiento y le advertía que "*un pueblo no se funda, General, como se manda en un campamento...*".¹⁹ Este rompimiento fue de tipo político y se fundamenta en concepciones contrapuestas para preparar a los cubanos a hacer una guerra con fuertes convicciones ideológicas democráticas que le cerraran el paso al caudillismo militarista en la República conquistada, como había sucedido en la América hispana. Aunque algunos colaboradores de Máximo Gómez le expresaron que la causa del disentimiento de Martí había sido su pretensión de ser jefe del movimiento y otros consideraban que era producto de un afán

19. José Martí, *correspondencia con Máximo Gómez*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 9.

de protagonismo. Los años posteriores demostraron su actitud honesta, cariñosa y de reconocimiento a la autoridad moral del dominicano. El futuro delegado del Partido Revolucionario Cubano veía en Gómez al jefe militar a quien, por derecho natural e histórico, le correspondía la máxima jefatura del Ejército Libertador.

Pero la ruptura del vínculo Máximo Gómez–Antonio Maceo registró otra característica al pasar a las críticas personales. Las censuras impregnadas de pasiones y de justificaciones en el modo de actuar en la dirección del movimiento llegaron al extremo de dañar las relaciones de amistad entrañable forjadas en el campo mambí. Es sorprendente la reacción de resentimiento de Antonio Maceo, que se siente ofendido por el proceder de Gómez en cuanto al financiamiento para el sostén y hospedaje de un grupo de revolucionarios. Así como sorprende la pasividad del dominicano ante los insultos que recibió en una reunión porque habló de forma diferente a como lo hicieron otros miembros del movimiento. En las cartas, fechadas en el año de 1886, Maceo recordó su proceder leal respecto a su antiguo jefe cuando fue depuesto del mando militar por el presidente Carlos Manuel de Céspedes y de su defensa para desligar el nombre de Máximo Gómez de toda responsabilidad en lo que se refiere a la Paz del Zanjón. Por su insistencia en reiterar que él jamás pretendió hacer sombra en el liderazgo de Máximo Gómez, en el movimiento, parece ser que esa acusación –que circuló entre algunos revolucionarios– la consideró una infamia que le produjo una honda herida.

Es de significar que en la actitud de Máximo Gómez de proclamar el cese de la amistad –después se produjo la reconciliación– con Antonio Maceo, y adoptar medidas organizativas que en la práctica cercenaban las posibilidades de formar una expedición, para desembarcar en Cuba al hombre de la Protesta de Baraguá,²⁰ influyeron mucho las informaciones intrigantes que

20. El 15 de marzo de 1878 en Mangos de Baraguá, lugar no muy distante de Santiago de Cuba, a solicitud de Antonio Maceo se efectuó la entrevista con el General jefe del ejército español Arsenio Martínez Campos. En ese encuentro los cubanos intransigentes hicieron saber su descontento con la Paz del Zanjón, que no estipulaba la independencia de Cuba ni la abolición de la esclavitud. Maceo, junto con otros connotados jefes militares, reanudaron la guerra que se extinguiría semanas después. En los días previos al reinicio de la lucha armada los patriotas

le daban algunas de las personas que le rodeaban y le escribían. Claro está que su percepción acerca de Antonio Maceo conformada en la manigua mambisa y en la emigración, le permitieron conocer virtudes y defectos. Cuando se trate de localizar la esencia de lo que originó las tensiones entre Máximo Gómez y Antonio Maceo, dos de los elementos que proporcionaron la crisis de las relaciones fueron la austeridad del dominicano en los asuntos financieros destinados a la Revolución y el celo de autoridad que siempre ejerció. En cuanto al primero, algunos emigrados cubanos le formularon a Antonio Maceo severas críticas por el empleo del dinero y fue el dinero lo que motivó el grave incidente con José Martí, cuando el delegado del Partido Revolucionario destinaba altas sumas para armar la expedición que debía traer a Cuba desde Costa Rica. En lo que respecta al segundo, no olvidemos el protagonismo de dirección que caracterizó a Maceo, condición innata que Máximo Gómez interpretó que iba más allá de lo que le correspondía.

El movimiento revolucionario de los años ochenta evidenció no tanto la incompetencia de Máximo Gómez para dirigir la preparación de la nueva guerra, como la necesidad de repensar sobre los cambios económicos, políticos y sociales, que experimentaba la Isla después del fin de la Guerra de los Diez Años. A su vez, basado en la experiencia anterior de la desunión de los revolucionarios cubanos en el exterior, se tornaba urgente construir el instrumento ideal que daría cohesión a la acción política, centralizar gran parte de los recursos financieros, deslindar la participación, tareas y funciones de los militares y los civiles, sin provocar prejuicios que condujeran al mal endémico que afectaba a los patriotas: las posiciones contrapuestas de civilismo y militarismo. Sólo la fundación del Partido Revolucionario Cubano podría acumular las potencialidades de toda índole que fomentaría la guerra necesaria, según la definición martiana.

A estos años de verdadero peregrinaje continental la historiografía se ha concentrado más en abordar las labores revoluciona-

inconformes elaboraron una nueva constitución, organizaron un órgano gubernamental republicano muy diferente al anterior y reestructuraron el mando militar en la provincia de Oriente. La reunión con Arsenio Martínez Campos ha pasado a la historia de las guerras independentistas de Cuba como la "Protesta de Baraguá".

rias de Máximo Gómez que dedicarle espacio a otras aristas de su vida cotidiana. Esta laguna informativa ha impedido conocer otros rasgos personales del dominicano, que contribuirían a completar su imagen y entender un poco mejor la integridad de la devoción de los cubanos revolucionarios. Sin dudas las muestras de desinterés material, su concepción de la honestidad, la vida sencilla, sin ostentaciones y sin hacer uso de la fama alcanzada, para solucionar sus problemas personales, fueron virtudes que no se pueden desligar del mito.

En Máximo Gómez la ética y la moral eran esenciales para vivir una vida plena sin auto censuras de conciencia, tanto en lo público como en lo privado. Trató de ser consecuente entre el decir y el hacer. Su legado está recogido en decenas de anécdotas que no solo conmovieron a sus compañeros del ideal independentista, sino también a las generaciones sucesivas que acudieron –y acuden– a ella constantemente con múltiples propósitos entre los cuales se halla el hombre paradigma.

Mientras que otros jefes mambises aceptaron gruesas sumas de dinero de las autoridades españolas a manera de una aparente ayuda financiera cuando terminó la Guerra de los Diez Años, Máximo Gómez se negó a recibir esa ayuda que procedía del colonialismo al cual había combatido. Esa posición radical fue intransigente y evitó que cayera en la trampa de la seducción que le tendiera Arsenio Martínez Campos mediante desmesuradas lisonjas en la entrevista que sostuvieron ambos el 27 de febrero de 1878 en Vista Hermosa, Camagüey. El General en Jefe del ejército español creyó que el centro principal de la plática era la cuestión monetaria y con palabras precipitadas, según Enrique Collazo, testigo de la conversación, le expresó:

“Pida, pida por esa boca, porque excepto la mitra del Arzobispo, todo se lo puedo dar”.

Máximo Gómez cortó de inmediato a Martínez Campos con una aclaración que lo paró en seco. En su versión de aquel primer y único encuentro entre dos encarnizados enemigos en el campo de batalla de Guantánamo y Santiago de Cuba, pero con un concepto similar del honor, ha dejado para la posteridad su relato en el cual

se aprecian valores de conducta personal y de ideología que le acompañaron hasta la muerte.

“Le expliqué a Martínez Campos –puntualiza Gómez– que mi entrevista era sólo para, de acuerdo con la capitulación, pedirle un barco que me llevara a Jamaica, donde estaba mi familia. Campos me contestó:

—¿Cómo? Usted no debe, no puede irse; yo necesito hombres como usted para la obra de reconstrucción del país y consolidar la paz.

Le contesté que terminada la guerra, nada me quedaba ya por hacer en Cuba.

Entonces Martínez Campos indicó que podía y deseaba ofrecerme auxilios pecuniarios.

—No es posible –dijo–, que vaya usted a su país con esa ropa miserable.

No acepté su oferta y Campos continuó:

—Yo puedo prestar la cantidad que necesite y luego me la pagará usted cuando quiera y pueda.

Me puse de pie entonces, para decirle:

—General, no cambio yo dinero por estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído, pero sé respetar el puesto que ocupé en esta Revolución, y le explicaré. No puedo aceptar su ofrecimiento, porque sólo se recibe sin deshonor; dinero de los parientes o de los amigos íntimos, y entre nosotros, General, que yo sepa, no hay parentesco alguno, y por la otra parte, es ésta la última vez que tengo el honor de hablarle”.

Por su parte, Enrique Collazo, al describir el final de la entrevista transmite la alta consideración que entre militares pundonorosos como Arsenio Martínez Campos tenían de Máximo Gómez:

“Dentro de la polaina tenía el general Gómez un pañuelo, si pañuelo se le puede llamar a aquel jirón; lo usó un momento y Martínez Campos se lo arrancó casi de la mano, diciéndole:

—Ya que no quiere usted aceptar nada de nosotros, déjeme esto, de lo poco que tiene, para conservarlo de recuerdo.

El General le dijo:

—Con gusto se lo doy y, no obstante ser tan poco, es mucho, porque no tengo otro”.²¹

Máximo Gómez desembarcó con los bolsillos vacíos en Jamaica. Su familia, hundida en la miseria, no disponía de dinero ni para comprar las medicinas para los enfermos. Ante la situación desesperada salió a vender una levita para la que no halló comprador. Entonces su mujer le envió a María Cabrales —esposa de Antonio Maceo— una manta. La gestión de venta fue exitosa y los cinco pesos obtenidos les facilitaron la manutención por un mes. Pero ese era sólo el comienzo de los avatares de una vida que se prolongaría hasta el 11 de abril de 1895, que marcó su incorporación a la guerra de independencia. Durante los 17 años, un mes y 9 días que permaneció fuera de Cuba, Gómez tuvo que pasar por situaciones dramáticas y enojosas para que su familia no se acostara con el estómago vacío. Quizás uno de los momentos más amargos fue cuando le escribió al mayor general Julio Sanguily, para expresarle la verdad desnuda: “En cuanto al machete que me pide, solo me queda la hoja. Un día en que mis hijos no tenían pan, para darles de comer, vendí la plata del puño”.²²

José Joaquín Palma supo de la respuesta de Gómez a Sanguily que le confirmaba la situación de extrema pobreza que comentaban los emigrados cubanos. Y el poeta fue hasta Jamaica para llevarle al antiguo amigo y compañero una oferta de empleo que le había gestionado en Honduras. Su encuentro le evidenció que el cuadro de la familia del dominicano era mucho más trágico de lo que se creía.

“(…) acudí a Jamaica —escribe Palma—, recibiendo una de las más terribles impresiones de mi vida al ir en busca del héroe abandonado, que tantos días de gloria diera a las armas cubanas. Me apretaba el corazón al contemplar la miseria en que vivía aquel hombre con su familia. La casa era un pequeño

21. La reconstrucción de la entrevista ha sido tomada de la obra *Máximo Gómez. El Generalísimo*, de Benigno Bouza, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, pp. 90-91.

22. Benigno Souza: *Ibid*, p. 95

bohío de paja con piso de tierra, los muebles eran tan escasos que puede decirse que no existían, y Gómez, tan sumido estaba en oscuros pensamientos, torturado Dios sabe por cuántas terribles preocupaciones, la cabeza hundida entre las manos, los codos apoyados sobre las huesudas rodillas, que no advirtió la presencia de quien venía desde Honduras para verlo".²³

Muchas veces su dignidad se opuso a las intenciones de manipulación, como sucedió cuando ocupaba, con el grado de General de División, responsabilidades de importancia en el ejército de Honduras, aunque corría el riesgo de perder el empleo.

En fin, la mala suerte en casi todos los negocios emprendidos, la escasez de trabajos que se reducían a la eventualidad, con salarios paupérrimos y su entrega a la causa revolucionaria le obligaron a hacer, por imperiosa urgencia, ocupaciones laborales disímiles.

Estos años de Máximo Gómez, caracterizados por el retorno a su vida de labor, vinculada a la tierra que ya había experimentado en su Baní natal y en El Dátil, de obrero y, hasta de empresario como sucedió en Guayacanes, no han sido reconstruidos mediante la investigación histórica. No obstante, las informaciones disponibles son suficientes para afirmar que su actitud digna, distante de compromisos financieros que le pudieran comprometer al adoptar posiciones contrarias a su manera de pensar y de ser, le dotaron de un prestigio que venía a completar al que había alcanzado en la guerra.

La leyenda se transforma en mito

Pero el prestigio del talentoso militar para concebir campañas ingeniosas que se materializaban en grandes combates y batallas y el guerrero excepcional de la Guerra de los Diez Años se acrecentó aún más durante la gesta independentista para convertirlo más que en una leyenda, en un mito.

23. José Joaquín Palma, *toda una vida*: La Habana, Imprenta El Siglo XIX, 1948, p. 74.

Tres hechos de carácter estratégico y otro táctico le llevaron al cenit de su carrera militar. Uno de ellos, la invasión que llevó la guerra desde Oriente al extremo occidental de Cuba, es el más conocido, y hoy día es material de estudio en las academias militares de muchos países de todos los continentes. Los otros dos fueron las campañas de La Habana y La Reforma que han sido menos difundidas en el extranjero. Ambas, de características diferentes, son una verdadera joya del arte militar de finales del siglo XIX, donde el espacio y el tiempo devienen en factor decisivo para liquidar al adversario mediante el agotamiento.

En el pensamiento militar cubano, el objetivo estratégico de invadir a las provincias occidentales era decisivo para consolidar, desarrollar y alcanzar el triunfo independentista. La base de la riqueza de la Isla sustentada por el azúcar, el tabaco y otros productos se hallaba en el occidente. También en esta área geográfica se concentraba la mayor parte de la población. A su vez, la lucha armada traspasaría los límites regionales para pasar a ser nacional, lo que originaría que lucha armada y proyecto patriótico fueran armónicos.

La concepción del plan invasor y el modo de hacerlo le correspondieron a Máximo Gómez en estrecha colaboración con Antonio Maceo Grajales. Para vencer el gran reto que significaba emprender una marcha de más de 900 kilómetros por territorios muy diferentes y la activa resistencia que hallarían en el ejército español apoyado por voluntarios y otros defensores del sistema colonial, requería de un pensamiento creador. Una vez más, Gómez demostraría su sentido del espacio para hacer el movimiento adecuado y la utilización del tiempo para llevar a efecto la gran empresa con el arma de la caballería como mayoritaria y la infantería en función complementaria.

Para garantizar la primera parte del plan invasor, Gómez ejecutó una constante en él: se trasladó a Camagüey y a Las Villas para atraer fuerzas españolas. Con esta maniobra se proponía facilitar el avance del contingente oriental de Antonio Maceo, que después de muchas vicisitudes emprendió la marcha desde los Mangos de Baraguá el 22 de octubre de 1895. El lugar seleccionado respondía más al símbolo patrio de su protesta intransigente que a consideraciones de orden táctico militar.

El avance por territorio villareño se caracterizó por importantes acciones de guerra, siendo el combate de Mal Tiempo, librado el 15 de diciembre en la jurisdicción de Cienfuegos, uno de los más históricos de todas las guerras por la independencia. Por vez primera una carga de caballería mambisa desarticulaba un cuadro de infantería español a nivel de batallón. Hasta ese día los teóricos hispanos no se cansaban de repetir que ese tipo de formación defensiva era imposible de romper.²⁴ Máximo Gómez —acompañado de Antonio Maceo— le demostró que no era tan inexpugnable.

Fue en la llamada contramarcha estratégica —también se le conoce como lazo de la invasión—, en la provincia de Matanzas, donde Máximo Gómez realizó una magistral maniobra de desinformación concebida por tres elementos básicos: espacio, tiempo y velocidad.

El 23 de diciembre de 1895, los insurrectos libraron un cruento combate en el poblado de Coliseo. Sus bajas de muertos y heridos fueron elevadas. Más al oeste, el General en Jefe del ejército español, Arsenio Martínez Campos había reforzado la línea estratégica defensiva de Guanábana hasta Las Cañas, cuya misión consistía en no dejar pasar la columna invasora. Con el propósito de debilitarla, los insurrectos, cuando llegaron a Sumidero, volvieron sobre su marcha y a un ritmo acelerado enrumbaron hacia el este y estesudeste. Martínez Campos cayó en la trampa al creer que los mambises se retiraban. Apresuradamente extrajo tropas con el marcado fin de perseguir y entablar sucesivos combates que desgastaran a los invasores. La supuesta retirada concluyó en Indio, territorio de Las Villas, pero muy próximo a la provincia de Matanzas. Ya sin el impedimento de los heridos, la columna invasora emprendió de nuevo su avance hacia el oeste. Con marcha

24. En cada lado del cuadro había tres hileras de infantes. La primera permanecía arrodillada y las otras dos de pies. Cuando la primera terminaba su descarga cerrada, le seguía la segunda y después la tercera. De nuevo comenzaba la primera y así sucesivamente. El intervalo de tiempo con fusiles de tiro rápido era muy corto, lo que originaba muchas bajas a la caballería antes de llegar al cuadro. En cada ángulo se colocaba un cañón y en el centro se situaba la caballería española que entraba en acción cuando el enemigo, frustrado y diezmado, emprendía la retirada. Napoleón Bonaparte hizo del cuadro un verdadero arte y de una excelente efectividad.

rápida para no dar tiempo a los españoles a concentrar fuerzas superiores, llegaron al pueblo de Calimete y entraron en combate. Pero no pudo impedir el avance impetuoso de los mambises, que festejaron, en campaña, el primer día del año nuevo en la provincia La Habana, territorio en que tendría la oportunidad de aplicar su concepción del espacio y el tiempo en forma novedosa.

Quien desee precisar las contribuciones militares de Máximo Gómez a las guerras de independencia de Cuba y a la historia universal, necesariamente debe dedicarle investigaciones profundas a su concepción de la guerrilla como instrumento eficaz en la lucha armada irregular y la utilización del espacio y el tiempo. Porque Máximo Gómez casi siempre estuvo condicionado a combatir con escaso material bélico y contra fuerzas superiores en una isla larga y estrecha, —excepto Oriente y Camagüey— que contaban con magníficas vías de comunicación para la época, sobre todo en La Habana y Matanzas, y en caseríos y pueblos usados como centros de operaciones por el enemigo. Las campañas militares desarrolladas en La Habana (1896) y La Reforma (1897) en el territorio espirituario, casi en el centro de la Isla, avalan la aseveración anterior que dista de estar impregnada de hipérboles.

La región habanera, de unos 4,852 kilómetros cuadrados en 1899, después de casi tres años de guerra, tenía una población de 424,804 habitantes, para una densidad aproximada de nueve personas por kilómetro cuadrado. Además de contar con la capital de la Isla en su territorio, había 38 términos municipales.

La provincia sobresalía por sus llanuras interrumpidas por elevaciones menores al centro y norte; la agricultura comercial se diversificó con tendencia a la pequeña y mediana propiedad que quedaba delimitada por las cercas de piedra. Estas cercas eran tan abundantes que Máximo Gómez consideró que formaban un laberinto muy perjudicial para su caballería, al restarle velocidad en sus movimientos y dificultar las cargas de esta arma. Por eso ordenó abrir boquetes para que el nuevo teatro de operaciones no fuera tan adverso. Su columna sobrepasaba los 1,200 hombres, casi todos montados.

Los jefes militares españoles disponían de cientos de kilómetros de vías férreas por lo que podían trasladar, en horas, soldados de un extremo a otro de la provincia. Además, en los centros urbanos,

el alto mando hispano había concentrado tropas regulares que operaban diariamente en sus respectivas jurisdicciones.

El conjunto de factores geográficos, demográficos, de comunicaciones, de predominio de una agricultura comercial sustentada por pequeños y medianos productores, y la alta prioridad estratégica y táctica que tenía el territorio habanero, conformaban un teatro de operaciones muy complejo para Máximo Gómez. Por vez primera el dominicano afrontaba un reto de esta naturaleza. El gran reto culminó en uno de sus grandes triunfos militares en Cuba. El éxito principal consistió en materializar su plan estratégico de atraer fuerzas del ejército español con el propósito de facilitarle el avance al mayor general Antonio Maceo, hacia el extremo occidental de la provincia de Pinar del Río.

Durante cuarenta y cinco días —desde el 7 de enero hasta el 22 de febrero de 1896— en que permaneció en la provincia habanera, Máximo Gómez libró unos veinte combates de importancia. En su constante movimiento, el General en Jefe llegó a estar cercado por tres columnas enemigas, como sucedió el 29 de enero, cuando estuvo acampado en el ingenio Pulido, Alquizar. Aquel día, los estrategas españoles dislocaron una columna al norte del pueblo de Alquizar; otra en el rastro dejado por la columna de Gómez al oeste, y la última, en La Luisa, Güira de Melena, al este. Al sur, única dirección que había para evadir el cerco, estaba la franja cenagosa de la provincia.

Máximo Gómez, con una marcha parecida a una media luna, rompió el cerco después de un breve combate. A esta continua persecución del ejército español, que destinó unos 50,000 efectivos con el objetivo de aniquilar al General en Jefe, había que añadirle la escasez de cartuchos de guerra. Esta situación se agravaba aún más cuando, por las características de la provincia, con sus cercas de piedra, las cargas al machete no podían darse con frecuencia y se veían obligados a combatir con armas de fuego, por lo que las reservas de parque disminuyeron notablemente en los dos primeros combates.

Sólo el talento de Máximo Gómez pudo solucionar aquella situación tan complicada. Sus marchas hacia el oeste, norte, sur y este de la provincia desinformaron a los generales españoles en cuanto a su exacta posición. Ese movimiento continuo de aparien-

cia alocada, sin sentido, sin un objetivo preciso de sus pretensiones, desorientó a los jefes militares hispanos y posibilitó equilibrar las condiciones desiguales entre ambos bandos beligerantes.

Estudiar sobre el mapa de la provincia habanera la trayectoria de Máximo Gómez es casi imposible. Las marchas diarias adquieren figuras geométricas de diversos tipos que han pasado a la historia militar cubana como la Campaña de La Lanzadera.

Por otra parte, la Campaña de La Reforma, que se desarrolló casi toda en territorio espirituario, Gómez la concibió, al igual que la de La Habana, como un objetivo táctico para atraer hacia él fuerzas españolas. El alto mando español, al trasladar tropas hacia el centro de la Isla, disminuía la presión ejercida sobre las provincias occidentales.

Sus preparativos comenzaron cuando Máximo Gómez recruzó la trocha de Júcaro a Morón²⁵ en dirección a Occidente, el 26 de diciembre de 1896. El primer encuentro bélico se efectuó el 27 de enero de 1897, con el ataque al poblado de Arroyo Blanco. Después, durante un año aproximadamente, Gómez participó en unas veintiséis acciones de guerra de importancia. El 42% de los encuentros bélicos fueron ataques enemigos a su campamento. El porcentaje expuesto muestra la persistente persecución a que fue sometido el General en Jefe.

La tendencia de la Campaña de La Reforma, en cuanto al número de hombres bajo las órdenes directas de Máximo Gómez para entrar en combate, oscilaba entre los 180 y 250. La cifra era el resultado de la táctica de disgregar las fuerzas mambisas ya que las columnas españolas operaban militarmente con 1,000 y 2,000 soldados de las tres armas.

25 La trocha de Júcaro a Morón fue construida de norte a sur en el entonces territorio camagüeyano. Se concibió desde la Guerra de los Diez Años, para evitar el pase de los mambises hacia el occidente de la Isla. Su tarea estratégica consistió en aislar a los insurrectos. En más de sesenta kilómetros se construyeron fortificaciones, una vía férrea, fosos, empalizadas y se tendieron alambradas. Se destinaron miles de soldados para hacerla inexpugnable. Sin embargo, su efectividad fue relativa, pues muchas veces fue cruzada tanto en la guerra grande como en la de Independencia.

Máximo Gómez, al cruzarla el 6 de enero de 1875, fue herido en la garganta. La primera de las dos que recibió en la guerra de Cuba.

En un espacio muy reducido de unos 160 kilómetros cuadrados, Gómez se movió insistentemente hacia todas las direcciones. En la extensión apuntada, los españoles situaron en operaciones hasta 6,000 hombres. De acuerdo con la historiografía de la historia militar de Europa o América latina, un General en Jefe de un ejército tuvo que afrontar una situación semejante. Al analizar los movimientos de los insurrectos y de los españoles, parece como si se tratara de un juego formidable entre el cazador y su presa, donde la víctima encerraba a su perseguidor. La alta jerarquía militar española poco pudo hacer en sus propósitos de paralizar los movimientos de Gómez, pues no logró imponer su táctica.

Máximo Gómez, sustentado en sus servicios de exploradores e informantes, conoció con regularidad los movimientos enemigos. Con las informaciones recibidas elaboró variantes disímiles. Si la columna española avanzaba hacia su campamento, dejaba un pequeño contingente para hacerle frente y él se ubicaba a la retaguardia de los atacantes. En otras ocasiones se decidía a presentar combate y le arrebatava al enemigo la iniciativa, al provocarlos con descargas de armas de fuego de caballería, para conducirlos a las emboscadas que preparaba. No pocas veces le hacía fuego con el interés de frenar su avance y utilizar el tiempo imprescindible para emprender un desplazamiento rápido y evitar el combate.

La Reforma es un ejemplo ilustrativo de cómo desgastar al enemigo, sin emplear recursos bélicos. Con perfecto conocimiento de las condiciones naturales de los territorios del Occidente camagüeyano y Las Villas oriental, Gómez impuso sus movimientos continuos como forma de hacer bajas al enemigo europeo. Cientos de soldados fueron recluidos en los hospitales o murieron por enfermedades tropicales. Aquí, precisamente, radica uno de los aportes fundamentales de cómo sostener una lucha armada sin grandes y sistemáticos combates.

La intervención militar del gobierno de Estados Unidos de América en la guerra de independencia de Cuba que se produjo el 25 de abril de 1898 con el bloqueo naval de La Habana, introdujo un cambio en el carácter de la lucha armada que libraban los insurrectos contra el colonialismo español. El nuevo conflicto bélico se perfiló como un enfrentamiento entre un imperio español decadente y Estados Unidos de América, que comenzaba a materializar sus

intereses geopolíticos mediante su estrategia expansionista. La guerra tuvo un alcance mundial cuando el teatro de operaciones abarcó a Puerto Rico y las filipinas, en Asia.

Máximo Gómez quedó aislado en Las Villas, pues las acciones principales se desarrollaban en la provincia de Oriente. No tuvo la oportunidad de ejecutar su pensamiento militar en la nueva guerra de características muy diferentes a las que había sostenido con los cubanos.

El General en Jefe era de criterio de que un desembarco de tropas norteamericanas no lo necesitaban los cubanos para derrotar a España. Sólo agradecerían la ayuda en armas, cartuchos de guerra, alimentos y otros artículos deficitarios en las filas del mambisado. Estimaba que con esos suministros y el bloqueo naval, la resistencia española no pasaría de unos meses. Pero consumada la intervención militar, ideó un plan estratégico de avanzar y cercar a la capital de la Isla, que hubiera evidenciado una vertiente novedosa de su pensamiento militar. Sin embargo, el plan se frustró al no recibir el apoyo requerido por jefes cubanos y de Estados Unidos —que veían con recelo la idea—. La desconfianza norteamericana era comprensible si se le mira desde su perspectiva estratégica. La ocupación de La Habana, por el Ejército Libertador, devendría en obstáculo a las posibles intenciones de ocupación de la Isla —como así sucedió— por el ejército estadounidense.

En la denominada Guerra Hispano-Cubano-Americana, más que el Máximo Gómez militar hallamos al símbolo de la legitimidad y del derecho histórico de los revolucionarios cubanos a la constitución de un estado con soberanía plena.

Un pensamiento en franca evolución

El mito militar de actos heroicos y de genio guerrero ha tendido un manto que ha imposibilitado conocer a cabalidad la ideología y el pensamiento político y social de Máximo Gómez. De eso se ha encargado la historiografía al dedicarle el grueso de sus investigaciones a los asuntos militares. Este déficit de estudios integrales fue detectado por Emilio Roig de Leuchsering, que de inmediato se

dedicó a trabajar en la dirección de divulgar documentos.²⁶ Pero aún, a los casi setenta años del alerta dado por Roig, se ha avanzado muy poco desde el enfoque interpretativo.

Todo parece indicar que el punto de partida para conocer en sustancia más abarcadora el pensamiento de Máximo Gómez se puede localizar a principios de la década de los ochenta. La razón radica en la insuficiente documentación. En sus casi veintinueve años de vida dominicana, Máximo Gómez no ha dejado huella escrita de su forma de pensar. Una etapa de acontecimientos de naturaleza disímil se encuentra en la invasión haitiana de 1855 y la Anexión de República Dominicana a España, en 1861. En lo que respecta a esto último, su participación como combatiente activo contra los restauradores de la soberanía dominicana la atribuiría más tarde, cuando ya era un revolucionario anticolonialista convencido a:

"Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil, oscura, porque realmente la Revolución (Restauradora) se presentó más que defectuosa, enferma, fui inevitablemente arrastrado por la vida impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la isla de Cuba, a manera un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas".²⁷

En su argumento justificativo, Máximo Gómez priva al lector y a la posteridad, de una explicación detallada de las causas que le produjeron su ceguera y en qué consistió esa falta de visión política; cuáles eran los defectos de la revolución restauradora y qué tipo de enfermedad padecía. Su referencia a la condición de joven no parece ser convincente, pues cientos de coetáneos optaron por el camino del antianexionismo.

26. Emilio Roig de Leuchsering preparó y publicó en 1936, en el centenario del legendario dominicano, el volumen *Máximo Gómez, su ideología político-revolucionaria*. Este título formó parte de la colección *Ideario Cubano*.

En la vertiente de obra documental han sido muy valiosas *Cartas de Máximo Gómez y Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, de Emilio Rodríguez Demorizi, y *Algunos papeles políticos de Máximo Gómez*, de Amalia Rodríguez Rodríguez. 27 *Notas autobiográficas. El viejo Eduá, Crónicas de la Guerra*. Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1965, p. 44.

Por su parte, los historiadores dominicanos han relacionado la actitud de Máximo Gómez en contra de la Restauración a los desmanes cometidos por Pedro Florentino en Baní e incluso el fusilamiento de su cuñado. A lo anterior le añaden el asentamiento de una importante población canaria, de la España peninsular y la influencia que ejercía el general Pedro Santana en gran parte de los banilejos.

El Máximo Gómez abolicionista radical que aspiraba a liberar a los esclavos mediante el machete y la tea incendiaria, le abrió las puertas al ferviente revolucionario anticolonial y la revolución fue la levadura de su conciencia antillana.

Entre los múltiples componentes que intervinieron en la formación del ideal antillano de Máximo Gómez ocupan un lugar de influencia decisiva el proceso independentista cubano, las lecturas del pasado histórico que abarcaron desde las comunidades aborígenes, la conquista y colonización española, el proceso de emancipación y las relaciones sostenidas con pensadores forjadores de la contienda antillana como Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances, y de la América nuestra concebida por José Martí; así como otros antillanos encabezados por Gregorio Luperón.

Desde un principio el proceso emancipador cubano fue desvinculado del patrón estrecho de un nacionalismo que miraba hacia dentro. Por necesidad histórica la Revolución reclamaba la solidaridad internacional –sobre todo– de las antiguas colonias hispanas y, a su vez, los patriotas cubanos entendían que estaban obligados a la reciprocidad mediante la inclusión de Puerto Rico en su objetivo militar de expulsar los últimos vestigios del colonialismo español en América. Las Antillas eran miradas en perspectiva, por los cubanos como un proyecto de nuevo tipo centrado en el destino común. Uno de los mejores exponentes de ese ideal lo hallamos en el pensamiento martiano, cuando puntualizó: *“Las tres Antillas que han de salvarse juntas o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglo atrás se vienen cambiando los hijos y envidiándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo”*.²⁸

28. José Martí. *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1962, t. 4, p. 406.

Quizás entre los aspectos más ignorados que se tiene sobre Máximo Gómez esté su conocimiento de la historia y cómo influyó esta en la formación de sus ideas antillanas. Se sabe, por testimonio de sus compañeros de armas, que en las conversaciones el legendario dominicano demostraba un amplio dominio de la historia militar universal. Pero él también se interesó por todo lo concerniente al proceso histórico de las Antillas.

"(...)Yo noto leyendo la historia de ambos pueblos -le dice a José Dolores Poyo- (Cuba y Santo Domingo) que desde la época de la bárbara conquista... existe una cadena de unión cuyo principal eslabón se encargaron los españoles de fabricar con la sangre de Hatuey. El estrecho canal de los vientos no es suficiente para desligar a dos pueblos hermanos por la sangre y por idénticas desgracias y dolores. Por eso yo siento placer, por lo provechoso, en instruirme con la historia de uno y otro pueblo".²⁹

Otro componente de influencia en la conformación del ideal antillano de Máximo Gómez fueron las relaciones con los puertorriqueños Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances, su compatriota Gregorio Luperón y José Martí. Al respecto hay que tener presente la confesión pública formulada por Gómez en 1903, cuando expresó que Hostos, al igual que Ramón Emeterio Betances, había sido para él una especie de mentor.

¿Por qué dudar de que fueron Hostos y Betances los que más le aportaron a su aparato conceptual de diseñar el proyecto de una confederación antillana? Idea de gran arraigo en su pensamiento por los años ochenta y que se extinguiría hacia la década del noventa. Pero es de lamentar que en la vasta papelería de Máximo Gómez aún no se han localizado definiciones y argumentación que nos aproximen a los lineamientos de un proyecto sustentado en la identidad antillana.

No obstante, le afirma a Ramón Emeterio Betances, desde Panamá, en 1887: *"(...) llamo la Patria, Santo Domingo, Cuba y Puerto*

29. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 36, No. 19.

Rico".³⁰ Doce años después daba evidencia que su concepción de identidad antillana permanecía inalterable cuando con tinta que olía a frustración debido a la ocupación de Puerto Rico por tropas norteamericanas como resultado de la guerra entre Estados Unidos de América y España, a Eugenio María de Hostos le dice: "*La tristeza suya que es la de su patria, ha sido también dolor para nosotros: los antillanos somos doblemente hermanos, y el amor a la tierra nativa alcanza por igual a las tres islas enclavadas en el cruce de dos mares y llamados a un gran porvenir...*".³¹

Para Máximo Gómez "*la patria antillana se alcanzaría el día en que mediante una ley que con muy insignificantes restricciones declarase que (y lo mismo con Puerto Rico cuando fuera libre) el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa*".³²

Pero de forma paralela, para Máximo Gómez había otras patrias que no quedaban enmarcadas en las Antillas mayores hispanoparlantes. Así lo demostró durante sus gestiones de solicitud de ayuda a las máximas autoridades de algunos países latinoamericanos. En efecto, el 27 de octubre de 1884, al escribirle al presidente de México, Porfirio Díaz, le expresa: "*(...) creo usar de un derecho y... un deber al llamar a sus puertas, al buscar una mano protectora, cuando la heroica Cuba se prepara por segunda vez... a la lucha desigual para limpiar a la América, nuestra patria común, del despotismo que la afrenta*".³³

La constante evolución del concepto de patria de Máximo Gómez arriba a su máxima expresión cuando en plena coincidencia con el ideario martiano de que Patria es Humanidad, enfatizaba que en Cuba había peleado por la humanidad.

El pensamiento de Máximo Gómez se radicalizaba en correspondencia con hechos muy concretos como fue el desarrollo económico

30. Carta de Máximo Gómez a Ramón Emeterio Betances, fechada en Panamá el 30 de noviembre de 1887. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 8, No. 3.

31. Carta de Máximo Gómez a Eugenio María de Hostos. En Emilio Roig de Leuchsering: *Hostos y Cuba*, pp. 106-107.

32. Carta de Máximo Gómez a Bernarda Toro, del 27 de julio de 1896. En Amalia Rodríguez Rodríguez, *Ob. Cit.*, p. 12.

33. Carta de Máximo Gómez a Porfirio Díaz. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, Legajo 81, No. 8.

que había alcanzado Estados Unidos de América en los años noventa del siglo XIX y sus pretensiones de expansión territorial. En tal sentido, la instauración de una República en Cuba y la preservación de "nuestra América" en el noble sueño de José Martí, corría un grave peligro. Una lectura detenida de sus escritos en estos años evidencia que la conciencia política de Gómez se torna más profunda a raíz del trato discriminatorio que reciben los insurgentes cubanos al concluir la guerra y durante la ocupación de la Isla por el ejército estadounidense. Observa, con aire de frustración, que el futuro de una Cuba independiente se mostraba incierto. Ante la nueva coyuntura que abría una nueva época, su nacionalismo —no era incompatible con el antillanismo y el latinoamericanismo— fue consecuente hasta el último día de su existencia.

La pluma mambisa: un arma de combate

Si del Máximo Gómez pensador aún queda bastante por conocer, la de escritor no ha sido objeto de investigaciones que permitan conocer su alcance. Esto no quiere decir que algunos de sus escritos no recibieran discretas publicaciones. De lo que se trata es del análisis sobre la proyección de sus escritos y no de evaluarlo como literato, condición a la que no aspiraba.

A la interrogante: ¿Por qué escribe Máximo Gómez?, la respuesta la hallamos cuando expresó: "*Todo lo borra el tiempo*", para añadir después, al referirse a uno de los combates más cruentos de la Guerra de Independencia: "*¡Cuántos viajeros pasan por ahí ignorantes del recuerdo cruento y honroso a la vez, que el país cubano guarda en las solitarias llanuras de Palo Seco!*"³⁴

El significado de la historia, de los hombres que la hacen y su papel y lugar en el proceso anticolonial cubano formarán parte constante en la inmensa mayoría de sus escritos de relato histórico, plasmado en el trasfondo de los géneros por los que incursionó.

34. Máximo Gómez: *El héroe de Palo Seco*. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.* La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, 1927, p. 22.

Consciente de que estaría en el punto de mira de los críticos, les dejó esa aclaración:

*“Si la historia ha de representar en sus páginas la justicia y la verdad más pura, inspirado en ella es que me propongo narrar la brillante de Palo Seco en la década guerrera de Cuba, con mi propio criterio, mis impresiones propias, mi estilo inculto y desaliñado; pero con propósito leal y honrado, como fiel servidor de la noble causa cubana. No tienen acceso en mí –bueno es decirlo– ni ansias ni deseos de gloria, tampoco motivo de renombre que protesto con firmeza no merecer”.*³⁵

Para que no quedaran en el olvido escribió relatos históricos de contenidos disímiles pero con el mismo objetivo de salvar la memoria del pueblo cubano insurgente. Mediante su herencia patriótica, la nueva generación, también las venideras que se incorporarían, podrían nutrirse de la herencia aportada por el teniente coronel Baldomero Rodríguez a quien consideró héroe de la sangrienta victoria insurrecta.

Otro de sus personajes, el célebre José Maceo, fue protagonista de una hazaña que raya en la ficción. Durante un combate, días después de su desembarco, quedó aislado en una zona inhóspita de Baracoa, en el extremo oriental de Cuba. Rodeado de enemigos, sin agua suficiente para saciar la sed, y sin comida, sólo su voluntad férrea le permitió resistir. El mensaje que transmite el relato de Gómez es que el hombre con una ideología patriótica puede imponerse a las adversidades más insospechadas y vencer.

En el caso de Eduardo, más conocido como el viejo Eduá, se observa la sensibilidad de sacar a letra de molde a los hombres anónimos, a esos que se quedan sin historia escrita por su condición social, como sucedió con los negros que sufrieron la esclavitud.

Sin duda que la Guerra de los Diez Años marcó muy hondo a Máximo Gómez. El dominicano había registrado una experiencia muy diferente a la que había experimentado en Santo Domingo en la contiendas bélicas en las que participó. La primera guerra eman-

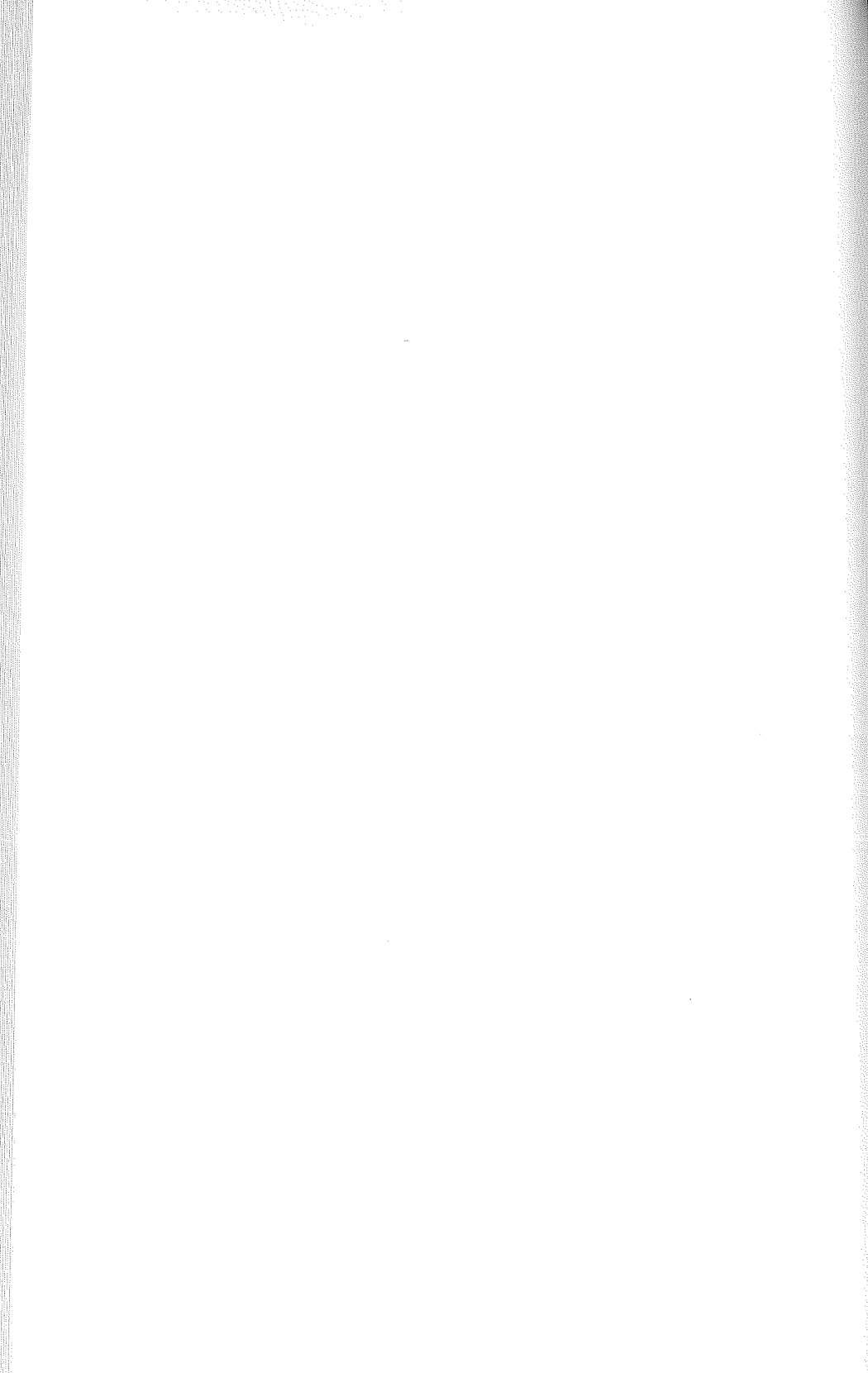
35. *Ibid*, p. 23.

cipadora cubana se caracterizó por conmovedores pasajes dramáticos que merecían darlos a conocer. Fue así como, sumido en los recuerdos, en una Honduras que le había acogido con generosidad en 1881, escribió lo que parece ser su gran primer relato: *Recuerdos a mis hijos, Página dedicada a mi hija Clemencia, Episodio de la Guerra de los Diez Años*.

El Máximo Gómez escritor evidencia una vocación natural por escribir para satisfacer su espiritualidad, que le exige esa labor. Aunque le agobien las adversidades económicas, los problemas familiares y aún en plena guerra, no deja de hacerlo. A veces para defenderse de acusaciones que entiende injustas, acude, de forma apresurada, a redactar un folleto, en Jamaica, para explicar con su testimonio y el análisis, el porqué se produjo el Convenio del Zanjón. Un tratado de paz sin independencia en el cual considera que no tiene responsabilidad. En otras ocasiones deja que su imaginación vuele para que broten *La fama y el olvido, El sueño del guerrero y Momentos de ocio*. Dialogo.

En síntesis, todos los escritos de Máximo Gómez tienen un objetivo muy bien definido: servir a la Revolución. Un servicio donde las armas de combate y el pensamiento desempeñaron, en su prolongada vida, un solo sentido: los ideales de una sociedad republicana más humana.

FRANCISCO PÉREZ GUZMÁN



**FRAGMENTOS DEL
DIARIO DE CAMPAÑA**

**(Hechos, reflexiones, conceptos, desilusiones,
conflictos y frustraciones)**

EN EL LARGO CAMINO DE FUNDACIÓN DE LA NACIÓN CUBANA

1869

Agosto 9

Al Mayor General Luis Marcano trataron de asesinarlo la noche del 9 de agosto de 1869, pero logró salvarse herido en la cara, de machete, así como su hermano Félix; debiendo ambos su salvación a Nicolás Chala, que en medio del aturdimiento se lanzó sobre los asesinos, matando a Faustino Varona, y lograron fugarse y presentarse a los españoles en Manzanillo: Joaquín Ponsuelas (a) El Mulato, Roblejo, Lico Garcé y Pepe Varona.

Más tarde, el General Marcano, ya repuesto de su herida volvió a entrar en campaña y después del ataque al Congo, el mismo día fue muerto, y según informes y datos que he podido recoger, su muerte fue debida a los mismos cubanos —Hall un subalterno de Marcano era su enemigo, y habiéndole dado unos planazos a un soldado; Hall le dijo a este que debía matar a Marcano y como el mismo día el enemigo persiguió nuestras fuerzas, éstos se dispersaron, y el General que seguía por una vereda, con dos o tres que le acompañaban, salió un tiro del monte que lo hirió de muerte en una ingle; los compañeros le dejaron, mas después apareció su cadáver a algunos pasos de allí, sin que le faltara ninguna de sus armas y prendas.

Algunos días después se presenta Hall a los españoles en Manzanillo, y por confidencias fidedignas se supo, que dijo que él había muerto al General Marcano.

Nadie más se acordó del valiente General, que tantos servicios había prestado a la Causa de Cuba, pero ni el gobierno ni nadie ha dedicado una página ni un recuerdo a su memoria —su pobre viuda, si no hubiera sido por su tío el General Díaz,¹ probablemente hubiese padecido de hambre y desnudez.

Únicamente el Teniente coronel Pedro Martínez que fue su Secretario, es el único cubano que cuando se reúne conmigo le oigo hablar con entusiasmo del olvidado General.

Cualquiera que no sea dotado de un alma fuerte y de muy rectos principios, no se expondría a trabajar por la democracia; pues ésta siempre ha sido ingrata, pues no sólo se olvida de sus más fieles servidores, sino que muchas veces los arrastra y pisotea.

Más tarde, la desgracia que perseguía a todo el que rodeaba al General Marcano —hace que la pobre viuda, la infeliz Lorenza Díaz, sufra una muerte desastrosa: un chino tumba una inmensa ceiba, que cerca del rancho de Lorencita estaba el árbol, cae sobre aquel y la infeliz viuda queda sepultada bajo el terrible golpe.

1872

Junio 8

El Gobierno me ha pedido un número de convoyeros que no puedo darle de momento, pues necesito pasar una revista general a la columna, para ver si consigo sacar algunos, los puntos donde se ha acampado no han sido apropiados para ello, y esperaba acampar en un punto abierto donde las tropas pudiesen formar con orden y comodidad.

El Gobierno se cree que yo no cumpliré mi oferta, a éste asunto particular le da un carácter oficial y de Gabinete, pues esto de los convoyeros no lo conoce la Ley de Organización Militar, —por ese motivo soy depuesto— en momento en que lleno de entusiasmo y bullendo en mi mente el plan de un movimiento que me promete reputación y gloria, marchó al frente de 400 hombres.

1. Se refiere a su compatriota Modesto Díaz.

Este paso me ha traído el desengaño, y pienso que los hombres que componen el actual Gobierno de Cuba, no están a la altura de la revolución, y con ellos no podrá nunca triunfar ésta, pues matan las aspiraciones del Ejército y carecen absolutamente de tacto para desenvolverse hasta en las cuestiones de poca entidad.

El Corol. Maceo² queda al frente de las tropas y yo marché el mismo día a cumplimentar la orden, —acampo en Piloto de Musteliet donde permanezco, pues mi salud se ha quebrantado.

1873

Junio 13

Se escribe la noticia ya confirmada de la pérdida del Gral. Agramonte, y el Gobierno dispone que salga inmediatamente para aquel Estado, a hacerme cargo del mando como ya se había prevenido, así lo hago, marchando hasta el Purial donde hago noche.

Julio 9

No podré en verdad formar aún verdadero juicio del estado de las tropas del Camagüey, pues apenas he visto una pequeña parte. Sin embargo de ello, puedo deducir, porque se demuestra el carácter organizador del Gral. Ignacio Agramonte; que a pesar de que aquel Gral. no tenía ni siquiera nociones de milicias, son las tropas, que bajo su dirección presentan hoy, más y mejor organización de todo el Ejército que combate. Y es que aquí en el Camagüey, solo él sin ser molestado por los poderes Civiles, supremos, de Gobierno y Cámara, pudo hacer efectiva la disciplina. El haberse disgustado el Gral. Agramonte y Céspedes,³ fue un bien para la revolución en Camagüey y por lo tanto para Agramonte mismo, pues alejó el Gobierno de él y eso fue lo mejor.

Octubre 16

Mis ayudantes pasan algunas horas alegres; pues reunimos a las familias Gómez y Cisneros; se le dio una comida y se pasó la noche del 16 un tanto divertida; todo con mucho orden y moralidad. Algunas horas pasé contemplando nuestra agreste reunión, debajo de

2. Se trata de Antonio Maceo Grajales.

3. Carlos Manuel de Céspedes, presidente de la República en armas.

las palmeras, pues había mucho de poesía pero de aquella poesía sublime que se siente en el alma y que habla del corazón.

Nadie más que nosotros mismos que sobrellevamos la vida azarosa de una guerra, como la que hace cinco años venimos sosteniendo, puede formarse una idea de cómo se regeneran las costumbres de un pueblo, por medio de una guerra que la haga independiente. Como se nota que cada individuo se respeta a sí mismo y el orden y la moralidad que reina en el seno de las familias consolida el bienestar de la sociedad, y en la reunión de que hago mención todo esto se podía estudiar. Sí, porque debajo de unas palmeras, en medio de un bosque, un grupo de hombres y mujeres se conducían como si fuese en un salón de rigurosa etiqueta.

1874

Abril 23

Paso oficio al Gobierno manifestándole los inconvenientes con que he tropezado para llevar a efecto la invasión de Las Villas,⁴ como pienso llevarla a cabo de mi propia cuenta, pues mientras tanto el Gobierno toma la iniciativa en este asunto, no podrá contarse con la reserva ni el secreto que exige un movimiento de esta naturaleza.

He dado pues, órdenes de descanso a nuestras tropas y después concertar y de nuevo poder organizar el movimiento.

Mayo 20

En el mismo lugar, recibo comunicación del Gobierno, cuyo contenido bastante desagradable, pues la Cámara ha tenido un acuerdo, en el cual, acordó injustamente, prevenirme, no hablase en público censurando las desacertadas disposiciones que hace tiempo viene dando —privando así al Ciudadano del sagrado derecho de pensar y hablar.

Por desgracia, el Cuerpo de Representantes del Pueblo de Cuba está hoy compuesto de hombres, en su mayor parte que no están a la altura de un puesto importantísimo, se ocupan de pequeñeces, que rebajan su dignidad y muchas de las veces, se dejan dominar de miras personales —Yo siempre me confesaré— no negaré que debido

4. Provincia ubicada en el centro de la isla.

a mi natural carácter, quizás con palabras poco más o menos duras, habré podido censurar, disposiciones de la Cámara —pero nunca (y esto no puede ser) despreciaré las instituciones del país —lo que ella ha querido decir— cuyo país yo defiendo. —Esto sería un absurdo.— Contesto al Gobierno con la dignidad que requiere el asunto.

1875

Mayo 20

El mismo día también se me presenta un individuo llamado, José Inés del Sol, enviado por Valmaseda⁵ para que me hiciese proposiciones; por cierto bien indecorosas, que viera si mediante una cantidad de dinero ofrecida me comprometía a respetar los ingenios —y además si estamos dispuestos a firmar la paz bajo las bases de la autonomía.

Las proposiciones fueron rechazadas y vacilé si convenía fusilar o no al comisionado, pero al fin pensando que el estúpido Sol (porque no es otra cosa) no sería más que una víctima que Valmaseda se compró por algunos pesos y que su muerte ningún daño le hacía a los españoles porque al fin Sol era hijo de Cuba, resolví volverlo otra vez a las líneas enemigas.

Mayo 21-22

Consideraciones sobre la actual situación porque atraviesa la pobre Cuba.

El General Vicente García, según los informes suministrados por el mismo Gobierno, se ha puesto al frente de un movimiento bien extraño,⁶ pues su programa es, disolución de la cámara y establecimiento de un nuevo Gobierno bajo una forma militar.

Yo no veo las ventajas de estas reformas, antes por el contrario, como todas las reformas por buenas que sean siempre al ponerlas en plantas se sufre algún trastorno —así sea sustituyendo lo más bueno a lo más malo.

5. Capitán General Blas de Villate, conde de Valmaseda. Se caracterizó por su crueldad con los insurrectos y la población civil.

6. El movimiento que menciona Máximo Gómez es conocido por Sedición de Laguna de Varona.

Creo pues muy inconveniente, y mucho más en las actuales circunstancias en que invadidas Las Villas, debía más que nunca operarse en todas partes, la unidad de elementos y de ideas, para consolidar y afianzar, el paso que ha dado la revolución. Así pues, lo dudo, pero lo deseo, que aquel General salga bien en su empresa en la que yo me propongo no tomar absolutamente parte alguna.

Junio 10

Enterado bien del estado en que se encuentra el asunto de los reformistas de Oriente, encuentro que, ofuscada y miedosa la Cámara, a quien se han dirigido aquellos desconociendo la autoridad del Presidente de la República en la persona de Cisneros⁷ —han propiciado a tratar con ellos, legalizando así su mala situación que por más que se quisiese disculpar, no se le puede dar otro calificativo que el de un motín militar.

Por otra parte el Presidente de la República ha presentado su renuncia a la Cámara; pero esta no ha resuelto nada.

En este estado las cosas se promueve una reunión de varios jefes que aquí nos encontramos, pero cuya junta no tuvo ningún carácter oficial y solamente, como reunión de patriotas, para opinar lo que se debía hacer en tal situación.

Yo opiné, que puesto que el 2^{do} y 3^{er} cuerpos del Ejército y aún parte del 1^{ro}, no se había adherido al movimiento, que no competía a la Cámara entender el asunto y sí dejar al Gobierno en actitud e iniciativa de entender en el mismo, y que una vez éste agotara los recursos morales de que pudiese disponer y no obtuviese ningún resultado favorable, entonces diese parte a la Cámara, haciendo el Presidente renuncia del destino y la Cámara entraría de lleno en la cuestión.

Se siguió esta opinión y volviendo la Cámara sobre sus pasos en busca de su honor y su decoro, a mi modo de ver ya perdidos deja al Gobierno la iniciativa.

Con tal motivo, yo, que mis deseos serán siempre ayudar en todo a los cubanos y aunque ajeno a la política, me le he ofrecido

7. Salvador Cisneros Betancourt asumió la presidencia cuando Carlos Manuel de Céspedes fue depuesto por la Cámara de Representantes.

para tratar, como comisionado oficioso con el General Vicente García la manera de cómo se puede arreglar mejor el asunto — pongo inmediatamente correo a aquel jefe, citándolo a una conferencia que él acepta gustoso.

Junio 20

Regresa el Capitán A. Castellanos, a quien le tocó la comisión del pliego, y me trae la contestación de García, que fija el 25 en la Loma de Sevilla.

Junio 24

Marcho a aquel punto, 11 leguas de marcha. —Me acompañan mis ayudantes, Teniente Coronel Enrique Mola, Capitán Elpidio Mola, Capitán Agustín Castellanos y además invité al Brigadier Manuel Suárez, Teniente Coronel Manuel Sanguily, Dr. Félix Figueredo y Ciudadano Tomás Estrada Palma; como personas entendidas y de bastante significación. El mismo día llego al punto; ya allí estaba el General García con algunos de los suyos.

Junio 25

Celebramos nuestra conferencia, por más que él se oponía conseguí al fin que fuese pública y que todos los que allí se encontraban pudieran discutir y tomar parte del asunto.

Yo el primero, senté la proposición de que debían someterse al Gobierno constituido, cualquiera que fuese el hombre que ocupase la presidencia, y que para ello debía el General pasar una nota a la Secretaría de la Guerra; éste se niega, se discute largamente; Sanguily estuvo muy elocuente y por último manifestando el General García que por dignidad habiendo desconocido a Cisneros y como él había hecho su renuncia y no podía reconocerlo que cualquiera que viniese al poder estaría todo arreglado. —Así pues se convino y como yo pienso que desde que la Cámara entendió en el asunto mató a la administración Cisneros y se suicidó ella misma, preciso es que venga pronto un nuevo orden de cosas, pues con una administración enferma y una Cámara sin prestigio, vive el pueblo en el desgobierno y el Ejército está expuesto a desaparecer.

Resuelto pues, admitida la renuncia de Cisneros, ocupa su puesto según la Ley el que lo es de la Cámara: Juan B. Spotorno, y convo-

catoria a Generales —lo demás de las reformas que piden serán cuestión de la nueva Cámara.

En fin, así se ha concluido este asunto. Compadezco al General García y compadezco la suerte de Cuba, —sus hijos la pueden perder.— No sé qué diga la conducta del General V. García, creo que se ha dejado dominar de resentimientos particulares con Cisneros; puede que este paso marchite sus laureles hasta ahora puros, pues como la política con su venenoso hábito todo lo infecta y corrompe. ¿Quién sabe?

Junio 26

Volví a la residencia del Gobierno y di cuenta de todo.

Permanezco allí ocupándome de los preparativos de mi marcha a Las Villas hasta el día 1^{ro} de julio que me muevo a Najasa; el mismo día es admitida la renuncia del Presidente de la República a Salvador Cisneros y le sustituye el de la Cámara; Juan B. Spotorno.

Noviembre 5

En este mismo día, el doctor José Figueroa, jefe de Sanidad de Las Villas, por motivos personales contiende con el General Sanguily y los cuales, no ha sabido arreglar en el terreno privado y del honor, le ha insultado públicamente en medio de las tropas formadas y le ha disparado un tiro con su revólver; faltándose con este proceder a sí propio, porque actos son estos que la sociedad condena, y faltando al orden y la disciplina. La cuestión precisamente, pasa a manos de un tribunal.

El doctor se ha colocado en muy mal terreno, pues a mi modo de ver las cosas, un tribunal lo podrá absolver, pero la opinión pública de los hombres sensatos, creo no podrá hacer.

1876

Marzo 12

El mismo día recibo comunicaciones del General Sanguily y renuncia que hace de su destino, a consecuencia de las intrigas de los jefes de Las Villas. Omito hacer comentarios sobre estos sucesos, pero todo el mundo sabe lo que en Las Villas ha venido sucediendo, en este sentido, desde el principio de la revolución. Por el

motivo de la renuncia del General Sanguily se me hace preciso volver a Sancti Spíritus.

Marzo 31

Marcha el General Sanguily para el Camagüey; Sanguily ha tenido que renunciar por la oposición que le hacen los villareños, ya a la verdad aquí no podrá mandar ningún jefe que no sea de Las Villas, porque desgraciadamente se ha desarrollado entre esta gente un espíritu de provincialismo horroroso.

Este estado de cosas crea para mí una situación difícil y embarazosa, y a pesar mío siento en mi alma una especie de desencanto, pues absolutamente puedo tener confianza en esta gente, porque no dudo que con el tiempo me suceda a mí lo que al General Sanguily. Así pues, debo hacer todo lo posible por salir del compromiso de este destino.

Junio 30

Estoy con el Gobierno y no habiéndome sido posible conseguir que se me admita mi renuncia, vuelvo para Las Villas. Haré este sacrificio más por el país, me separo pues del Gobierno —y hago noche en San Antonio de Adán.

Julio 19

Acompañan al Coronel Borrero, el Coronel Francisco Jiménez, Comandante Manuel Barreras (español), Doctor José Figueroa, y Río Entero —los dos primeros los despacho por disposición del Gobierno, a consecuencia de que ambos han presentado al Gobierno una queja en contra mía sin causa justificada y solamente disgustados porque yo no les tolero su vida licenciosa y desarreglada pues el Coronel Jiménez vive embriagándose con sus soldados y Barreras es un intrigante y un *español* de malos antecedentes; quien pues me hubiera dicho a mí un día que Jiménez hubiérase unido a Barreras, a un español para hacerme la guerra! ¡Cuántos desengaños y quéde experiencia para el porvenir!

Al Doctor Figueroa le llama el Gobierno a consecuencia de su crimen de insubordinación y conato de homicidio contra el General Sanguily y Río Entero para destinarle allí en trabajos de oficina.

Agosto 29

El objeto de esta marcha es tristísimo, es para ver cómo encuentro el medio de arreglar las intriguillas de los Villareños en contra del General Sanguily⁸ y los Camagüeyanos que ahora más que nunca y con inaudito descaro —se ponen en juego con menzura y retraso de la revolución.

No es posible ningún orden de cosas, no es posible ninguna organización y yo mismo no cuento con seguridad en el destino que ocupo, y para salvar la situación, pienso remover todos los jefes que le sean desafectos y colocar los que sean de su agrado aunque desgraciadamente, carecen de aptitudes.

Por mi parte estudiaré el modo de dejar este destino sin que se perjudiquen los intereses del país, porque no me es posible continuar en esta barahúnda de ambiciones ilegítimas, de hombres sin condiciones ningunas como jefes experimentados y capaces de ayudarme a salvar una crisis. Con tal motivo pongo correo al General Roloff⁹ para hacerle entrega del mando de la Primera División. Destino que ocupa el General Sanguily.

Septiembre 2

De paso por la Campana sé por el Teniente Coronel Julio Días los desórdenes y deserciones de la gente del Regimiento Honorato, que según informes se le están reuniendo al Comandante Ángel Mayo que es uno de los cabecillas del motín y un tal Rodríguez que mandé a recoger una cantidad de dinero de más de \$2,000 y se ha ido con el dinero a engrosar las filas del motín.

Es pues, un conflicto que ha promovido esta gente y me parece conveniente dar un indulto y colocar a Serafín Sánchez al frente de este mando, suspenso este jefe de su destino por sentencia de Tribunal; es indudable una anomalía, pero en Las Villas puede verse esto y mucho más.

8. Mayor General Julio Sanguily.

9. Carlos Roloff.

Septiembre 15

Acampado, sin novedad.

Nótese lo siguiente, que hace como cuatro meses que por más que me esfuerzo en hacer marchar la revolución adelante, ya que por decirlo así le hemos abierto las puertas a Occidente —todos mis esfuerzos se estrellan en el desorden, o la indisciplina y el desorden.

Puede decirse que hace cuatro meses que vivo marchando y contra-marchando sin hacer otra cosa que organizar —o como vulgarmente se dice luego “atajando pollos”.

He tomado mientras tanto, todas las medidas que me han parecido oportunas para sostener el orden, pero todo será inútil, porque los Villareños son ingobernables por jefes que no sean de las Villas. Durará por mucho tiempo, —mientras prevalezcan la ignorancia y la ambición—, la misma predisposición contra lo que no sea villareño, sobre todo contra el Camagüey— por ocurrencias, según ellos, que datan desde los primeros tiempos de la revolución, y los mal intencionados explotan la ignorancia de esta pobre gente para hacer lo que conviene a sus miras particulares. —Así es que se me antoja discurrir y creo que con algún fundamento, que no me parece posible, el triunfo de la Revolución, que hace poco lo pensé asegurado, marchando un Cuerpo del Ejército decididamente, invadiendo la parte occidental de la Isla. Y perdido el orden, no hay concierto, ni armonía ni unión, desaparece la fuerza moral y material; principia la revolución por estacionarse nuevamente y corre inminente peligro pues el enemigo deberá aprovechar la desavenencia entre los mismos cubanos; los que él hubiera querido conseguir a cualquier precio, los mismos hijos de la tierra que pretenden liberarla de su tiranía se lo están proponiendo gratuitamente.

Espanta presenciar todas estas cosas, pues no se concibe que con un enemigo poderoso al frente, con la persecución y la muerte por sistema a todo lo que es cubano; sin embargo, entre los mismos hermanos, que debían estar unidos como compañeros en tantas desgracias —lágrimas y dolores— existen las más hondas discordias y los más negros odios y rencores.

Este pueblo, tal vez no estaba preparado para la lucha y de ahí las tendencias al abuso de la libertad mal entendida, y de ahí el

estado latente de sorda anarquía que se nota desde el fatal suceso de "Las Lagunas de Varona".¹⁰

Yo como extranjero, me afilié soldado de esta noble causa, que está dejando de serlo porque los hijos de esta misma tierra le amenguan su belleza con su desunión.

Según se nos informa —la emigración cubana en el exterior, sobre todo la que se ha agrupado en los Estados Unidos del Norte, adolece de los mismos defectos. Y sus tendencias son las mismas. Anarquía en todas partes— principios de autoridad y unidad de acción ninguna.

Septiembre 18

Se me reúne el General Calvar —me da cuenta del estado de todo aquello, en peor situación, de chismografía y por consiguiente me manifiesta resueltamente; que no quiere continuar en aquel destino.

Le doy orden de que vuelva allí inmediatamente, y dejando aquello arreglado según instrucciones, regrese lo más pronto posible a reunirse conmigo.

El General Carlos Roloff, no ha hecho caso ni ha acudido a la cita que le he dado para la conferencia. Eso va probando que él no es ajeno a las disidencias que aquí suceden. —Ojalá todas estas cosas no sean tan funestas como yo me las imagino.

Octubre 1

Los Generales Sanguily y Gabriel,¹¹ salen en marcha para el Camagüey, tengo que despachar a estos dos aguerridos Jefes pues no puedo sostenerlos en el mando, cuando ya yo mismo tendré tal vez que abandonar todo esto.

El mismo día se presenta el General Roloff con el propósito de manifestarme que según manifestaciones de algunos jefes Villareños, creen una inconveniencia mi estancia en el destino; y que se aclamaba a él.

10. Gómez se refiere a la sedición —ya mencionada en nota anterior —protagonizada por el mayor general Vicente García.

11. Gabriel González.

He comprendido la jugada del General —no acudió a la cita de Monte Oscuro— pero ahora viene.

No he contestado una palabra e inmediatamente le hago entrega del mando del Ejército con que pensé que daríamos última batalla al Ejército Español.

De ahí, ese mismo día me retiro al potrero “La Reforma”, con el corazón destrozado por tantos infames desengaños. —El General Roloff, durante su peregrinación por Oriente y el Centro, nadie le ha hecho caso, ha sufrido grandes humillaciones y desprecios, solo yo le he dado la mano y lo he levantado a la altura en que hoy se encuentra.

Ha sido tal el desprestigio militar en que este pobre hombre llegó a caer, que al organizar yo, la columna con que se ha invadido Las Villas, no pude hallarle cabida y me fue preciso darle el mando de más de cien hombres negros, convoyeros y asistentes, que preparé de “Cegadores” con paquetes de ramas de árboles para cegar la zanja de la línea militar de Júcaro para dar paso a la caballería. —No fue necesario al fin nada de eso, pues al llegar allí, vi que la zanja no era gran cosa, e hice que los jinetes salvaran el obstáculo. —Apenas cayeron dos o tres caballos, que se sacaron sin lesión.

Permanezco en “La Reforma”, y continúan los desórdenes más espantosos.

Envío correo, volando, al Gobierno dándole parte de las ocurrencias más fatales para la Revolución. Salen con estos pliegos para el Comandante Federico Palomino y el Teniente Oliverio Varona.

Noviembre 10

Recibo un pliego del Gobierno dándome órdenes que de nuevo al mando —pero en el estado en que se encuentran aquí las cosas eso no es ya posible.

Aquí todo se ha perdido, cada cual se ha erigido en un Jefe —pues careciendo Roloff de carácter y don de mando, el desorden es completo.

Para más justificación de mis sospechas respecto de la tachable conducta del General Roloff, he recibido una carta, en contestación a otra que yo le he dirigido citándole para una conferencia e informarle de varios asuntos del servicio —y su contestación es insultante—

hasta el punto de intimarme la salida o desocupación del territorio a su mando. —No se puede dar mayor ingratitud y cinismo.

Noviembre 11

Según malos informes respecto a la actitud de muchos que rodean a Roloff, se ha traslucido la orden que yo he recibido del Gobierno de que asuma el mando nuevamente —y eso ha dado origen a hablillas y amenazas, que no es dudoso que se intente algo más serio, que haberme despojado del mando en contra de mi persona. —Resuelvo, por lo tanto, abandonar este territorio.

Noviembre 14

En marcha, paso de la trocha del Júcaro, peligrosísimo, a las 11 de la noche —más porque voy con muy poca gente de armas y sí con una inmensa impedimenta, que la componen la infeliz de mi esposa y mis pobre niños, y unas cuantas familias más que me han suplicado no las deje aquí, así como muchos hombres enfermos de los refuerzos de Oriente que se han quedado abandonados aquí.

Es mi retirada una verdadera derrota; ¿cómo se explicará mañana que los villareños, de quienes me puse yo al frente para ayudarles a conquistar su territorio que había perdido —después de que las he organizado, después que hemos puesto al enemigo a raya, me hayan despreciado y por último me obliguen a salir de semejante modo?

Noviembre 15

Me amanece el día 15 en “Santa Isabel”.

Aquí descanso y al escribir estas líneas un mundo de ideas se acumula en mi mente.

No es posible que esto y mucho más que como consecuencia ha de venir, dé buenos resultados para la pobre Cuba —jamás estará mi amor hacia ella expuesto a más duras pruebas que en estos momentos.

Diciembre 3

El General Calvar¹² se separa de mí con rumbo a Oriente y el mismo día el Gobierno llega a los “Isleños” no distante de mi cam-

12. Manuel Calvar.

pamento y paso allí a verlo —y le informo de todo lo ocurrido y del mal estado en que se encuentran Las Villas en los momentos más peligrosos en que los españoles se preparan para una campaña vigorosa con grandes recursos que ya se sabe van llegando de la Península. —Me suplica el Gobierno que le ayude a resolver estas graves cuestiones y me pongo a su lado.

Nos ocupamos de cual sea el destino que convenga a los intereses del Ejército y a mi propio prestigio que yo ocupe; se resuelve, pues, que yo me haga cargo de la Secretaría de Guerra.

1877

Marzo 22-23

Indudablemente que el General Vicente García, el único de los Generales cubanos que queda con algún prestigio, desconoce por completo la altura de su rango y son muy limitadas sus aspiraciones, pues ocho años de lucha no han bastado a hacerle salir del estrecho límite de la jurisdicción de Las Tunas — pues le ha costado gran trabajo vencer la repugnancia que le inspiraba la orden de marchar a Las Villas.

Por otra parte estudiando la cuestión bien a fondo hay en el General la marcada tendencia de entorpecer cualquier orden que dimane de cualquier Gobierno; así sucedió cuando Céspedes, así cuando Cisneros y así ahora —ojalá quiera Dios que el General García algún día no traiga a su país algún trastorno más trascendental que los de la “Laguna de Varona”.

Abril 14

Desgraciadamente la gente de Las Tunas se encuentra en una completa anarquía y toda está diseminada por los montes, y las propagandas y tendencias son desfavorables al Gobierno, por consiguiente la situación del gobierno es difícil y para evitar el ridículo de exponernos a desaires o la rebelión, se nombra al Coronel Borrero¹³ Jefe de toda la gente de Las Tunas y se le deja en libertad de obrar para así ver si se puede lograr atraer la gente; —esta circunstancia y la de habérsenos incorporado la comarca que por tal motivo voy mar-

13. Francisco Borrero.

chando con una impedimenta inmensa, me obligaron a aconsejar al Presidente que debíamos tornar al Camagüey y que debía recesar la Cámara o por lo menos tomar alguna disposición para que el Gobierno quedase más ligero y en condiciones de moverse con más rapidez y seguridad.

Abril 15

Mi proposición fue aceptada y ese mismo día algunos Diputados, los de Oriente, marcharon para allí y el 15 nos movimos hacia la jurisdicción del Camagüey...

Mayo 4

Más noticias de Las Tunas — los españoles operan con actividad, los Tuneros niegan obediencia al Gobierno y siguen el malestar y el desorden. El General García¹⁴ aún no ha pasado la trocha para Las Villas y es de esperarse graves trastornos.

Mayo 11

En mismo día llega a la residencia de Gobierno Mr. F. William L. Pope americano y Obispo de Haití —que procedente de las líneas enemigas viene con una misión de paz, pero sin carácter oficial y sí, al parecer oficiosamente. —Se le trató con las consideraciones debidas y se le contestó que bajo las bases de independencia y podía hacer la paz con España.

Mayo 14

Nos movimos a Santa Rosalía, disponiendo el mismo día el regreso del Obispo,¹⁵ por la vía de Santa Cruz — después de haberle significado nuevamente nuestro propósito. Él aparentó quedar satisfecho de su misión y se marchó.

Junio 1

Noticias del desorden de la mayor parte de la gente del Camagüey que abandonando sus Jefes se dispersaron para apoyar el movimiento

14. Vicente García.

15. F. William L. Pope.

demagógico de V. García y llega al Gobierno la noticia de que los que acompañan a García: Fonseca, Peisó, Canals, Barreto y otros varios se han pronunciado en contra del Gobierno, en sentido reformista, con el absurdo programa de variar por completo las instituciones del país, apareciendo Vicente García como un dictador.

Han salido el General Céspedes y algunos diputados a ver si desarman el movimiento, pues, hasta ahora se sabe que no es secundado por Oriente y aquí en Camagüey, tampoco lo han hecho los Jefes y Oficiales.

Según se ve Vicente García no ha pasado para Las Villas y por consiguiente desobedecido la orden del Gobierno.

El Gobierno ha tomado las medidas que le ha parecido menos violentas para precipitar los acontecimientos que puedan conducir al país a su perdición, —en esta situación permanecemos acampados esperando el desenlace.

Al mismo tiempo y como resultado de la visita del Obispo, Martínez Campos¹⁶ solicita conferenciar con el Gobierno sobre la paz— y se le contesta por medio de su intermediario, Brigadier Bonanza, que digan si están dispuestos a que sea bajo las bases de independencia. —También se espera la definición de este negocio.

Por todos estos motivos el Gobierno se encuentra hoy profundamente ocupado en la complicada situación actual de la República.

Junio 9

Regresa el Diputado Miguel Betancourt, con algunos hombres de caballería, los demás diputados han seguido para "Caonao". —Según la gente de Betancourt, la gente del Camagüey ya está arrepentida— los que tomaron parte— de seguir las opiniones sustentadas por el General García y sus adeptos— teniendo al mismo tiempo noticias de que aquel Jefe, en vez de marchar para Las Villas lo ha hecho para Las Tunas de cuyo punto pasa oficio el Gobierno, haciendo renuncia de su destino pero en unos términos poco respetuosos.

No queda duda de que el General García está en abierta rebelión con el Gobierno, con las viejas instituciones del país y con

16. Arsenio Martínez Campos se desempeñaba como General en Jefe del ejército español.

todos los hombres más considerados — por sus servicios y por su honradez.

Yo busco algo a su lado que me inspire confianza, no veo más que hombres advenedizos y espíritus disolventes.

Salen comisiones secretas para distintos puntos con objeto de hacer fracasar los intentos demagógicos.

Junio 23

Se pasa orden al Brigadier Benítez¹⁷ para arreglar varios asuntos. —Este Jefe se nos reúne el 23, y desaprobando la política generosa del Gobierno con algunos que se habían salido de la legalidad —pero que han vuelto arrepentidos— se ha disgustado y ha presentado al Gobierno su renuncia; nuevas complicaciones para el Gobierno en momentos tan difíciles — parece que todo conspira contra nuestros propósitos de moralizar y organizar.

La conducta del Brigadier Benítez haciendo su renuncia en momentos en que el Gobierno necesita tener a su lado a todos los Jefes de algún prestigio, no me parece justificada.

Se le contesta que le sería reemplazado con otro Jefe.

Junio 25

Se separa de mí el Presidente con la Cámara y marcha para “Caonao” a revisar las tropas que están en aquella línea y verse de una vez con el Brigadier Rafael Rodríguez, para disponer ocupe el lugar que deja Benítez.

Yo quedo arreglando mi marcha para Oriente, la que emprenderé dentro de dos días.

Agosto 1

Salí de Barajagua y llego al Gato, punto donde había citado a Limbano Sánchez con el grupo de sublevados,¹⁸ y en vez de ellos me encuentro una carta negándome de nuevo obediencia y ratificándose en su actitud. Con tal proceder no es posible ya hacer volver a esos hombres a la obediencia, por medio de medidas que

17. Gregorio Benitez.

18. Se refiere a otra sedición que no está relacionada con la Laguna de Varona.

no sean las de la fuerza; puesto que he agotado los procedimientos más suaves y prudentes, pues el desorden continúa y los intereses de la patria están en peligro; tal parece que esos hombres, con una bandera disfrazada de ideas políticas, envuelven algún plan siniestro. En este estado los asuntos vuelvo a Barajagua a reunirme con el General Maceo para resolver sobre el asunto.

Agosto 6

Se presentó el enemigo —salimos a su encuentro y salió gravemente herido el General Maceo.¹⁹

Acontecimiento es este, que me pone en situación más apurada, pues no hay Jefe idóneo a quien pueda encargar del destino que deja Maceo —mientras tanto los españoles activan sus operaciones— sin embargo, paso órdenes al General Calvar para que venga y encargarle del mando de la División.

Envío correos al General Díaz²⁰ y tomo medidas para la seguridad de la revolución en esta parte.

Octubre 1

La Cámara se reúne; quita al Presidente el mando del Ejército y me nombra General en Jefe —rehusando yo hacerme cargo del destino mientras no se normalice la situación política del país— por consiguiente, hago mi renuncia.

Octubre 5

Después de dejar al Presidente ya en marcha para Oriente, me nuevo con rumbo a la Sabanita y en el potrero de Jobo Dulce me encuentro con los Coroneles Antonio Bello y Jaime Santiesteban, que acompañados del Capitán José Alonso y Esteban Varona proceden de las líneas enemigas y vienen en comisión del servicio de los españoles. Yo, inmediatamente los pongo presos, y contramarcho con ellos a ponerlos a disposición del Presidente. Una vez allí, se reúne el Consejo del Gabinete y examinados los presos y la misión que traen, se vino en conocimiento de que Estaban Varona trae proposiciones que hace

19. Antonio Maceo Grajales.

20. Modesto Díaz.

Martínez Campos; que no están basadas en la independencia del país; y los demás, sobre todo el Coronel Bello, son presentados al enemigo y viene después de haber celebrado conferencia con jefes españoles so pretexto de regularización de la guerra; en tal concepto, se resolvió, que yo marchase con los presos hasta encontrar al Brigadier Gregorio Benítez, Jefe de la División del Camagüey, para que sean juzgados en Consejo de Guerra.

Octubre 7

Se juzgó en Consejo de Guerra Verbal a Esteban Varona, el que fue ahorcado y los demás en Consejo de Guerra Ordinario; y le resultó la pena de muerte a Bello y de degradación a Santiesteban; pero el defensor acudió, probando que el Consejo adolecía de nulidad, por cuyo motivo queda en suspenso la ejecución de la sentencia y pasa el asunto a la resolución del Presidente.

Octubre 31

Al llegar a Sabanita se me incorpora el comandante Agustín Castellano que fue a acompañar al Presidente a Oriente y da noticia de que aquel y el canciller Alférez José Nicolás Hernández habían caído en poder del enemigo con el Archivo y todo lo del Gobierno.²¹

Este acontecimiento tuvo lugar el 19 del presente mes en Tasajera, a tres leguas del Cauto, jurisdicción de Holguín.

El mayor General Francisco Javier de Céspedes, como Vice-presidente, ha ocupado la presidencia de la República.

Este suceso, que parece de trascendencia, yo creo que poco afectará los intereses de la revolución, dada la oposición que un Partido hacía a la administración Estrada.

Quizás ahora se unifiquen los cubanos, pues los hombres de orden que sostenían a Estrada no harán la oposición a Céspedes. Y para los otros nos prometemos que sea aceptada.

También ha sucedido que los presos; coronel Bello y demás — que están confinados a la custodia de un oficial llamado Margarito Avilés, hombre de color y sin honor, se dejó arrastrar sin duda por sagaces ofertas de los mismos prisioneros y con ellos se presentó a los españoles.

21. Se refiere al presidente Tomás Estrada Palma.

Otro acontecimiento es este que a mi juicio, ningún daño ha inferido a la revolución, pues de todos modos aquellos hombres estaban perdidos para ella, y su fuga nos ha evitado derramar sangre de cubanos; que aunque sea en justicia nunca es grato.

Noviembre 7-8

Estoy muy preocupado con la situación de mi familia, porque temo por la vida de mis hijos con la soldadesca española y deseara, ya que mi destino está unido a la causa de Cuba, y debo servir o morir con ella, al menos que mi esposa y mis hijos, aunque fuera por las líneas enemigas, pasaran a Jamaica.

Diciembre 9

Me muevo otra vez en busca del Presidente que encuentro el día 10 en los montes de Jobo Dulce; allí también la Cámara; me es admitida mi renuncia.

Diciembre 10

La Cámara nombra a Vicente García, Presidente de la República. Se nota una desmoralización completa y los ánimos todos están sobrecogidos; tanto por las operaciones constantes del enemigo como por la división de los cubanos, pues Holguín se ha separado de todo nombrándose su Gobierno; todo está en desconcierto y el pavor cunde por todas partes de tal modo que hay quien opina que debía arreglarse la paz aún prescindiendo de la independencia. Con tal motivo se reunieron el día 10 varios individuos para tratar del asunto —se me llamó a mí y yo di mi opinión: *“que si el Camagüey desea eso se manifestase así al General M. Campos para que suspendiéndose las hostilidades pudiesen reunirse todos los cubanos que están en el campo y formaran una asamblea popular que una vez no sólo se ganaba mucho tiempo sólo que si querían no se ocuparían de ese asunto, sólo de unificarse y organizarse para continuar la guerra con más brío y mejor éxito — que resolviendo el asunto de esa manera era segura la caída de Martínez Campos pues burlado de esa manera, su prestigio desaparecería”*.

Diciembre 12

El asunto quedó en proyecto y yo me retiré el 12, rumbo a San Juan de Dios. El enemigo se mueve mucho, las guerrillas se multiplican, yo ando a pie pues se han llevado todos los caballos.

He aquí mi plan oficialmente: *“por los Poderes Supremos pasar una comunicación al General Martínez Campos diciéndole, que deseando una parte del pueblo la paz (sin decir bajo qué bases) suspenda las hostilidades en toda la isla por un plazo determinado, para reunido el pueblo en una asamblea pueda deliberar libremente sobre sus destinos; mientras tanto se mandará una comisión al extranjero; una vez reunido, si quieren la paz se estudia bajo qué base y condiciones pueda hacerse y si se quiere seguir la guerra se consiguen grandes ventajas, se ganaría tiempo, se unificarían los cubanos nombrando un Gobierno por el voto popular, que sería por esta razón fuerte con una verdadera existencia moral y lo que es más, sin duda, dada esta solución, indudablemente decaería el prestigio del General Martínez Campos, quedando quizás asegurada la revolución por que gastado él, a España no le queda otro hombre que enviar a Cuba. Esto dije; fue aprobado con entusiasmo quedando resuelto se pasaría al siguiente día la manifestación a la Cámara”*.

Diciembre 21

Día terrible para mí, mi corazón se destroza de dolor pues tengo que separarme de mi esposa y mis hijos, haciendo que se presenten los españoles para ver si logran embarcarse para Jamaica y allí reunirse con mis hermanas, mientras yo quedo aquí cumpliendo lo decretado por fatal destino.

¡Dios mío! Tú cuidarás de mi esposa y mis hijos.

El mismo día huyendo de esa zona, como queriendo huir de recuerdos que llevo en el alma, me dirijo a Carrasquilla.

Hay dolores que se sienten pero no se pueden explicar.

Diciembre 31

Último día del 77. Se concluye el año, uno de los más funestos para la revolución de Cuba — pues además de la terrible campaña que sostiene el General español Martínez Campos, con sus grandes recursos de hombres y dinero, los cubanos divididos y en desacuerdo han impreso un sello de debilidad y decadencia a la revo-

lución que será muy difícil encarrilarlo por una vía segura a su triunfo. —Yo por mi parte debo creer que he concluido ya representar mi papel en este sangriento drama, pues despreciado y zaherido, por decirlo así, por los cubanos, desde los acontecimientos de Las Villas y últimamente por los de Holguín, debo para no aparecer temerario y ambicioso abandonar una causa, que tantos engaños y amarguras me ha traído; así pues deber mío es salir del país, empleando los medios que no lastimen mi honor — para ir a buscar a otro país, un rincón donde tranquilo pueda acabar mis días.

Pero mientras esto pueda suceder, tengo que resignarme a ser víctima de los españoles.

Esta es pues una de las tantas situaciones difíciles por que atraviesan los hombres.

Esperaré con valor.

La situación más apurada y triste, pues la campaña que se sostiene con el poder de las armas españolas, es la más cruda y terrible.

Es una persecución horrorosa y como los elementos de la revolución están en completo desconcierto, nadie le puede oponer resistencia a un enemigo tan poderoso —y es así que la revolución en general se encuentra en muy mal estado— por eso las familias sobre todo, están sufriendo de una manera terrible y es muy difícil poder atender a seguridad y subsistencia —al fin creo que tendré que hacer el sacrificio más doloroso de hacerla presentar a los españoles— para que así, aunque allá se vea acosada de la miseria —por lo menos con menos sobresalto.

1878

Enero 8

Se me presenta el Sargento que dejé en espera del Brigadier Benítez, con el cual me escribe llamándome para que le ayude a salir de un asunto que se le presenta y es el siguiente. El Teniente Coronel Duque Estrada y los Diputados Marcos García, José Aurelio Pérez, Antonio Aguilar, Miguel Betancourt, Luis Victoriano y Federico del mismo apellido, se han dirigido a Santa Cruz y trataron de que llegasen a oídos de los españoles los deseos de paz que tiene una agrupación del Camagüey y con ese motivo han autorizado a Duque Estrada para entender en ese asunto y saber, sin

duda lo que hay de cierto sobre el particular, conviniendo al propio tiempo en que se suspendan las hostilidades en una zona demarcada, y por el plazo va corriendo desde el 21 de diciembre al 13 de enero.

La idea expresada en la Loma de la Sevilla ha tomado aquí mayores proporciones y la mayor parte desea verdaderamente la paz —no ya como un plan capcioso para burlar al enemigo como lo propuse yo en aquella junta. —Ya veo que esto se precipitaba a su pérdida. —La situación se complica.

Enero 13

Mientras tanto va llegando la gente al campamento y la idea de la paz ha cundido cuan chispa eléctrica por todas partes. Creo imposible hacer a estas gentes desistir de esto.

Febrero 7

Pasa el General Vicente García a la “Concepción del Chorrillo”, y tiene la conferencia con Martínez Campos y sale de ella; que el pueblo sea el que haga sus proposiciones. Con tal motivo la Cámara se disuelve y eso que ellos llaman pueblo, nombra un comité que se ocupa del asunto.

Este Comité lo componen: Brigadier Rafael Rodríguez —que a la verdad ha costado suplicarle mucho para que acepte.— Ramón Trujillo Pérez y Juan Spotorno, ex-diputados, Brigadier Manuel Suárez, Teniente Coronel Ramón Roa y Coronel Enrique Mola.

El Comité redacta las proposiciones de paz —que leídas y explicadas a todos los que se encuentran aquí presentes, dijeron estar conformes — la copia se encuentra en hoja suelta.

Febrero 12

Salen en comisión para Las Villas el Coronel Enrique Mola y el ex diputado Pérez Trujillo, a participar a los de aquel departamento —lo resuelto por los del Camagüey— y con igual fin salen también para Oriente el Brigadier Rafael Rodríguez y el Comandante Enrique Collazo.

Como yo he dicho públicamente que no saldré del país sin primero pasar a Oriente a verme con los Generales de allá, mis primeros compañeros en la lucha que va a terminar de una manera

tan triste — el Comité me suplica que acompañe a sus comisionados — así lo hago y salimos el mismo día para Santa Cruz. —Vamos por vía enemiga. En dicho punto nos embarcamos en el vapor “Cienfuegos”, que se hizo a la mar a las 12 de la noche.

Febrero 14

A las 11, del mismo día continuamos para Santiago de Cuba, en cuyo puerto se atracó el 14 a las 6 de la mañana.

El General Daban pasa a bordo y nos invita bajar a tierra y rehusamos la oferta. Gran conmoción, como diez mil almas invaden la marina — estoy contemplando con profundo pesar una masa de más de ocho mil jóvenes cubanos que no se han atrevido a empuñar las armas para libertar a su país.

Todo el mundo desea conocernos, es una curiosidad tal, cual si fuéramos habitantes de otro planeta y he tenido que indicar al Capitán del vapor que dé sus órdenes para que no se deje entrar a nadie a bordo.

Febrero 18

Salimos y nos reunimos con Maceo.²²

Después que la Comisión le enteró de lo ocurrido y pactado por el Camagüey — me pregunto qué pensaba yo sobre todo eso— y le contesté, que yo creía perdida ya la Revolución en el Camagüey y Las Tunas hasta Las Villas — que precisamente por esa razón yo estaba dispuesto a salir del país, pero no quería hacerlo sin primero verlo a él para que supiera la verdad de las cosas y no contara sino con sus propios elementos.

Me contesta que él por su parte no está de acuerdo con lo pactado en Camagüey y que por lo tanto reuniría a sus jefes principales para resolver el caso; me manifestó también que tenía interés en celebrar una conferencia con el General Martínez Campos, con el fin tal vez de pedir una suspensión de las hostilidades para organizarse; comprendí la idea aviesa de Maceo, para darle quizás un buen golpe al enemigo; le aconsejé, que la pidiese en ese caso por un plazo largo para que “*Usted* (mis palabras textuales)

22. Antonio Maceo.

tenga tiempo para todo — porque con tiempo y lugar, cuantas cosas se pueden hacer”.

Febrero 19

Deseando ver a la familia del General nos dirigimos a sus ranchos —me dio el General a su hermano José para que nos acompañara, y allí pasamos la noche. Fue una de esas noches tristes para mí metido entre todas aquellas mujeres tan patriotas, compañeras de nosotros en las montañas durante esa terrible lucha de diez años— en donde tanto habíamos sufrido.

Allí no se durmió esa noche, la pasamos en tristes comentarios, con mayor razón cuando haciendo relación de todo lo que había acontecido por los trastornos y desórdenes, me esperaba un fatal resultado para la Revolución.

Que cuanto podía hacer era salir cuanto antes del país, porque jamás viviría bajo el dominio de España.

Febrero 21

Con ansias de saber el resultado de la entrevista de Maceo, nos hacían miles de preguntas, todas inoportunas —pues se creían que habíamos ido donde él a comprometerlo para la paz— y le dijimos que no, que nuestra misión había sido únicamente a explicarle lo que había hecho el Camagüey para que él resolviese con su propio criterio que no contestó nada afirmativo; antes por el contrario, que no estaba de acuerdo con lo convenido en Camagüey y que iba a reunir sus tropas para resolver. No quise decirle lo que pensaba Maceo con respecto a la conferencia que se proponía con Martínez Campos.

Febrero 26

Campamento de San Andrés.

Aquí los comisionados dan cuenta al comité de su comisión. — Durante todo este tiempo el General Martínez Campos —no obstante que yo no he hecho ninguna proposición al intento de los cubanos de firmar la paz con sus contrarios, ha manifestado muchísimo interés en tener una entrevista conmigo— y esta vez al llegar a este Campamento me encuentro la misma noticia, y, como me conviene ver lo más pronto posible de cómo salgo del país —le contesto, que iré a Vista Hermosa.

Febrero 27

Salgo para dicho Campamento — me acompañan Rodríguez y Collazo²³ (otros oficiales) el mismo día, dos horas de camino, llegamos.

Aquí larga conferencia con Martínez Campos, pues él se empeña en que yo no abandone Cuba, y me hace pingües ofertas de dinero y destinos de importancia en la Isla. Rechazo todo eso y le exijo como derecho mío — un vapor — pues así está estipulado en el convenio — para que me transporte a Jamaica. Al fin accede y pone allí mismo un telegrama a Santa Cruz, que se ponga a mi disposición un cañonero en el estero del “Junco”, punto que yo mismo indico.

Febrero 28

Salgo con rumbo al “Junco”, hago noche en San Fernando.

Sólo están dispuestos a acompañarme y salir del país: Rafael Rodríguez, Enrique Collazo, Enrique Canals, Grocio Prado y José Bonilla, estos últimos, dos jovencitos que no he querido dejar, hijos del Presidente Prado, de la República del Perú.

1878**Marzo 4**

Toca el cañonero en Manzanillo.

Aquí recibo un telegrama del General Campos, pidiéndome que pase a Yara para que me vea con el General Modesto Díaz y otros jefes cubanos allí reunidos, que no saben cómo arreglar el pastel, yo me excuso resueltamente, contestando que ya yo he terminado mi papel en el drama de Cuba, y digo al Comandante del barco que sigamos nuestro camino, más él no se atreve y pregunta al General Campos y éste contesta que aguarde, que una comisión de individuos de importancia va a venir donde mí.

En la misma tarde del mismo día llega el Brigadier Valera, del Ejército Español, lleno de entorchados dominicanos, y los Coroneles de Ejército cubano Bartolo Masó y Juan Ruz.

23. Generales Rafael Rodríguez y Enrique Collazo.

Me suplican pase a tierra a ayudarles a darle forma a la Capitulación, pues todos los cubanos están dispuestos a la paz. — Yo me excuso nuevamente y les digo, que ni en el Camagüey me he mezclado en este asunto, pues, si les he ayudado a los cubanos a la guerra no los ayudo a la paz; no obstante que no he tratado de oponerme a ella, pues he comprendido que la mayoría o todos, es eso lo que desean; con éstas y otras razones pude dar término a aquella para mí poco agradable entrevista, y se retiraron los Comisionados.

Marzo 6

A las 12 del día salimos —el tiempo ofrece ser bueno.

Son las 6 de la tarde y vamos a perder Cuba de vista, quizás para siempre— ¿cuál será mi destino después que he sufrido tanto y tanto en esa tierra en pos de la realización de un ideal que ha costado tanta sangre y tantas lágrimas? ¡Adiós Cuba, cuenta siempre conmigo mientras respire —tu guardas las cenizas de mi madre y de mis hijos— y siempre te amaré y te serviré!

EN EL VÓRTICE DE LA PERTURBACIÓN

Marzo 11

Por Spanish Town—a Kingston, donde abrazo y beso a mi mujer, y mis hijitos que encuentro al lado de mis hermanas, en la más espantosa miseria.

Mi situación es tristísima, no cuento aquí con ningún amigo y antes por el contrario, la inmigración cubana residente me acusa de que yo soy el causante del Convenio del Zanjón —y como acontece siempre, pues así es la humanidad— toda esa gente en su mayoría es incapaz de hacer nada grande por su Patria, y solamente por haber contribuido con algunos chelines y gritar desde las playas extranjeras ¡Muera España!, se han creído, con derecho a que unos pocos le diéramos a Cuba, libre —no obstante haber tantos en el exterior como en el interior, miles de cubanos muy aptos para tomar las armas. —De aquí el que yo sea en estos momentos el blanco de sus iras y desprecio, porque ha terminado la lucha —después que como es notorio, no hay un solo cubano ni extranjero, desde Carlos Manuel de Céspedes abajo— que haya cumplido mejor que yo en el puesto en que se me colocó durante diez años de lucha.

Sacrificando mi familia y mis mejores años de juventud. He salido pobre de la guerra—un miserable, hoy no tengo ni un pedazo de pan para los míos y ni salud para poder trabajar con esperanzas.

Marzo 29

Llegamos aquí donde hay muchos vegueros cubanos —y ninguno me hace caso— sólo Federico Cusa con su familia es el único con quien mi cuñado tiene algunas relaciones de amistad, que me ha dado amable hospitalidad.

Todos los demás, hijos de Cuba residentes por esta zona, me han mirado con la más fría indiferencia. —Aquí me ocurre el adagio vulgar— “*yo pagando las habas que se comió el burro*”.

Concluye marzo y regreso a Kingston, sin haber podido hacer nada.

Abril 15

Me ocurre escribir un Folleto —de día trabajo con el hacha y el machete— de noche escribo, pero no tengo ni aún para el papel.

Junio 30

Estamos a último de junio y no tengo dinero, sin embargo, mi conciencia está tranquila a pesar de mi miseria pues no me he manchado con el oro español que ha mucho tiempo se me ha ofrecido a montones —como lo han recibido muchos hijos de la misma desgraciada Cuba.

1879**Enero 20**

Nos embarcamos en un vapor de la Mala Real con destino a Colón.²⁴

Quién me hubiera profetizado a mí, no lo hubiera creído, que después de combatir por la independencia de Cuba, no sólo iba a quedar con mi tienda al hombro sin saber dónde plantarla —y más que eso un mendigo— y que un extraño a la familia cubana, un hondureño— sea al fin el que me tienda su mano amiga.

Viajé de Jamaica a la República de Honduras —en compañía de Joaquín Palma.

Octubre 23

A Kingston, donde encuentro a mi esposa y a mis hijos sin novedad.

24. Panamá.

Los mismos cubanos que antes me habían calumniado y zaherido, ahora me reciben con música. ¡Esa es la humanidad!

1882

Se ha concluido el 82; y para mí ha sido tan funesto que no tuve un minuto que no fuera de sufrimientos. Aquí ha perdido mi familia la salud. —He perdido un hijo, y he consumido hasta el último centavo del poco dinero que traje, sin que me haya salido a la luz ni siquiera uno de los pequeños negocios que he podido emprender. —¿Seguirá su ejemplo el 83?

1884

Enero

Recibo aviso de los Centros Revolucionarios Cubanos que se preparan nuevamente a levantar en aquella Isla el grito de Independencia, invitándome para que tome parte activa en aquella revolución gloriosa.

Marzo 29

Llegó don Manuel Aguilera cuyo individuo ha sido llamado por mí, para mandarlo de comisionado especial cerca de los Clubs revolucionarios de Cayo Hueso y New York.

Marzo 30

Efectivamente él aprobó mi determinación después que lo enteré de mi propósito —de exponer ante aquellos Centros un plan de organización revolucionaria para la unidad de acción de todos los elementos, como fuerzas vivas, que en común acuerdo, aunque por distintos medios se dirijan a un mismo fin, pero obedeciendo siempre a un programa preconcebido, discutido y aceptado que nunca se falte a él a fin de que el movimiento de la máquina revolucionaria— jamás sea interrumpido.

Mazo 31

Un programa en esta forma y por escrito he puesto en manos de don Manuel Aguilera para que marchando a ponerlo en conocimiento de aquellos Centros se me dé aviso de si es o no de la aprobación de las mayorías, para en su caso, poner mis servicios a disposición de la causa de Cuba.

Mayo 15

Ya en convalecencia recibo los avisos de don Manuel Aguilera.

Algunos Centros de emigrados están de acuerdo con mi programa y me esperan con impaciencia para que yo me ponga al frente del movimiento revolucionario que se inicia.

Agosto 9

A las cuatro de la mañana atracamos al muelle de Nueva Orleans rindiendo el viaje sin novedad.

Agosto 15

Reunidos la mayor parte de los cubanos, hice que se formara un Club — pero solamente parece que los infelices sin los dispuestos a ayudar a la revolución de Cuba, ni un hombre de los cubanos pudientes que residen aquí se ha acercado a mí.

Octubre 1

He sufrido aquí en New York lo que no me esperaba, pues donde más acogida han tenido las ideas, no revolucionarias; pues esas deben estar en la mente de todo cubano; pero sí de la guerra, ha sido en Cayo Hueso.

Mi decepción ha sido tristísima porque sólo los cubanos pobres son los dispuestos al sacrificio.

A los más pudientes les he pasado notas secretas para que afronten recursos y de más de 20 a quienes he interrogado, uno solo contestó con 50 pesos; y dos, que no podían dar nada. El resto ha guardado silencio.

Agregaré a esto que no falta alguien, como José Martí, que le tenga miedo a la dictadura, y que cuando más dispuesto lo creía se retiró de mi lado furioso según carta suya insultante, que conservo; porque no dejándole yo, inmiscuirse en los asuntos del plan general de la revolución, a cargo mío en estos momentos, y deseando enseñarle su papel, se ha creído que yo pretendo ser un dictador y dando a este frívolo pretexto, la gravedad que jamás en sí puede tener se ha alejado de mi lado vertiendo especies que no creo que favorezcan a las cosas y a los hombres. He empezado de nuevo a saborear gotas amargas, pero yo seguiré mi camino sin miedo ni contemplaciones.

Diciembre 12

Llegamos a New York.

Los comisionados de París no han sacado nada positivo pues tuvieron la fatalidad de no alcanzar allí al General Gregorio Luperón, que era mi principal esperanza.

No tengo pues dinero aún para pagar el hospedaje; ya nos hemos reunido varios.

Ocurro a los cubanos, y ni uno solo atiende a mi reclamo — todos nos han dado la espalda.

Hasta los que antes parecían más dispuestos.

Nos vemos en la triste necesidad de empeñar nuestras prendas — la situación que se presenta es triste y difícil.

El trato de España con los Estados Unidos ha borrado un poco el entusiasmo que había en los cubanos. — Es un pueblo triste. Sin embargo yo no desmayo — tengo algo de esperanzas.

No está por eso perdida la causa.

1885**Enero 5**

Llegamos a New Orleans.

Según las noticias que me dan Crombet y Hernández,²⁵ pienso salir para Jamaica a verme con los hombres de allí y ver si puedo conseguir alguna influencia inglesa, pues es muy posible que su política esté predispuesta con España y los americanos a consecuencia del Tratado.

No deseo abandonar la obra hasta que no agote todos los medios que estén a mi alcance, para levantar la revolución.

Muchas veces el más pequeño incidente es causa de repentinos y notables cambios en el estado de las cosas, al parecer más difíciles.

Un poco de valor y constancia, consiguen casi siempre triunfos que antes parecían un delirio, una locura, contar con ellos.

Nadie puede leer nada en el porvenir por más que los sabios y los políticos se empeñan en querer gobernar el mundo. Lo que ha de suceder sucede.

25. General Flor Crombet y el Dr. Eusebio Hernández.

Hay una mano oculta, que a pesar de los hombres todo lo dirige. —La historia nos da en eso elocuentísimas enseñanzas.

Tronos caídos, y pueblos que se levantan.

Aquí un hombre que llora, allá otro que ríe — mañana se han trocado los papeles.

Yo he llorado mucho — ¿por qué he de perder la esperanza de reír algún día?

¿No hay un Dios que me dio vida? ¿Por qué no tener más esperanza en él que en los hombres?

Mi situación en estos momentos es la más difícil que hombre alguno haya podido encontrar en el mundo.

Con mi mujer y cinco niños — y rodeado de enemigos españoles y americanos, los cubanos me abandonan en la empresa y se alejan de mí como un leproso. Sólo me quedan unos pocos. — Los viejos soldados de la *guerra de los 10 años*.

Ha pasado todo enero sin esperanzas.

Marzo 13

Ya que he concluido de disipar todo esto y que me preparo para salir para Jamaica, recibo aviso del Comandante Rogelio Castillo desde New Orleans, que regresa de su comisión a Colombia, cerca de Francisco Javier Cisneros, que mandé desde el mes de noviembre.

Tengo que detener mi viaje, pues he dado la orden a Castillo que pase aquí.

Marzo 27

Llegó Castillo y al darme cuenta del resultado de su comisión, me demuestra el poco caso que manifestó hacer Cisneros de nuestros propósitos.

Este cubano, por conducto del Dr. Manuel Corrales de Panamá, me había hecho en otra época grandes ofertas para ayudar a la causa de su patria cuando llegase la hora de llevar la revolución a Cuba. — Por este motivo y con tales esperanzas, me dispuse a mandar sobre él un comisionado especial — avisándole por medio de una carta muy entusiasta, de que fue portador Castillo, nuestra determinación de llevar nuevamente la guerra a los campos de Cuba para conseguir la independencia. La fría y casi negativa contestación de Cisneros se encuentra entre mis papeles. —Concluye por

decirme, después de manifestarme que no puede darme ninguna clase de recursos, "que si Cuba está quieta, es mejor dejarla así".

Este señor que en la revolución del 68 y la guerra de los 10 años dio muestra de grande y decidido entusiasmo, que armó expediciones y las acompañó y dirigió hasta el campo de la guerra que llegó hasta tener fama y buen nombre entre las emigraciones que ayudaron a sostener con sus recursos aquella lucha, cómo es que si entonces pensaba así hoy piensa de distinto modo.

Si entonces creyó que Cuba era digna de ser libre e independiente, ¿no lo cree ahora? —¿qué razones obrarán en su ánimo para cambio tan extraordinario? —O Cisneros, y como él muchos que piensan del mismo modo, o no supieron lo que traían entre manos el 68, no obraban por propia y profunda convicción, o son peores que unos niños, que se figuraron que la independencia se puede conquistar sin grandes tropiezos y fracasos, y abandona la empresa.

Se han cansado, y perdiendo la fe y esperanza se ha resignado a vivir en suelo extranjero. —Y por poco hubiera triunfado Cuba en el 68 con todos estos hombres—que el acaso trajo a formar en las filas revolucionarios, al parecer decididos y resueltos. —He sufrido un desengaño más, el día que yo despaché a Rogelio Castillo como emisario cerca de Cisneros, creí mandar un mensaje a un compañero— "voy a morir por tu patria, ayúdame a hacerlo peleando".

Lo siento por mí y lo siento también por el Comandante Rogelio Castillo, digno joven colombiano que se ha batido muchas veces en la patria esclava de Cisneros —y cuyo viaje a través de la revolución que se ha declarado en Colombia, le ha hecho pasar mil trabajos y penalidades hasta verse con Cisneros— además del dinero que hemos gastado en tan triste como infructuoso viaje.

Abril 8-11

A las 4 de la tarde hemos dado vista a las dos Antillas; Santo Domingo y Cuba, los dos pedazos de tierra de mis ensueños. En la primera dejé mi cuna y quién sabe si en la segunda tendré mi sepultura.—En la primera recibí el primer beso del amor más puro. —En la segunda, recibí el último. —Allí enterré a mi madre.

¡Oh Patria mía! 20 años hace que te dejé y no había podido mirarte ni una sola vez— errante y proscrito no he pasado hasta ahora junto a ti. —No me culpes de ingrato, aún no era bastante

hombre cuando mi destino me empujó hacia otras playas —y por eso quizás no supe resistir a esta tentación. —Después has vivido siempre en mi corazón, con todos tus recuerdos. Estos jamás se borran, no, no me creas ingrato, Patria mía— por eso no quiero, tierra adorada, pisar otra vez tus playas, no quiero que nuevamente las puras brisas de tus campos refresquen el calor de mi frente, no; caiga sobre mí la luz purísima de su cielo sin nubes, mientras no lleve un nombre digno de ti. —Entonces iré, amada Patria mía, y orgullosa podrás perdonarme; yo humilde seré feliz.

Y tú, oh Cuba infeliz —tierra donde tanto he sufrido y he llorado —tu que guardas los restos sagrados de la mujer que más me amó y amé— mi destino se encuentra ligado a tu destino por un lazo de honor y de amor. —Yo lidiaré por tu redención hasta triunfar o morir, para que mis restos queden en la misma tierra que guarda los de mi madre, y sobre el polvo que nos cubra sea plantada la enseña de los libres; del amor y la libertad, tal cual es donde tú, oh madre, nunca olvidaré, me distes el primer beso.

Abril 15

Vi algunos cubanos y empecé a conocer el estado de esta emigración cuyo espíritu es el peor que se puede esperar. Pues por un lado se encuentran los fríos e indiferentes, y del otro los entusiasmadas; pero con pretensiones de disputarse el mérito de patriotas, de lo que nace necesariamente la división entre ellos mismos, y haciéndose por consiguiente imposible formar una sola agrupación tan exigua y pobre emigración que apenas pueden contribuir con la insignificante suma de mil pesos.

Su organización, a pesar de que dizque aprueban mi programa, es de dos sociedades y un Comité.

Como he comprendido que esta gente carece de un buen sentido político y prefiriendo yo, antes que perder tiempo en gestiones para que se efectúe una organización más perfecta y adecuada, que responda de una manera eficaz a las necesidades revolucionarias. —He determinado no ocuparme de eso y ver la manera así y todo de sacar el provecho posible, de los que estén dispuestos a ayudar a la revolución. —Encaminadas las cosas a este fin, he dejado orden para que sean entregados al General Flor Crombet, cuantos fondos se recauden en la emigración de Jamaica.

Dos razones me han aconsejado a tomar esta medida—la primera, que siendo los Bavastro y los Mainer, los que predominan entre estos emigrados, y siendo el General Crombet de su familia; he descubierto que sus simpatías y tal vez su confianza, sean más por aquel jefe que por mí.— Yo no debo olvidar nunca que no soy cubano—que las simpatías y la confianza que ellos me tengan debe ser limitada.

Esta duda siempre me ha ocurrido, me ha salvado sin duda muchas veces para no incurrir en faltas y errores, tomándome demasiada iniciativa en los asuntos de Cuba, llevado por mi decisión por la causa.

La segunda razón es que he conocido que Crombet está violento por lanzarse a Cuba de cualquier modo —como que no conoce los inconvenientes de una revolución mal armada y las dificultades que se tocan para preparar expediciones cuyo resultado no sea un fracaso— y poniendo fondos a su disposición le dejaré en completa libertad de acción —para que no tenga motivos de quejas—ni él ni sus adictos, descargándome yo a mi vez de una parte de mi responsabilidad.

Todas estas ocultas causas me hacen pasar momentos desagradables, pues ya se empiezan a contentar aspiraciones— y ojalá no cunda al fin la indisciplina.

Para ver cómo hago venir el material de guerra desde New York, pues no me ha sido posible encontrar un medio seguro aquí para introducirlo— me es forzoso volver a New York acompañado de un inglés que me ha ofrecido ayudar en este asunto.

Mayo 15

Empecé a gestionar —para despacharlo— materiales de guerra.

Aquí me encuentro con la espantosa dificultad de que aun no han venido 7 mil pesos que restan de Cayo Hueso, después de comprometer su palabra, en momentos en que contando con esa suma había dispuesto la compra de material de guerra con el poco dinero que se me entregó, sin dejar cantidad ninguna para gastos de transporte de las expediciones.

¡Cuán triste es luchar con un pueblo compuesto de hombres así! Mi primer tentación ha sido, dando un manifiesto abandonar todo este asunto y no ocuparme más de Cuba —porque a temer a

la lógica de los sucesos, lo natural es que esta gente me abandone en los momentos más difíciles— pues si ahora ni por patriotismo ni siquiera por quitarse de un compromiso, hecho conmigo mismo, que saben que no consiento una burla; no aprontan el dinero para quitarse de mí, obligándome que vaya al campo y muera, ¿qué esperanza, por Dios, le queda a un hombre, en los que deja por detrás?

Mayo 28

Pienso ocuparme de mi viaje a Jamaica para dejar allí a mi familia.

Dejé en New York todo el material de guerra a cargo del Cónsul Dominicano Hipólito Billini —que se ha comprometido a ponerlo en el arsenal de Santo Domingo.

Junio 15. En New Orleans

En esta fecha es que vengo a recibir aviso de que han mandado desde Cayo Hueso, a New York, el giro en cuestión; y a la dilación, es decir al tiempo perdido —2 meses— por lo menos se agrega el rebajo de 6,663 pesos, solamente dan 2,000, que en efectivo me ha entregado el General Rafael Rodríguez, y un giro de 3,333 pesos que han enviado a New York al Tesorero General.

De esta suma hay que rebajar todavía un tanto por ciento por descuento de giro.

Con tantas miserables dificultades hay que luchar todavía. Pero hay más—ayer recibo telegrama del Tesorero General doctor Párraga—que no le es fácil negociar el giro pues además de que es a ocho meses de plazo—las firmas que lo autorizan no son muy conocidas en la plaza.

Yo le contesé, que reduzca el giro a dinero del modo que mejor pueda y pronto salgamos de esto.

Si los españoles supieran todo esto, se reirían de la revolución en vez de temblar como le sucede.

Más que nunca, se podrá creer en lo grandemente misterioso de las revoluciones que libertan los pueblos, de la servidumbre, al miedo y la ignorancia, si a pesar de todas esas cosas logramos armar a un buen número de guerreros—que combatan en el campo a la fuerza bruta, para después poderle dar al pueblo en la paz, orden y libertad.

¿Por qué al lado de tanta miseria de recursos materiales, hay, es lo peor, escasez de varonil resolución—pues hasta se le teme a la dictadura revolucionaria; se podrá dar mayor candidez o más afeminado modo de pensar?

¿Acaso se puede citar una revolución en el mundo que no tenga su dictadura?

Muy débil y sin bríos debe ser la que no revista este sello —de seguro que no hará más que divertir y hacer reír al Gobierno que ella ataque por débil que éste sea.

Los hombres que tal piensan, no han nacido para ayudar a libertar hombres —porque no saben y no quieren aprender a armar el brazo del guerrero— porque tienen miedo.

O es eso —o son resabios de Autonomismo— es que la sangre no está bastante depurada.

Me llegan fatales noticias del giro de los 5 mil pesos, todo se ha reducido a mil y pico de pesos —pues los señores Marrero y Recio han retirado su compromiso. —Ahora sí que se empeoró la situación. —Los miserables fondos en vez de aumentarse disminuyen.—
¿Cómo quieren los cubanos *Patria*?

¿Y ya no dejará de hacer que alguien piense y qué hacen Gómez y los suyos—esas carnes de cañón, “que han salido ya para los campos de Cuba”?

Julio 1

Me embarco con dirección a Kingston con mi esposa, cinco niños, la esposa del General Maceo y 17 expedicionarios.

El General Maceo queda aquí para salir después para New York, a recoger algún dinero que suponemos por las noticias que de allí nos dan los amigos de la revolución, que se puede colectar. Pues dicen que los cubanos pobres se están animando a dar algunos centavos —los ricos y poderosos— dicen que esperan ver algo serio sin embargo de no afrontar los recursos, para poder hacer eso serio.

Eso dizque dicen —lo que yo creo muy bien pues no se atreven a confesar que no quieren la revolución.

Agosto 1

Permanezco en Kingston.

He pasado aquí todo el mes de agosto sin que haya podido hacerse gran cosa, pues el armamento para el General Crombet no ha podido salir del New York —a consecuencia de que el Cónsul de Colombia, para cuyo país debía ser enviado, no ha querido firmar la factura, y sin este requisito no hay barco que quisiera hacerse cargo de conducirlo. —Esta es ahora una dificultad con que no se contaba.

Ha llegado el General Maceo, de New York, y ni me da cuenta de lo que ha recolectado.

El General Crombet sigue con sus impacencias a tal grado que ha empezado ha hacerme cargo de las dilaciones; como si la revolución en todos sus grados de organización dependiera de él o de mí exclusivamente—lo que me ofrece la duda de si serán todas esas cosas efectos de los pocos años de este hombre, o que haya en él un gran fondo de ambición que pueda más tarde traspasar los límites de lo lícito en la política.

Tales han sido los arranques de inmodestia militar que la presencia mía ha tenido, que jamás lo creí propio de tal carácter—porque un buen General en empresas de su profesión y cuando surgen dificultades e inconvenientes no se ocupa de lamentarlas ni de buscar a quién hacerle cargos de ellas, sino que las vence o ayuda a vencerlas, pero con serenidad y constancia.

Me quedé muy corto en las suposiciones que me hice al principio, de cuanto tendría yo que sufrir cuando me metí nuevamente en estos asuntos —las amarguras que paso en silencio, solo yo las sé— agregándose a todo esto la miseria en que me encuentro sumido con mi familia.

Octubre 5-6

Salimos de Turks Islands—y llegamos el 6 a Monte Cristi, a las 5 de la tarde—nos condujo a este puerto una goletica inglesa: "Dorcas".

Después de más de veinte años de ausencia de mi Patria, he vuelto cual un fugitivo, ocultando mi nombre y verdadera nacionalidad. —¡Cuántos recuerdos y cuántas consideraciones tristes se agolpan en mi mente!

Nombres de los primeros dominicanos que al poner el pie en tierra, por el Puerto de Monte Cristi— y después de 20 años de ausencia, fueron los primeros que saludamos.

Noviembre 24

Apenas se ha divulgado la noticia de mi llegada, he recibido muchas felicitaciones e ininidad de personas han venido a visitarme —sobre todo he sido objeto, de parte de mis parientes, de las más exquisitas muestras de cariño, de mi pueblo, ¡ay! de Baní, he recibido miles de agasajos y no obstante yo no podré ir a visitarlo, pues no tengo derecho ni al tiempo ni al dinero que se pueda consumir, sino en los asuntos de la revolución de Cuba; y a Baní no me llama sino el afecto de los míos. Preciso es renunciar por ahora a todo eso —en obsequio a mis deberes y compromisos contraídos con un pueblo.

Me he ocupado asiduamente del asunto del armamento depositado aquí, y, en malas condiciones de reclamo por la caída del Presidente Billini.

Me he ido derecho donde el General Ulises Heureaux pues este hombre predomina en las esferas oficiales, y después de varias conferencias privadas tratando del asunto, me ha ofrecido ocuparse de él para que se me abonen en todo caso en dinero, pues no solamente ya se ha dispuesto de parte del material de guerra, sino que sería muy peligroso y comprometido extraer todo eso de aquí.

Además, descubro malas tendencias respecto a mi personalidad política, en los hombres del Gobierno o por lo menos buenos deseos de ayudarme en la empresa.

Es muy posible que todo eso tenga su causa en el temor de una complicación con España —no obstante que yo me he propuesto observar en todo una exquisita discreción.

Todo este mes lo he pasado en las luchas de esas gestiones, y no se extrañe que no haga aquí mención del Presidente Alejandro Woss y Gil, pues desairado al principio por ese Señor, no me atrevo a acercarme a él en demanda de justicia y mucho menos de favores.

1886

Enero 2

Cuántas mudanzas en las cosas humanas, cuánto cambio brusco y repentino en la vida de los hombres, cómo se rueda por encima de las desigualdades del terreno que entendemos por vivir; lleno unas veces de malezas y zarzales, donde a cada paso dejamos desgarradas y perdidas nuestras más caras ilusiones, y seguimos nuestro camino con el corazón destrozado y el alma enferma, otras veces nos despeñamos por horribles precipicios, asiéndonos al caer, a un débil filamento que apenas nos puede sostener —y entonces allí la vida es una agonía, es un suplicio.—Después se cae al abismo que llamamos muerte, donde todo desaparece, todo se olvida.

En medio de tantos dolores, solo con un consuelo pude contar el hombre —ese no viene de nadie, ni llega de fuera— está dentro: la Conciencia.

Yo ayer alegre en el banquete de la familia, en las fiestas del amor; bajo el techo que cobija el honor y la virtud, donde todo es respeto y consideración para mí —y hoy en la cárcel, triste, bajo el techo que ha cobijado tantos crímenes; donde Colón el infortunado, también estuvo preso— y yo sin más amigo que mi propio carcelero y mi conciencia tranquila y serena.

¿Por qué y cómo ha sido esto?

Ni yo ni nadie podrá responder esta pregunta, y preciso es dejar al tiempo, curador sabio de todos los males, y sapientísimo resolvedor de todos los problemas, que aclaren el enigma de mi prisión.

Marzo 14-16

A Turkilán llegamos el 14, y yo me separé de Carrillo el 16 con destino a Jamaica.

De este modo, perdido —si se quiere, he salido de mi Patria, con el corazón triste— porque el fracaso ha sido más doloroso cuanto que ha acontecido entre los míos.

Predomina entre los dominicanos en estos momentos, un hombre de aviesas intenciones para todo lo que no le redunde en su propio bien. Se deja conocer en él, una desmedida ambición de dinero, y sacrifica lo más sagrado a sus intereses.

Este hombre es Ulises Heureaux —dominicano, hijo de padres haitianos— y que debido a las continuas convulsiones políticas que

han agitado el país, se ha hecho de una posición que descansa y defiende con la clase mala del país —con hombres malvados y mal avenidos con los principios de decencia y moralidad— cuyos instintos sabe él muy bien contentar.

Ese hombre a mi juicio, no obstante haberseme brindado como amigo, sospecho que entendiéndose con los españoles, les ha ofrecido que yo no saldría de allí —pues yo debía tocar con inconvenientes gravísimos que no vencería.

Con ese engaño a la vez, cree él que yo puedo hasta salir agrade-

cido. Si los dominicanos no tratan de quitarse la influencia maléfica de ese hombre, el país va derecho a la ruina y al salvajismo. La fuerza no es gobierno, y éste es el único medio que conoce Lili para gobernar.

Abril 16

A las 12 a.m. dejé Kingston y allí también a los pedazos de mi alma; mis hijos, mi esposa y mis hermanas. Los dejo casi puedo decir en el desamparo, para tal vez no volver a verlos más, porque salgo para las Islas Turcas resuelto a entrar en Cuba para llenar mi compromiso y cumplir mi palabra; contraídos, de ir a luchar por su independencia.

¿Quién cuidará de los míos? ¿Quién dará pan y cariño a mis pobres hijos? Solamente su madre.

Es preciso, en el lance terrible en que yo me encuentro, poner toda mi confianza en Dios y confiar en Él el cuidado de salvarnos a todos, puesto que yo todo lo inmolo en obsequio de una causa justa; y si Él es la suma justicia, desde luego solo a Él que resuelve sobre el destino de los hombres y de los pueblos, tocará resolver sobre el mío.

No soy más que como todas las cosas de este mundo; un instrumento que se romperá en manos de la Providencia. Del mismo modo que yo no soy culpable de haber venido a este mundo, no lo soy de mis actos, cuando a ellos me inspiran las nociones de justicia y razón. Debo pertenecer a mi familia y a la sociedad; a mis hermanos los hombres; y como se puede decir que hoy no tengo verdadera patria que legar a mis hijos, y un Centro social donde sean queridos y respetados, me he propuesto; ayudando a conseguir la independencia de Cuba, dejarles en herencia la parte que

pueda corresponderme de esta obra, que aunque no sobreviviese a ella, lo más posible que suceda, siempre; como los pueblos son agradecidos, por más que se les quiera negar esta cualidad; no dejarán mis hijos y todos los míos de recoger algún beneficio.

Mayo 12

Llega el Brigadier Carrillo²⁶ a New York, sin haber conseguido nada, antes por el contrario las noticias que me trae son desconsoladoras, por el decaimiento de espíritu de los cubanos con motivo de los trastornos que estamos sufriendo y por consiguiente la dilación del movimiento.

Es además portador de una exposición y varias cartas de los hombres de Cayo Hueso; expresando lo conveniente que es posponer la invasión para mejor oportunidad, puesto que, no pudiendo conseguirse recursos, podemos fracasar por la debilidad con que nos presentemos en los campos de Cuba.

Todo está basado en buenas razones, y con criterio imparcial; mas sin embargo, de todo eso y antes de aceptar a seguir esas indicaciones, mi situación de Jefe del movimiento me aconseja hacerle algunas observaciones, pues una vez que nosotros hemos emprendido este camino, retroceder o quedarme quieto —me viene a ser lo mismo— puede causar también mucho daño a la revolución en el presente y porvenir.

Si nosotros capitulamos frente a las dificultades que se nos han presentado, para impedir llevar la misión a Cuba —hay que renunciar por supuesto, ahora y para siempre de levantar en Cuba la bandera de la Revolución.

Este fracaso nos deja inhabilitados, para presentarnos otra vez ante el Pueblo pidiéndole ayuda. Nadie nos creará, ni nos prestará su amparo y los hombres dignos (por lo menos yo no lo haré) no se pueden exponer al ridículo y al desprecio de los demás, cuando no se tienen razones y hechos con qué combatirlos.

¿Y qué pudiéramos nosotros decir en defensa propia? ¿Qué alegatos presentar para defendernos del dictado de *pésimos revolucionarios*, que con sobra de razón nos cabría?

26. Francisco Carrillo.

No veo yo la manera honrosa y hábil de retirarme del escenario. En ese sentido he contestado a todo eso, expresando al mismo tiempo que para resolver el asunto de una manera definitiva me será preciso consultar con los demás jefes.

Mayo 31

Llega el Brigadier Rafael Rodríguez procedente de Cayo Hueso que viene de ex profeso a hablar conmigo y me expone lo difícil de su situación para conseguir recursos suficientes para armar su contingente, pues el incendio de Cayo Hueso ha matado allí el espíritu revolucionario entre los cubanos. Me confirma lo expresado, la exposición que de allí me remiten, según la cual debemos aplazar el movimiento de invasión a Cuba; pues todos temen al fracaso en vista de la pobreza de nuestros recursos y de los medios de que podemos disponer.

El mismo desaliento sufren los pueblos de la isla de Cuba, con especialidad los de Occidente, a donde debía dirigirse el Brigadier Rodríguez y de los que fundábamos esperanza, que sería apoyado eficazmente por ellos.

Después que hemos hablado detenidamente sobre el asunto y pesado los inconvenientes, y conocida la verdadera situación — resolvimos suspender el movimiento, salvo la opinión de los demás Generales; y levantando un acta en la que se expresan las razones de tal resolución, la firmamos yo y él para presentarla a los demás.

Junio 17

Conferencia con el General Maceo sobre la situación de nuestros asuntos.

Me informa que el Brigadier Flor Crombet ha salido ya de New York en una goleta que ha podido comprar, y con el armamento— que se tuvo que devolver de Colón, y con algunos se dirige a un punto convenido donde deberá él embarcar con la demás gente para seguir hacia Cuba.

No obstante todo esto insisto en detener el avance, dudoso del éxito, pero al mismo tiempo que no encuentro al General Maceo dispuesto a obedecer mis órdenes a este respecto, no encontramos la manera de salvar los elementos ya en movimiento.

Con tal situación y sin vacilar, me resuelvo a realizar el plan trunco e interrumpido por las circunstancias que se expresan en el acta de Turks Island.

En tal virtud escribo inmediatamente a los jefes de Santo Domingo, al doctor José Miguel Párraga a New York y don José Francisco Lamadriz; manifestándoles a todos mi postrera resolución de apoyar al General Maceo, por todos los medios que me sea posible, toda vez que no puedo detenerlo.

Escribo también en el mismo sentido, al Brigadier Rodríguez y ordeno al Doctor José Miguel Párraga que nombre un sustituto del Coronel Emilio Núñez entre sus mismos subalternos, capaz de llenar lo más cumplidamente la vacante del Coronel, por renuncia que este ha hecho de su destino de Comandante del contingente expedicionario para Sagua.

Resuelto todo esto, me dispongo a esperar el resultado de Maceo, como las contestaciones a todas mis nuevas órdenes. Y así tiene que ser por fuerza, pues aunque quisiera moverme para algún lado a activar el movimiento, no cuento con un centavo para nada.

Julio 25

No he podido conseguir dinero, y para mi viaje a Colón (esto es terrible) he tenido que empeñar mis principales prendas de campaña: el revólver, los lentes y el reloj—y como es una miseria lo que se ha podido conseguir con esto, no puedo pagar pasaje más que en proa confundido con la chusma.

Creo que puedo desafiar a un cubano de mi categoría y posición que pueda hacer semejante cosa por su patria.

Apuntes para la historia.

Agosto 16

Llego a este punto y me encuentro que ya todo ha fracasado. — En la correspondencia que de New York me ha guardado mi esposa encuentro un acta que extendió el capitán del barco, en que en vez de recalar en Puerto Plata, echó el armamento al agua y siguió para New York.

En vista del sensible fracaso, me ocupo de auxiliar los expedicionarios que se van retirando y que como es natural, han quedado con el espíritu decaído.

Agosto 21

En la noche convoque a celebrar en junta militar lo que se debe hacer en las difíciles circunstancias en que nos encontramos, a los generales Antonio Maceo, Flor Crombet y Francisco Carrillo, y Coronel Agustín Cebreco y doctor Eusebio Hernández. Desgraciadamente nada se pudo hacer, pues no nos pudimos entender por más que yo inicié la manera de cómo debíamos empezar de nuevo a trabajar.

Aquella reunión terminó de una manera triste pues sin respeto a los demás ni respeto propio se insultaron el General Maceo y Crombet —ambos predispuestos ya por las causas que se han venido amontonando y concurriendo a la pérdida de su contingente. —Me retiré de allá tristemente desalentado.

Agosto 22

Insisto en que hagamos algo a favor de la Revolución—y propongo un medio para crearnos nuevamente recursos y no desistir de invadir a Cuba de la manera que desde un principio yo lo había ordenado—entrando primero por Oriente el Brigadier Flor Crombet—simultáneamente con Carrillo por Las Villas. —Los demás debemos apoyarlos.—El plan ha sido apoyado y todos están dispuestos a trabajar y crearnos recursos.

Seguidamente celebré una conferencia con los principales patriotas de aquí —y les comuniqué nuestro firme propósito de continuar trabajando; los aliento a que nos ayuden y logro inclinarlos a tomar parte activa en nuestros trabajos.

Me propongo levantar el espíritu que ha tiempo ha decaído y que el fracaso del General Maceo; casi casi, ha muerto por completo. —Despacharé para los Centros de Estados Unidos sobre todo a Cayo Hueso al Brigadier Carrillo y Doctor Hernández— yo pasaré el Istmo. —El General Maceo puede quedar aquí hasta tanto se pase un poco la mala impresión del fracaso sufrido, que indudablemente no ha dejar muy inclinadas a su favor la opinión de la mayoría. —Ahora se requiere que los jefes menos gastados en la misión de recoger dinero sean los que más impulsen las emigraciones.

En medio de todas estas dificultades y desgracias, me faltaba recoger un nuevo desengaño en la amistad del General Maceo. —

Este jefe, porque no estaba de acuerdo con él en sufragar los gastos que sin necesidad se continuaban haciendo en la manutención de algunos, entre estos él mismo—y con cuanta mayor razón que yo no disponía de dinero, se disgusta conmigo y me dirige cartas irrespetuosas y hasta insultantes si se quiere, las cuales así como las contestaciones que a ellas he dado—existen en mis papeles.

No me ha sorprendido esta conducta del General Maceo—pues hace tiempo que sospecho que parece que de un tiempo a esta parte y por las ovaciones de que fue objeto por Cayo Hueso y aquellas partes de los Estados Unidos—se ha acrecentado en él un amor propio mal entendido y ha podido quizás creerse que goza de inmunidades ante los intereses de la revolución— y de aquí su conducta altanera en asunto de tan poca monta, , y lo que es más que justifica mis juicios, que nunca me ha dado cuenta de sus operaciones, con especialidad de la parte financiera. —Siquiera fuera para salvar su responsabilidad.— Todo esto me demuestra que este hombre sin inteligencia política, me aceptaba como jefe del movimiento; pero como mera forma.

La misma conducta del General Vicente García con toda superioridad oficial, que ninguno pudo al fin aceptar sin pensar si él gozaba de condiciones bastante suficientes para asumirlas. —Así en política, es preciso considerar, si se cuenta con prestigio suficiente para encausar cualquier situación; entonces puede tener alguna explicación favorable para el individuo y para la causa misma cualquier pretensión, por descabellada que parezca.

En el caso presente y tratándose de Maceo, nada me queda que esperar para que este jefe no sea una oposición a todo lo que yo disponga, así aquí como en el campo. Si no ha sabido ser amigo fiel y leal compañero, y solamente porque no pudo pagar los gastos de manutención que él mismo y otros están haciendo, se ha desatado en insultos que así debo llamar, el estilo de sus cartas; ¿cómo debo juzgarlos? ¿Qué buena voluntad debo esperar de un compañero de este género?

Debo salir para el Istmo y no tengo dinero, ni para mi pasaje ni para dejar a mi mujer y mis hijos.

Mariano Torres me presta cuatro libras, y cuatro más que consigo, dejando empeñadas las únicas prendas de mi hija —con eso hago el viaje y dejaré algunos chelines a mi mujer.

Diciembre 8

Yo no puedo resistir más el estado de debilidad en que me encuentro, con la continuación de las fiebres; he tenido que acostarme, dejando un encargado del trabajo. —Llega el Brigadier Francisco Carrillo, de Cayo Hueso. —Su presencia me ha consolado.

Carrillo no ha podido hacer nada en su comisión; los cubanos le han vuelto las espaldas, y no quieren oír hablar nada de revolución.

Esto me hace pensar que si nosotros todos, los que estábamos dispuestos a ir a Cuba, no hubiésemos fracasado aquí—allá hubiéramos sido víctimas del abandono de los de afuera si la suerte no nos hubiera sido propicia, y como la vez pasada nos hubiese sido fácil arrebatarse los elementos al enemigo.

De las emigraciones, seguramente no habría ido un hombre a llevarnos un fusil ni un cartucho; y perseguidos constantemente por un enemigo cruel, no hubiera escapado ni uno de los invasores. —Preciso es creer en una Providencia que salva muchas veces a los hombres, de desgracias a que ellos mismos quieren precipitarse.

1887**Noviembre 15**

Negocio perdido. El genio de la fatalidad me persigue. No sé si será para bien o para mal. Pienso muchas veces que el hombre en su ceguera y su soberbia, no quiere ser jamás contrariado en sus designios aunque muchas veces se salva de mayores males.

Esta reflexión me obliga sin esfuerzo a resignarme ahora como otras veces, en mis trastornos y desventuras.

Seguiré pues, trabajando por un lado confiado en que hay una Providencia que siempre ampara al hombre.

Diciembre 22

Nadie puede ver nada en las obscuridades del porvenir. Ni tampoco puede haber un hombre que se crea (a menos que no sea un insensato) que él propio dirige sus pasos —ésta que siempre ha sido mi filosofía— sólo me cuido de la intención que me mueve, pues si ella es buena debo por lo menos tener esperanzas de obtener la recompensa, por caminos y medios que me son desconocidos.

1888**Enero**

Aunque la lucha de la vida, siempre es igual y poco influyen el cambio de números, que designan los tiempos, no puede uno menos que pensar: ¿Y cómo será este nuevo año para mí, a quien ha sorprendido vagando y quizás soñando?

Febrero 1

Los cubanos de New York, un grupo, a la cabeza José Martí, hombre de talento y algún prestigio; se han reunido y tratan de organizar la revolución.

El asunto no se presenta bien claro, pues tal parece que se trata de eliminar al elemento militar, y yo he contestado en los términos más concisos y patrióticos, a la vez que me ha dictado mi conciencia, como defensor leal y desinteresado de la independencia de Cuba.

La lectura de esa comunicación ha modificado un tanto mis ideas sobre proyectos revolucionarios; pues es prudente esperar un poco a ver qué sale de todo esto.

Julio

Siguen aquí los cubanos en su indiferentismo respecto a mí, y para nada se ocupan tampoco de los asuntos de su Patria, lo que me hace creer que para operarse una reacción enemiga el espíritu de las emigraciones, no basta la influencia de uno o más caudillos, es necesario que ella sea ahora provocada, no por hombres sino por acontecimientos.

Agosto 17

Un pensamiento.

—Gonaive, Haití—

Si el hombre ignora a la hora en que le va a venir el sueño, cuándo le espera un dolor, cuándo una calentura y en fin, en qué lugar y en qué tiempo; a qué hora o cuál momento se le aparezca la muerte, sino sabe nada de estas cosas que bien pudieran estar al alcance de las ciencias humanas, es natural que sea un ciego completamente ignorante, de todo cuanto se refiere a su suerte sobre este planeta— y son inútiles cuantos ensayos violentos, em-

prenda o acometa para levantar su vuelo más arriba de donde está marcado el círculo donde ha de girar.

¿Y qué debemos de hacer entonces, los que pensamos en la fama, en la gloria y el renombre? Acaso cruzarnos de brazos desesperados con tan tristes convencimientos de lo inútil de nuestros esfuerzos.

No creo eso tampoco, y para consuelo mío, me he trazado este plan de vida —procurar hacer todo el bien que pueda, no aflojarme por ninguna desgracia, no ambicionar el dinero como única causa del bien social y privado— puesto que nunca he podido comprarme con él los mejores goces de que yo he disfrutado, sino cuando lo he puesto en manos que piden pan y no han podido alcanzarlo, después me hubiera sido posible pasar sin dinero muchos días, como lo pasan multitud de gentes, puesto que son más los pobres que los ricos.

No despeñarme en pos de un nombre ni una gloria soñada que no esté en relación y al alcance de mis aptitudes intelectuales y personales— y tener mucha cuenta con esto pues, al estado de progreso y civilización a que han llegado ya las modernas sociedades, no es muy fácil que los hombres rústicos, por más que hagan, puedan elevarse mucho por encima del nivel de las muchedumbres. —Ya los tiempos de los Téllez, Espartacos y Páez, pasaron porque también han pasado los tiempos de aquellos tiranos.

Las grandes tiranías requieren grandes héroes. —No existiendo aquellas, no pueden nacer estos. —Eso en cuanto a la fama y a la gloria, que cuanto a la posición social, ésa no se puede alcanzar sino solo por medio de la virtud y el trabajo. Pero eso sí, como todo lo dejo; la mitad a Dios, que la otra mitad sí, Él ha confiado a mis esfuerzos, como sabiduría infinita, como fuerza y como el Todo; también debe darnos esos esfuerzos y esos impulsos, poniendo fuerza en mi corazón y luz y fe en mi entendimiento.

Yo voy ahora con destino a Puerto Plata y voy en solicitud de algo mejor que lo que poseo en Jamaica, donde no tengo nada— para trasladar allí a mi mujer y mis hijos.

¡Quién sabe qué me tendrá reservado Dios! Si consigo mi objeto, conforme; y si no lo consigo, lo mismo; volveré a Jamaica y allí donde vive tanta gente como viven en Santo Domingo, viviré yo también.

Septiembre 12

Los Generales Luperón y Heureaux se disputarán, como candidatos para la presidencia de la República, el puesto de tan supremo poder.

Hombres estos, azotes del país, sin dotes de gobierno y sin virtudes cívicas; pero finos amigos e inseparables aliados, por lazos de política personal y afinidad de sentimientos e ideas y hasta de costumbres. No espero entre esos dos personajes políticos que la desgracia de la República ha traído a figurar en primera línea, rompimiento que pueda conmover hondamente al país.

Los ligados intereses de estos dos hombres que pudieran ser contendientes, no permitirán un rompimiento entre ambos y de aquí se puede deducir, que habrá paz aunque paz vejatoria, pero al fin la paz.

Como para mi particular, conviene que yo me encuentre en buen predicamento con estos hombres, para que me dispensen consideración y hasta protección, si se quiere; aunque esto último no debo esperarlo, como hombre que piensa dedicarse al trabajo; es por eso que lo primero que he hecho al llegar aquí ha sido hablar con Luperón y exponerle mis propósitos, mis esperanzas y mis proyectos. Todo lo oyó con la mayor indiferencia y frialdad; no diré extraña pero sí sensibles.

Ni una frase salió de sus labios, que me diera alientos, ni siquiera demostró satisfacción o alegría al saber por mi propia boca que, yo pensaba volver a mi Patria. Todo se limitó a las ofertas de costumbre; "mi casa está a su disposición".

No es así como se responde a un amigo cuando nos comunica un proyecto, como el que yo le expuse, y el amigo es pobre y bueno.²⁷

1889

Noviembre

Puede suceder una cosa también, y en ello debo fijarme para no ser demasiado severo en mis juicios—que él sea instrumento,

27. Años atrás, cuando Máximo Gómez organizaba la guerra revolucionaria, Gregorio Luperón le prestó ayuda y escribió cartas de recomendación en las cuales ejercía su influencia política. Quizá esta expresión de un hombre defraudado esté cimentada por una coyuntura económica que no le avizoraba un porvenir halagüeño.

como otros muchos cubanos escogidos por mi destino para castigarme, con decepciones y los desengaños, pues así mismo me sucedía en los campos de Cuba; que aquellos que más quería y protegía, esos eran los más infieles a mi amistad y mi cariño, y, aquí pudiera citar infinidad de nombres entre ellos algunos de alta significación en la revolución de Cuba: Calixto Mejía Íñiguez, Antonio Maceo, Pedro Martínez Freyre y Jesús Pérez que yo recuerdo de Oriente— y de Las Villas: Francisco Jiménez y varios oficiales poco caracterizados.

En esa campaña —la de más gloria, pero gloria eclipsada— la víctima y el mártir fui yo; Cuba, la desgraciada.

Después de eso nació el Zanjón, incubado en Las Villas; y muchos o casi todos aquellos hombres se quedaron con España.

Sin embargo, yo herido en lo más delicado, y con los harapos de la miseria, emprendí el camino del destierro; prefiriendo todo eso antes de quedarme disfrutando de un bienestar poco honroso, bajo el dominio de un Gobierno que combatí 10 años con las armas. Así he permanecido vagando por playas extranjeras hasta que cansado y desengañado he buscado asilo y amparo en mi Patria²⁸ y entre mis compatriotas; y aquí mismo, cuando con sinceridad y buena fe, asocio a mis labores a hombres que estimo, sin miras de explotarlos sino de protegernos mutuamente, recibo por premio la inconsecuencia y hasta la ingratitud.

1890

Septiembre 9

El mismo día, aún no descansando de la fatiga consiguiente por la mudada, me llega un expreso, portador de malas nuevas o avisos de la Capital.

El expreso se llama Manuel Abreu, cubano enviado por el Arzobispo Meriño y mi primo Gregorio Billini; avisándome de la mala trama que han podido penetrar, está preparando en contra mía el Presidente Liliés.

Inventa que yo, junto con algunos cubanos armamos una expedición para invadir Cuba, cuyos recursos para armar tal expedi-

28. También es posible que un retorno de Máximo Gómez a su país con fama y popularidad pudiera haber sido interpretado como un grave problema político.

ción, los ha facilitado Juan Isidro Jimenes; y persuadiendo al Cónsul de España en Santo Domingo, para que dé aviso al Capitán General de Cuba de mis falsos propósitos —él, Lilís, se compromete mediante la suma de 50,000 pesos, a hacerme desaparecer.

Realmente, no me doy cuenta de esto, a la verdad poca o ninguna impresión me ha causado el aviso.

Debo suponer que si ello no es pura invención de los enemigos del Gobierno para precipitarme en un lance, que inaugure la revolución, o que temeroso Lilís de las influencias de Jimenes en el país, por cuyo candidato a la Presidencia me cree interesado; trate de antemano de quitar de su camino, sin parar en medios, a todos aquellos hombres que puedan ayudar a Jimenes a subir al poder.

Estaré pues prevenido, para cualquier evento, dejando que Dios y el tiempo vengan en mi ayuda.

1892

Enero

Todo se revela en contra mía, en estos instantes mal augurio en verdad para ese año que tan sañudo se me presenta. Según nuevos y repetidos avisos de mis amigos, cada vez se acentúa más la mala predisposición de Lilís en contra mía y la causa principal consiste en que teme a la grande influencia de que goza Jimenes en el país; y como es el candidato que la oposición ha designado para la Presidencia, ya es extremada la agitación popular que se prepara a triunfar, aún por medio de una revolución en contra del candidato oficial, que lo es el mismo Lilís.

Suponiéndome el brazo fuerte de Jimenes, para este asunto, como hombre que puede medir armas, soy desde luego la víctima inocente, destinada al sacrificio.

Septiembre 11

Llega aquí, a "La Reforma", el señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma revolución que se organiza.

Le he ofrecido mi concurso, en todo y para todo lo que se me considere útil, prometiendo servir a esa Revolución, con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con la que serví en el 68.

Este mismo señor José Martí, hombre inteligente y perseverante, defensor de la libertad de su Patria, fue uno de los que con mayor entusiasmo se puso a mi lado, cuando el 86 estuve al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí, se disgustó, parece; que por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dio la espalda.

Su retirada, contribuyó bastante a acelerar el fracaso que al fin sufrimos, pues la desconfianza pública fue entonces más patente, quedándose al fin solos y desamparados los hombres de armas que pensábamos llevar la Revolución a Cuba; y fue, desde luego, inevitable el fracaso.

Muchos cubanos prominentes de nuestro partido, con aparente razón, temían que ahora, guardando yo algún resentimiento de Martí, por su conducta pasada, negase a la Revolución que él trataba de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios.

No debe ser así, pues Martí viene a nombre de Cuba, anda predicando los dolores de la Patria, empeña sus cadenas, pide dinero para comprar armas; y solicita compañeros que le ayuden a liberar, y como no hay un motivo, uno solo, ¿por qué dudar de la honradez política de Martí? Yo, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me siento decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la empresa que acomete.

Así, pues, Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

Septiembre 15

Continúa Martí para la capital de la República y yo regreso a "La Reforma".

Para ayudar bien, a que Cuba sea libre, ¿qué debe hacer todo el que se precie como un patriota decidido y honrado?

¡El procedimiento es muy sencillo! Ayudar en todo y no crear ni presentar en lo más mínimo el menor obstáculo, y cuando se note algún error, señalarlo muy en privado y proponer la manera y los medios más eficaces de remediarlo. Por el triunfo de la Revolución de Cuba es obra de concordia, y a mi juicio los trabajos hechos hasta ahora por Martí, presentan bastante consistencia, porque va consiguiendo la unificación de los elementos discordantes;

por cuya causa y no por ninguna otra, se enterró la Revolución de Yara en el "Zanjón".

Esperaré pues, el resultado de los trabajos posteriores, que con tesón sé que ha de continuar Martí.

1894

Diciembre 27

He dado la espalda a mi hogar. Sacrificio semejante no lo puedo comentar, pues cuando se llena el deber cumpliendo la palabra empeñada, es necesario, para no volver atrás en asunto tan serio—, es preciso ahogar los latidos del corazón.

Hay situaciones en la vida de los hombres, y la mía es una de ellas, que tienen que ser bien definidas, so pena de dejar a la opinión la oportunidad de un juicio malo o desfavorable. Yo perdería prestigio y respeto si no ocupo puesto en la fila de los combatientes por la libertad de Cuba.

1895

Abril 11

Hemos amanecido en Inagua. El trabajo de echar los trabajadores a tierra se hizo en seguida, y se embarcó a bordo de un bote que hemos comprado en 100 pesos.

A las 2 de la tarde se levantó ancla y sigue el vapor su rumbo. Dos horas después las montañas de Cuba se presentan a nuestra vista ansiosa. Seguimos sin novedad.

Son las ocho de la noche, nos encontramos a tres millas de la costa Sur de Cuba, no muy lejos del puerto de Guantánamo. La noche es tenebrosa, el mar se siente agitado, la obscuridad es tal que el mar parece un negro manto funerario donde nos debemos envolver para siempre. Ni una estrella alumbró el firmamento. El chubasco se afirma. El vapor se detiene un momento y rápidamente se descuelga un bote, se carga de armas y pertrechos y caen dentro de él seis hombres; que cualquiera diría que eran seis locos.

Se va en el acto el vapor y quedamos desamparados, envueltos en aquella pavorosa atroz. Ninguno de los seis somos marinos, y con todo, echamos manos a los remos.

Martí y César²⁹ a proa, reman muy mal, pero a la desesperada; los demás al centro, yo he agarrado el timón, que apenas lo entiendo, que al fin se zafa y se pierde.

La obscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no podemos divisar bien la tierra. Dos hombres en tierra, que nos figuramos pueden ser guardias españoles nos marcan nuestro rumbo, y para allí con trabajos y fatigas inauditas nos dirigimos.

La Providencia no nos desampara; el chubasco calma, la noche se aclara y la luna comienza a alejarse por Oriente.

Ya seguimos bogando con más maestría. Yo y el Brigadier Borrero, de un remo hemos hecho de timón y ayudamos, empujando, a dirigir la embarcación con muy buenos resultados.

Ya son las 10 de la noche y nos hemos podido pegar a tierra—pero el desembarco no nos fue posible, pues son peñas cortadas a cantos que se elevan de manera brusca y donde el mar combate con furia—y seguimos costeano un poco. La fortuna nos depara un recodo, “La Playita”. Allí dirigimos nuestra embarcación, y como por encanto nos encontramos en tierra; casi de la misma embarcación pasamos a la orilla de Cuba, a las 10 y media de la noche del día 11 de abril.

29. César Salas.

COMO GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO LIBERTADOR

Mayo 9

Marchamos con destino a Altagracia, donde llegamos en la tarde de ese mismo día; casa de mi antiguo amigo Manuel Venero.

¡Cuántos recuerdos se avivaron en mi mente la noche de este día! Sobre todo el de Panchita, la hija más querida de esta familia y distinguida amiga mía; asesinada vilmente por los españoles en la guerra del 68 por un tal Federicón; una fiera con nombre de hombre.

Este hombre cruel, que hace prisionero a la familia, y por sospechar solamente que Panchita, la que se negó a satisfacer sus brutales deseos, lo hacía porque me amaba; aquel español execrable la hace pedazos a machetazos junto con su hermanito José María, niño de 11 años.

La deuda que España ha contraído con Cuba es tremenda, pues como este hay miles de episodios infames y sangrientos, que registrará su guerra de independencia. De ahí la Revolución, la Guerra.

Mayo 19

A la Vuelta Grande, en donde encuentro al General Bartolo Masó con más de 300 jinetes — y Martí y mis ayudantes.

Pasamos un rato de verdadero entusiasmo.

Se arengó a la tropa y Martí habló con verdadero ardor y espíritu guerrero; ignorando que el enemigo venía marchando por mi rastro y que la desgracia preparaba a nosotros y a Martí, la más grande desgracia.

Dos horas después nos batíamos a la desesperada con una columna de más de 800 hombres, a una legua del campamento; en Dos Ríos.

Jamás me he visto en un lance más comprometido— pues en la primera arremetida se barrió la vanguardia enemiga, pero enseguida se aflojó, y desde luego el enemigo se hizo firme con un fuego nutridísimo; y Martí, que no se puso a mi lado, cayó herido o muerto en lugar donde no se pudo recoger y quedó en poder del enemigo.

Cuando supe eso avancé solo hasta donde pudiera verlo.

Esta pérdida sensible del amigo, del compañero y del patriota; la flojera y poco brío de la gente, todo eso abrumó mi espíritu a tal término, que dejando algunos tiradores sobre un enemigo que ya de seguro no podía derrotar, me retiré con el alma entristecida.

¡Qué guerra esta! Pensaba yo por la noche; que al lado de un instante de ligero placer, aparece otro de amarguísimo dolor. Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma podemos decir del levantamiento!...

1896

Febrero y marzo

La tea volvió a encenderse al proponerse hacer la zafra por la fuerza de las armas y la isla ha quedado arrasada.³⁰

Abril 28

El Camagüey sufre desorganización por lo que todos, opinan que mi presencia es necesaria en aquella comarca, por lo que, pienso marchar un poco hacia Occidente, enviando al General Antonio Maceo algunos refuerzos regresar, y pasando por Camagüey evitar mayores males.³¹

30. Cuando Máximo Gómez escribió estas líneas se refería a la invasión que se había efectuado al Occidente de la Isla. Muchos dueños de ingenios no obedecieron la orden mambisa de suspender la zafra y sus cañaverales fueron incendiados y algunas fábricas destruidas.

31. Por esta fecha Gómez marcha hacia Camagüey y Oriente. Antonio Maceo con su contingente invasor se quedó en la provincia de Pinar del Río.

Junio 28

Acampo en San Andrés, donde se me une el Gobierno, que hasta ahora no había podido ver.

Después de tantos desaciertos como han cometido estos hombres; se ha querido rehuir a las responsabilidades consiguientes que les cabe, y yo por mi parte me propongo no ahondar demasiado en estas cuestiones, que de seguro han de inferir menos males a la Revolución que amo y sirvo, dejándolas así, que tratando de remediar males que ya no tienen remedio. Por otra parte, las ineptitudes de estos hombres en el Poder me garantizan en mi destino y me proporcionan menos embarazos para la Dirección de las Operaciones de la guerra, puesto que sus repetidos actos inconstitucionales le han despojado de la verdadera majestad del Poder.

Julio 9

Alcanzo al General García en la Yaja. ¡Cuántos recuerdos! Aquí recibimos la triste noticia de la muerte del General José Maceo, acontecida el día 5, en Loma del Gato—de Songo.

A las 9 de la noche con el General García³² en San Rafael, "Cauto".

Esta noticia nos ha entristecido a todos. Ha sido para todos los que nos encontramos aquí un día verdaderamente triste. ¡Qué desgracia para los hombres, que tengamos que morir, para saberse, y eso para los vivos, la cantidad de afecto que se nos profesa! Eso acabo yo de notar con él, el General Maceo, el muerto.

Septiembre 1

La Yaja; aquí me reuní con el Gobierno, el día 1 de septiembre. Aquí he celebrado varias conferencias con el Gobierno, que poco atinado y mal inspirado en sus estrictas atribuciones, barrenando la Constitución, se ha inmiscuido en asuntos puramente militares u operaciones de la guerra.

Con prudencia y tacto, para evitar rozamientos que puedan perjudicar altos intereses de la Revolución he logrado conciliarlo todo y ayudar a que, todos, sin alardes de personalismo, ocupemos nuestros respectivos puestos. Todo eso he hecho con la abne-

32. Mayor general Calixto García Íñiguez.

gación que Cuba me manda a ejercer en provecho suyo, para su bien y ventura, sin cuidarme de las heridas que los hombres del Ejército han inferido más de una vez a mi autoridad de General en Jefe del Ejército.

Diciembre

Hace días que se suscitó entre el Consejo de Gobierno y yo, un desacuerdo, por el modo irregular de sostener las confidencias reservadas; firmando cualquiera de sus miembros pases al enemigo, muchas de las veces para diligencias fútiles, facilitando con esto el espionaje enemigo en la zona alrededor de Camagüey, que entra en mi plan de campaña asediar lo más posible que se pueda como se está haciendo.

Diciembre 2

Fue herido Panchito,³³ combate Lomas de San Juan de Dios, Pinar del Río.

Y queriendo regularizar ese servicio de la mejor manera, sin oponerme al acuerdo, el Consejo se opone y de ahí que se me hayan pasado comunicaciones insultantes; al extremo que hemos caído en una situación embarazosa, resultado: sería cuestión personal entre el Secretario de la Guerra —como él se titula y yo.

Todo esto, que podemos llamar sensible y trascendental trastorno, ha venido a presentarse en los momentos más peligrosos de la campaña y cuando me preparo precisamente, para marchar hacia Occidente.

Y pienso de esta manera: consecuente siempre con mi propósito desinteresado de ayudar a los cubanos en su guerra de independencia; que es lo que me hizo, desarmado y en frágil barquilla, arribar a las playas de esta tierra; que ya he hecho bastante por ella, llenando lo mejor que he podido el deber que yo mismo me había impuesto, creo que ya los cubanos no me necesitan y, como extranjero, y como hombre sensato, cumple retirarme de esta lucha, en donde han surgido ya peligrosas rivalidades, que de ningun-

33. Su hijo Francisco Gómez Toro. Había desembarcado como expedicionario el 8 de septiembre de 1896, por la costa sur de Pinar del Río.

na manera (como pudiera suceder) debo alentar con el ejercicio de mi mando; por eso, me hará perder simpatías en este pueblo, patria de mi mujer y de mis hijos y tal vez una nota dudosa de insubordinado en mi vieja hoja de servicios que deseo mantener clara y limpia.

Esta es la inesperada situación en que me encuentro colocado.

Diciembre 16

En San Faustino, Camagüey. El más triste para mí.

Me despierta la noticia de la muerte de mi hijo Pancho y del General Antonio Maceo, ocurrida en Punta Brava, provincia de La Habana. El día 7 del actual.

Algunos de mis compañeros abrigan la esperanza de que pueda ser falsa la noticia, pero yo siento la verdad de ella en la tristeza de mi corazón. Pobre mi esposa, pobre Madre, qué golpe para tu corazón!

Mi pena es tan grande como la causa que la motiva. —Otra gran desgracia, la más terrible que podía caer sobre mí. Cuánta verdad expresó el que tuvo la ocurrencia de decir: "Nunca los males vienen solos".

A las 12 de la noche el oficial de guardia me llama para entregarme un pliego. Estamos acampados en San Francisco, oeste del Camagüey.

Este pliego es enviado por otro oficial; Benítez y Mola acompañándome una hoja impresa de procedencia española, por la cual se hace pública la muerte de mi hijo Pancho y del General Antonio Maceo, en Punta Brava. A mi hijo Pancho desembarcado por Pinar del Río y que ansiaba abrazar! Esta nueva desgracia, que sin nada de fatalismo me hace reconocer, que tal parece que cada hombre tiene en la vida sus periodos de dichas y desdichas! Y son más para mí los días borrascosos y tristes que he pasado en este mar de la vida, que los alegres y dichosos.

La tristeza que me han causado los ultrajes inferidos por el Gobierno y que aún no se han podido disipar de mi espíritu, me hace suponer que eso no era más que el presagio de una mayor desgracia.

En presencia de tantos males que ya no puedo evitar, por falta del poder que me ha cercenado el Gobierno y decayendo mi presti-

gio por la ley fatal de los mismos sucesos, debo yo como hombre sensato, insistir en renunciar de un destino, que en las condiciones en que me encuentro, tengo la seguridad de no poder servir como es debido. De no hacerlo así, me opongo a que se pueda creer que me siento apegado a él, y lo que es más no proceder con juicio e inspirado en verdadero patriotismo. Cuando un hombre no se tiene confianza en sí mismo para servir bien un destino, cualquiera que sea la causa, cuando no puede responder a la confianza pública, debe retirarse y ceder el puesto a otro.

Con esta profunda convicción voy marchando hacia Las Villas.

Diciembre 27-28

¡Triste, muy triste, más que triste desgraciado ha sido para mí, el año 96!

Me ha dejado acongojado y maltrecho. La negra ingratitud de los hombres, aliadas a las desgracias de la guerra, con furiosa osadía me ha hecho sentir su iracunda rabia; y hoy, en este día, en estos instantes, siento en mi alma la más honda pena y casi me siento abrumado por la pesadumbre que hago esfuerzo por soportar.

Y es que pienso que es en vano, que el hombre honrado todo lo sacrifique por el bien social; pues las sociedades siempre serán ingratas.

Acampado en Santa Teresa, y aquí concluyó el 96.

1897

Marzo 17

Bien dijo un día Manuel Sanguily: "Y hay quien se deja matar por tantos que no quieren quitarse la librea de lacayos".

Yo le censuré un día a Manuel Sanguily que vertiese esas frases; cuando se sintió herido como cubano, al ver agruparse a los hombres en la ciudad de La Habana a los pies de la Infanta Eulalia. Y cuando pensé, que yo mismo tendría que aplicarlas, no en La Habana sino en estos campos empapados en sangre! ¡Qué horror! Nadie es capaz de apreciar el trabajo y la fatiga que cuesta enseñar a los hombres a ser libres.

Abril 1

En "Ojo de Agua", cerca de Pelayo. Ha ocurrido un lance desagradable para mí. Un titulado Comandante, llamado José M. Villa, de las fuerzas de Matanzas y que por haber venido a una comisión fútil del célebre General Juan Ruz, y que por tener malos informes de su conducta, lo detuve aquí, y al nombrarle para el servicio de guardia de avanzada, como se ha venido haciendo con todos los jefes y oficiales que se encuentran en situación de reemplazo, muchos de estos de indefinida graduación, por no poseer documento auténtico que lo compruebe, como lo es el diploma, encontrándose el tal Villa, precisamente en este caso, se negó rotundamente a prestar el servicio que se le exigió, infiriendo con este acto público de insubordinación, un ultraje directo a mi superior autoridad, que cumplía a mi deber castigar en el acto, severamente.

Cuando un ejército se encuentra en campaña, ningún acto de insubordinación puede considerarse insignificante, el que más lo parezca, siempre será de carácter grave y el General que no sepa y esquivando todo eso, o que no se sienta con carácter, para cumplirlo o hacerlo cumplir, bien puede abandonar su puesto y guardar sus galones para los días de gala.

Ningún subalterno, en ningún caso, puede rechazar las órdenes de su superior, por injustas que éstas le parezcan, pudiendo después con más acopio de razones, respeto y buen espíritu de disciplina, pueda aprovechando todos los derechos que le otorgan nuestras leyes, y las prácticas de derecho republicanos, elevar sus quejas a quien quiera. Al mismo General en jefe o al Consejo de Gobierno.

Según he podido averiguar, parece que palpita a mi alrededor, eso se extenderá, cierto espíritu de descontento en contra mía, por el procedimiento contra Villa, que muchos consideran muy abusivo, violento o injusto. Es decir, que entre Villa y yo hay una distancia inmensa por la jerarquía; era yo el llamado a tolerar la insolencia de la insubordinación, cuando ésta no solamente lastimaba mi decoro personal, sino la disciplina del Ejército. Cada día me convenzo más, de que no es a mí a quien corresponde ya la organización de estos elementos, y que gastándome inútilmente, no puedo adelantar nada en ese sentido y me expongo a engañarme las simpatías de los cubanos, puesto que aquí tenemos que perder el tiempo en fórmulas demasiado democráticas y familia-

res que en ninguna parte ni en ningún tiempo, de las guerras que la Historia de ellas mismas, nos relata, se ha visto.

Como no he venido a imponerme, y como tampoco me siento predispuesto contra un hombre siquiera de los que militan en esta guerra, pues siempre me he cuidado mucho de que no me pique esa gangrena, a mi corazón, pues desde luego me siento tranquilo y correcto en mi puesto, con mi conciencia de hombre honrado y en la honradez que en el valor, debe asentarse el prestigio de los hombres públicos.

El que gobierna y manda debe tener mucho cuidado de no cometer ningún acto de debilidad, que menoscabe en sus manos la cantidad de poder que se le ha confiado; tampoco debe ejecutar actos arbitrarios, pero en último caso, y en determinadas circunstancias, como por ejemplo, por las que atraviesa hoy la guerra de Cuba, es preferible un jefe arbitrario que débil o falto de carácter. Los males que pudieran producir los procedimientos del primero serían de consecuencias personales, le harán daño a su persona, es lo más; pero los trastornos que sobrevendrían de los procedimientos del segundo, ¡ah! esos serán siempre desastrosos; porque afectarán a todo el cuerpo social.

A la sombra de una autoridad débil, solo medran los osados, los atrevidos, que en las Revoluciones, por desgracia no son los menos, y que se ven desdeñados y desatendidos los virtuosos, los moderados, los de espíritu manso.

Toda fuerza constituye salud y conduce a la vida. Toda debilidad es extenuación, es la anemia y conduce a la muerte.

Mayo 10

He pasado, pues, este mes, sufriendo no solamente el mayor empuje del enemigo, sino el desagrado de verme burlado en todas mis disposiciones.

No es posible General en jefe verdadero, para Ejército con Generales que no saben obedecer o no pueden, por falta de capacidades, completar en la práctica el pensamiento del Jefe superior; sin que se pueda justificar en su fracaso, después de acatar las órdenes y moverse en cumplimiento de éstas.

En tal virtud, el dilema es tan sencillo como obligado; o ineptitud manifiesta o procedimientos caprichosos. Duro es el juicio,

pero natural y lógico, y del que no me es dado prescindir sin dejar de ser consecuente con mi lealtad y dignidad oficial.

No he movido más que un pequeño Escuadrón del Cuarto Cuerpo, para reforzar mi escolta. Toda esta brava campaña la he resistido con los hombres que forman esta, pertenecientes al Tercer Cuerpo de Camagüey.

Junio

Los españoles han seguido operando en grandes masas y no he podido oponerles seria resistencia, por las condiciones en las que me encuentro; apenas con parque para una defensa floja, supliendo con la estrategia y el movimiento la carencia de fuerza; así he podido evitar que el enemigo se nos eche encima. Sin embargo, no hemos dejado algunas veces de, aprovechando ocasiones, darles varias sorpresas al arma blanca.

Es curioso lo que me sucede, así son los percances de la guerra, y no puedo culpar de ello a nadie ni achacarlo tampoco en todo al enemigo. Es que el Ejército Libertador que yo comando, y en las Comarcas extremas, Oriente y Pinar del Río, está abundante de recursos; y en el Centro, que son Las Villas, donde yo he fijado el Cuartel General, no se ha logrado alijar una buena expedición.

De Oriente, con la dificultad material de la Trocha, no es fácil, sin exponerme a grandes pérdidas, proponerme a pasar un convoy de pertrechos de guerra, cuya conducción no puede ser de otra manera que a hombros; y de Pinar del Río lo mismo o peor por la distancia y dificultades de otro carácter.

En esta situación, pienso mandar un comisionado especial al extranjero para que conduzca o indique una expedición por estas costas.

Me siento triste en esta campaña de verano o primavera, no por la situación que explico, pues yo sé que en la guerra todo cambia, y los sucesos, ellos mismos, vienen a salvarse unos a otros; mi tristeza consiste en el tormento que me dan algunos jefes inmorales y desordenados, como Quintín Bandera, el mismo José María Rodríguez que se ha metido en las lomas junto con mujeres. Hasta Enrique Loynaz, dando con eso un mal ejemplo y no secundando mis esfuerzos. Todo eso, que los españoles saben, lo aprovechan de diferente modo y de aquí que el número de los esforzados seamos menos.

La moral de la guerra, como si dijéramos el alma, su secreto poder, se enferma y debilita, mal creciente que yo me esfuerzo en conjurar, pero que los hombres sin virtudes, la que se necesita poseer para una obra como esta, no aciertan a comprender; y mañana se atreverán a decir: "yo fui un obrero de la independencia de Cuba", cuando no han podido ser constantes y correctos guerreros.

Si los que por su categoría militar en este Ejército improvisado y por sus antecedentes sociales en la sociedad cubana no secundan, en esta obra de verdadera redención de esta infortunada sociedad, con sus ejemplos y abnegaciones; no veo muy buenas las raíces de la República.

Los cimientos del edificio no aparecen sólidamente construidos y puede descomponerse por su base.

Cuando aquí en Las Villas, me separé del Gobierno, logrando que regresara al Camagüey, me creía aliviado de la pesadumbre de aquel grupito que significa la dictadura sin gloria, parásito necesario de la Revolución; y no contaba que por otro lado tendría que luchar con mayores desperfectos.

Lo del enemigo es nada; para ése la guerra y a eso he venido preparado.

Agosto 29

Toda obra que los hombres de Gobierno hacen en la soledad de su gabinete, sin contraponerse con las aspiraciones de la opinión pública es una obra muerta.

Noviembre 15

Acampado en la Demajagua. Las operaciones las ha activado el General Blanco,³⁴ sustituto de Weyler³⁵ desde el último día de octubre.

34. Capitán Ramón Blanco y Erenas, marqués de Peña Plata.

35. Capitán general Valeriano Weyler y Nícoalu, marqués de Tenerife. Relevó en el mando a Arsenio Martínez Campos. Desde febrero de 1896 hasta octubre de 1897 fue una verdadera pesadilla para los cubanos. Fue ejecutor de la reconcentración de la población rural en las zonas urbanas. Aunque no se puede precisar la cifra de muertos, los estimados más conservadores fijan en unos 200,000 los fallecidos en su inmensa mayoría de hambre. Además aplicó una política de guerra despiadada tanto con los insurgentes como las familias patriotas que residían en la manigua.

Este General, implantador de la autonomía, nos dará más tormento que su antecesor con el sistema de matanza, pues como si dijéramos engañador, habrá que estar salvando a este pueblo sencillo para que no caiga en la trampa. Ya hace prisioneros a hombres pacíficos que pone en libertad después, y se cuenta, que le regalaron dos pesetas a uno de estos hombres que le habían dado un balazo.

1898

Enero 11

Los españoles se esfuerzan por implantar la Autonomía en Cuba, pero abrigo la firme esperanza de que este pueblo heroico, mirará con soberano desprecio semejantes tardías reformas, que no pueden de ningún modo satisfacer sus nobles aspiraciones de independencia, defendida a costa de tanta sangre y ruina.

Es muy posible que España, ofuscada en su ingénita soberbia, suponga al pueblo cubano ilustrado, corriendo pareja con los tagalos; y no advierta que ella misma, con su desgobierno y sus guerras mal dirigidas, con sus hombres políticos mal atinados y mal avenidos, con sus Generales ineptos y mal inspirados en el genio de la guerra, para la cual se necesita mucha cabeza y gran corazón; y es por eso que no pueden fabricar generales como sucede en España, pues hay que nacer con esa madera; por todo eso nos ha enseñado a conocernos a nosotros mismos, y en esta larga lucha hemos aprendido que somos superiores a ellos para todas las luchas y nos creemos capaces de establecer casa aparte, llenando así cumplidamente ante la América y el mundo todo, los altos fines a que están llamadas todas las agrupaciones nacionales esparcidas por la faz del planeta.

Así piensa ya la mayoría de este pueblo, que como sucede en todas las naciones organizadas, naturalmente piensa por las minorías y desde luego las dirige y encamina al reposo de la vida dentro del orden y la moral por medio del "trabajo", bien retribuido, que es la base principal del edificio social.

Febrero 7

Con la implantación del nuevo régimen, algunos se han desertados del Partido Separatista traicionando a su Patria y a su bandera.

Pero esto no es una novedad, pues esos son los impuros y los cobardes; que no pueden resistir a las pruebas de la abnegación que requieren virtudes no muy comunes en todos los hombres.

Y otros también que son mercaderes que entran a todos los templos a recoger golosinas en cambio de reverencias. Todavía, seguramente, hemos de ver muchas cosas antes de que se forme la paz.

Febrero 24

En la Gloria. Se cumplieron hoy 3 años del alzamiento en Oriente capitaneado por los Generales Bartolomé Masó y Rabí. Tres años de sangrienta guerra y duras privaciones.

Mi desembarco a esta tierra por la región oriental de Baracoa la verifiqué el 11 de abril a las 11 de la noche. Y desde aquel momento no he tenido un minuto de reposo. He vivido 34 meses encima del caballo, mi sueño por la noche se reduce, de cuatro a cinco horas y las más de las veces a menos. Mi alimentación, a la misma cosa todos los días, carnes sin condimentos y viandas cuando se encuentran.

Siento mi pobre cuerpo cansado de la fatiga y hace muchos días, que con el pretexto del frío, mi cama es el duro suelo, suavizado con pajas del potrero donde pastan los ganados. La hamaca no me es ya cómoda, como lo era antes; y es que la tierra quizás me llame a su seno. Por eso, sin duda, no siento en mi corazón el tormento, sino de una ambición, la de ayudar a concluir pronto esta obra de redención y retirarme a descansar, lejos, si es posible, del bullicio de los hombres; para no ser más víctima de sus veleidades, pues aquí mismo, en el puesto que ocupo, cuento con gran número de desafectos entre estos que me dan la categoría y el puesto elevado. Blanco seguro para los traidores.

Marzo 2

A la Laguna de Miguel y mandado a reconocer el campo, en donde se encontraron los dos cadáveres de nuestros hombres macheteados, hazaña muy común entre los españoles, por lo que no me causa más que la desagradable impresión de verse uno obligado a batirse con un enemigo que, mancha su bandera con semejantes actos.

Según informes del oficial que hizo el reconocimiento— y que enterró los muertos: canario (dominicano)— ha encontrado señales de que el enemigo recibió bajas, por sepulturas y rastros de sangre y caballos muertos sobre el terreno; que él ocupó en el lugar del combate. Y de aquí una racional consideración; interrogando al presente. ¿Con quién nos batimos? ¿Con España o con los Autonomistas? Mi juicio es el mismo que se emite por la misma prensa española, representante de la opinión. Nos batimos con un enemigo que tiene muy poco de común con aquel otro enemigo no menos sangriento de Weyler. Son estos infelices, los mismos soldados arranchadores. Hacen fuego con el mismo fusil. Los Batallones conservan sus nombres. Los Generales, para mengua, llevan los mismos apellidos y visten el mismo uniforme. Y sin embargo, en el fondo se ha efectuado un cambio desastroso, ha sucedido una modificación gravísima.

Combatimos a un enemigo que ha trocado su real divisa por otra. Y es lo único que yo noto; que los Batallones no ostentan la bandera de su rey. Los soldados no son los soldados que defienden a su rey, defienden otra cosa muy distinta. Mueren por una causa ajena. Ese gran Ejército de valientes ha sufrido una gran desgracia que equivale a la más vergonzosa de las derrotas.

Marzo 23

Y en cuanto a la intervención americana en esta lucha, al tira y más tira de sus relaciones con España, a sus escuadras, y cañones abocados, de eso se habla hace mucho tiempo, y todavía no se ha vertido más que gotas de sudor. Y me ocurre pensar como al pobre negro esclavo viejo, cuando se apercibió de que el amo peloteaba con la señora— “ello so branco se entende pero yo yo me va pa la monte”.

Abril 8-9

Si interrogamos a la historia para saber qué guerra ha ganado España en América; encontramos que ninguna, y eso que no se puede poner en duda el valor de sus soldados.

Pero es que sobre España pesa la inmensa responsabilidad de dos crímenes horribles: la extinción de una raza y la esclavitud de otra.

El esplendor y la gran riqueza de España ha sido amasada con muchas lágrimas, mucha sangre y mucho dolor americano. El Alma de América le debe todas sus congojas, y no contenta con esto y en su insaciable codicia cruzó los mares y se fue al África a comprar esclavos, cuyas espaldas negras desgarran con el látigo que derrama sangre que convierte en oro, para sostener sus orgías, sin cuidarse de que, las horas de reparación y de liquidaciones siempre han de llegar.

Y sin duda pueden estar próximas, porque el espíritu de los antiguos héroes, sus víctimas, y de los modernos; Hatuey, Canoabo, Gautimosín, Martí, Agramonte, los Maceo... se ciernen sobre la infeliz Cuba que lucha por su libertad, con fe profunda en la justicia de su causa y el valor de sus hijos fía su triunfo.

Mayo 6

“La política tiene muchas exigencias, y en estos momentos hay necesidad de pasar por las horcas caudinas para salvar los grandes intereses, no sólo políticos sino de otro orden más elevado, que tal vez dependen, en ciertos momentos, de la prudencia y de la humildad que adopten los hombres que durante muchos años han sido los directores de una política determinada que tienen el deber de salvar a costa de toda clase de sacrificios y de mortificaciones, por grandes que ellas sean”.

Sin duda, todo eso está muy bien dicho, pero yo no me encuentro en esas condiciones. No he venido aquí a defender política y a hacer política, y solamente a hacer la guerra para defender principios; y una vez que éstos los considere salvados, y en camino de firmarse la Paz por la intervención de fuerzas extrañas, mi misión está terminada y para quedar más alto, debo retirarme.

Para la Paz, mis servicios no son necesarios a Cuba, como no lo serán tampoco los de muchos Generales cubanos. Otros elementos intelectuales son los llamados a administrar inmediatamente los intereses del País.

Esto es lo sensato que cabe pensar, y esperar que suceda...

Un gobernante sensato, que siente ir de caída su prestigio y su autoridad; no promueve luchas con elementos que todo lo arrastran. El que se siente débil debe mantenerse a la defensiva. Para tomar la ofensiva es necesario tener más fuerzas que el contrario; de otro modo la derrota es segura.

Mayo 21

Un comisionado del General Calixto García, me entregó una nota particular, manifestando motivos fútiles e injustificados, para no venir a cumplir la orden del General Menocal;³⁶ escribiéndome también éste en el mismo sentido.

La conducta de estos jefes, en asuntos tan delicados no me parece muy correcta, ya sea juzgada como militares, ya sea como patriotas. Cuando voluntariamente debían marchar para Occidente, rebuscan pretextos para no hacerlo, proceder es ése bien extraño, pues que acusa ignorancia de la situación de la campaña o temores de ir a hacer la guerra en comarcas que no conocen. Y siendo cierto lo uno o lo otro —está demás el General en Jefe, desde el momento en que le es imposible movilizar el Ejército a su mando— como es también inútil combinar y estudiar planes que sus subalternos en vez de ayudar a ejecutar, por el contrario los paralizan y trastornan.

En verdad, la situación es difícil y estos hombres son difíciles de gobernar. Como General en Jefe yo, es cuerdo esperar un poco, para que no recaiga sobre mí la responsabilidad de cualquier trastorno; pero debo dejar este destino que no puedo servir como es debido.

Si no pueden venir los contingentes de Oriente la campaña, por nuestra parte se presenta de éxito dudoso. Si un General, como el General Menocal, invoca pretextos fútiles para no cumplimentar las órdenes superiores, que no se deben discutir, entonces no hay para qué dudar que principia a tener fundamento lo de las predicciones del Ministro Español Moret en plenas Cortes —“y en cuanto a los insurrectos cubanos, ellos no son capaces de prestar base a los americanos”.

Es tan claro como lato el sentido de estas frases, que ha de ruborizar a cualquier militar que se sienta hombre.

Así en medio de estas dudas, en una situación de espera bastante desagradable, se concluye el mes de mayo.

36. Mayor general Mario García Menocal. Fue nombrado Jefe del 5^{to}. Cuerpo del Ejército que abarca a las provincias de Matanzas y La Habana.

Junio 23

Las noticias que tengo de la organización de la División de Auxilio no son halagüeñas. Todo induce a creer que los orientales no quieren marchar a Occidente. El General Calixto García, con su acostumbrado localismo no coadyuva a esa operación y antes por el contrario, de maneras y modos solapados crea dificultades y gana tiempo. Ese es un sistema en esta guerra, viejo y refinado; y en la actualidad como parece definida o resuelta la independencia de Cuba, por los cañones americanos; con mucha razón nadie desea ya batirse, ni en su propia localidad.

Transformado, por esta circunstancia, el espíritu militar cubano y enervado el patriotismo, por no ser necesario el esfuerzo, ha caído también el influjo que pudo tener un día el prestigio y la autoridad militar superior. Esta influencia que se ha de ir extendiendo al calor de los sucesos, hasta el último soldado de este ejército organizado, no es nada extraño que tienda a su disolución paulatina; quedando de hecho y de cuajo al firmarse la Paz.

Seguramente este pueblo tira las armas. Y como yo no he venido aquí más que a ayudar a la guerra, creo cumplida mi misión cuando ésta ha terminado por parte de los cubanos; ahora se bastan los americanos para terminar esto y entregar a Cuba libre.

Julio 12

De los expedicionarios, solamente el General Rafael Rodríguez me ha traído como muestra de cariño, un pañuelo y un sombrero. Mi vieja tienda de campaña no ha podido ser repuesta. En cambio, para otros jefes, ha habido valiosos presentes, hasta de caballos.

Eso no comprueba miserabilidad, pues los cubanos no son miserables, ni tampoco ruindad de sentimientos, y más bien lo atribuyo a la fatalidad mía, y como cuando el hombre se conforma con su suerte, compra con eso la tranquilidad de su espíritu, en esta situación me encuentro yo en tales momentos. Para mayor satisfacción, he hecho el propósito como lo tengo, de salir cuanto antes del país; no me atormentan las esperanzas de recompensas, que eso sería desvirtuar la importancia de mis servicios prestados a la causa de Cuba.

Agosto 19

Recibimos la grata noticia de la confirmación de la paz entre España y Estados Unidos; y el reconocimiento de la independencia de Cuba.³⁷ Feliz suceso después de tantos años de duro batallar; por fin este heroico pueblo ha conseguido su libertad.

¡Pero a qué precio! La sangre derramada a torrentes, su riqueza toda una ruina y en medio de esta libertad que se respira, del alborozo de propios y extraños al saludar a un Pueblo Nuevo que nace a la vida de la civilización y el honor! ¡Ay! se sienten en Cuba muchas almas tristes. Pocos hogares habrá que dejen de llorar la pérdida de un ser querido; en la guerra, el cadalso o el destierro. En mi hogar me esperan brazos abiertos para estrecharme con amor puro y santos ojos cuajados de lágrimas y corazones angustiados por la honda pena... La muerte del héroe infantil de Punta Brava, el amado recuerdo de aquel muerto glorioso no ha de dejar ningún lugar, al pisar yo los umbrales de mi casa santa, para la alegría del recién llegado —para el que sale ileso por milagro, de los campos de batalla, y se encamina, para caer en los brazos de los suyos; para llorar.

Se ha firmado la paz, es cierto, pero también lo es que fue una lástima, que los hombres del Norte, largo tiempo indiferentes contemplaran el asesinato de un pueblo; noble, heroico y rico. Por fin Cuba es libre y toca a la Historia juzgarnos a nosotros.

Agosto 29

Me pongo en marcha llegando el 29 a Yaguajay.

La expedición desembarcó por las costas de Caibarién y fue tan poca cosa, que no vale la pena ocuparse de eso. Permanezco en esta zona de un pueblo que se muere de hambre. Los españoles ocupan las poblaciones y los cubanos permanecemos aún por los campos sin pan, ni más asilo que el que nos brindan los bosques. Es la situación más humilde, casi humillante a que se ha condenado a este pueblo, noble y heroico.

37. Estas palabras de Gómez, posiblemente estuvieron inspiradas en la Resolución Conjunta que reconocía el derecho de Cuba a la independencia. Días después evidenciaría inquietud por el tratamiento de discriminación que dieron los norteamericanos a los mambises y la incertidumbre que reinó acerca de la instauración de una República cubana.

Respetando las formalidades del armisticio, nosotros nos vemos obligados a pedir una limosna a los hacendados más pudientes, que nunca alcanzan aunque nos la dan, para atender a nuestras necesidades y las de este pueblo hambriento que se nos ha echado encima.

Septiembre 24

Regreso al Central Narcisa.

Aquí se me ha reunido todo un pueblo hambriento y desnudo. La situación es, por demás aflictiva. Según lo pactado entre España y Estados Unidos —la evacuación por parte de los españoles, de la Isla, se hará despacio y cómodamente, para después ocupar la los americanos. Mientras tanto, a los cubanos nos ha tocado el despoblado y por premio de nuestros servicios de nuestro cruento sacrificio; el hambre y la desnudez, que hubieran sido más soportables en plena guerra que en esta paz, donde no nos es permitido ostentar nuestros laureles tan bien conquistados.

1899

Enero 8

Lo hice en Caibarién que al igual de Remedio me recibió afectuoso y alegre. Hubo verdadera fusión entre todos los elementos de estos pueblos; política que prometo acentuar, para salvar a este país, lo más pronto, de la tutela que se nos ha impuesto.

Los americanos están cobrando demasiado caro con la ocupación militar del País, su espontánea intervención, en la guerra que con España hemos sostenido por la Libertad y la Independencia.

Nadie se explica la ocupación. Así como todo espíritu levantado, generoso y humano—se explicaba, y aún deseaba intervención.

Siempre es laudable y grato el oficio de factor de Paz y concordia, de armonizador, pero indudablemente, queda desvirtuada la obra cuando en ella se ostenta sin reparo; el espíritu y las tendencias de especulación. La actitud del Gobierno americano con el heroico Pueblo Cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más que un gran negocio, aparte de los peligros que para el País envuelve la situación que mortifica el espíritu público y hace más difícil la organización en todos sus ramos; que debe dar, desde un principio, consistencia al abastecimiento de la futura

república; cuando todo fuera obra completamente suya, de todos los habitantes de la Isla, sin distinción de nacionalidades.

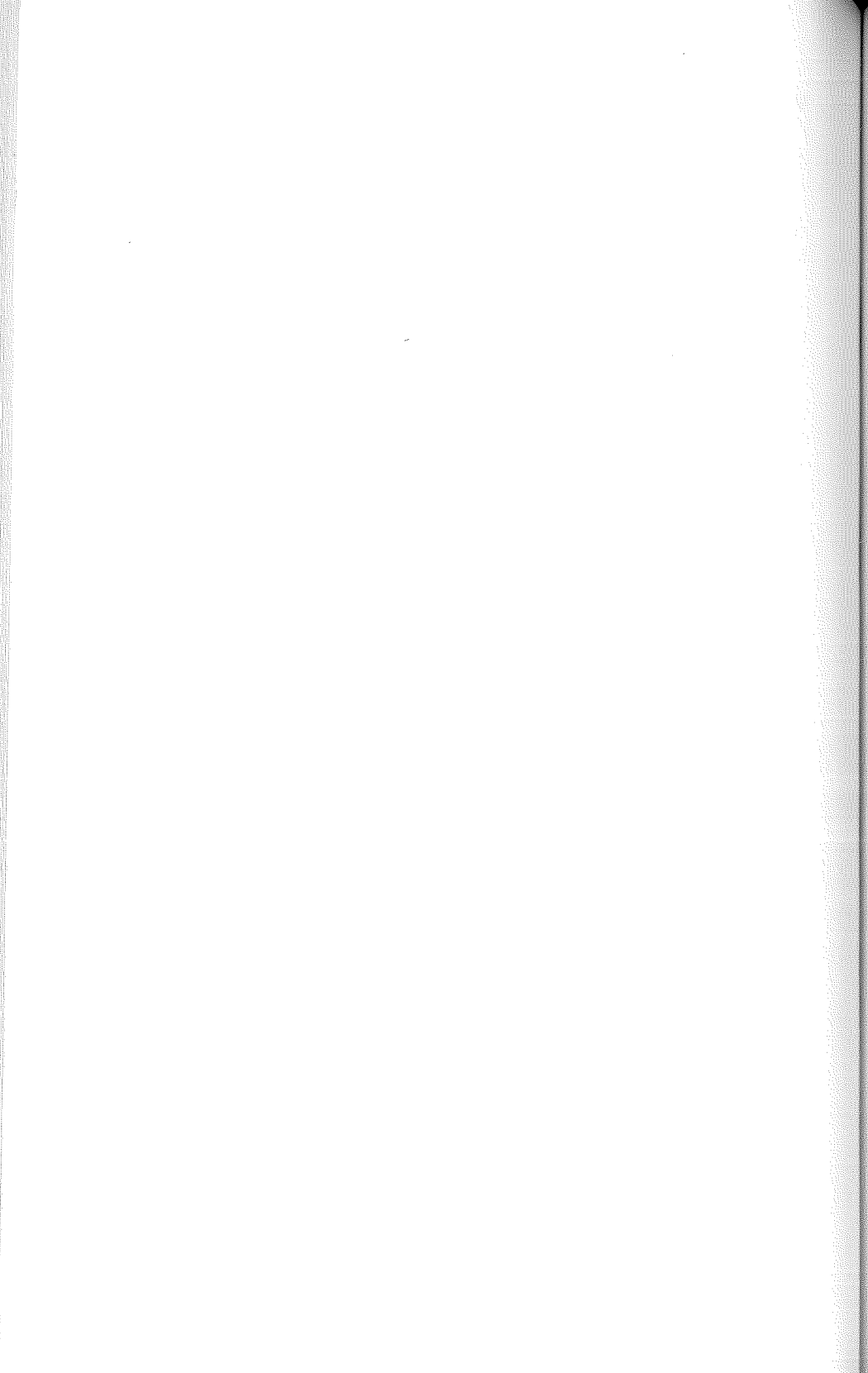
Nada más racional y justo, que el dueño de una casa, sea él mismo que la va a vivir con su familia el que amueble y adorna a su satisfacción y gusto; que no se vea obligado a seguir, contra su voluntad y gusto, las imposiciones del vecino.

De todas estas consideraciones se me antoja creer que, no puede haber en Cuba verdadera paz moral, que es la que necesitan los pueblos para su dicha y ventura; mientras dure el Gobierno transitorio, impuesto por la fuerza dominante de un poder extranjero y por tanto ilegítimo, e incompatible con los principios que el País entero ha venido sustentando tanto tiempo y en defensa de los cuales se ha sacrificado la mitad de sus hijos y desaparecido todas sus riquezas.

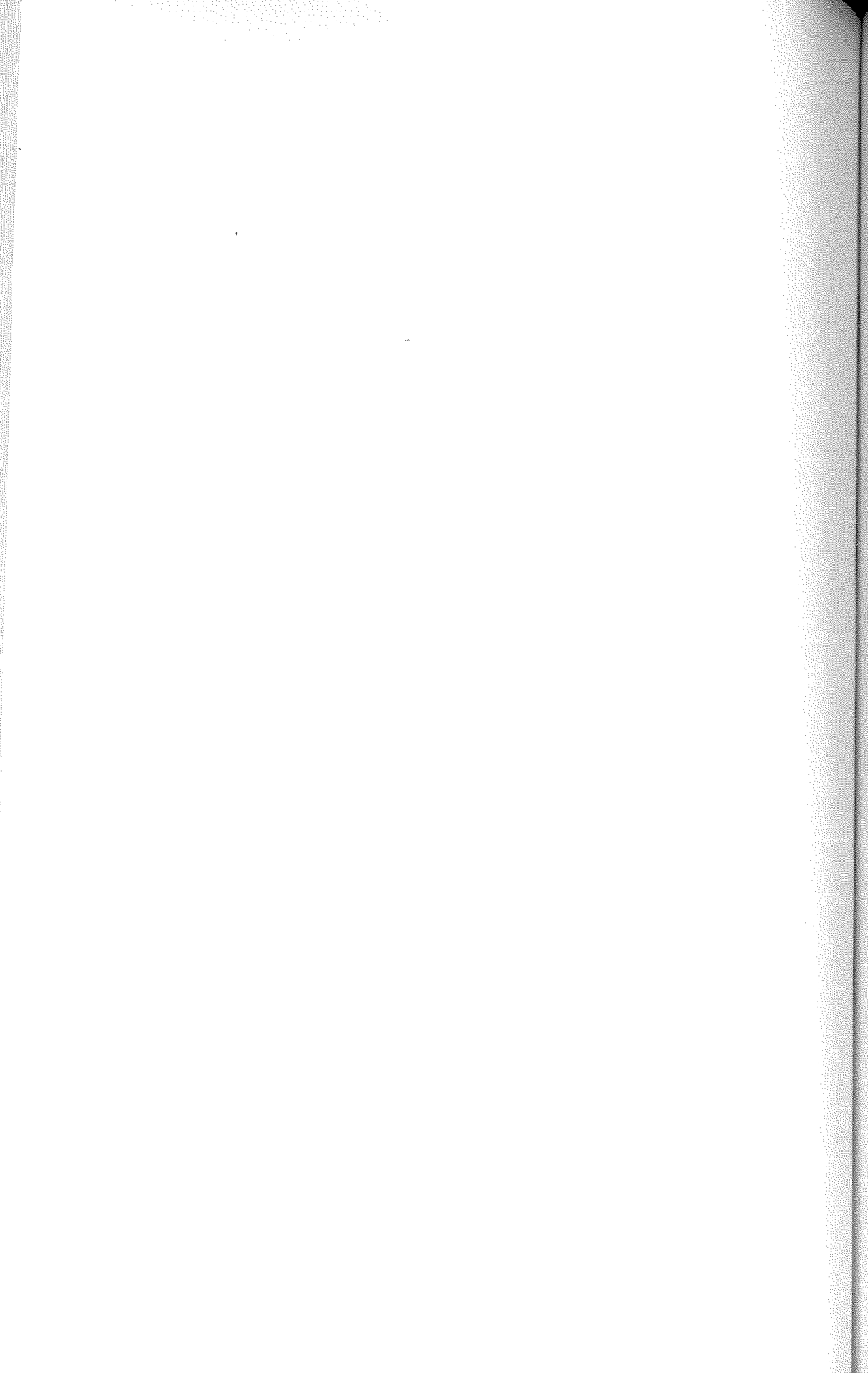
Tan natural y grande es el disgusto y el apenamiento que se siente en toda la isla, que apenas y como no es realmente el Pueblo; ha podido expansionarse celebrando el triunfo de la cesación del Poder de sus antiguos dominadores.

Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la Paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra Paz y Libertad, no debía inspirar más que amor y fraternidad en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación pues, que se le ha creado a este pueblo; de miseria material y apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.



LETRAS INSURGENTES



RELATOS DE LA GUERRA EL HÉROE DE PALO SECO¹ (Episodio de la Revolución Cubana)

El heroísmo —esto pienso yo filosofando a mi modo— es abnegación completa, intencional y presentida de sí mismo. Al héroe que sobrevive al acto de su heroísmo y muy bien puede decirse sin lisonja: *Perdonado sublime de la muerte, tuyos son mis respetos y mi cariño*. El que sucumbe es un suicida sublime en aras del deber. Por eso nos parecen dioses tendidos sin vida encima de tantas grandezas que nos encantan y asustan.

No de otro modo podemos contemplar a Ricaurte y a tantos otros más.

Eso es pensando yo muchas veces, ha largo tiempo, a larga distancia, a través de los años y de los mares, de Palo Seco y sus héroes: y esto cuando ya ni remotamente se puede oír el eco que se tragarón el espacio y la montaña de aquel combate desesperado y rudo. El ruido de los disparos, el humo, el sordo y retemblante estruendo de aquella caballería frenética y desbandada, a la rienda

1. Bernardo Gómez Toro: *Revoluciones... Cuba y Hogar*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cia, La Habana, 1927, pp. 21-32.

suelta, cargando en desorden imponente; más que el orden y el método, la resolución decidida que la hace incontrastable y temible. El grito del herido, el quejido del moribundo, el chasquido de un machete con un hueso roto, el hondo pujido de un caballo que cae herido y pugna por pararse; todo eso pasó, ya que se ha perdido; acaso se conserve tan estupenda algazara humana, intacta en la misteriosa fónica del destino. A nosotros nos cuesta trabajo recordar tantos y tantos detalles que cual relámpagos, en aquella tempestad de hombres, pasaban por nuestra vista, en aquel combate sangriento, pecho a pecho y brazo a brazo. Apenas hoy tal vez existan en aquel campo de muerte que un día quedó sembrado de cadáveres españoles, ni señales que den testimonio del triunfo conseguido por los defensores de la Libertad contra los soldados de la tiranía. Todo lo borra el tiempo. ¡Cuántos viajeros pasarán por allí ignorantes del recuerdo cruento y honroso a la vez que el país cubano guarda en las solitarias llanuras de Palo Seco! ¡Cuántos abreviarán su caballo fatigado, en la laguna de Palo Seco, mitad agua y mitad sangre en aquel día memorable, sin sospechar siquiera que de tal modo sucediese allí tan tremenda matanza, que en la noche de ese mismo día, la luna como una lámpara funeraria, alumbrara más de quinientos cadáveres, tendidos, en fatídico desorden, magullados en fin por el casco de los caballos sobre aquel suelo duro y seco! ¡Qué imponente se nos presentó aquel campo de batalla, cuando al siguiente día el sol alumbraba de nuevo tantos despojos humanos, tantas cosas ensangrentadas! ¡Contemplar todo aquel campo de horror con olor de guerra, y con el entusiasmo natural de vencedores, nos causaba emociones inexplicables. Luego, los comentarios en detalle, de aquel drama terrible eran suficientes para llenar un libro. Quién, al disparar al contrario a boca de jarro le mintió el arma y usándola como maza lo derriba en tierra y de un pisotón lo remata su propio caballo y ¡adelante! Otro, que sin notar que las riendas que lleva entre sus manos ya están despedazadas e inútiles para dominar su caballo, va adelante. Aquél, deja apenas mal herido al contrario para que los que le siguen de cerca consuman su obra...! Y tal vértigo se apodera de la gente cubana, y tantas ansias de triunfo sienten todos ese día, que muchos ni hieren ni matan, sino atropellan, lo que en parte ayudó poderosamente a recoger el laurel de la victo-

ria; desconcertando, aturdiendo al enemigo, que muy pronto fue vencido.

El plan de ataque salió como se había pensado y preparado.

¿Quién podrá recordar bien todo eso? Sin embargo, probemos a narrar, sin pasión, siquiera sea los principales rasgos, los más sobresalientes de aquella brillante función de guerra, escasa en absoluto de maniobras, sin cuidarse de reconocimientos, de acomodamientos, de situaciones de terreno, de flancos cubiertos, de exploraciones anticipadas, de reiteradas previstas, de reservas oportunas y bien situadas, de nada de eso, y sin embargo, donde nunca han podido caer en un instante más hombres muertos como heridos por un rayo, o como descabezados por una hoz formidable movida por el brazo poderoso de un gigante exterminador caído en aquellos momentos y de improviso desde las nubes.

Probemos sí, a narrar aquella jornada, lustre y brillo de las armas cubanas de la guerra de la independencia; que este trabajo nos proporcionará, sin duda, la bella ocasión de dedicar un recuerdo de compañero amoroso a la memoria del Héroe principal de aquel día memorable que da para la historia una página gloriosa.

Si la historia ha de representar en sus páginas la *justicia* y la *verdad* más pura, inspirado en ella es que me propongo narrar la brillante de Palo Seco en la década guerrera de Cuba, con mi propio criterio, mis impresiones propias, mi estilo inculto y desaliñado; pero con propósito leal y honrado, como fiel servidor de la noble causa cubana. No tienen acceso en mí —bueno es decirlo— ni ansias ni deseos de gloria, tampoco motivos de renombre que protesto con firmeza no merecer.

Tocó diana y llamada y tropa a la vez, el clarín cubano en los campos libres de Cuba, a la madrugada fresca y deliciosa de un día sereno que suelen ser casi siempre en la hermosa Antilla.

Acababa de desaparecer la luna llena, por los confines de Occidente, dejando apenas de ver algunos reflejos de su fugitiva luz por entre los espinos y *jiquíes* que circundaban el campamento de los patriotas, al mismo tiempo que por Oriente empezaban a notarse tenues y blanquecinos resplandores, nuncio de la aparición de Venus matutina, que en aquella época sirve de brillante y luminosa guía al Astro-Rey.

—¿A dónde iremos? —dicen algunos soldados, desperezándose y bostezando no tan lejos de mi tienda que no pudiese yo oírlos. —¿Quién sabe eso? —contestó otro —si acaso el Jefe del Estado Mayor. ¿No saben ustedes quién es el General? Él no consulta a nadie; pero de seguro que a algo serio nos encaminamos hoy, pues él no se mueve nunca para boberías.

Aquellas frases me ruborizaron interiormente, pues nuestra marcha por aquella zona no envolvía un designio de importancia militar como lo auguraban nuestros soldados, sino simplemente una excursión con el propósito de, amagando primero al pueblo de Guáimaro, ocupado y fortificado por los españoles, correrlos después sobre la loma del *Bagá* para interrumpir los trabajos de una trocha que diz que intentaba construir el enemigo.

La plática que sobre el mismo tema continuaron aquellos soldados con un poco de buen humor, muy habituado para la gente de guerra en campaña, me produjo al cabo una especie de complacencia al oír aquellos valientes, con la sangre fría que se ocupan de su incierto destino, en la jornada a que la guerra nos guiaba aquel día; a la vez que honraban mi autoridad de jefe demostrando confianza en las operaciones por mí dirigidas, según ellos con reserva y habilidad.

Y no es extraño que en una campaña como la que sostuvo Cuba existiese entre los defensores de la Independencia, un lazo de verdadera fraternidad.

No hay vínculos más fuertes que aquellos que se formen entre los hombres frente a frente de peligros y desgracias comunes: son más sinceros y puros que los formados en los festines alegres y dichosos de la vida.

Para seguir eso, para gozar de esas íntimas satisfacciones, no se necesita ser general ni soldado, afiliados por un reglamento, pendientes de una ordenanza y subvencionados por un horario: basta sentirse hombres y que un noble sentimiento y alto designio los congregate.

En marcha la columna de tropa cubana, mixta de jinetes e infantes, fuerte de cuatrocientos hombres abandonó su campamento en *Santa Lucía* en la mañana del 2 de diciembre de 1873. La distancia de dos a tres leguas próximamente a Guáimaro, no era nada para nuestra gente andarlas en un momento, y muy pronto nos encontramos frente a frente desplegados en batalla a filas

abiertas de los cañones de Guáimaro. Las avenidas principales hacia aquel poblado estaban tomadas a distancias convenientes por destacamentos de artillería de antemano preparadas, que en el acto efectuaron la ocupación y tocóle al regimiento de caballería "Agramonte" dar el que debía cubrir el camino principal que conduce de aquel poblado a la ciudad de Camagüey.

La consigna era para esos grupos la de que en el caso de presentarse enemigo superior batirse en retirada hacia nuestro centro, haciéndolo todo a la vez no obstante fuese solamente uno el atacado. Debía el oficial encargado del puesto enviar a mi presencia todo individuo extraño que se presentare por sus cercanías.

Dispuestas de esta manera las cosas, los españoles al notar nuestra presencia se sorprendieron terriblemente, y tocando a rebato, se aprestaron en el acto para defensa, causando la alarma consiguiendo en el poblado, cuyos habitantes estaban prevenidos para concentrarse en caso de agresión enemiga. Este caso se había presentado para ellos, así fue que no pasaron muchos minutos sin que principiaran a limpiar a cañonazos el campo dominado por sus armas. Ni un tiro —se les había dicho a nuestros soldados.

Se quería el menor ruido para que el enemigo defensor del punto objetivo acudiese en auxilio de Guáimaro, o se moviese a perseguirnos, para, dejando entonces aquel punto indefenso o débil, lograr nosotros nuestro objeto a poco costo y con fortuna.

—Un caballo muerto —dijo un oficial a la sazón que acababa yo de rectificar en consulta con los coroneles Rafael Rodríguez y Gregorio Benítez, el primero jefe de Estado Mayor, el desfile de las tropas a favor del humo del cañón enemigo y como opuesto rumbo para dejarlo desorientado.

—Que abran más las filas —dijo Rodríguez al oficial que trajo el parte de un soldado desmontado por una bala de cañón, mientras yo me fijé con interés en dos jinetes que a escape se destacaron por la sabana hacia mí. Eran el coronel Gabriel González, mexicano, con un soldado de caballería que conducía en las ancas de su caballo a un hombre desconocido que no portaba armas, blanco y bien parecido.

—General —dijo el Coronel ya en frente de mí— aquí tiene usted este hombre que me envía el oficial de mi avanzada y el cual trae noticias importantísimas.

—Que las diga, pues, pronto y bien —repuse yo a seguida.

Justicia divina. Algunos minutos más y este mensajero enviado no obstante por la Providencia no nos hubiera encontrado allí. El hombre que era un fiel comunicante, residente en Guáimaro —y cuyo nombre es aun prudente silenciar —se expresó de esta manera:

—Dios los ha traído a ustedes por aquí hoy, porque sucede lo siguiente: en la madrugada de ayer ha salido de aquí la columna del coronel Vilches, fuerte de más de 600 hombres de caballería e infantería, con rumbo a Lajas; va a marcha forzada con el propósito de apoderarse de un gran depósito de parque del que tomó el General Vicente García no hace mucho en el campamento español de Zanja. La noticia la han obtenido por prisioneros hechos en Las Tunas, los mismos que conducen amarrados y les van sirviendo de guías.

Eran efectivamente dos hombres de color, soldados, leales defensores de la causa cubana, como se verá después.

La relación sustancial que me hizo el comunicante produjo en mi ánimo una impresión dolorosa y triste, pues sin duda estaba perdido para nosotros lo que estimábamos como un tesoro; pero muy pronto y un rayo de luz animó mi esperanza y solo hice dos preguntas al cubano:

—¿No puede usted precisar la hora en que se movió esa columna?

—Serían las cuatro de la mañana.

—Ya está lejos —pensé yo— pues ya eran las 10 cuando hablábamos.

—¿No sabe usted qué distancia tendrá que recorrer?

—No puedo saberlo; pero sí sé que su rumbo es hacia los montes de la Zanja o Lajas.

—En marcha —dije, y como por encanto ya el Coronel Rodríguez había hecho formar las tropas fuera de la vista del enemigo atrincherado en Guáimaro, y una vez allí dispuso formar una columna de gente escogida y bien dispuesta, así de caballería como de infantería, siendo esta última de la división de Las Villas al mando de su intrépido jefe, Coronel José González Guerra. El resto de la tropa debía quedar ocupando aquella zona hasta nueva orden y al mando de un jefe de valor y pericia reconocidos: el Coronel Gonzalo Moreno.

El Teniente Coronel Baldomero Rodríguez —¡qué hombres aquellos!— con cuarenta jinetes distinguidos en cien combates debía

ocupar la vanguardia de aquella pequeña columna que se preparaba a perseguir un enemigo notablemente superior en número. No alcanzábamos a trescientos por todo número.

—¡Soldados! —se les dijo a aquellos hombres en formación— una columna enemiga bastante fuerte ha salido ayer de ese pueblo a cogernos un depósito de parque que guarda el General Vicente García, y nuestro honor está comprometido si a todo costo no evitamos esa desgracia. El General García a estas horas ignora lo que pasa, iremos en marcha ahora mismo y el rastro enemigo nos conducirá hasta él.

Al Teniente Coronel Baldomero Rodríguez se le dijeron las instrucciones siguientes: “Ocupará usted la vanguardia con esos cuarenta jinetes que se han puesto a sus órdenes: pondrá una pareja de exploradores a corta distancia que dé aviso del enemigo a la vista, y sin darme parte ninguno, usted cargará en el acto sin detenerse por ningún motivo, y como quiera que el enemigo reciba la carga, bien que avance o se defienda a pie firme, usted simulará una retirada falsa hacia mí que iré guardando siempre una distancia conveniente para que usted tenga campo y tiempo de efectuar ese movimiento con rapidez, que ya después cargaremos todos juntos en masa. Si el enemigo se mantuviera firme, veremos lo que se dispone, y si le persigue a usted, mucho mejor; entonces le sorprenderemos, porque puede suponer que usted va huyendo de veras y avanzará confiado y ciego.”

Cuando el Teniente Coronel Baldomero Rodríguez se fue penetrando del verdadero espíritu que envolvía el movimiento peligroso a él confiado para ejecutarlo cara a cara con el enemigo, sus ojos (lo recuerdo bien) parecía como que relampagueaban.

—Si usted ha comprendido bien todo lo que se ha dicho, sólo resta ahora que usted lo explique bien claro a su gente para que lo comprenda bien, y pueda usted desde luego ejecutarlo con precisión —concluí diciéndole—, y se retiró a su puesto.

Algunos minutos después emprendimos la marcha a paso vivo, y en la forma que queda explicaba sobre el rastro polvoroso de los soldados de Vilches. Nos alumbraba y calentaba bastante un sol ardiente para hacernos sentir la sed que quita toda su poderosa influencia al hombre, aunque ese día ninguno de los que allí íbamos recordaba que debíamos comer. La marcha igual, sostenida y

silenciosa demostraba que todos íbamos animados del mismo espíritu, del ansia de llegar a un desenlace final en aquella operación delicada de un rescate, en que todos, jefes, oficiales y soldados, temíamos la seguridad de batirnos, pero ninguno podía saber cómo, cuándo y dónde, pues para lo primero podían entrar por mucho las condiciones topográficas del terreno donde tuviese lugar el encuentro, y disposición defensiva que acampado en marcha conservase el enemigo, bien dispuesto a defender su presa. Hasta los caballos parecían poseídos del mismo espíritu: ni un tropezón, ni un resoplido, ni un relinche. La infantería, detrás, no se hacía esperar de la caballería; aquella gente de Las Villas, lo mismo que la de Oriente, camina como en zancos. La caballería no la deja atrás ni aun en la carga. En Naranjo fue necesario contener a los infantes orientales para que la caballería pudiese ejecutar su avance. Así se explica que ese día tragásemos las leguas y eso que se marchaba como en acecho, olfateando, atisbando. La columna semejava una leona que encontrando su guarida desierta, se lanza terrible y fiera, arrastrándose cautelosamente, para no ser sentida, sobre las huellas frescas del robador de sus cachorros, que persigue para devorarlo.

Todos íbamos vueltos ojos y oídos. A la una en punto habíamos llegado a Lajas y allí encontramos evidentes señales de haber pasado el enemigo la noche. Vilches se había movido muy temprano; las cenizas de sus fogones, apenas estaban tibias. En aquel momento me asaltaron las dudas de que si Vilches se había apoderado efectivamente del depósito, muy bien pudiera torcer su rumbo, tomando para su regreso otro camino, prevenido de un encuentro funesto en su marcha, que por de contado, debía ser pesada y lenta, quedando desde luego burlado nuestro intento de recuperarlo; o por el contrario, si retornaba por el mismo camino, no tardaríamos mucho tiempo en encontrarnos con él.

El camino que teníamos que seguir era bastante amplio y claro, pues cruza por terrenos de sabanas pobladas de **espinos**, árbol que se da en las tierras bajas y áridas; pero aún es más abierto a trechos al desembocar en la sabana larga y angosta de Palo Seco.

Serían las tres de la tarde próximamente, y en una pequeña revuelta del camino acababa de desaparecer el último de los soldados que terminaba la fila de los cuarenta de Rodríguez, a la

distancia que jamás en marcha alguna se ha conservado siempre tan igual, cuando sonó un tiro. Un sordo murmullo se oyó por la fila de los nuestros, y un preparar de armas.

—¡Silencio! —grité sin alterar la marcha—. Puede ser un tiro escapado, pensé. Pero en el mismo instante sonó otro y otro, y entonces dijimos todos a la vez: ¡Ellos son!, poniéndonos al trote, y teniendo necesidad de detener a muchos que sin poder dominar el impulso acometieron a pararse delante. Algunos segundos bastaron solamente para ganar la vuelta y disminuir la distancia. Nos encontramos todos frente al enemigo.

Describir exactamente todo lo que después pasó allí, eso es imposible. No hubo, no pudo haberlo, un espectador tranquilo, reteniendo en su memoria los detalles de aquel remolino de hombres, matando a machetazos y a golpe de culatas. Los hombres de memoria y letras habían desaparecido confundidos entre aquel apretamiento de combatientes. Los Lauces disparando pecho a pecho; los Díaz, los Rodríguez, los Mola, los Roa, dejando atrás enemigos muertos o estropeados; los Sanguily allá dentro dando pechazos con sus caballos desbocados: todos en frenética confusión; no había quien pudiese dar órdenes y recibirlas ya; tampoco había órdenes que dar; no había para qué, el clarín guerrero no se hubiese oído, solo debía dejarse hacer y concluir.

Cuando el grueso de nuestra columna —que pasaba de trescientos hombres incluso los cuarenta de Rodríguez— se enfrentó con el enemigo, ya había logrado despejar a la caballería enemiga de su infantería, que también quebraba y desunía sus filas. El Coronel Vilches sin duda creyó habérselas con una simple guerrilla, y se cuidó poco de tomar posiciones.

Eso de atacar a la desbanda, y triunfar, es privilegio del cubano; así fue que al volver Baldomero y sus cuarenta, machete en mano, a veinte pasos del enemigo, que traía detrás, no era posible ni resistirlo ni rechazarlo y como un ariete en forma de hoz se abrió una ancha vía por en medio del apretamiento desordenado de seiscientos hombres enemigos, dejando atrás de su espantoso empuje al que no muerto, aturdido, y yendo a parar al centro, donde cayó muerto instantáneamente el valiente Vilches, al querer, inútil y tardío, hacerse fuerte. Lo que dejaron por detrás sin hacer los cuarenta, muy fácil es comprender que no fue nada difícil

y costoso para los doscientos en rematarlo. Así se explica también lo que de otro modo hubiera sido imposible, que se causara tanto daño recibiendo tan poco.

No nos las entendimos con cobardes, nada de eso; ¿cuándo pueden serlo los españoles?; es que allí fueron superiores la destreza, la resolución y el arrojo de los cubanos.

Dispersos los soldados españoles por entre los espinos, a donde nuestros jinetes no podían penetrar, tocóle a nuestros infantes *limpiar* la *manigua*. En aquella tenaz persecución practicada casi a discreción por nuestros soldados, a cual más interesado en el triunfo, no era fácil que los oficiales impusieran el perdón de los vencidos; pero un grupo perseguido por el Coronel Rafael Rodríguez acompañado de unos pocos, tuerce hacia los escombros de una casa; y allí se hace fuerte y trata de defenderse a la desesperada, a cuyo tiempo también acude en auxilio González con la infantería, y tratan de ir al asalto; mi presencia detiene el movimiento, y Rodríguez avanza a pecho descubierto hasta ponerse al habla, e intima la rendición con promesas de la vida.

El comandante Martitegui se rinde con sesenta de los suyos; cinco oficiales y el resto de la tropa.

En mi diario, que en este instante consulto donde anoté, en el descanso de la noche de aquel día memorable, los detalles de tan brillante triunfo, se lee entre otras cosas lo siguiente:

“Por nuestra parte veinte bajas; diez y siete heridos y tres muertos. Entre los primeros, el coronel, el coronel Gregorio Benítez, de alguna gravedad, y un oficial de la Brigada del Este. Entre los muertos, mi buen soldado de la escolta Juan Rodríguez, combatiendo a mi lado desde Oriente. Todos se han distinguido, y como sobresaliente el teniente Coronel Baldomero Rodríguez.”

Todo quedó en nuestro poder: el equipo rico y valioso de una columna de seiscientos hombres que se prometía conseguir un triunfo de trascendencia militar. Conducido al lugar donde primeramente había hecho el depósito de municiones el General García, ya aquel depósito no estaba allí. Los dos prisioneros habían ayudado efectivamente al traslado; pero condujeron a Vilches derecha-

mente al primer punto, donde quedaron, como era natural, patentes señales de que allí había pasado aquel tesoro.

—Desde luego, sabiendo el General que estamos en poder de ustedes, con el secreto, ha venido corriendo y lo ha traspuesto: ¿Quién es capaz de encontrar eso ahora?, dijeron a Vilches aquellos dos hombres, y Vilches, como cualquier otro lo hubiera creído, lo creyó, retornando desde luego contrariado, pero confiado, por una zona donde la guerra no pasaba con frecuencia.

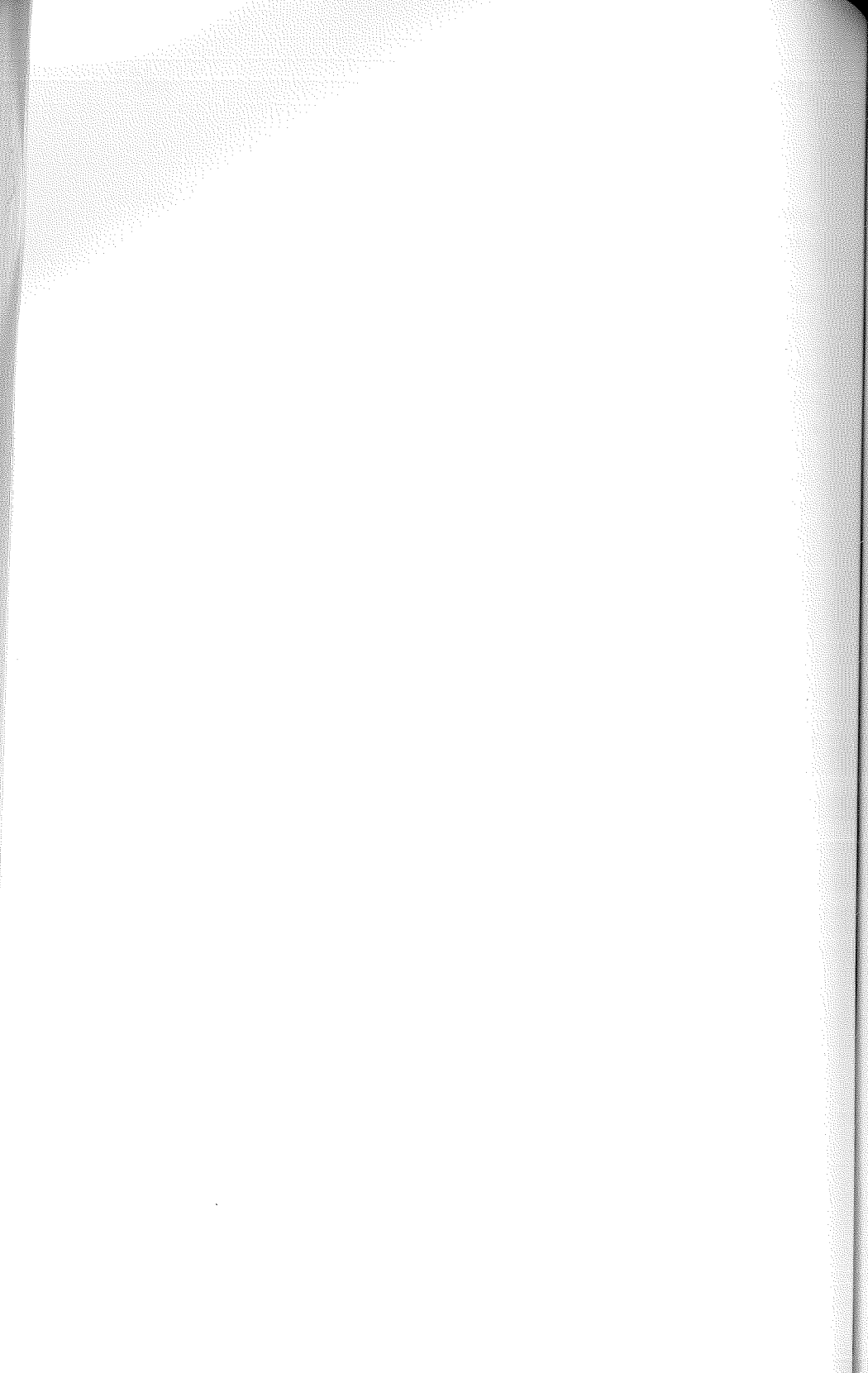
¡Cuán inciertos son los destinos humanos! Vilches, más dichoso en su intento,; rechazándonos triunfante después, y sobreviviendo a su fortuna, hoy sería un personaje en España. Pero otro debía ser su destino, y, triste es decirlo, me conmovió ver el cadáver de aquel hombre joven y bien parecido, tendido insepulto en aquella sabana, y solo un recuerdo, que me asaltó en aquel instante volvió la serenidad a mi espíritu: las cenizas aventadas de Agramonte.

El Teniente Coronel Baldomero Rodríguez sobrevivió al acto de heroísmo en Palo Seco, añadiendo notas brillantísimas a su hoja de servicio, y muriendo más tarde de resultas de una herida. Era camagüeyano, joven y de arrogante presencia.

¡Duerme en paz, atrevido y osado guerrero; tu memoria no ha muerto, ni puede morir para tus compañeros que lidiaron junto a ti por la redención de la patria!

M. GÓMEZ

Mnte-Cristy, Rep. Dominicana, 1892.



EL VIEJO EDUÁ
(o Mi último lugarteniente)¹

¡La guerra de Cuba! ¡Qué guerra aquella tan llena de grandes pequeñeces y de pequeñeces asombrosas por sus grandezas! Así son todas.

Cinco años habían transcurrido, y día por día alumbraba el sol los episodios más sangrientos, las escenas más conmovedoras, de aquel combate permanente que sostuvo Cuba con sin igual bravura para conquistar su independencia. Se combatió con denuedo y sin descanso largo tiempo y se hicieron asombrosos esfuerzos de valor por los que se atrevieron a luchar.

En aquella guerra sostenida por la santa indignación de los menos, nacida de la inmerecida y brutal opresión bien armada de un pueblo entero, tuvieron lugar hazañas heroicas de diferentes modos y maneras. De mil modos se le puede servir a la patria. Lo esencial es servirla.

La lucha era por demás desigual. Cuba, encolerizada y enloquecida, con el corazón herido por tantos dolores y ofendida su dignidad con tantos ultrajes, no se aprestó bien para aquella batalla, y sobrante de fe y entusiasmo, pero sin fusiles ni pólvora, se

1. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, pp. 114-127.

levantó para sacudir su oprobiosa tutela. No quiso otra cosa España y abocó sobre ella todos sus cañones y con ellos todo el refinamiento de la matanza y el exterminio para saciar su venganza y producir el terror, sin comprender que las revoluciones ni se asustan ni se exterminan.

¿Cómo matar a una idea?

Cuba sigue erguida y poderosa solamente por el derecho y la razón que le asisten, pero sus defensores no tenemos armas, y el derecho y la razón contra la tiranía, no significaban nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones. Sin embargo, aquel alzamiento asustó a los españoles y se quedaron un instante a la defensiva, mientras hacían sus aprestos de guerra.

La revolución, ¡funesta ilusión! Se durmió sobre sus primeros laureles, y hasta llegó a ser —cosa extraña en aquellos momentos de loco entusiasmo— magnánima y generosa con sus propios enemigos, pagando más tarde, y muy caro, su cordial entusiasmo. “¡Ay de aquel que es humano y conspira!”

No se hizo esperar mucho tiempo el látigo de la guerra que España despiadada debía dejar caer encima de la colonia sublevada, y un cuerpo de ejército de tropas regulares que comandaba, como General en Jefe un hijo o hermano del Duque de Alba, sin duda se aproximaba sobre la margen derecha del caudaloso Cauto: el General español que más sangre inocente derramó en Cuba, y que más ayes arrancó, y más lágrimas hizo verter a la mujer cubana, General y Conde por añadidura, para ser más fiero: era Valmaseda, que venía dispuesto a exterminar en la heroica Bayamo la Revolución. ¡Como si las revoluciones fueran de un solo punto y una sola fuera su cabeza! La Revolución de Cuba no está solo en el corazón y la mente de sus hijos, está en sus brisas, en sus palmas, en sus arroyos, en sus cavernas y está en toda América.

Se quiso poner resistencia a aquel cuerpo de ejército, y se empenó el propósito de impedir el paso del Cauto al Conde de Valmaseda. Empresa temeraria por cierto: un ejército de desarmados enfrentarse a otro ejército erizado de cañones y bayonetas. No puede haber mayor arrojo, más inaudito.

Yo me encontraba a la sazón disputándole otro paso del Cauto —Palma Soriano, en Oriente—, a Campillo —segundo tomo de Boves—, aunque no tan valiente, que con una fuerte división tam-

bién forzaba marcha hacia el interior a darse las manos con Valmaseda: esa era la combinación. En "La Cuchilla" de Palma Soriano, le tuvimos detenido diez días, hasta que refuerzos llegados de Santiago de Cuba le ayudaron a continuar.

Los generales Donato Mármol y Modesto Díaz mandaban de consuno el ejército de operaciones contra Valmaseda.

A tres o cuatro mil llegaría el número de patriotas con más de dos mil libertos desarmados unos y mal armados otros, con pésimos machetes y viejas escopetas. Aquella masa de hombres indefensos se arrojó contra los cañones de Valmaseda: la metralla hizo su carnicería espantosa, muchos se abrazaron de los cañones. Los patriotas al fin se retiran y el Conde planto su tienda, triunfante, según él, sobre los escombros humeantes de la heroica Bayamo.

A Bayamo seguramente reservará la Historia una página tan honorable como gloriosa. Aquel pueblo no se reservó nada: todo, absolutamente todo lo ofrendó a la Revolución. Sin distinciones de clases ni categorías, la población en masa, sin quejas y sin esfuerzos, más bien con altanero orgullo y satisfacción extraña y digna a la vez, abandona el campo al enemigo poniendo fuego a sus hogares.

Tal acto de asombroso sacrificio confundió al Conde, cuyo primer impulso fue mandar a preparar cuarteles en la vecina villa de Manzanillo para ir allí a alojar su ejército. Pero tamaño desaire debía ser castigado a fuego y sangre, y eso se propuso después. Puso en práctica la persecución más despiadada y feroz, cebando su rabia en aquella masa de poblaciones indefensas que errante vagaba por las montañas y las selvas, teatro de las escenas más crueles de sangre y dolor.

Valmaseda, a mi juicio, no nos hizo daño en cierto sentido. Aquel Boves de su época, ayudó al afianzamiento de la idea a lo verdaderamente definitivo de la Revolución, al "diente por diente" de las revoluciones cuando son buenas porque son implacables con sus enemigos; de otro modo, es decir, cuando demasiados sensibles y generosos, los pueblos no les cantan himnos como la "Marsellesa" ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.

De la masa aquella de patriotas desarmados que en forzosa retirada dejaban libre el paso a las huestes devastadoras del Conde, los 2,000 libertos llenos de espanto se dispersaron por todo el territorio insurreccionado, y muchos de ellos aun ciegos, pues no había tenido tiempo de alumbrar su cerebro la antorcha de la libertad, se presentaron a sus antiguos dueños.

Eduá, el viejo Eduardo, de 60 años, formó parte de aquella masa arrollada con la metralla y después dispersa; pero él guardó la fe en su corazón y siguió vagando entre el torbellino y la matanza de la guerra.

Atacada la Revolución por todas partes, España empleó todos los elementos de que podía disponer, que eran muchos.

Le puso sitio. Cuidóse muy mucho de aniquilar en perjuicio nuestro todos los recursos del propio suelo, al mismo tiempo que atenta y vigilante impedía que nos viniesen de fuera. Y sin embargo, la Revolución no pudo morir. ¡Ay de España si Cuba, como deberá suceder, se levanta para que se cumpla su destino! ¡Españoles, o quedaos con nosotros como hermanos o arreglad la maleta!

Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrastable y sublime; la necesidad. Esa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme. Llegando a los extremos, nos hicimos seriamente cargo de nuestra situación, y la aceptamos. Hubo más, la amamos. ¡Qué amor tan grande! El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana, amó a las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega, para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fue comprendido y supo acomodarlos a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida. No sé qué genio fatídico batió sus alas sobre Cuba. Caprichos siniestros y menguados del destino.

Casi no nos explicamos el Zanjón, cuando nos ponemos a pesar situaciones...

En alas de mis amados recuerdos me desvíó, sin advertirlo, de la hilación verdadera, del relato sobre mi futuro viejo asistente, Eduardo. Perdonen mis lectores, pero probaré a encontrarlo, soy buen práctico de Oriente, donde debe hallarse.

Había transcurrido el tiempo —¡se vivía tan aprisa!— olvidándonos muchas veces hasta las fechas; tan llenas de emociones diversas pasamos aquella vida, siempre al trote, una vez detrás del enemigo y otras veces delante.

Ya yo tenía casi olvidada la sangrienta y asoladora invasión del Conde de Valmaseda a Bayamo y una casualidad insignificante al parecer, me hizo recordar aquel fatídico suceso. Advierto que tampoco en una guerra como la que sostuvo Cuba pasaba nada insignificante y que no tuviera su importancia relativa, del propio modo que no hubo un solo hombre que fuera completamente inútil. De aquí aquel heroico axioma: "si no sirvo para matar, serviré para que me maten".

Explicaré el caso, pero antes es preciso citar antecedentes.

La muerte natural del General Donato Mármol, jefe que comandaba el ejército de Oriente, fue causa de que yo abandonara, por orden superior del Gobierno, el mando de la División, ya bastante veterana, con que sosteníamos la campaña de Charco Redondo, al Sur de Jiguaní. Los españoles de Oriente, como el Camagüey, al saber la muerte del invicto General trataron de aprovechar el desaliento y el desconcierto, que torpemente suponían pudiera acontecer en aquellas tropas ya aguerridas por la falta de su Jefe. En las revoluciones pocos hombres son necesarios. El que se crea eso está en un ridículo error.

Trataron, pues de activar sus operaciones en toda aquella parte que nuestra organización territorial se denominó Departamento Oriental. Reforzaron sus campamentos y puestos fortificados y establecieron otros más, multiplicaron sus columnas y guerrillas en operaciones, y fue más activo y cauteloso su sistema de espionaje.

Los batallones más aguerridos, probados y prácticos ya en aquella comarca, marcharon en seguida a engrosar las filas de aquel ejército exterminador y sanguinario.

En las guerras, como es sabido, los lugares, como los hombres, adquieren, por los sucesos que en ellos o por ellos se suceden, cierta celebridad y renombre que la Historia no puede prescindir

de mencionar. Y en Cuba los tenemos de bastante resonancia, y especialmente en aquellos donde se han dado batallas quedando vencedoras las armas de la República, de la misma manera que tenemos hombres que apenas si tiraron un tiro, y la Historia no podrá menos que colocar sus nombres al lado de los más esforzados combatientes. Como por ejemplo, en Oriente, "La Demajagua", "Yara", "Tacajó", "Las dos Palmas", "Miranda", "Arroyo Redondo", (pocos saben el porqué de éste). Como el Camagüey "Guáimaro", "Najasa", "El Horcón", y "Siguanea", en Las Villas, y por último "El Zanjón".

Me ocurre poner al lado de Céspedes a Aguilera, al lado de Agramonte a Lauces, al lado de Argilagos a Moralito, al lado de Henry Reeve a L. Ayestarán, y así a muchos.

A los unos les escribiría yo en sus hojas de servicio las siguientes notas de conceptos: *Valor fuera de toda duda*. A los otros: *Terribles*.

Miranda, uno de los lugares citados, es o era, una finca derruida y abandonada, a la que la tremenda escoba de la guerra barrió hasta los cimientos de sus viviendas.

Está situada al norte de la ciudad de Santiago de Cuba, a larga distancia, y en el camino que conduce a Holguín. Se respalda la posesión por el Norte en un monte enmarañado y tupido, pedregoso en algunos puntos, pero tan terribles como los de Remedios, arsenales misteriosos de Carrillo y Serafín Sánchez, y posee al mismo tiempo algunas cuevas y cavernas capaces de facilitar alojamiento a algunos hombres, y conocidas solamente de nuestros hombres de confianza.

Ocupado el asiento de la mencionada finca por un campamento enemigo, bien guarnecido y mejor abastecido, que servía de proveeduría y descanso de las columnas y guerrillas, siempre en activas operaciones en aquella zona, me ocurrió un día que tal vez no sería difícil apoderarnos por sorpresa de aquel puesto, que nos daría abundantes y buenos elementos, y lo que es más, quitaríamos de aquel centro tan perjudicial como peligroso estorbo.

Para poder llevar a cabo con algunas probabilidades de éxito, operación de tanto riesgo, era necesario estudiar bien y muy bien de cerca la posición, y no queriendo confiar a otro tan delicado encargo, me propuse yo mismo ejecutarlo. Con tal propósito y acompañado de

tres hombres de mi confianza, Juan Millares uno de éstos, salí una tarde de nuestro campamento situado en los montes de Barranca, a dos leguas del punto objetivo, y pretextando que salía a ver a mi esposa oculta más al interior del monte. Para inspeccionar y explorar mejor, con más seguridad y menos peligros en campo enemigo, la hora más propicia era al rayar la aurora, pero es preciso tomar puesto con bastante antelación. Mientras se despereza el soldado se puede ver mucho: luego el soldado, el centinela que en la madrugada oscura ha estado vigilando sin novedad, no la espera al comenzar el día y sólo piensa en su relevo y en el café. Siguiéndome por estas reglas procuré estar a la caída de la tarde en el monte cavernoso de Miranda. Allí, en efecto, llegamos a buena hora, y al internarnos para buscar un buen puesto para dejar mi caballo, Juan Millares, que era todo ojos, oídos y nariz, dijo: —Me huele a candela—. Y cuando él nos advirtió eso, entonces nos olió a los demás.

—Efectivamente —repuse yo—, Juan, veamos eso y no nos fiemos de una celada.

Cuando nos preparábamos para hacer una pesquisa alrededor de nuestro campo, divisamos por claro oscuro de la espesura del monte, una especie de espectro o fantasma, que a paso muy lento se dirigía rumbo a nosotros, apoyándose en un palo largo.

—¡Quietos! —dije preparándonos— y mucho ojo para ver si alguien más viene detrás.

A medida que el espectro se aproximaba a nosotros, tomó las formas de un hombre viejo, enfermo y extenuado, casi un cadáver, apenas si tenía un andrajo que le cubriese las partes pudorosas. Mi primera idea fue, que de seguro aquel viejo negro, que tal vez no sabía hablar, ya, sería un cimarrón antiguo de aquellos que preferían a la esclavitud los riesgos del arranchador y de los perros de presa, y se refugiaban en las montañas o en los grandes montes.

—¿Quién eres tú? —le dije una vez llegado a nosotros, y con acento claro y despejado me contestó:

—Yo soy Eduardo, un viejo negro de los que estábamos como el general Mármol. No lejos de aquí le enterramos. Con su muerte todos nos dispersamos y yo triste y enfermo, me refugié en este monte. Por allí tengo mi cueva donde vivo.

—Entonces ¿conocerás bien todas esas cercanías de Miranda?

—Como la palma de mi mano.

—Pues me servirás de guía, quiero ver de cerca ese campamento.

—Es inútil —me contestó—, no puede ser hoy, pues ha entrado mucha gente.

Entonces para quedar cerciorado ordené a Juan, fuese con otro número lo más cerca posible, sin dejarse ver, a saber lo cierto. En efecto, al regresar éste, confirmó la noticia. Una columna de tropa de las tres armas acampa allí.

Quedó sin efecto mi exploración, y dejé instrucciones al viejo Eduardo, tanto para el espionaje como para que hiciera todo lo posible por comunicarse con algún camarada que tal vez habría en el campamento enemigo, teniendo yo buen cuidado de mandar a recoger las noticias.

La importancia de Miranda databa desde muy atrás: siempre había sido acampadero de los patriotas, por cuya razón se había librado allí algunos combates.

Es el punto céntrico, y el mayor general Donato Mármol había fijado en él su cuartel general. Allí murió tan insigne patriota, mi primer compañero en aquella guerra, y allí están depositados sus restos.

Como he dicho antes, la campaña se embraveció, si es permitida la comparación, a la manera de huracán furioso que intranquiliza y ensoberbece al mar. No permitiendo que nadie se estuviese quieto, yo era el primero en moverme, por eso y por que luego pensé que aquel infeliz viejo negro, enfermo y extenuado y por consiguiente inútil, poca cosa haría de provecho no me ocupé más de él. Sus días debían estar contados, pues los alimentos que a duras penas podía proporcionarse por aquella vieja estancia abandonada, tenían que ser muy exiguos. Su muerte era segura e ignorada en su caverna oscura, o cogido infraganti y rebelde liberto, por España, escarbando un triste boniato y allí mismo ejecutado. Los procedimientos en todas las guerras son tremendos: de otra manera no pueden ser, no obstante la benevolencia de los directores. Pero en la de Cuba eran terribles. Y así sin mejores para acabar más pronto. No hay que tener miedo. El decreto de Trujillo lo hizo todo.

Volviendo a mi viejo Eduá. ¡Pobre e infeliz esclavo! —pensaba yo—. La libertad le alcanzó demasiado tarde. ¡Qué destino! Lo ha

sacrificado más bien que redimido. ¡Morirá desamparado y solo! Y yo seguí marchando sin ocuparme del aquel cadáver (tampoco me era posible), ni de Miranda. Pero me dije: "Voy a ver si logro que el enemigo, no sólo abandone ese puesto, sino otros más. Probemos a obligarlos".

Serían las nueve de la noche tempestuosa del día en que me ocurrió esto, cuando mi secretario, que lo era en aquellos días el Comandante Vicente Pujals, patriota sin igual y más sufrido que Job, —tomo segundo de Enrique Collazo— me avisó que estaban extendidas varias órdenes y que sólo esperaba mi firma para despachar.

Firmé y en seguida partió un hombre protegido por la oscuridad, al que se le dijo: "Cuidado con descansar." ¡Qué hombres aquellos!

Diez días después estaban concentrados nuestros batallones en las casi inexpugnables posiciones de la "Galleta" y los batallones más bravos del enemigo, entre ellos "San Quintín", que nutrieron las filas del ejército español en Cuba, allí quedaron fusilados.

Así son las cosas. La verdad histórica ante todo. Yo no pude llegar a tiempo y por eso fue deshecho "San Quintín".

Yo necesitaba mucha gente entera y a tenerla, el combate se hubiera excusado.

Pero ¿quién iba a convencer a Prado, a Maceo, a Paquito Borrero, a Moncada, a Mayía Rodríguez, a Marín y cincuenta oficiales más, bravos y resueltos, de que no convenía batirlos allí? ¡Ah! Cuando evoco estos bélicos y grandiosos recuerdos, apenas me puedo dar explicación del Zanjón a pesar de saber muchas cosas cubanas.

Aún no despejadas las hondonadas de aquella agreste montaña del humo de tan terrible combate, que se resolvió cuerpo a cuerpo a favor de las armas de la República; aunque enteros los cadáveres de los bravos de "San Quintín", allí abandonados y ya estaban enseñoreándose nuestras huestes en la rica y españolizada comarca de Guantánamo. La destrucción del famoso campamento de la Indiana dejaba franco y seguro nuestro centro de operaciones, y nuestro ejército provisto de todo lo más necesario de que había carecido en absoluto.

De ahí el inútil esfuerzo de Martínez Campos, el General español más bravo y astuto que nos combatió. El General llegó tarde, ya conocíamos el terreno y los recursos eran nuestros.

De ahí deduzco que Cuba será de los cubanos a la hora y punto que ellos quieran. Un querer y un rifle. Esto lo venden baratísimo los yankees.

Los partos más felices son aquellos que se hacen menos acomodaticios. Para una cosa solamente debemos pensar mucho los hombres, para hacer el mal.

Es verdad, dejamos casi abandonada la jurisdicción de Cuba, pero en su vecina la de Jiguaní estaba Calixto García con un brazo vendado sosteniendo la combinación. ¿Por qué lo hizo?

Un hombre enfermo y herido yendo a buscar a su atrinchero a los españoles. ¿En dónde hubiese estado un General español en idénticas circunstancias y de los méritos de aquél? En el Palacio del Capitán General en La Habana, o en la Quinta de los Molinos, que según me explicó un día de campamento, Pepe Urioste, era espléndida. Yo no la he visto.

Las comparaciones, además de ser odiosas, tienen mucho de vulgar, pero algunas veces son necesarias u oportunas, y entonces se deben perdonar. Esa es la verdad histórica, lo digo por si en un momento de ofuscamiento se me pueda suponer apasionado por Calixto a quien nunca podré dejar de amar, aunque viva en España siendo Cuba esclava. Existen lazos entre los hombres que se han comprendido, que ni las circunstancias más poderosas y potentes en apariencia pueden romper. La nobleza de pensamientos y altura de miras se levantan siempre por encima de las pequeñeces de hábito o de carácter. No sé si me explico bien.

Inaugurada del modo que queda explicada la campaña de Guantánamo, forzoso me fue volver la cara a la jurisdicción de Cuba. Lo sentí, estaba hastiado de hacer todos los días lo mismo en los idénticos lugares. Lo monótono en la paz es abrumador, pero en la guerra es insoportable. Un mensajero de la "Guardia secreta" (ese es otro misterio) me entrega un pliego, era del General García Íñiguez. Me avisaba de la llegada al territorio de sus operaciones de los Supremos Poderes y por orden del Gobierno pasase allí a conferencia.

Al siguiente día, después de haber nombrado al Teniente Coronel Antonio Maceo, Coronel en comisión (esto quiere decir que aún no tenía un coronel para dejarlo jefe superior de operaciones) me puse en marcha. Con poca gente y de pie ligero, a la cuarta

jornada fui a pernoctar a Miranda. Los españoles lo habían abandonado como también a Mayarí Abajo, Jaragüeca, Piloto y muchos lugares más que ahora no recuerdo.

Yo hubiera podido pasármela esa noche sin avanzadas, no había peligro.

A muchas leguas a la redonda no había españoles.

No encontrándome ya sino a una jornada bien andada de la resistencia del Gobierno, me propuse no madrugar, pues me sentía molido de cansancio, y fue así que hubo tiempo para que se me estuviera espiando mientras yo dormía.

“Los montes tienen ojos”, dice el refrán, y eso no deja de ser una verdad.

Muy al amanecer me envió el Jefe de la avanzada principal, un hombre de color, un liberto, de estatura y formas de Hércules que se le había presentado.

—¿Y tú quién eres y adónde vas?

—Yo soy Simón y vengo del campamento.

—¿Qué campamento? —repuse yo asustado.

—Donde mi amo dejó a Eduá.

—¿Eduardo vive? Anda, corre, dile que venga.

Media hora después se me presentó el viejo Eduardo, el liberto desamparado, el abandonado de todos, menos de Dios, ya repuesto, ya otra vez hombre, rico de fuerzas y rebosando de fe y contento.

Le acompañaban tres hombres más, con Simón. Le tendí la mano a aquel hombre y él se conmovió.

—Vacía ese saco —le dijo a uno de los suyos.

—¿Y eso qué es, Eduá? —le dije creyendo que eran golosinas.

—Doscientas cápsulas, General, que hemos recogido en ese puesto abandonado, y aún tenemos en nuestro campamento (esto lo dijo con orgullo) ropa, galleta, tocino, y otras boberías.

—Cuéntame bien cómo ha pasado todo —y entonces dijo:

—Cumpliendo la orden que usted me dejó, desde aquel día me puse largas horas en acecho en estas cercanías para ver si podía verme con algún negro como yo. Pasé muchas horas crueles de hambre y de sustos, hasta que un día logré que éste, Simón, me viera y se acercase, y como él y sus compañeros deseaban coger el monte, pero no se atrevían a salir por no ser prácticos de por aquí, pronto nos entendimos y todo quedó arreglado.

Ellos me dijeron que pasaba alguna cosa grande y que creían que los gringos se iban a ir de aquí, pues habían venido muy de pronto a llevarse muchas cajas de parque que tenían en este campamento. Desde ese momento nos pusimos en acecho y apenas ellos salieron entramos nosotros.

Me hizo gracia la entusiasta conclusión de su relato, pues tal parecía que había tomado el campamento por la fuerza.

Momentos después continué mi marcha con cuatro hombres más, de alta, en mi pequeña escolta. El Comandante Martín anotó sus nombres: Eduá, Simón, Polo y Tacón. Sigamos, pero primero un poco de geografía mambisa.

Del asiento de Miranda, desde donde yo partí en aquella mañana al paso del Cauto, por Barranca, habrá aproximadamente hora y media de marcha. Este trayecto, de terreno llano y firme, era entonces pobre de vegetación montuosa, se componía de maniguas o matorrales, testimonio en Cuba de viejas tierras de cultivo abandonadas; pero una vez vadeado el Cauto y siguen rumbo franco al Oeste, que era mi itinerario aquel día, una vereda tortuosa (vereda mambisa), conduce al viajero por el centro de un espeso monte fresco y seguro, de árboles corpulentos, que forman con las enredaderas preciosos pabellones y cortinajes lindísimos. Ese monte mide por su parte más estrecha cuatro leguas, las mismas que yo tenía que caminar para llegar a un lugar nombrado "El Bejuco", residencia de los Supremos Poderes, en aquellos momentos.

Internado un poco, y a orillas de un manantial (Catunda) de fresca y cristalina corriente, dispuse hacer alto para tomar algún descanso y alimento. La menestra no era abundante, y dispuse que los recién incorporados saliesen por allí a ver si conseguían jutía, a excepción del viejo Eduardo, que por intuición pensé no sería muy leído en asuntos culinarios.

Desde que la brillantez de las acciones de Juan Millares, y por ellas las distinciones militares y sociales con que la patria le honró, me privaron de sus servicios personales, yo estaba sufriendo por ese lado.

Verdad es que difícilmente hubiera encontrado el sustituto de Juan. Yo lo pasaba como Dios quería y me resigné buevamente al servicio de cualquiera. Tenía a la sazón de asistente a uno nombrado Manuel, liberto, puntual, listo, sin miedo, oficioso y sin pereza,

pero con el pequeño defecto de que se servía él primero que servirme a mí, me dejaba el ala y se tomaba la pechuga. En cuanto al café, mi bebida favorita, de segura que si el mal espíritu viraba la cafetera, la parte derramada era la mía y no la suya.

Un asistente no es un ente vulgar, de cualquier parte y de cualquier ejército. ¡Oh!, la servidumbre, aun largamente remunerada, siempre me ha parecido tremenda. ¡Cómo será a bayoneta calada! ¿Y en campaña? El asistente es un amigo, pero en aquella guerra de Cuba era un bienhechor a todas horas. Para poder tener una idea de eso es necesario haber estado allí, haber pasado el Rubicón.

Aquel que tenía necesidad de un asistente y no lo tenía o lo tenía malo, inútil o inepto, ese sufría, sufría mucho. Llegar (eso de llegar era serio allí) cansado, fatigado, molido, con hambre, el agua calada hasta los tuétanos y en noche tenebrosa y en un «santiamén» y como por encanto ver fabricado un rancho, después tendida la hamaca, e improvisar la cama, vivo y calentador el fuego, lista la comida aunque fuera un boniato, y después venga el café aunque fuese amargo, que es mejor y luego que llueva, y departir con el compañero, de hamaca en hamaca, de cosas de la guerra y de la patria... a comentar las peripecias extrañas y fabulosas del triunfo conseguido por la mañana y burlarse de la desgracia en la derrota sufrida por la tarde...

Todas estas cosas las saboreábamos acariciados por la puntualidad oficiosa del asistente, por su infatigable asistencia.

Compañeros tuvimos que mucho sufrieron porque su carácter les obligaba a cambiar con frecuencia de ese servicial, y eso es lo peor que pueda suceder porque no hay lugar a la reciprocidad del cariño; pero hubo otros a quienes siempre les conocí uno mismo. Tomás Estrada Palma fue de éstos. ¿Pero quién no vive con don Tomasito?, como le decían los asistentes y los que no lo eran.

Mas tengo que advertir una circunstancia muy importante, y es, que no era lo mismo ser asistente en Oriente que en otra parte, como no es la misma cosa ser esclavo en un ingenio que en un cafetal. Ser esclavo es una desgracia y soportar ese yugo en un ingenio es la suprema desgracia.

Para el asistente oriental la tarea era más dura por varias razones: por lo fragoso del terreno, en que la carga tenía que ser más pesada o molesta, puesto que conducía lo suyo y lo de su jefe; por

la necesidad de buscar y conducir provisiones para dos, y por otras razones de no escasa importancia.

—¿De qué lugar eres, Eduardo? —le pregunté.

—Yo era del cafetal “San Juan”, Guantánamo. Al principio un tal Rendón nos sacó de allí y yo salí muy triste porque dejé mi mujer y dos hijitos, después me consolé con la guerra. En el Cauto por poco no queda uno de nosotros y yo llegué a ponerle la mano a un cañón. Después lloré otro día en la cueva, pues creía que iba a morir y me vino a la cabeza mi mujer y mis hijitos.

Aquella relación hizo sentirme interesado por aquel hombre. Un momento después regresan los monteros de jutías diciendo: “No hay”.

—Sí hay —repuso Eduardo con viveza, y como hubiese a diez pasos de allí un gigantesco cupey, a él se dirigió y buscó algo por el suelo. Yo lo comprendí: rebuscó y levantando una hoja y con ella en la mano encarándose a Simón, le dijo:

—Aquí hay, mira esta mancha algo parecida a sangre, esos son *miaos*, buscarlas arriba.

Eduardo jefiaba, derecho natural de la superioridad intelectual, y había nombrado a Simón su Teniente. Simón le obedecía sin replicar; no hay para qué decir que también lo hacían ciegamente, Tacón y Polo. Su edad madura, sus timbres de viejo mambí, su mano tendida para sacarlos a las selvas libres, y luego un poco de mejor intelecto: no es extraño que aquellos hombres consideraban al viejo Eduardo como su protector y maestro. Y en realidad lo era.

El cupey (puede haber algún cubano que no lo conozca, y voy a pintárselo) es un árbol corpulento, gigantesco, tiene mucho de parecido al catalán, amo de la tienda de campo en Cuba, con la pequeña diferencia que el cupey casi siempre sobrevive poco a la muerte de su víctima, su castigo no es dilatado, no profundiza sus raíces y el viento se encarga de la ejecución de la sentencia. El catalán muere, pero su prole vive después alegre y contenta frente a frente de la choza del veguero pobre, sin dinero, y su deudor eterno. Parásito el cupey, sus cuerdas son enormes y bajan hasta el suelo, donde en vano tratan de arraigarse lo suficiente para sostener aquella inmensa arboleda, pues semejan a lo lejos un montecillo.

Obedeciendo Simón al superior mandato del viejo Eduardo, se asió a una de aquellas cuerdas y principió la ascensión, más apenas adelantó quince pies se detuvo y respiró, quiso proseguir y no pudo, y entonces se dejó rodar hasta el suelo, exhalando un resoplido algo parecido al del caballo. No sé si aquel acto de imposibilidad física de su Teniente indignó al viejo Eduardo, lo cierto es (yo me quedé espantado) que tirando con enfado su sombrero viejo, despojo de un soldado español, y sin decir una palabra agarró la cuerda y cual un experto marino que maromea por los mástiles de su barco, así aquel hombre de 60 años, sin detenerse un instante, subió al árbol perdiéndose entre la espesura de su follaje.

Un momento después cayó herida de un machetazo una jutía y por la misma cuerda que subió se deslizaba el viejo Eduardo.

No hay que decir que el almuerzo fue espléndido. Llegada que fue la hora de marchar, proseguí y a la caída de aquella tarde fresca y dichosa, llegamos a la residencia de los Supremos Poderes de la República de Cuba.

La historia de Cuba, y sobre todo aquel brillantísimo período del 68, no se puede profanar relatando los sucesos de cualquier modo, impulsado por el mero deseo de escribir. No; cosas son esas respetables para nosotros —por lo menos así me dictan los impulsos de mi conciencia— y por esa razón digna y levantada no debo (y no dejaré para otra ocasión) ocuparme en este episodio de los interesantes e históricos detalles de mi confianza con aquellos hombres que representaban lo más selecto de la revolución. Perdónenme esta frase los que se supongan más demócratas que yo.

Se encontraba allí el presidente Carlos Manuel de Céspedes con su E. M., la Cámara de Representantes entera y verdadera, y el Brigadier, entonces, Calixto García Íñiguez con todos sus oficiales, vencedor de la vispera sobre las trincheras de Jiguaní.

Sigo, pues, mi sencillo relato por gratitud a mi viejo asistente, y ojalá pudiera yo ser tan feliz como fue Dumas, para decir tanto y tan bien sobre la tumba de aquel servidor mío, como dijo él a la memoria del mulato dominicano que le enseñó a conocer las letras siendo aún muy niño en los baños de no recuerdo dónde.

Seguía la guerra con todas sus peripecias sangrientas, con sus bruscas alternativas sorprendentes. Un día, poseídos de incompa-

rable satisfacción de alegría (como los niños) victoriosos sobre el campo de batalla, al otro, sorprendidos y fatigados en retirada comprometida, con varios compañeros heridos y siempre salvados, al siguiente dando vivas a la patria encima de las trincheras enemigas al romper la aurora, tomando el campamento por asalto y por la noche apesarados y triste a la noticia de capturas de amigos y compañeros como Antonio Luaces. Pero siempre en ese constante vaivén de los sucesos, de ese flujo y reflujo de cosas graves y serias, como el mar, aunque arriba tenga estrellado el cielo.

Sentíamos en el alma la esperanza más pura en el triunfo, hasta que sonó la hora menguada de la tregua...

El viejo Eduardo siguió conmigo, y está de más decir que nos llevábamos muy bien. Generalmente se cree que la juventud es la edad de los amores; así sea, pero en la edad madura los afectos son más puros y duraderos. Mientras más se acerca el hombre a su fin, más se descarta de lo superfluo, y se va quedando con lo útil, lo positivo. Por eso alguien ha podido decir que "no hay anciano sencillo".

El viejo Eduardo substituyó, con gran provecho mío y en perjuicio de aquél, al malicioso y poco considerado de Manuel, y éste pasó de alta a las filas de lo que llamamos convoyeros. Este fue otro cuerpo, gran auxiliar, que bien merece un episodio aparte escrito por una pluma como la de Ramón Roa o Fernando Figueredo.

Atento siempre a la buena organización, pues soy de los que creen que sin ésta no se anda seguro y derecho. ni aún en el cielo, organizar me propuse.

De las tareas que cuestan fatigas y disgustos la de organización está en la primera línea. Cuando se dice "fulano es organizador", ese tiene que ser muy hombre y organizar allá entre nosotros, eso tenía tamaños bigotes. Como era natural, para mi procedimiento me apoyé en la ley. Aquellos hombres nos la dieron para todo. Por ejemplo, un Mayor General con el mando de tropas, solamente tenía derecho a cuatro asistentes, y después así relativamente en escala descendente hasta Alférez.

Tenía necesidad de dar el ejemplo y dije: "fuera convoyeros, y venga la Ley", y fueron mis cuatro números: el viejo Eduardo, Simón, Tacón y Polo. Dije antes que las organizaciones proporcionan disgustos y a mí me proporcionó ésta más de uno.

Como yo tenía mi esposa, puse dos a su servicio, a Simón y Tacón, y por supuesto, el viejo Eduardo se quedó conmigo teniendo por auxiliar a Polo. Había muchos Jefes y Oficiales que tenían un número excesivo de asistentes y convoyeros para ellos y sus queridas, y aunque la época en que por la carencia de recursos de boca se tenía necesidad de ir a extraerlos de lejanas zonas, podía estar justificado este abuso que nos privaba del servicio de algunos cuantos hombres para las armas, no era así en la actualidad, porque la posesión adquirida por la fuerza de las armas de la rica comarca de Guantánamo había acabado con nuestra miseria.

Por fin, después de una gran lucha algo pude hacer en ese sentido.

El viejo Eduardo sin perderme "ni pie ni pisada", lógica y natural fue que al llevarme mi destino a otras regiones fuera el primero en preparar el *jolongo*.

Debía pasar al Camagüey y me puse en camino, pero ocupada mi mente en asuntos de grave importancia, no me ocupé durante la marcha, ni aún después de llegar al Camagüey, de la situación en que iba a encontrarse mi viejo sirviente, y que había que montarlo allí para que me pudiera ser útil. Y fue así que al moverme el primer día al frente de algunos escuadrones me encontré al viejo Eduardo todavía de infantería, y forzoso me fue dejarlo por allí con gente acampada hasta mi próximo regreso.

—¡Ya usted, mi General, me va a dejar! —me dijo muy apesorado.

—No, Eduardo, volveré pronto y seguirás conmigo.

Pocos días después el viejo Eduardo era caballero en una hermosa mula bien aparejada y que él cuidaba con esmero.

Todo nuestro reducido equipaje lo llevaba en un pequeño serón, así como jamás faltaba un trozo de carne asada, que muchas veces después de una fogosa carrera y debido al sacudimiento, aparecía confundida con algunos zapatos viejos, riendas de frenos ya desechados u otros cachivaches que somos los viejos muy dados a conservar.

Además, el viejo Eduardo portaba terciada una valija tremenda que contenía todos mis papeles y libros y que pesaría 15 libras aproximadamente. Aquel hombre viejo, en las horas de refriega, era necesario que el lance fuera muy comprometido para que se retirara a larga distancia, por más que yo, en tono de reconvencción cariñosa le decía:

—Eduá, si me pierdes la valija te fusilo.

—No, mi General, no se perderá, me contestaba.

Como por cualquier circunstancia, por un mal paso del declive del terreno, para desviarse para desechar un árbol caído, una zanja, un pozo, en fin, por cualquier tropiezo que implicara retardo, todos los combatientes no pueden ir apareados en una carga contra el enemigo, sucedió muchas veces que el viejo Eduardo, sin tener en cuenta estos detalles, gritaba detrás a hombres muy valientes:

—¡Adelante! ¡Esa gente no ve que los jefes van allá!

Y como nuestros soldados, lo conocían, aquel mandato más bien les hacía gracia que molestarlos, y después en la quietud y solaz del campamento, a la sombra de los palmares celebraban los arranques bélicos del viejo Eduardo.

Pero sucedió un día que me hizo pasar un gran susto y sufrir una pena. Lo contaré.

Invadidas por nuestras tropas Las Villas, quise en uno de los viajes que hice al Camagüey llevar mi esposa que ya había hecho venir de la de Oriente, para aquella comarca. No teníamos más hijos que a mi Clemencia, de tres años de edad. Dos o tres familias de gente de Las Villas quisieron aprovechar mi pasada para irse conmigo y me dio pena negarles mi amparo, así fue que se formó una impedimenta delicadísima. El paso de la Trocha solamente constituía un peligro: en aquellos días estaba muy reforzado y vigilado. Los españoles trataban de impedir a todo trance el paso de los batallones orientales que yo había pedido para reforzar el ejército invasor y concluir de una vez. Llevaba yo un buen práctico, Tranquilino Cervantes, además un croquis minucioso de toda la línea. La gente que me acompañaba no pasaba de quince hombres, eso sí, quince leones. Uno de los oficiales de E. M. era el Coronel Enrique Mola. Cuando llegamos al punto designado para el paso, era ya la caída de la tarde, hora esperada de intento. Mientras aguardábamos a que cayera más la noche para que la oscuridad protegiera nuestra marcha y de ese modo evitar la persecución de fuerzas muy superiores de que el enemigo podía disponer, se oyó un toque de corneta, punto de atención sobre nuestra izquierda, y que a seguida fue contestado en la derecha. Nuestro paso fatalmente, tenía que ser por entre dos campamentos casi a

la vista el uno del otro. La situación era crítica por lo impedimentado que iba en aquella marcha, si como era cuerdo creer, aquel toque significaba que el enemigo nos había descubierto, el paso que se hacía difícil sino imposible y podíamos ser perseguidos.

Incontinenti ordené al Coronel Mola que acompañado del práctico y un hombre más se acercase lo más posible sin dejarse ver, al punto de donde primero partió el toque, en averiguación de lo que pudiera ser. El Coronel Mola partió y yo esperé. Quince minutos después estaba de vuelta. Una gran columna estaba entrando al campamento, y a consecuencia de eso se repitió el toque. Entonces me dije: mejor aprovechemos la ocasión, el descuido es consecuente, pero es preciso no dar tiempo a que los soldados se desparramen, y organicé la marcha. Hice entonces que el viejo Eduardo tomase de los brazos de la criada a mi Clemencia ya dormida.

—Cuidado, Eduardo —le dije.

Ya oscurecía, y no contando con que de la parte opuesta el paso estaba obstruido por muchos yareyes derribados para su aprovechamiento, nos fue forzoso cargarnos hacia la derecha, pero lo hicimos tanto que llegamos a cincuenta varas del fuerte, que rompió fuego sobre nosotros. Ordené enseguida que continuara el práctico con toda la impedimenta y nos quedamos los demás entreteniéndolo el fuego al enemigo para que no quedara envalentonado. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando siento a mi lado gritando: "¡Viva Cuba Libre!". Era el viejo Eduardo haciendo fuego con un revólver viejo y sin cuidarse de que tenía la niña en sus brazos. Las balas enemigas no dejaban de ser bien dirigidas, pues los enemigos tomaban por blanco el relampagueo de nuestros disparos.

—¡No seas bruto, Eduardo! —le grité, qué sé yo con qué voz.

En seguida nos retiramos. A poco encontramos a mi esposa, que desesperada y loca volvía en busca de la niña que juzgaba ella que seguía detrás. Alcanzamos la demás gente y continuamos la marcha para poner distancia entre nosotros y aquel enemigo, que si no a aquella hora, muy temprano podía perseguirnos. Como a la media noche, la luna se elevaba a su mayor altura, hice alto en un gran potrero, se exploró el campo a la redonda y acampamos. No fue suficiente todo el tiempo que duró la marcha para calmar mi disgusto con el viejo Eduardo. Tampoco la diligencia y asiduo cuidado en preparar la cena a algunos pasos de donde yo con mi

esposa y los oficiales comentamos el hecho. Aquello me tenía mortificado, lo llamé y con acento de cólera le dije:

—Eduá, ¿cómo te atreviste a hacer aquello contra mis órdenes, exponiendo a mi hija?

Y aquel viejo, con la sinceridad de un gran corazón, me contestó llorando.

—Se me olvidó, General, que yo llevaba a Monchita. (Así le decía él.)

—Lo creo —le dije.

Quedé desarmado de mi enojo, y añadí:

—Pues no te apures por eso y anda, apura el café.

Al rayar la aurora de aquel día despaché al práctico con la impedimenta a esperar en lugar seguro y me quedé retrasado con la gente de pelea.

No hubo novedad. ¿Y cómo la había de haber si más tarde supimos por las confidencias que la creencia era que yo había forzado el paso esa noche por allá con mil hombres?

El Teniente del fuerte que se dio por atacado, ascendió a Capitán. Nosotros dejamos en el campo unos cuantos hombres y caballos según él, y no habíamos recibido ni un arañazo.

Los acontecimientos inusitados de Las Villas me obligaron a volver a Camagüey y volví acompañado del viejo Eduardo.

Las cosas siguieron de mal en peor y sonó al fin la hora fatídica y siniestra de *Zanjón*.

Yo no podía quedarme en Cuba. El General Martínez Campos me hizo ofertas brillantes para los que no piensan como pienso yo, a fin de que me quedara en ayuda de la *reconstrucción* del país como él llamaba eso, sin lo moral. No quise; amé más la miseria cubana que el oro español, y resuelto puse mi rumbo camino del destierro sin más amparo que Dios. En este trance tremendo para un hombre de ideales reuní al viejo Eduardo, Simón, Polo y Tacón y les hablé de esta manera:

—Como ustedes oyen, ya esto se concluyó por ahora. Yo no me quedo aquí pero en realidad no sé dónde iré a parar. Si ustedes quieren correr mi suerte, el mundo es bastante grande y no nos moriremos de hambre; juntos trabajaremos.

Aquellos hombres no podían contestarme, tal era la impresión. El viejo Eduardo fue el primero que entre sollozos me contestó:

—Mi General, yo quisiera irme, pero no sé de mi mujer y mis hijos.

No le dejé concluir, y le repuse con viveza:

—Eduá, la mujer y los hijos no pueden abandonarse sino por la patria; quédate, ese es tu deber ahora.

Aquel hombre quedó tranquilo.

Tacón dijo:

—Yo tenía mi mujer, y me quedo ahora para ver si la encuentro.

—Nosotros somos solos en el mundo, nos vamos con usted —dijeron los otros dos.

Aquella despedida fue tierna. Yo no tenía ni una prenda que dejarles en recuerdo. ¡Estábamos tan pobres! Al darles las espaldas formulé estas frases:

¡Siquiera he ayudado un poco a romper sus cadenas!

Después de todo eso nos refugiamos en Jamaica. Simón y Polo me acompañaron en los primeros meses a pasar aquellos días terribles martirizados por la miseria y por la injusticia. Simón a poco tiempo se casó con una mujer inglesa de su propia raza, cuyo suegro, que no era muy pobre, lo protegió.

Un día fue a verme y le brindé asiento en mi pobre mesa.

Polo también se separó de mí, se fue a trabajar a un ingenio y lo perdí de vista.

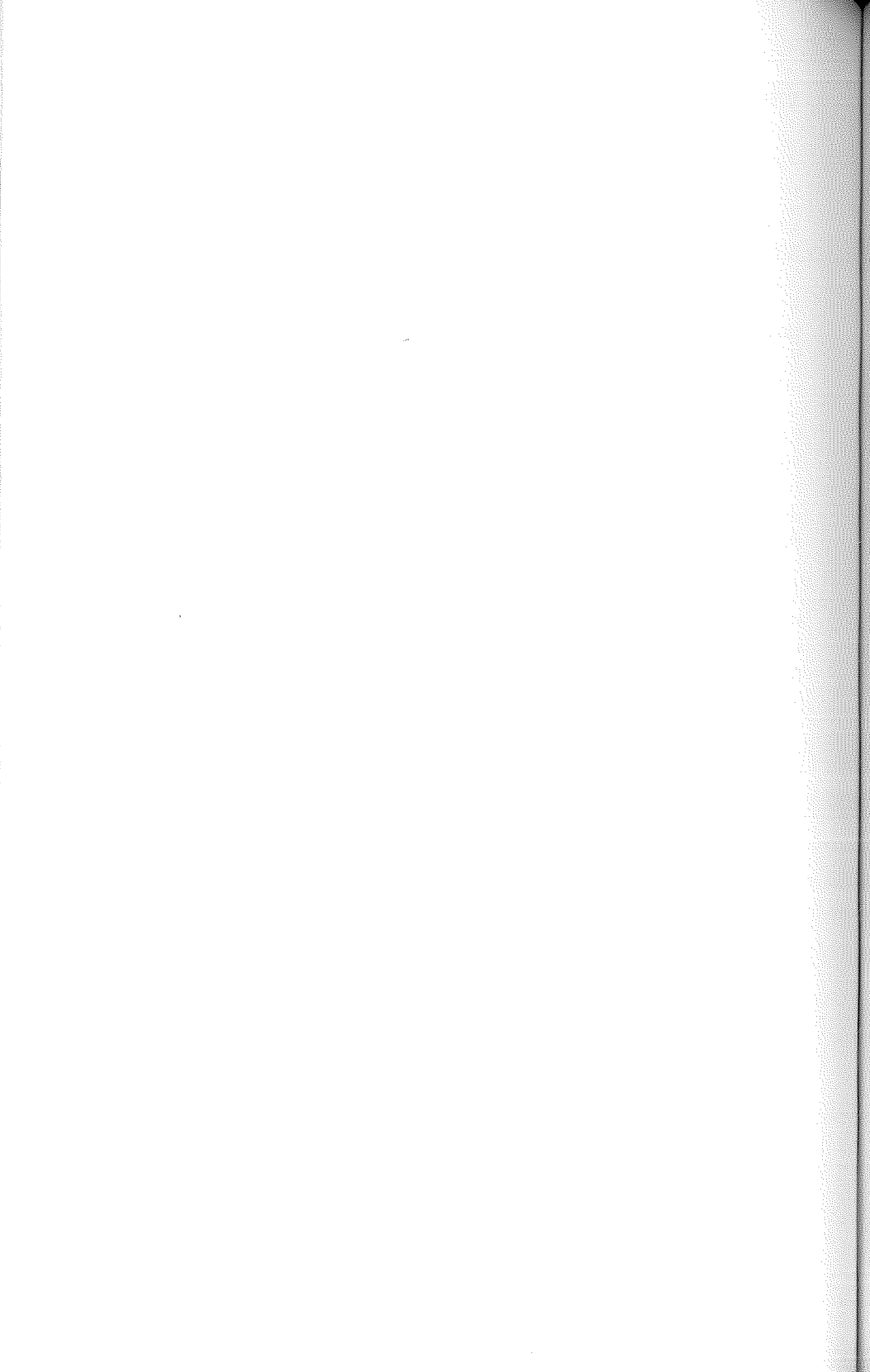
Después de mi desgraciado fracaso, donde hasta las prendas de mi mujer naufragaron, pobre y abatido, nos fuimos a trabajar al canal de Panamá, y un día que me encontraba triste y enfermo se me presentó un hombre en mi cuarto. No lo conocía.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté.

—Yo soy Polo que vengo a verlo y a traerle estos pollos y a decirle que tengo nada más que una mujer y una estancia (o conuco) aquí, bien surtida, para si quiere irse allá y estará bien cuidado. Tendrá dos criados.

—Gracias, Polo —le dije—; yo tendré que irme para Jamaica a morir al lado de mi familia. Tan enfermo me sentí. ¡Después hablamos un poco de Cuba!, y se despidió.

No he sabido más de esos hombres, pero ellos deben vivir y quién sabe si un día a los que nos dispersó la paz nos vuelve a reunir la guerra.



ODISEA DEL GENERAL JOSÉ MACEO²

(*Altagracia Venero, julio 27 de 1896*)

Sra. Bernarda Toro de Gómez

Mi amada esposa:

Sin la seguridad que tengo de que todas tus miradas y todos tus pensamientos santos de mujer, y de mujer cubana, se dirigen a tu Cuba; sin la convicción profunda de que a mí te une un mismo fin de honores y de gloria, como dos cabezas que juntas han sentido y pensado sobre la misma almohada tantas cosas de la Patria, no te enviaría estas líneas para desahogar un dolor buscando alivio a una gran pena.

Y es que creo —Dios me conserve esa ilusión— que cuando tú sabes que yo padezco y sufro, es mucho menos intenso el sufrimiento y me siento consolado en las horas tristes de la vida, plagadas de azares y duras privaciones. Me embarga la pérdida del General José Maceo, que murió el 5 en combate fiero y rudo, como él sabía pelear contra los enemigos de su Patria. He perdido un amigo fiel y un General que deja un gran vacío en las filas del

2. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, pp. 83-98.

ejército a mis órdenes. Ha muerto después de añadir nuevas y brillantes hazañas antiguas que más de una vez me has oído referir y que han hecho interesantísima su historia militar. Jamás olvidaré la situación y el campo en que nos encontramos yo y mis cinco compañeros de expedición con aquel hombre patriota, denodado y sufrido, al pisar esta tierra de Cuba; aquello fue glorioso y sublime. Te contare lo que tú no sabes y aquí mismo saben pocos.

El General Antonio Maceo, al frente de reducidísimo número de compañeros, entre ellos José, desembarca en pleno día junto a la plaza enemiga de Baracoa. Se arman al saltar a tierra, y manteniéndose siempre a la vista de la ciudad, marchan a ocupar una casa situada en una pequeña eminencia del terreno, posición que juzgó ventajosa para repeler el ataque de que indudablemente sería objeto por parte de la guarnición española. Allí acudieron algunos jefes subalternos que aún permanecían indecisos, a quienes dio sus órdenes y por los que fue informado que en Baracoa hacía su apresto de salida una columna española; confirmadas sus sospechas, aguardaba resuelto: vieron salir de sus trincheras un enemigo diez veces más numeroso y esperaron. Al pisar la fuerza española el pie de la pequeña loma, la mínima línea de combate de aquellos once hombres, la saludó con una descarga, y no apagaron sus fuegos hasta que el enemigo no se retiró a sus trincheras abandonando todo intento de avance; celebraron, pues, su entrada con un combate rechazando al enemigo a las pocas horas de poner pie firme en tierra.

Después se internaron sirviéndole de práctico un hombre que, disgustado o perverso, al tercer día los abandona dejándolos perdidos en lo más intrincado y desierto de las célebres, altas y vastísimas montañas de Baracoa.

Desde aquel instante principió para aquellos veteranos, que a poco se vieron perseguidos por el enemigo, la campaña más desesperada y ruda. Solamente el renombre de los Maceo, los Crombet y los Cebreco, a mi juicio, contribuyó sin duda a que los españoles anduvieran con pies de plomo y aquel grupo de valientes no fuese hecho prisionero y conducido derecho al cadalso. Durante aquella marcha a rumbo el General José ayudaba el primero a dirigirla, y así se continuó desorientando muchas veces a sus perseguidores

que perdían a cada momento la pista, mientras ellos adelantaban terreno, hasta que después de varios días de marcha tan incierta como fatigosa llegaron a una casa donde trataron de descansar. ¡En mala hora lo hicieron y ojalá no lo hubieran pensado nunca! Allí fueron sorprendidos por los españoles y aquellos hombres extenuados, con una carga enorme sobre sus espaldas y los pies ensangrentados, se baten como leones y se defienden cuerpo a cuerpo. Allí es muerto el nunca bien llorado Flor Crombet y algunos caen prisioneros —el General Antonio Maceo se escapa con un grupo que se dirige siempre a la jurisdicción de Cuba y José quedó solo, peregrino errante en las desiertas costas de Baracoa. Oír de sus propios labios, como nos la contó a mí y a Martí, la historia tristísima de sus trece días de soledad y desamparo; oír aquella narración del episodio más interesante de su vida tan accidentada, y dicho todo con la sencillez de un hombre que no podía buscar frases ni galanuras, era sentirse conmovido profundamente, como si se estuviese participando o palpando aquella dolorosa realidad que sin embargo había pasado ya.

Para mayor desgracia y como para poner a prueba más dura su valor y sus fuerzas, el destino dirige su rumbo por una zona sin agua y desprovista de frutas silvestres, y en tal situación ya el desamparado ha tenido que botar toda su carga que consistía en 400 cápsulas, ropas y en otras prendas de campaña, reservándose únicamente cien cápsulas y el rifle, con el firme propósito de morir peleando. Todo lo demás ya era una carga insoportable para aquel hombre de hierro; José sigue caminando, o mejor dicho, arrastrándose con rumbo incierto, y ya postrado en un estado de extenuación tal, que empieza a sentir vértigos y alucinaciones de que él mismo no podía darse cuenta. Un día —José era gran tirador— siente revolotear una paloma por encima de su cabeza y la ve a buen tiro; pero al preparar el rifle para dispararle le ocurre que un tiro en aquellas alturas podía perderle, pues denunciaba su presencia en las serranías plagadas de guerrillas enemigas. Sin embargo, se dijo: “Morir de hambre es morir; y haciendo esfuerzo por vivir algunas horas más, quién sabe lo que suceda.”

Y alentado por esa racional resolución hizo el disparo, y la paloma vino al suelo a sus pies; comió de ella un poco —por supuesto cruda— y continuó su rumbo un tanto más repuesto; así anduvo

alimentándose por la esperanza y una que otra fruta silvestre que escasamente encontraba a su paso.

No tuvo tanta dicha que cayera en un camino cualquiera o serventía que lo condujera a cualquier lado; toda la zona que fatalmente atravesaba era montaña virgen a donde se pueden desafiar las furias de ejércitos liados que siempre se podrá combatir. Yo, después que también atravesé con Martí y sus compañeros por una parte de esas montañas, les he puesto el nombre de "La Vendée Cubana".

El General José Maceo, ya en las vísperas de su resurrección —que así me permito yo llamar su aparición entre sus compañeros— salió a un camino ancho y trillado; como era natural, se detiene a examinar aquella sastrería y pronto por las huellas de caballos herrados, conoce que por allí solamente transitan fuerzas españolas. Resuelto a emprender su marcha rifle al hombro, paso lento pues apenas podía más, pero con ojo avizor, a todas partes, dispuesto a no hablar sino a morir callado, pero en la lucha, como un león enfermo. Aquel camino, conato de carretera, pues España en cuatro siglos no ha podido atender más que un pedacito de Occidente, lo tomó el General Antonio Maceo casualmente hacia el Norte y es el camino que conduce de Guantánamo a Sagua.

Había caminado más de 40 leguas; si te fijas en el mapa las puedes apreciar, si le concedes además las vueltas y revueltas que como extraviado debió girar. ¡Parece mentira que un hombre que no fuera de la madera y el temple de José Maceo pudiese resistir y escapar de situación tan desesperada y difícil!

Lo hemos dejado en mitad del camino y me vas a acompañar a seguirlo conforme a la relación que me hizo él mismo, y que escuché y anoté en mi diario con sumo interés. Después que anduvo como a distancia de media legua con el dedo en el gatillo de su rifle hizo alto y quiso reconocer sus contornos, diciéndose para sí: "Por aquí he pasado yo una vez", pero nada más y luego continuó en la misma incertidumbre, encontrando a su derecha una vereda poco trillada y la tomó. Dos o tres kilómetros andados descubrió una casa de aspecto pobre, situada al fondo de una estancia, y oyó el ladrido de un perro, y el canto de un gallo, y a poco la voz de una mujer y de un niño y sintió eso que deben sentir al aproximarse a los seres humanos, los perdidos, los escapados de los naufr-

gios, los resucitados, eso que nadie ni ellos mismos que lo han sentido puede explicar. Padece algunas veces y otras disfrutamos, de emociones tan profundas y será, que para la honra humana pienso yo no le ha concedido Dios a los hombres sino facultades para expresarlas. Y como todo lo que se pretenda decir en ese sentido siempre será pálido y deficiente, prescindo de intentar siquiera explicar cuál sería la situación de ánimo del General Maceo en los instantes en que se apercibió de que en aquella casa habitaba gente cubana, sin duda; pero sin saber a punto fijo que pudieran ser leales, adictos o desafectos a nuestra causa. El encuentro era por demás dudoso y comprometido a la vez, pero él tenía que resolverlo y lo resolvió.

Resguardándose por entre la frondosa espesura de un platanal que terminaba muy cerca de aquella vivienda, logró acercarse lo bastante sin ser sentido hasta llegar algunos pasos próximos a ella y allí aguardó un instante al cabo del cual una mujer hizo salida de la casa por la parte en que él se encontraba en acecho; quiso llamarla y apenas pudo articular palabra, pero que causó ruido suficiente para llamar la atención de la señora que con marcado recelo y a instancias de él se le acercó.

Su diálogo de preguntas y respuestas fue breve, pues él, ya resuelto le comunicó todo en dos palabras, menos su nombre que tuvo la precaución de ocultarle. La campesina entre asustada y esquiva lo condujo a la casita y le ayudó a sentarse en un viejo sillón que allí había, diciéndole: "Estése usted ahí mientras llega mi marido que no dilata, mientras le preparo algún alimento". Apenas habían transcurrido algunos minutos y descalzado el General los botines pues tenía destrozados los pies, se presentó un hombre que era el dueño de la casa y enterado por la mujer de lo que ocurría, se dirigió entonces al aparecido y con espíritu espantado le notificó cómo andaban las guerrillas por todas partes en persecución de los Maceo, ya dispersos; y como prueba de ella la notoria muerte de Flor Crombet, la captura de Corona y compañero y hasta la de Cebreco, y concluyó diciéndole que allí no podía permanecer, pues la aparición repentina de una guerrilla lo comprometía, que las esperanzas eran bien tristes, o mejor dicho, perdidas, pues Perico Pérez apenas contaba ya con 30 hombres, porque todos se habían presentado y los españoles les perseguían tenaz-

mente; y diciendo así lo invitó a que lo siguiera para ocultarlo en el platanal como a un leproso a quien debía huírsele.

El General quiso ponerse de pie y le dio trabajo hacerlo, tan entumecido se encontraba, mucho menos pudo calzarse los botines, después que sus pies fríos y lastimados se habían adolorido más. El hombre de la casa entonces le facilitó unos chanclos viejos con los que pudo arrastrarse detrás de su guía que lo condujo a lo más espeso del platanal y allí lo dejó medio aturdido. Los botines abandonados del General, que quedaron en un rincón de la casita, contribuyeron no en poco, como tú verás más adelante, para que no se prolongaran más sus sufrimientos y desamparo; sin embargo, cuando hubo quedado solo varió de lugar y se puso en guardia, y lo que era natural, la desconfianza y la duda principiaron a atormentarle tenazmente porque no podía penetrar los designios de aquel hombre y su mujer a quienes no conocía y se había confiado.

Por otra parte todas las noticias que había oído de boca del campesino, y que desde el día de la separación violenta de sus compañeros no había podido saber con certeza de ellos. Debieron causar honda impresión en su ánimo durante aquella noche triste y pavorosa. Pudo muy bien creer que todo estaba perdido; los principales hombres habían desaparecido y desamparado el pueblo, falto y huérfano de sus viejos y esperados directores, no seguiría mucho tiempo en lucha desigual y desesperada, sometiéndose nuevamente a la servidumbre. La Revolución estaría perdida. Mientras tanto y en el interior de la casita pasaba otra escena de confusión y espanto porque marido y mujer no acertaban la manera de salir del paso con la presencia en su casa de un expedicionario que los comprometía de modo serio, y la infeliz consorte se enredaba en la faena de la cocina, y al fin, terminó invirtiendo un tiempo más largo que necesario. El marido salió en seguida a llevarle un poco de alimento al General, el que apenas probó las primeras cucharadas de caldo sintió un desmayo. Después un tanto repuesto conversó un poco con su huésped, y quedó concertado y resuelto que a la mañana siguiente le conduciría hasta ponerlo en una vereda que le debía colocar muy cerca de una zona en donde seguramente encontraría gente de Pedro Pérez.

La noche tendió su velo negro sobre la tierra y más que negro, fúnebre sobre aquel platanal que envolvía con su oscuridad profunda

a aquel guerrero intrépido y disperso, preso de las más fundadas incertidumbres. No olvidó sus palabras textuales al referirme esta parte de su episodio.

“General —me decía— me sucedió una cosa extraña esta noche, y fue que las anteriores que pasé en las montañas desiertas del Toa, mi sueño era más tranquilo y por lo mismo reparador, mientras que esta última noche de mi peregrinación apenas pude conciliarlo.

“El reflejo de la luz que despide en su vuelo incierto el cocuyo, el ruido que al posarse en las hojas del plátano producen las aves nocturnas, el canto del gallo, y el ladrido del perro de la vecina, todo me imponía recelo en aquella noche sospechosa en que sólo contaba por compañero un rifle para defenderme teniendo a la espalda un monte y de frente a una casa habitada por personas que yo no tenía seguridad de su lealtad y mi suerte estaba absolutamente confiada a su voluntad o a su capricho. Nunca jamás en mi vida me pareció noche tan larga...”

Por fin amaneció y el día con sus claridades debió desvanecer un poco las nebulosidades en que estaba sumergido su espíritu: en este estado el hombre se le apareció con un poco de café, que tomó con insaciable deseo, y a poco emprendieron la marcha por una vereda estrecha y continuaron por deshechos y revueltas del monte firme que debía conducirlos a la zona ya indicada. Media legua caminada y a esa distancia lo deja el práctico y apenas el General camina algunos kilómetros se siente fatigado, y tanto por eso como por precaución para esperar si alguien venía detrás o delante, se interna un poco al monte dando vista a la vereda y espera. Luego sintió sueño y durmió un rato, según él; de seguro debió de ser mucho más de lo que pensó, puesto que hubo tiempo suficiente para el encuentro casual e inesperado a la vez que sucedió.

Mientras que el dueño de la casa conducía al General hasta el punto donde le dejó, dos hambres montados y bien armados llegaron a ésta, y con notable insistencia preguntaron e indagaban por el dueño de la casa y por alguien desconocido que hubiese andado

por allí. La pobre mujer con la presencia de aquellos dos guerrilleros, no sabía qué contestar y a lo poco que respondía era de un modo confuso y vago.

“Este palo tiene jutía”, dijo uno de ellos y la infeliz mujer tembló, pero tembló más aún cuando vio que uno de aquellos hombres fijándose en los botines del General que todavía permanecían en un rincón, se apoderó de ellos y preguntándole por su dueño la infeliz no sabía qué contestar, pero la presencia instantánea de su marido la sacó de apuro y respirando, como el que se viera libre de una mano de hierro que lo estrangula le dijo a su marido: “Entiéndete tú con esos hombres”. Del diálogo que hubo entre los tres a seguida resultó que el pobre campesino se vio obligado a confesarlo todo y marchar al trote largo a enseñar o alcanzar y hacerle entrega del General José Maceo, ignorando que lo era. Los de a caballo detrás y él a pie delante, en un instante a paso vivo, recorrieron la distancia hasta donde quedó el General, a la sazón que éste salía del monte para tomar la vereda, y continuar; pero sintió ruido y se preparó. No le quedó tiempo ni espacio para ocultarse, también hubiese sido inútil, pues ya los tenía encima y se dispuso a correr todo peligro y terminar (sus palabras textuales contándome ese lance). “Ya estaba cansado de una vida tan triste.” ¡Alto! ¿Quién va? Dijo, y le contestaron: ¡Cuba! Qué gente, repuso: de Periquito Pérez. Adelante uno: y avanzó uno que a poco cayó en sus brazos y después el otro. Ya esta escena heroica y tierna a la vez yo no intento describirtela, pues sólo él mismo, que nos relató a mí y a Martí, pudiera haberlo hecho; yo le dije a Martí: —Usted que escribe de manera que encanta, va a tener que narrar la vida errante del General José Maceo por las montañas, con los pies ensangrentados, extenuado por el hambre, desamparado y solo, con un solo pensamiento en el alma: *la rendición de la Patria*. Martí me contestó: “*Es tan alto y sublime cuanto a ese hombre, escogido por el Dios de la guerra, le ha pasado, que no importa la manera de ser dicho, pues que siempre aparecerá interesante y conmovedor.*”

Sigue conmigo un poco más al General, para que sepas que cuando ya hubieron pasado los primeros transportes de alegría de aquel feliz encuentro, pudieron notar con extrañeza que el guía estaba notablemente conmovido, derramando lágrimas. Confesó entonces

que hasta aquel mismo instante había creído que aquellos dos soldados leales no eran otra cosa que dos guerrilleros disfrazados que le obligaban a cometer la villanía de entregar a un insurrecto y ese insurrecto era nada menos que el General José Maceo, a quien él había admirado tanto y deseaba conocer.

El General entonces lo tranquilizó y consoló poniendo en sus manos algunas monedas de oro americano que aún le quedaban en sus bolsillos.

Desde aquel instante el General José Maceo, se sintió hombre nuevo, e irguiéndose encima de uno de los caballos que montaban los jinetes, les dijo: "¡Adelante, muchachos, y vamos a reunirnos con nuestra gente!" Efectivamente, con tan buenos guías y columna tan exigua y de pie tan firme, antes que la noche de ese día le envolviera en nuevas tinieblas, el guerrero intrépido había verificado su entrada a un campamento cubano de pocos hombres, pero de corazón bien puesto y probada resolución. Había caminado veinte leguas. Con la aparición, mejor dicho, la resurrección del General José Maceo en la comarca de Guantánamo y coincidiendo el acto de presencia del General Antonio Maceo en la Cuba, el entusiasmo fue tal y de tal manera sentido en todo Oriente, que un sacudimiento revolucionario se efectuó de manera sorprendente, que el Gobierno español en Cuba, representado por el General Martínez Campos, quedó aturdido y confuso, extendiéndose hasta el de la Península tan acentuada situación en que se colocaba el Partido Separatista en armas; en tan solemne momento y en noche oscura empujado por las olas y en las playas desiertas de Baitiquirí, yo y el nunca bien sentido Martí y demás compañeros pisamos la tierra cubana.

Como se deja consignado, al día siguiente de la entrada del General José Maceo al campamento cubano, se difundió la noticia de tan funesto acontecimiento, y la reacción producida hizo temblar a los españoles que en vano hicieron esfuerzos para contrarrestarlos.

La revolución se levantó entusiasta y poderosa, reaccionando los espíritus muertos o sin fe, afianzó sus raíces con la firme convicción en la mente popular de que España ha perdido ya su poder en Cuba.

No he querido yo contarte las peripecias y las desdichas que junto con mis compañeros también sufrimos desde aquella noche

amarga y dolorosa en que el destino me arrancó de tus brazos y me lanzó a la mar en débil barco, hasta esta tierra que he venido a ayudar a redimir. Todo eso lo sabrás algún día y sólo puedo añadir, para terminar esta carta que te envió con mi cariño, que después de varios días de marchas terribles por las mismas montañas de Baracoa, nos reunimos con el General José Maceo que ya al frente de 500 hombres marchaba en auxilio de nosotros, previo aviso. En un lugar poblado que se llama Arroyo Hondo, y a corta distancia oímos un fuego bastante nutrido y cuando ya próximos al lugar supimos que fuerzas al mando de Pedro Pérez se batían, tuve la agradable sorpresa de encontrarme a José Maceo triunfador y glorioso pues acababa de derrotar a los españoles que a marcha forzada se refugiaban en la ciudad de Guantánamo.

Ya te puedes imaginar cuál sería nuestro entusiasmo y alegría al abrazarnos todos sobre aquel campo de batalla conquistado por las armas cubanas, dirigidas en aquel combate por tan insigne campeón. Fueron aquellos momentos de gozo intenso para todos que a mí no me es dado explicarte en éstos de pena y congoja. Pocos días pude estar con él pues tenía que continuar y continué hasta allá a los confines de Occidente, donde he ido. La lucha ha sido terrible y grande como grandiosa es la causa que defendemos, y por allá durante aquella campaña recia y dura se han ido quedando la mitad de mis compañeros que tú también despediste con lágrimas y amor de hermana cariñosa: —el primero José Martí, después Borrero y Guerra; ellos cayeron a mi lado como buenos; la tierra guarda sus restos y en nosotros su memoria será eterna.

Solamente aquí quedamos dos: yo y Marcos; de César no sé.

Venía ahora a ver el General José Maceo y a abrazarlo y la muerte no nos dio tiempo, se antepuso a mis deseos y se lo arrebató a la Patria. En esta lucha donde lo natural, lo lógico es la muerte y no la vida, no es extraño que se muera, pero a mí, a quien todos los cubanos respetan y aman, me conmueve la ausencia eterna de aquellos que más me han acompañado en los peligros y más me han demostrado su respeto y cariño; y a este número pertenecía el General José Maceo.

Era preciso haber conocido bien a fondo el carácter de aquel hombre sin dobleces y de rústica franqueza para poder estimarle

y estimar su cariño cuando lo demostraba. El General José Maceo era todo de verdad y por eso para muchos aparecía amargo.

Descubrí en él la grande y noble gratitud del león que la historia cuenta, y entendía la grandeza de su valor admirable e intrépido cual ninguno, por su generosidad y su amor a las mujeres y a los niños. El español más cruel rendido al General en mitad de la refriega más sangrienta, podía contar con la vida.

El destierro, la prisión, la persecución, la guerra y el infortunio, en fin, le habían educado admirablemente, y de ahí que hubiese aprendido a conocer y apreciar a los hombres no por el traje ni las palabras ni por las formas, sino por sus hechos y por el fondo; y por eso, por la idea exagerada que se había formado de asejo moral de los demás hombres, era que muchos engalanados por la fama o la astucia o la casualidad no podían caber con él, puertas adentro, en su trato y modo de ser.

La pureza en el manejo de intereses públicos era en él otra cualidad distinguida, y la probaba tomando dinero si creía que debía tomarlo y lo decía con franqueza dando cuenta. No tenía miedo a las responsabilidades, ni jamás se asustaba con los procedimientos, cuando él tenía conciencia de que así debía procederse; y cuando no, lo decía con franqueza rechazando toda imposición. Era un carácter insugestionable. No pedía nada, y mucho menos cabía la queja en su grandeza y abnegación; pero no permitía tampoco que se le cohibieran sus derechos y sus facultades, porque entonces se sentía sublevado. De aquí que algunas veces, con condiciones de carácter tan independiente y exageradas, apareciese como indisciplinado, pero cuando se le convencía se dejaba manejar como un niño. Tenía mucho de parecido al intrépido general Páez, según nos relata la historia de aquel héroe de la independencia de Sur América. Pocos cubanos he conocido más libre, más trabajador y más valiente; y más resuelto, ninguno. Puedo decir que la Patria ha perdido en él a uno de sus mejores y más decididos y probados servidores.

En cuanto a mí, vive creyendo para tu satisfacción, pues de ello me dio pruebas, después de su hermano el General Antonio Maceo, fue a mí el que más quiso; y como respetuoso y sumiso subalterno, jamás ni siquiera intentó menoscabar el principio de autoridad militar que el país me ha confiado con el mando en Jefe del Ejército.

Ha muerto el General José Maceo, es verdad, como moriremos muchos, pero su memoria no puede ser olvidada; y guarda tú estas líneas que desde estos campos donde retumba el cañón te escribo, porque ellas significan mi duelo de guerrero por la pérdida del compañero y del amigo que murió en su puesto, derribado de su caballo de batalla para aparecer mañana más alto y hermoso en la historia de su Patria. Guárdalas para que sean leídas en nuestro hogar con santo y religioso respeto cuando de las cosas grandes de Cuba redimida se trate. Consérvalas que ellas también son memorias más, porque en esta tierra en donde todos los días caen unos hombres para levantarse otros y donde España siempre derrama tanta lágrima y hasta sangre, no puede haber nada pequeño ni olvidado para la heroica historia de tu nación. Mucho has llorado la pérdida de tus hermanos queridos que uno a uno fueron cayendo en aquella otra guerra cruel. Lloraste también la muerte de tu amada mamá, separada de ti por el brutal poder de España. Lloras ahora y paga con el tributo de las lagrimas algo de lo mucho que tu Cuba debe al valor y al esfuerzo del héroe de *La Indiana*, de *La Galleta*, del *Jobito*, de *Pinar Redondo*, de *Majaguabo*, *San Luis*, *Dos Caminos*, *Sao del Indio*, *El Triunfo*, *Cauto Abajo*, *Mayarí*, *Arroyo Hondo*, *Sagua*, *Songo* y mil más y *Loma del Gato*, en donde como un atleta invencible rindió su última jornada el Mayor General José Maceo, magnífico soldado de la Patria y amigo distinguido de tu

MÁXIMO

Posdata. – Pienso que una carta sin ella dirigida a una persona querida no está completa, pues eso aparte de otras consideraciones, demuestra que no quisiera uno concluir y esta vez no puedo prescindir de significarte eso mismo.

Debo suponer que te interesarás muchísimo amparando y ayudando a que se ampare a la emigración cubana que busca refugio en ese país. Conozco la bondad de todos los habitantes de esa tierra, y no dudo que el General Pichardo, hombre de corazón, hará cuanto pueda en este sentido y en la localidad, jurisdicción de su mando. No se necesita ser enemigo de España para querer la felici-

dad de Cuba y proteger a los cubanos —eso sería estúpido— y si los hombres de la actual situación política de ese país comprenden bien eso y lo saben cumplir, no incurrirán en responsabilidades que les ocasionan molestias diplomáticas. Lo natural y lógico nunca ofende ni trastorna al decoro, pues la justicia, base de toda la felicidad humana, así lo proclama.

Santo Domingo es la nación de todas las Américas, la más obligada por la ley de la Historia y de la Naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana.

En vano los *Yankees* con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortésmente pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas.

A Santo Domingo le conviene eso, le conviene a Cuba. De otra manera no puede ser, del mismo modo que en vano serían mis esfuerzos por querer aparecer más cercanas mi parentela con Mr. Cleveland y Mr. Morgan que con los generales Martínez Campos y Weyler.

Sueño con una ley, que con muy insignificantes retribuciones, declarase (lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Dígote todas estas cosas para que las pienses y las consideres con mis amigos y los amigos de Cuba que no tienen tampoco por qué ser enemigos de España.

MÁXIMO

INQUIETUDES LITERARIAS
LA FAMA Y EL OLVIDO³
(DIÁLOGO)

*Obra escrita por el General Máximo Gómez
en el año 1886*

FAM.: ¡Qué hermosos árboles; qué fuentes y frescas hojas y jazmines; qué aves tan lindas y cantoras! ¿Quién aquí vivirá? Pronto lo sabré.

OLV.: ¿Quién se atreve a interrumpir el santo silencio de esta sagrada morada?

FAM.: ¡Yo, la Fama!

OLV.: ¿Qué me quieres? ¡Atrás, loca meretriz de los palacios, falso ídolo de los afortunados de la tierra. Sacude el polvo de las orgías que traes pegado a tus sandalias, tu planta impura hollar no puede estos recintos!

FAM.: Y tú, dime ¿quién eres, entúpido viviente, el único que me desdeñas? ¿Cómo te atreves a insultar así a una deidad del cielo?

OLV.: Yo soy el Olvido, nacido en humilde cuna para castigar tus locuras y tu soberbia.

3. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, pp. 303-308.

FAM.: Necio y loco intento. Yo soy y seré la Diosa predilecta de los mortales. Mis reinos son tan vastos que el mundo entero me pertenece, y mi poder es eterno y sin límites como el espacio. La humanidad toda yace tendida a mis plantas. El más sencillo de los hombres se sacrifica por una sonrisa de mis labios. Por un beso mío se hunden en la tumba. ¡Para hacerlos vivir los mato!...

OLV.: Tú no eres más que un sarcasmo; sombra deslumbrante y fugitiva; pasajero celaje como de arco iris.

Cuando de los ojos de los mortales se desprenda la venda, ya floja, habrá entonces terminado tu reinado. Ellos serán perfectos, y la virtud y el talento para nada necesitan de tu amparo.

FAM.: No obstante, la historia siempre será la misma. ¿La negarías?, negarme a mí equivale a negarla a ella.

OLV.: No, no la niego, y esa es tu peor enemiga, porque el mundo se va haciendo analizador y anda ya en busca de esas verdades.

FAM.: Te equivocas: ¿Quién es capaz de destruir la tradición? ¿Y quién puede borrar de la memoria de los siglos la antigüedad con toda su grandeza? Mis obras son eternas, y cuento con un poderoso amigo, el tiempo, que me ayudará a cimentarlas. Dime, pues, ¿qué hubiera sido sin mí Platón?

OLV.: ¡Sí, nadie lo conociera!; pero ese fue el primer soñador. Soñó hasta con una República imposible, y aquí a la tierra no se viene a soñar.

FAM.: ¿Y Sócrates? ¿Y esos grandes e ilustres filósofos de Atenas, que asombraron al mundo? ¿Quién, sino yo, ha puesto sobre sus tumbas gloriosos epitafios?

OLV.: Sin ti quizás hubieran aparecido mejores, porque al pasar los siglos que van enterrando esas generaciones y cuando sobre sus cenizas se aprenda lo práctico de la vida, que ella misma enseña, entonces los mortales advertirán la verdad de todas las cosas humanas y aquellos filósofos aparecerán como grandes locos, porque

a pesar de ti misma todos han dicho que solo habían podido saber que no sabían nada. Y así fue que mientras ellos soñaban el pueblo y ellos comían; se hizo un monopolio del pan, del cuerpo y del alma.

FAM.: ¡Eres injusto! Entre aquellos ilustres varones los hubo muy pobres.

OLV.: En todo tiempo siempre lo han sido los poetas.

FAM.: ¿Y Catón de Utica y el inmortal Cicerón? Lumbreras de su siglo; inclínate al oír esos nombres.

OLV.: Con títulos de sabios pero disolutos. El uno dio su mujer a Hortensius y a la muerte de éste cuando la ve rica vuelve a casarse con ella; el otro repudia a Terencia porque necesita una nueva dote para poder pagar sus deudas.

FAM.: Esos fueron atrevimientos que culpa fue de sus siglos, que no de ellos mismos.

OLV.: No por eso merecen ser perdonados, porque la falta o delito lo es en todos los tiempos, así como la verdad es una misma. Bien lo sabes tú: aquellos hombres no conocieron el amor. Así en Grecia como en Roma no fue más que un torpe deleite: el impúdico de Arístides y Temístocles cometían el crimen contra la naturaleza; se disputaron con furor las caricias de Extasio de Efesos. Alejandro avergonzaba a sus soldados en sus escandalosas familiaridades con el eunuco Bogias. ¿Y quieres tú enseñarme algo grande donde no hay virtud ni amor?

FAM.: ¿Y de aquellos héroes en los campos de Platea y de Maratón, y de Salamita?

OLV.: Lo mismo que los de hoy. Victorias fueron alcanzadas, más por el favor de las Fortunas que por el talento y la bravura. Más lo fueron los que pelearon hasta morir.

FAM.: ¿Y Bruto y su puñal redentor? ¿Salvar a todo un pueblo en un segundo no es obra de un Dios?

OLV.: Con un crimen nunca se puede salvar nada. La razón humana no concibe a la justicia con los vestidos manchados de sangre. El tribuno plebeyo asesinando a César enseñó a la plebe a sanguinaria, y ese crimen preparó otros, y no fue por eso Roma mejor. No se enseña al pueblo a odiar la Tiranía, sino amar la libertad.

FAM.: Y bien. ¿Y los Alejándros, y los Napoleones, ejemplos de grandes capitanes?

OLV.: Vulgaridades ensangrentadas que tremolaron con cinismo la bandera del derecho de la fuerza y se pasearon por el mundo sembrando ruinas y marchando por encima de cadáveres humanos. ¿Eso es grandeza?

FAM.: ¿Cómo concibes la grandeza de los hombres, pues?

OLV.: Como la del sol que a nadie cobra su luz.

FAM.: Entonces, de Bolívar ¿qué piensas?

OLV.: No pienso nada. La desgracia no le dio tiempo, y no se le conoció en la dicha. Alejandro cuando acabó sus conquistas marchó derecho a la orgía a entretener su ocio. Ayudar a su pueblo a ser libre es obra de los intrépidos; pero para gobernarlo se necesita mucha sabiduría y virtud.

FAM.: ¿Y Colón y su grandeza?

OLV.: Ella es mayor, porque más ha descansado en mis jardines que vivido en tus palacios, fue grande porque fue olvidado. Su grandeza está en su desdicha.

FAM.: Y Jesucristo, ¿te atreves a ese?

OLV.: Casi lo has convertido en un mito, pero la conciencia humana lo salva, porque el genio es verdad inconclusa y él lo fue. No necesita de ti para nada.

FAM.: ¿Blasfemas, viejo descreído? ¿Dudas de su divinidad?

OLV.: Así dicen siempre para intimidar a los incautos y aprisionar el pensamiento, no dejando que se eleve hacia Dios mismo.

FAM.: ¡Eres inexorable!

OLV.: ¡Porque amo a Dios y a los hombres!

FAM.: Y yo también.

OLV.: ¡Mientes! ¡Tú engañas y alucinas a los hombres y pretendes muchas veces hasta burlarte de Dios! Llamas divino como a Platón a cualquier loco de atrevidos pensamientos, y al más guapo sin conciencia le titulas omnipotente. Hiciste que Víctor Hugo dijese de Napoleón que la grandeza de aquel guerrero llegó a molestar a Dios.

FAM.: Y bien. ¿Tú qué has hecho?, viejo insigne, detractor. Cuéntame tus hechos.

OLV.: Yo soy el representante de la verdad eterna, destello del reposo de cosas y de hombres y de mundos. Soy el Santo Sepulcro de grandes y sagrados miramientos, de sublimes aspiraciones, de grandísimos amores!... Yo guardo en mis archivos las memorias, con lagrimas escritas por corazones sublimados en el sufrimiento, cuyos lamentos el ruido de tus orgías no permite que el mundo las oiga. Yo recojo hasta la queja del ave de plumas brillantes que no le es dado saludar a la aurora con sus gorjeos y por eso se siente feliz –porque Dios sabe repartir sus bienes.– Hasta mí llega el lamento del corazón adolorido nacido para amar con amor santo y cuyo seno es infecundo. –Aquí todos son consolados y curados de sus heridas porque se acercan a Dios; porque al buscar la soledad se encuentran con Dios.

Aquí se aprende a amar, y sin el amor no se concibe que pueda vivir ni aún la planta ni el insecto.

En las estancias de mis palacios descansan y viven seguras inmaculadas virtudes, que no pueden avenirse con el escándalo de tus efímeros triunfos.

Aquí todo es amor porque no hay riquezas; todo es verdad porque hay amor; todo es salud porque hay reposo, no hay soberbia porque no hay fingimiento, y todo es bello porque se ama a Dios.

Aquí en mis jardines muchos Césares ignorados descansan en dulce sueño; muchos héroes y heroínas duermen tranquilos sin que el mundo profanar pueda su memoria. Aquí, en fin, bajo estos árboles que ahí ves, cuyas sombras tienen la virtud de curar enfermedades del cuerpo, vienen a llorar los de sangre enferma en tus bacanales y festines, y con el canto de esas aves y el suave murmullo de esas fuentes se salva el espíritu y a poco se tornan curados sabios y felices.

Mi labor, es constante como lo son tu afán y tu locura; curo a la humanidad de los males que le causas con tus caprichos poniendo en su cuerpo el espíritu de la ambición y el desenfreno.

FAM.: Pues en ese caso, adiós; y por opuestos caminos seguiremos nuestros rumbos; yo al que tenga ilusiones.

OLV.: Yo a los desengañados.

(Cae el telón.)

MOMENTOS DE OCIO
DIÁLOGO ENTRE LUISA Y ADELA⁴
(Histórico)

Dedicado a mi Clemencita.

Luisa: (Con semblante alegre entrando en la alcoba de Adela.)
—¿Qué es eso, Adela, que ni te paras a besarme? ¿Qué pesar te agobia? ¿qué abandono es ese? ¿por qué tan contrariada?... ¡Cuéntamelo todo! ¿Acaso ha muerto Arturo o se te ha aparecido una rival?...

Adela: —¡Ay! Luisa, no me digas nada, déjame; estoy que no me doy cuenta de lo que me pasa; y luego que son cosas que ni tú ni nadie puede remediar.

Luisa: —¿Cómo, hijita, qué tan grave es el asunto? Explícate, Adela; ya sabes cuánto te quiero y tu pena me causa hondas inquietudes...

Adela: —Oye, Luisa, ¡qué triste destino el mío! Varias veces te he contado, extasiada con los recuerdos, lo alegre y contenta que pasé la temporada del año pasado en París, paseo de feliz recreo

4. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, pp. 337-345.

que pudo efectuar papá con la familia después de terminada la zafra. Nos obsequió a todos con preciosos regalos; a mí con una espléndida pulsera. Es tan bueno papá, que nos explicó, que no obstante quedar alcanzado con algunos colonos, había convenido con ellos, un tiempo de espera, para liquidar en esta zafra; pues de otro modo él no podría exhibirse y robustecer su crédito, lo que era conveniente para todos, pues sólo lo ponía en condiciones de conseguir mucho dinero. Nunca, Luisa, podré olvidar aquellos días, los más felices que he pasado en toda mi vida; un poco más, y hubiera aprendido francés. Tú no sabes lo que es París, aquello es un edén. Por otra parte —y esto es lo que más me atormenta— las relaciones que dejé allí, y que me esperaban este año con más esplendidez, para gozar de todos modos, hasta con los celos tontos de Arturo. ¡Cuántas emociones extrañas se experimentan en ese gran mundo!

Luisa: —¿Y qué ha sucedido, Adela..., que no vas?

Adela: —¡Ay! Luisa mía, todo se ha perdido en una hora. Sueños encantadores de amores ideales, teatros, paseos, saraos recogidos de la moda, todo lo de color de rosa; todo se ha perdido. París entero con todas mis ilusiones ha desaparecido de mi entusiasta simpatía. Sí, Luisa, no podemos ir a París y no puedo resignarme a este encarcelamiento, que no otra cosa es esta vida de monotonía en La Habana... ¡Malditos quienes a ello se han opuesto!

Luisa: —¿Y quiénes, Adela?

Adela: —Oye, Luisa, qué noticia. Anoche a las diez recibe papá una carta del administrador del “Central Adela” y en términos telegráficos —y en eso se conoce que el pobre hombre está tan atribulado que no sabe cómo escribir— le dice: (*Adela lee la carta*)... “Don Antonio, son las doce del día —Gómez y Maceo todo el día aquí. Por milagro de Dios cuento con vida. Me tiento para saber si estoy vivo. Me he salvado por Maceo pues Gómez me quería ahorcar, porque dice se ha faltado a su circular— principiando zafra.— Yo bien se lo decía a usted, don Antonio, cuando la preparaba, que el negocio era muy comprometido. Todos los campos

reducidos a cenizas. No queda una caña, ni un caballo; ni un hombre queda aquí; y bueyes muy pocos. Figúrese usted quince mil hombres quince mil fieras. Esto ha sido el día del juicio final. No tengo nada que comer; ayer ha sido preciso matar un buey, que nos hemos comido las mujeres y los muchachos. La ropa de cama, los utensilios de servicio, todo ha desaparecido. Gómez dice que sus soldados han de vivir del país que van a libertar. Mándame una frazada para cubrirme, y un poco de sal. Y diga... ¿qué hago, qué determino con estas ruinas y con la otra cataplasma que me ha venido encima? Me refiero a la deuda vieja y a la nueva con los colonos. Varios de ellos así que han visto este ciclón, se me han echado encima cobrando lo suyo con arrogancia, con tonos revolucionarios, amenazándome con cortarme el pescuezo si no les pago, y bien sabe usted que la fuentecita nueva alcanza a más de diez mil pesos; y más fuera si yo no hubiera ayudado tanto con la romana. Lo que espero tendrá usted en cuenta para mis ahorros; que por lo que respecta a los ocho mil pesos, yo puedo esperar que le venga dinero de New York y entonces me abonará usted todo. No puedo decirle que le daré a usted más noticias, pues peores que las que le doy en esta carta no puede haber otra, sino la destrucción del batey que es lo que queda descompuesto y sucio. No sé cómo tengo mi cabeza. De usted S. S. Julián García."

Luisa: —¡Los compadezco!

Adela: —¿A quiénes, a nosotros a los revolucionarios?

Luisa: —No, Adela; a ustedes.

Adela: —Pues oye todavía más, Luisa, y ayúdanos a sentir. Arturo que como tú sabes le mandó papá a New York, también le ha escrito dándole pésimas noticias del negocio que allí fue a gestionar y como él —Arturo— me lo cuenta "todo" pues así se lo he ordenado que lo haga, he aquí lo que me escribe.

Luisa: —¡Qué papel tan perfumado y tan primorosamente timbrado!

Adela: Tonterías de Arturo: para darme tristes noticias, para cartas de duelo, cartulinas perfumadas! Pero oye, Luisa: "Mi adorada Adela, la pureza de mi vehemente amor, que por ti siento, con toda la fuerza de mi alma; mi constante y vivísimo deseo de labrar tu eterna ventura, de crearte un paraíso donde habites, como el ángel de mis ensueños, bajo un cielo siempre límpido y sin nubes. Todos esos deseos no obstan para hablarte de un asunto por demás prosaico para dos amantes en la plenitud de su amor ardiente..."

Luisa: —¡Qué lástima de preámbulo!

Adela: No me interrumpas, Luisa. ¿Acaso no conoces tú lo tonto que es Arturo?

Adela: (*Continúa la lectura*). "Pues esos deseos nada impide que te diga... (no sé cómo principiar, pues me ahoga la cólera. Sin embargo, allá voy; perdóname pero escúchame) que los giros que traje de tu papá, objeto de mi viaje aquí, no he podido hacerlos efectivo, pues la casa dice que no expone ni un peso más en negocios de zafra con una revolución tan grande que amenaza con invadir toda la Isla. La prensa de este país da como una cosa cierta la invasión de Gómez y Maceo a las provincias occidentales con un formidable ejército. Se habla además de reconocimiento de beligerancia y qué sé yo de otras cosas más! No sé qué será ahora de nosotros, Adela mía! Yo me encuentro aquí, prenda querida, en una situación difícil, y no quiero decirle ni una palabra a tu buen papá para no atormentarlo más. Imagínate que vine atendido a tomar dinero aquí para mis gastos personales, y ni por eso; por más que les he suplicado, no he podido conseguir ni para el hotel. Ya el reloj voló con leontina; solamente conservo tu hermoso recuerdo con el conflicto en que me ha puesto tu papá, que le haga una cariñosa indirecta para que saque de apuros a tu Arturo".

Luisa: —¡Situación, en verdad, penosa esa en que se encuentra Arturo! Pero en cuanto a ti, Adela, eso lo veo muy sencillo. Resígnate y quédate tranquila en la Patria.

Adela: —No puedo, Luisa; tú no sabes quizás lo que se sufre al despertar de sueños perfumados con nuevos amores, todos color de rosa, y encontrarse frente a triste realidad de la vida, y lo que es más doloroso aún, expuesta a ser desdeñada, antojadizo como es el mundo y amigo de juzgar siempre por las apariencias. ¡Ay! Luisa, eso es atroz, insoportables hasta para caracteres que no sean como el mío. Yo no concibo la vida sino dominando, cautivando. Lo contrario es el idiotismo. ¿Acaso crees tú que yo amo a Arturo como cualquier mujer vulgar?... Lo tolero, y eso es mucho concederlo; y lo tolero porque es servil y no osa contrariar ninguna inclinación mía: respeta la libertad de mi ser, reverencia a la independencia de mi carácter, como si dijera: La majestad de mi persona. De otra manera jamás seré su esposa. Te confieso que si fuera hombre me pondría al frente de un ejército para exterminar esos negros incendiarios, causa de mis desdichas.

Luisa: —Ni te desesperes ni hables así, Adela; cualquier galán diría que no cuadran bien esas palabras en los labios de una bella. La misión de nosotras las mujeres es más alta y sublime: la de amar a los hombres con efecto sincero y hacerlos buenos haciéndoles justicia para nuestro propio honor y nuestra dicha.

Adela: —¡Oh Luisa! Tal parece que defiendes a los insurrectos.

Luisa: —Nada de particular tuviera, pues son cubanos y han escrito en su bandera un gran principio y marchan en pos de un ideal.

Adela: —¿Cuál principio y qué ideal?

Luisa: —El principio, la libertad; el ideal, la República.

Adela: —¡Libertad y República sin dinero, arruinado el país, matándolo todo, hasta el deleite de la vida joven y las relaciones en el mundo! ¿Eso es, acaso ideal político que educa y engrandece el espíritu de las gentes...? No, Luisa; ese Gómez y ese Maceo merecen que, como a Hatuey, los duerman sobre una pira con el sueño eterno.

Luisa: —Te equivocas, Adela, o mejor dicho: tu excesivo amor propio te ofusca y no te deja ver los resplandores de la libertad para tu Patria, que la han de hacer próspera y rica por la propia iniciativa de sus hijos, la libertad es la que engrandece. Nunca fue grande el esclavo y nosotros somos éstos.

Adela: —Sospecho que tu Emilio te habrá enseñado todas esas cosas... ¿y él? ¿dónde está?

Luisa: —En su puesto. He aquí su carta. “Mi amada Luisa; dos palabras, en esta tira de papel que tengo en la mano, para que sepas de mí. Estoy en mi puesto; ayer me reuní con Gómez y Maceo en el ingenio “Adela”. Todo aquello quedó reducido a cenizas. Yo le predije a Don Antonio que no intentase zafra, pues se exponía a perderlo todo; pero él no creyó en la Revolución y esa falta lo ha llevado a la ruina. Hoy nos hemos batido en Coliseo con ventaja para nuestras armas. No puedo ser más para ti. Ahora Luisa, todo me debo a la Patria; pero eso sí, espera pura y bella como eres tú, a tu Emilio que quiere volver a tu lado para ser un esposo digno de ti.”

Adela: —(*Molesta*) Un mundo, Luisa, desde hoy se interpone entre las dos.

Luisa: —Lo sabía, por eso he venido a despedirme de ti para siempre.

Adela: —Sí, porque yo soy “española”.

Luisa: —Y yo soy “cubana”... Adiós, Adela; pide a Dios que ilumine tu mente y ponga más fervor en tu pecho.

EPÍLOGO

Desde aquel instante principió la soledad de Adela.

Dejemos caer el telón para que cubra este triste rompimiento; que cubra por sí, la ruptura de estos lazos formados desde la infamia y que tal vez se reanuden para no romperse jamás. Caiga el telón y que no se oiga el triste adiós de la hermosa Luisa.

Se necesita dejar pasar diez años; es un período histórico.

Diez años, ¡algunas veces nos parece para la vida de los pueblos; pero... ¡cuántos sucesos no ocurren en diez años! ¡Pasan los hombres y los acontecimientos, como sombras, y vivimos expuestos constantemente, visitados por los recuerdos; unos nos entristecen, otros nos alegran y enorgullecen, y ¡algunos quizás nos avergüenzan! Así es la vida. Han pasado diez años y el mismo que estas líneas escribió, se encuentra en el restaurant "Los Laureles", calle de "Los Inválidos" esquina a "Punta Brava" en La Habana. Hace frío: se aproxima una mesa y pida café; son las ocho de la noche de un día lluvioso; se acercan a él los tres amigos a hacerle cariñosa compañía. Minutos después aparece un caballero bien portado con bigotes de ganadero, medio cojo de la pierna derecha y con tres dedos en la mano izquierda; es un veterano cubierto con cicatrices; le acompaña una mujer notablemente hermosa, una niña de ocho años con cara de ángel, y otra mujer de aspecto enfermizo. Los cuatro se dirigieron a la mesa de los cuatro amigos viejos. La niña presentó su frente al más anciano que éste besó, y acariciándola le dijo: "Ya los esperaba, Rosita"; y luego sacando de uno de los bolsillos de su paletó un cartucho de confites. "Toma", le dijo, "ya tenía esto preparado".

—Gracias, General, dijo la niña con dulzura y cogió los confites. Todos se sentaron.

—Luisa —dijo el General— ¿usted no le ha tenido miedo al tiempo?

—No señor, no amenaza gran cosa, y luego tenía deseos de pasar un rato agradable en compañía de veteranos, y al mismo tiempo para animar a Emilio a que hiciese un poco de ejercicio.

—Y usted, Emilio, ¿cómo va de esa pierna...?

—No muy bien, mi General, —contestó el interpelado; esta última operación me ha dejado más adolorido.

—¡Demonios! —dijo el General—; aquel parque broceado era terrible. No tuviste la dicha de que hubiera sido Mausser. Pero, en fin; eres un Brigadier a prueba de plomo y esa satisfacción debe compensarte en algo los agudos dolores que te aquejan.

—Gracias, mi General, por la lisonja.

—Mozo —dijo el General—, para mí ron y café; para las señoras y los demás a gusto de cada cual. Y como esta noche estamos honrados por las señoras, os prohíbo hablar de política y de guerra mucho menos, de todo, menos de eso...

—Pues no sabe usted quién soy yo, mi General, —replicó Luisa—, y Emilio le puede decir cómo le mantengo acosado con preguntas de episodios de la campaña. ¡Yo no sé cómo escaparon ustedes con vida!

—Luisa, mi General, —se apresuró a decir el Brigadier, con graciosa burla—; es una veterana de intramuros.

—Pues no debes decir eso, Emilio, —contestó Luisa haciéndose la ofendida—; que si yo no me fui contigo a la guerra fue porque tú mismo no quisiste.

—Y lo creo, —añadió el General—, pues soy del parecer del General Carrillo que siempre decía: “las mujeres son más entusiastas que los hombres”.

—Cierto, —contestó el interpelado que todavía no había hablado.

—Y ¿cómo pudo llegar usted a ese convencimiento, Carrillo? —se apresuró a preguntarle a Luisa, contenta con el defensor de su causa.

—Muy fácilmente, Luisa, —le dijo Carrillo—; por tantos hechos que pude palpar; ¿y qué más?... usted misma con su conducta viene a corroborar mi juicio.

—Muchas gracias por la gloria que me adjudica, —le contestó Luisa con dulzura.

—No seas imbécil, ¡me has derramado el café! —interrumpió la otra señora con voz descompuesta, dirigiéndose al mozo, que respondió con humildad diciendo: —perdone usted, señora, fue sin querer.

—No te apures, Arturo; eso no es nada... Casualidad, —dijo Luisa y añadió: No te apures, Adela, que eso se arregla enseguida.

El General dijo al oído de Emilio: “genio y figura, hasta la sepultura”. Pasado ese desagradable incidente, la conversación continuó sobre asuntos de familia.

Momentos después se disolvió aquella agradable reunión de viejos compañeros, y sólo quedó alrededor de aquella mesa el infeliz Arturo limpiando las migajas y mascullando entre dientes estas frases sombrías. ¡Qué triste destino el mío!

Los lectores habrán conocido a Luisa la novia de Emilio, y a éste en la persona del Brigadier. Concluida la guerra se casaron y es un matrimonio feliz. Rosita, la única hija que han tenido, es el ángel de este hogar, modelo de compostura y de virtud.

La otra mujer es Adela, quedó sola pues a poco tiempo de la quiebra de su padre, murió éste, luego la madre, y de un hermano

menor que tenía no se había sabido. Arturo, novio que fue de Adela, le dijo a Emilio el mismo día de que se casaron: "Deseo que Adela venga a nuestro lado." Lo que tú quieras, le contestó Emilio. Fue, le habló y ella aceptó, Luisa y ella son de una misma edad; pero Adela representa diez años más.

El espíritu turbulento de esta mujer ha quebrantado la envoltura material que lo contiene. No obstante, honrada y virtuosa es Adela.

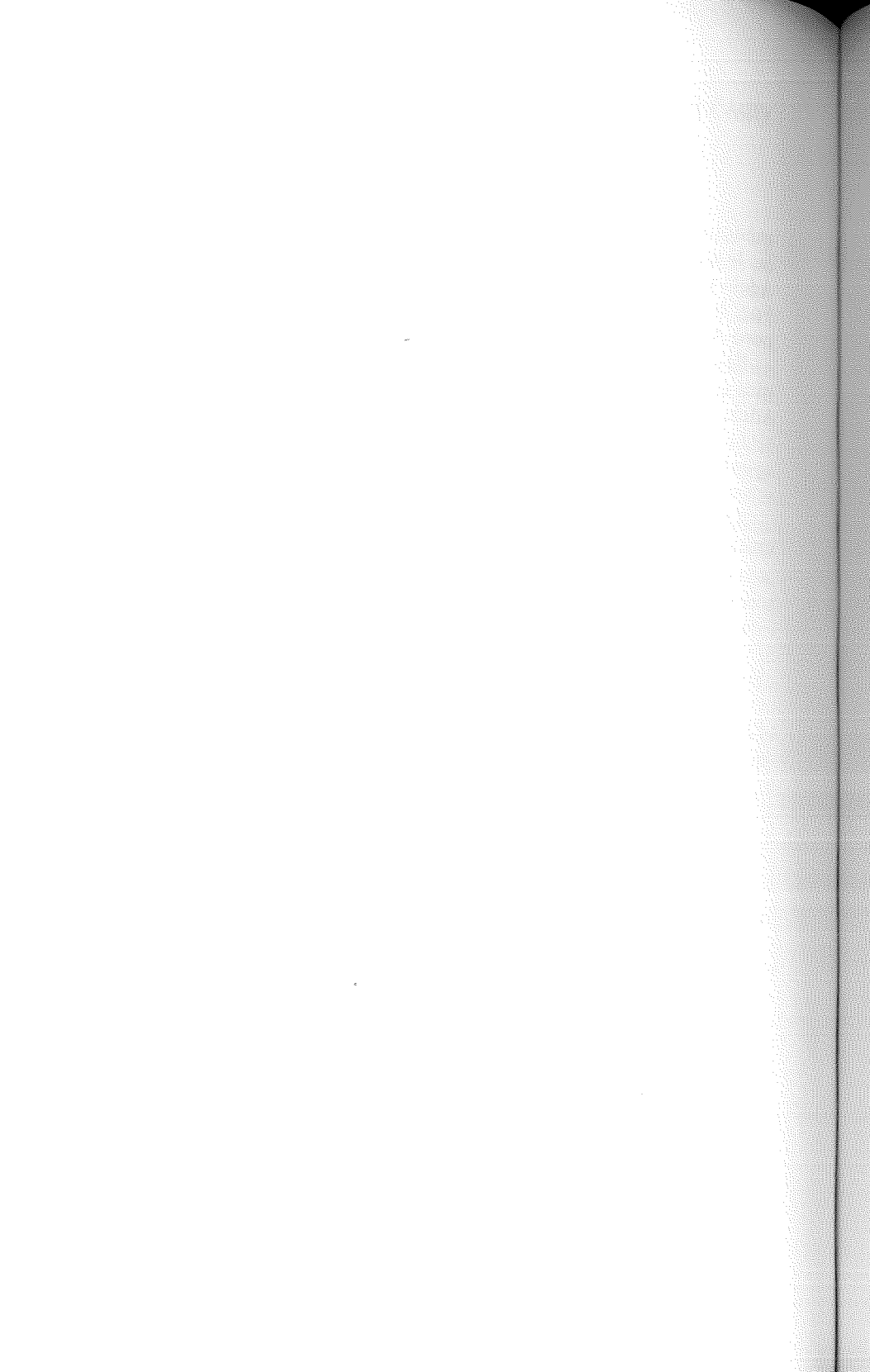
La república reanudó los lazos que la monarquía había roto entre aquellas dos mujeres amigas, desde la infancia y que se habían separado una de otra durante la guerra de Independencia.

¡Qué hermosa es la paz! Pero es más hermosa todavía después de una gran guerra, en que salen vencedores el Derecho y la Justicia.

ENRIQUILLO⁵

Cuba Libre, Las Villas, Octubre 1897

5. Pseudónimo del mayor general Máximo Gómez Báez.



EL SUEÑO DEL GUERRERO⁶

(Para Clemencia Gómez Toro)

En campaña, Cuartel General en la Demajagua, junio de 1898.

Desaparecía el sol; apenas doraba con sus últimos rayos las cimas de las altas montañas del Jatibonico: el alborotoso pájaro negro, escondiéndose en el ramaje de las altísimas palmas y de los corpulentos árboles, puso término a su atormentadora algarabía de todo el día. Los oficiales se reparten, y ordenan el servicio nocturno. El General recibe los partes oficiales de los destacamentos avanzados, y esta parte del mundo queda envuelta en la negra sombra de una noche sin luna y de primavera; bajo un cielo sin luz, surcado de negros nubarrones del mes de junio, seguro indicio de próxima tormenta.

Todos nos preparamos al descanso, colgando nuestras armas y diciéndose cada cual "hoy es un día menos, y un triunfo más". La hora que media entre la muerte del día y la entrada de la noche, es solemne para los espíritus superiores; en todas partes siempre rodeada de cierto tinte de augusta melancolía del cual se aperciben —sin contemplarlo— hasta los espíritus superficiales, así se

6. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, pp. 329-336.

encuentren en donde la luz eléctrica sustituya inmediatamente la del Astro Rey, y el humano y eterno ruido no deja lugar a las mismas contemplaciones frente a la naturaleza que se echa a dormir.

¿Cuánto sentimos, los que tendemos bajo estos grandes árboles nuestras tiendas, el peso abrumador de estas horas solitarias, alejados del trato humano, separados de la familia, del hogar abandonado, y solamente asediados por los recuerdos?...

Al fin el corneta de órdenes tocó silencio, los demás lo repitieron y apenas se extinguió el eco prolongado de esta consigna, cuando quedó el campamento sumergido en el más profundo silencio y oscuridad. Y yo me tendí cuan largo soy, en mi hamaca de campaña.

Pasado un momento, un hombre, un anciano de aspecto venerable, con blando paso que apenas se siente, se acerca a mi tienda y, como quien no desea ser oído, pide permiso para hablarme, entra y se sienta.

Quedéme un tanto sorprendido al apercibirme de aquel extraño desconocido que así se atrevía a faltar a esas horas de la consigna; pero al fin accedí a su súplica, y le permití que hablase, lo que hizo de la manera siguiente:

“Mi nombre poco te importa saberlo; y la mansión de donde vengo, tampoco es del caso que lo sepas; es inútil que me lo preguntes pues no te lo diría; lo que quiero que sepas, y es lo que importa, es mi historia. Nací pobre, mi alumbramiento costó la vida a mi madre; apenas fui amparado por la Fortuna, pronto el Destino me dejó huérfano, y quedé solo vagando entre los hombres como el fragmento en el espacio, de un planeta muerto. Para mi mayor tortura, puso Dios una idea en mi mente que a medida que el tiempo pasaba y los años maduraban mis juicios, quemaba mi cerebro como lava ardiente, comprimida en el fondo de apagado volcán, y me devoraba el corazón, como el apasionado de una belleza ideal que huyese el contacto de su ardiente mirada.

¡Ah! Cuánto he sufrido antes, y cuánto he padecido después... Cuántas veces he maldecido mi existencia, pesándome hasta haber nacido...”

Al mismo tiempo que aquel anciano proseguía en su narración su semblante lo iluminaba una aureola divina, y mi espíritu se sentía sobrecogido por una especie de religioso temor. Después de una breve pausa, continuó, y yo escuchaba asombrado.

“Sometido a varias torturas y contrariedades, víctima de infamias y desprecios, por entre peligros y escollos, solo, perdido y desamparado, sin más amparo que Dios pude al fin realizar mi empresa, y arranqué al Mundo —para el Mundo mismo— un portentoso secreto. Entonces el Universo entero me saludó entusiasmado, y me apedilló El Glorioso. Las naciones todas me rindieron admiración y respeto, y reyes hubo que se sintieron humillados y empequeñecidos ante la majestuosidad y grandeza de mi gloria. Los más pequeños me creyeron un Dios, y besaban de rodillas mis vestiduras. Rodeado de tantos agasajos y ovaciones humanas, colocado de pie encima de pedestal tan alto como el sol; alumbrando los rayos de mi gloria dos Mundos a la vez, no sintió mi corazón —fortuna mía— el tormento de la vanidad y la soberbia: antes por el contrario; yo sentía en mi alma un secreto dolor que me consumía sin podérmelo explicar. Sobre mi corazón y mi conciencia pesaba un insoportable remordimiento que en vano trataba de averiguar la causa que lo había puesto allí. Era la tortura del criminal a solas temblando ante la presencia de su interno y severo juez. Inútilmente interrogaba mi pasado, y me fijaba a escudriñar mi presencia; ningún acto mío acusaba mi alma de maldad. La blanca túnica de mi inocencia no estaba manchada con ningún crimen mundanal; yo no había hecho más que obras de bien, yo no había amado nunca sobre la tierra más que a dos deidades: la Ciencia y la Virtud, que eso es amar a Dios. Yo no había hecho en fin derramar una lágrima, sino más bien provocar sonrisas y alegrías. ¿Por qué, pues, tan tremendo castigo de la inquietud tan acerba y constante que acosaba a mi espíritu y que no me dejaba gozar de las delicias que proporcionan la Gloria y la Fama?... Loco me fui adonde el cóndor hace su nido y desde allí —en la soledad del desierto— llamé a los espíritus para que me dijeran la causa de mi secreta angustia; y el vacío me circundaban. No pudiendo resistir más mi existencia pesada como un fardo, en

un impulso irresistible de desesperación, quise arrojarme al torrente y una mano invisible me separó del peligro.

Crucé entonces el Océano y suplicante interrogué al mar y a la tempestad, y el trueno ahogó mi voz. Desesperado me precipité a los abismos para concluir con el dolor de mi existencia desapareciendo en sus insondables misterios; pero una mano invisible me salvó medio muerto y me arrojó —como el despojo de un naufragio— sobre la arena de la playa. Incorporado apenas sentí de nuevo en mi pecho el diente que me mordía y me devoraba... ¿Por qué, ¡oh, Cielos! tan cruel tortura? Disimilo... ¿Cuál ha sido mi gran culpa? Los cielos guardaron silencio. No contento el Destino con el suplicio a que eternamente me había condenado, preparó la Envidia y la Calumnia que armadas me asaltaron en el camino, y los hombres se hicieron mis enemigos y me vejaron y me despreciaron. Largo tiempo —como un mendigo— vagué entre ellos cual un desconocido y apestado. Y cuando creí curarme de mis dolores porque se cumplió el plazo y abandoné la envoltura que aquí me retenía, me elevé a la mansión en donde termina el misterio de la vida. Yo aparecí entonces manchado en sangre.”

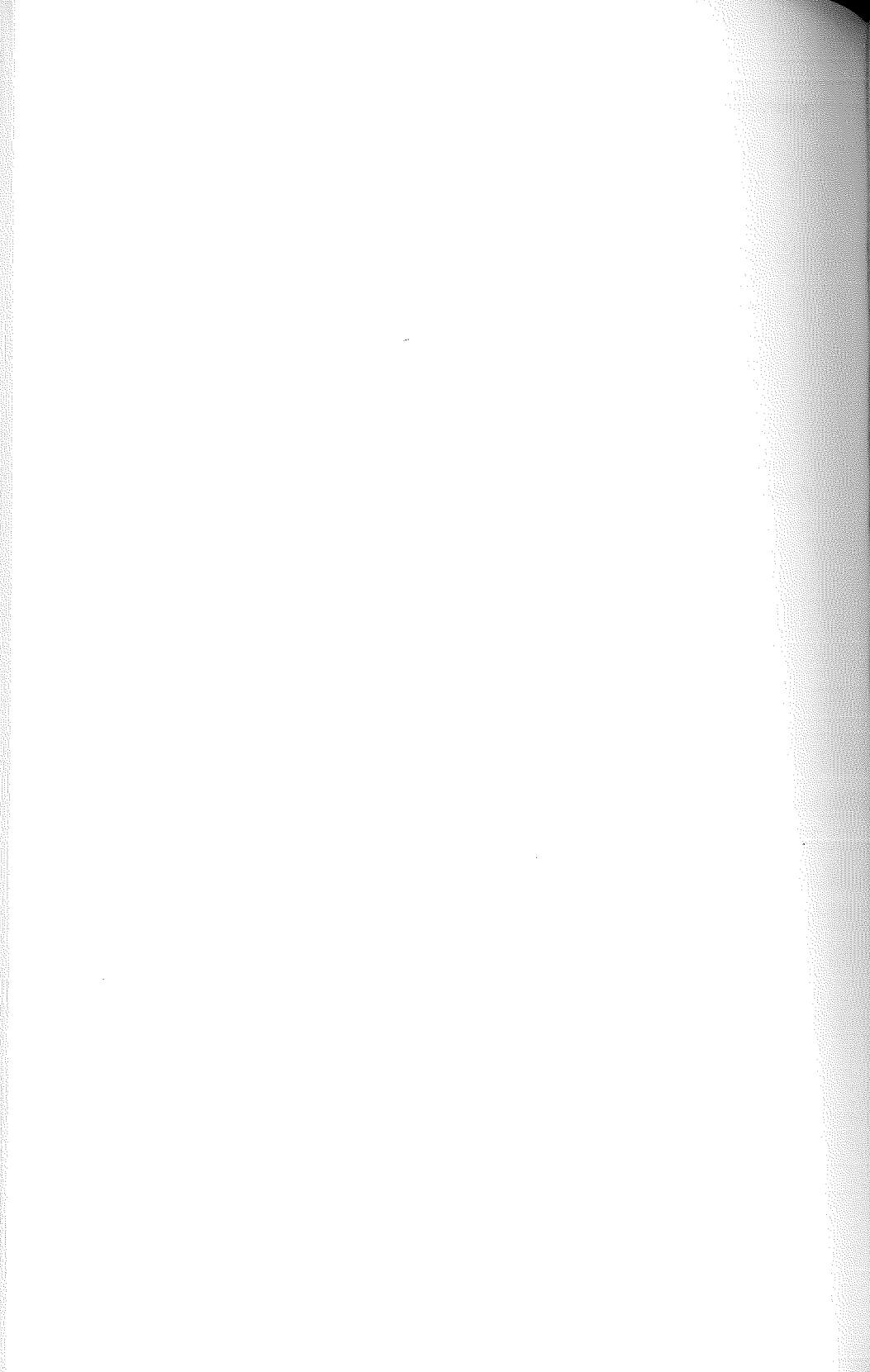
¿Y tú quién eres, asesino? —exclamé indignado— sin poderme contener y borrándose de improviso en mi ánimo la impresión de compasión y de ternura que aquel ente singular y desconocido me había inspirado, con la narración de sus desdichas.

“Aguarda —me dijo con calma y gravedad aterradora— aún no he terminado, no me juzgues sin haber antes acabado de oírme. En ves de condenarme, con tu alma grande me tendrás lástima. Demasiado desgraciado he sido, —dijo y continuó—. Si en la tierra fui un paria desheredado, sin asilo y sin fortuna, en la mansión de los justos me está prohibido entrar sin el perdón de dos razas; porque ha caído sobre mí —como lava ardiente de encendido volcán— la sangre toda de una raza inocente extinguida, y desde aquella terrible hecatombe quedó marcado sobre mi nombre y mi conciencia como un hierro candente, el crimen de haberla descubierto y el de haberla entregado a la barbarie y la usurpación.

“Recogieron los hijos de los nuevos pobladores la desgraciada herencia de tormentos y martirios que les legó la raza desaparecida al furor de los conquistadores bárbaros y estúpidos. Y tú, insigne, ilustre guerrero que ya estás en vísperas de terminar la gran obra de la Redención de esta tierra, por mí descubierta vengo aquí postrado —a sus pies— a suplicarte me consigas el perdón de todos los tuyos y quede cumplida la Eterna Sentencia... Soy Colón” —dijo y calló...

Un sonido estridente me sacó de aquel estado; el corneta tocó diana. Era un sueño.

ENRIQUILLO



CRÓNICAS
LA VUELTA A MI PATRIA⁷

Era el año 1865, venturoso para la patria y desgraciado para mí.

Aún eran bien negros mis cabellos, todas mis fuerzas estaban vivas; y hace más de veinte años que vi un día por última vez, esconderse el sol de mi patria detrás de las montañas occidentales de mi predilecto pueblo natal, y más tarde este sol me calentó en extranjera playa, donde me arrojara la mano airada del destino.

Desde aquel aciago día, llena mi alma de amarguísima tristeza, me encontré, digámoslo así, en medio del mundo sin rumbo ni pensamiento fijo, porque acosado constantemente por tantísimos recuerdos... recuerdos que abarcan el período más dulce en la vida del hombre, como son la infancia y la adolescencia, el recuerdo de mis primeros pasos, de mis primeras impresiones de niño. De todo me había despedido, a pesar mío, pero me parecía que una parte de mi espíritu, de mi ser, se había quedado fluctuando en la atmósfera de mi patria; porque ¡ay! cuán difícil es olvidar a Santo Domingo... y sobre todo, cuán difícilísimo no acordarse del pueblo de Baní. Sí, de ese Baní donde se meció mi cuna.

7. *El Porvenir*, Puerto Plata, No. 632, octubre de 1885, y *El Teléfono*, Santo Domingo, No. 146, 7 de noviembre de 1885.

En medio de mis dolores, solo y triste entre los hombres, pobre y enfermo de mortal nostalgia, lejos de la patria y en noches terribles de molesto insomnio, cuántas veces con arranques de verdadera resignación, bendije las horas aquellas de amargura, porque sólo en ellas y estando ausente de la patria se sabe cuánto se ama.

No saben, no, los que en ella siempre han vivido, los que en ella y por ella se han afanado, los que siempre —en fin—, han tenido la dicha de disfrutar de su cariño, lo que es perder todo eso, lo que todo eso se ama.

Eso sólo puede saberse y sentirse, sobrellevando la azarosa e infeliz vida del desterrado oprimido siempre bajo la pisada gigante de la miseria y del abandono.

Se ha dicho —y con razón sentida— que “jamás puede el hombre olvidar la vereda por donde anduvo en su primera edad”.

Cuántas y cuántas cosas que por su insignificancia no le hallamos el valor de llamar la atención aquí, son allá —en extranjeras playas— cuando los recuerdos en tropel invaden la atristada mente, objeto de melancólicas reminiscencias, mundo de reflexión y de ideas gratisimas al alma!

Todo encierra para nosotros entonces un fondo de sublimidad exquisita, que constituye, si así pudiera decirse, como la esencia de nuestra historia pasada; grandísimas escenas en cortos momentos que un día no supimos ni siquiera apreciar y admirar. Es entonces cuando se puede ver desde lejos y a través del tiempo y de la distancia, como se han pasado, como se han vivido esos periodos de la vida de familia y de la patria, tan llenos de encanto y rodeados de tantas esperanzas risueñas de que no hemos podido darnos cuenta y que han pasado como sombras fugitivas.

Es como si el destino con voz de trueno nos diera un ¡alto!, y se detuviera la vida en un instante para abrirse un paréntesis donde escribir la desgracia con la pluma mojada en lágrimas la palabra fatídica ¡Destierro!; y nos obligara a extender la mirada hacia atrás para contemplar cuanto hemos dejado en pos.

En esos momentos que son eternos, es cuando el hombre se confiesa en sí mismo y después con Dios: porque se sabe entonces, se advierte todo lo malo que hemos hecho y todo lo bueno que hemos dejado de hacer. Sólo desde el ostracismo, ¡fatalidad humana! Es de donde se pueden divisar mejor todos los paisajes que rodearon nuestra cuna, desde allí se ve todo, toda reminiscencia misteriosa

de siente palpitar a nuestro lado con las formas precisas de la realidad; hasta el recuerdo de la mariposa con su tembloroso vuelo que cuando niño perseguimos en las flores de nuestros campos, y el nido del pájaro que alcanzamos en el árbol vecino.

Yo me he preguntado muchas veces: ¿Qué hice de todo eso? ¿Cómo he podido perder yo todas esas cosas que eran mías? ¿Por qué cruel el destino me arrancó con furiosa impiedad debajo de la sombra del árbol que mi padre plantó? ¿Por qué, qué he hecho yo, qué delito he cometido para merecer semejante castigo?

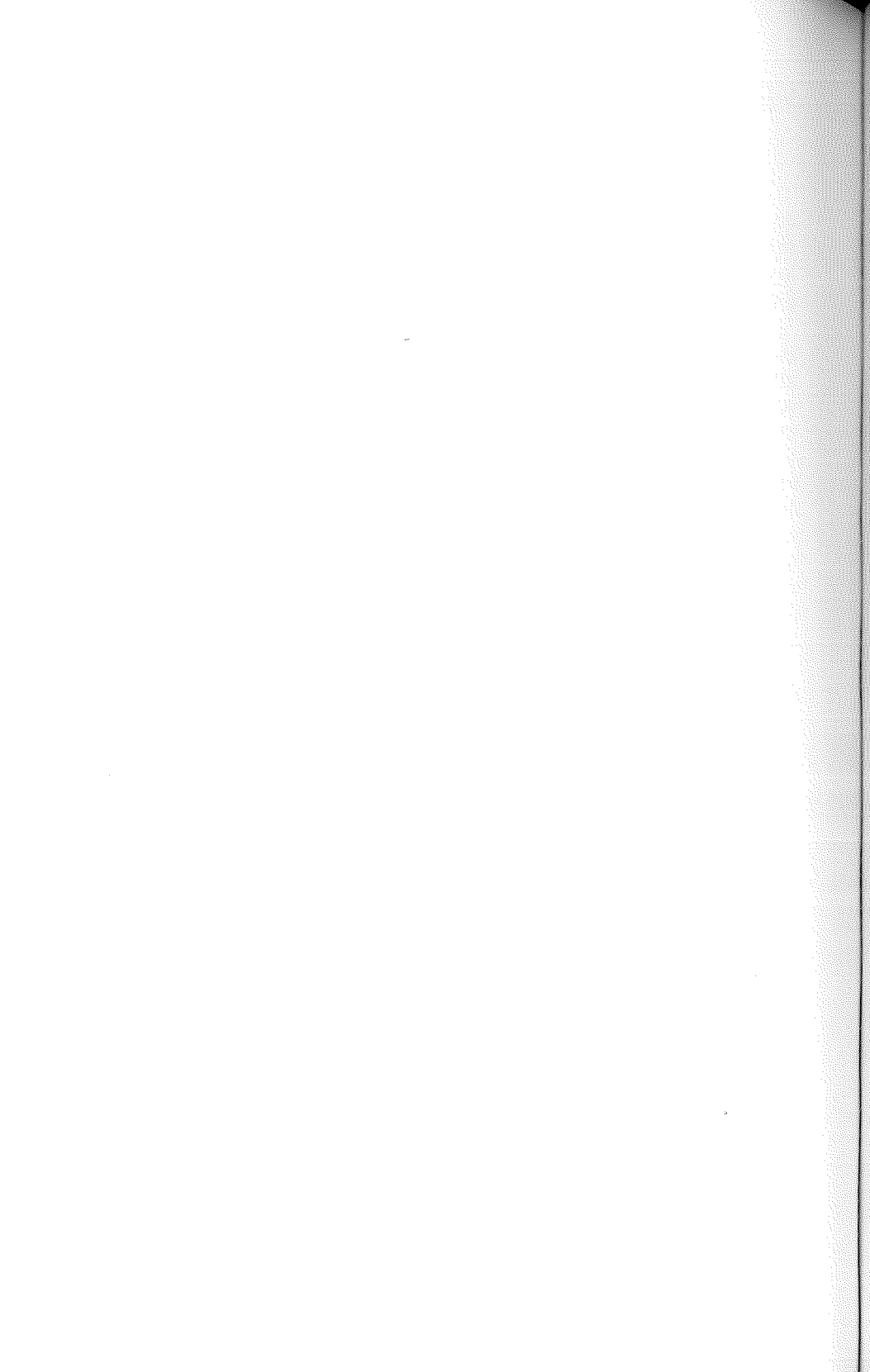
¿Acaso obra el hombre por su propia cuenta, por su propia determinación, es o no libre o una Providencia oculta dirige todas las cosas humanas, y sobre todo obedece a una ley fatal? ¡Oh aquí se estrellan todas las teorías, de la más sabia filosofía, y no nos queda otro recurso, por más libre que tengamos la loca pretensión de serlo, que doblar la cabeza ante el mandato de las vicisitudes humanas, avasalladoras de grandes hombres y destructoras de asombrosos imperios y naciones.

Así pensando, y así viviendo he pasado y paso mi vida de desterrado.

Más de veinte años se cumplen.

Al ponerse el sol detrás de las montañas del histórico Monte Cristi piso tu playa ¡oh patria mía! Cual un extranjero desconocido: voy a beber las aguas de tus ríos, vengo a aspirar el ambiente de tus flores, y tus brisas refrescaran mi frente ya envejecida por el pesar y el tiempo; yo te saludo, tierra de mis padres, con la efusión tiernísima de mi alma, y tú, perdona a uno de tus hijos fugitivo y errante.

Vengo a visitarte cual un proscrito, vengo a besarte, porque mi corazón es tuyo y tuyos son mis pensamientos; pero me vuelvo porque mi misión aún no está cumplida, no soy bien digno de ti; cuando acabada la gran obra de América, a la cual me he consagrado, y regrese de una vez para siempre y plante mi tienda sobre su suelo querido, sea entonces para pagarte, cual hijo agradecido, la vida y el nombre que te debo; si no moriré en tierra extraña. Si así sucede, entonces olvídame, porque no tendré derecho ni a un recuerdo tuyo, ni siquiera a una flor sobre mi oscura e ignorada tumba.



UNA OBRA ESPECIAL EL PORVENIR DE LAS ANTILLAS⁸

Señor Don Manuel: ¿cómo y qué andarían las cosas por estos países y en aquellos tiempos? Me parece que algunas veces le he oído a usted relatar, con mezcla de pena y entusiasmo muchos rasgos de ese pasado. Me interesa saber mucho de todo eso, por un hombre como usted, que además que goza de justa fama de verídico y honrado, he oído decir que fue también actor y espectador en muchos sucesos, en los cuales, por más que leo mucho de lo que se ha escrito respecto a Cuba nuestra tierra y demás Antillas, hay sin embargo, hay muchos puntos oscuros en la historia que no puedo comprender.

—¡Ay, hijo mío! Solamente porque merece atender a tu laudable deseo de saber, pudiera yo perdonarte el dolor que me causas, evocando recuerdos que torturan mi alma, pues de tantos ensueños y honor y gloria en que atolondrado pasé mi juventud, solamente me ha quedado la amarga memoria de haberse perdido todo por causa de nuestras ambiciones, torpezas y perpetua desunión.

8. Revista *Carteles*, La Habana, No. 46 del 15 de noviembre de 1942 y día 22, del mismo mes y año.

—¿Pero no había hombres que puestos al frente de los asuntos fueron capaces de dirigirlos con acierto y buen tino?

—Oh, sí, hubo muchos, y yo pienso que eso mismo fue una de las principales causas de nuestra desgracia. Uno o muy pocos hombres son los que deben dirigir toda acción de empresas de grandes e imprevistos riesgos. Así como en el cuerpo humano la inteligencia se concentra y todos los demás miembros y órganos se disponen a obedecer.

De otro modo, ¿dónde el equilibrio? No pudiera el hombre conseguirlo, como lo vemos hoy de un modo sorprendente. Cuando no domina la cabeza el cuerpo viene abajo.

—Me confunde ahora usted, Don Manuel, con semejante respuesta. Yo siempre pienso que el mundo de los hombres se gobierna por el mayor número de inteligencias. ¿Cómo se explica eso pues?

—Comprendo muy fácil tu confusión: no estás en antecedentes y no es posible que penetres hasta la verdad de la Historia, porque ella se escribe como se quiere y no como se debe.

—A cada una réplica de usted siento crecer en mí el interés en saber mucho de ese pasado, donde por unos viejos papeles que conservo sé que mi abuelo combatió.

—¡Ah tu abuelo! ¡Cuántos recuerdos, santo Dios, que sólo con la mente se pueden arrancar del corazón! Conocí a tu abuelo; más que eso, fuimos camaradas y juntos repetidas veces oímos silbar el plomo enemigo por encima de nuestras cabezas combatiendo en el campo en defensa de una misma idea. Él como yo y muchos otros compañeros recogimos al fin peor parte. Perdimos nuestros primeros años en una campaña estéril para el ideal que puso las armas en nuestras manos, y puros soldados de una idea, cuando concluido todo y muerta la esperanza, sólo nos quedó la miseria por patrimonio y el desdén y el olvido de todo un pueblo quien luchamos.

—Me desespero, Don Manuel, porque entre usted en materia, ahora que con mayor razón me inspira más confianza y profunda veneración y respeto, porque para mí es de lato mérito la revelación que acabáis de hacerme de qué amigo y compañero de infortunio de mi abuelo.

—Pues oye bien hijo mío, y no te asombres de lo que has de oír de mis labios, seguro de la verdad de mi relato, que de ella al cielo pongo por testigo.

Entra por mucho para hacerse cargo de las vicisitudes políticas, porque atraviesan los países, conocer bien las condiciones topográficas y bastante de la índole y costumbres de sus pobladores. ¿Conoces tú todo esto de las cuatro Antillas: Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Jamaica?

—Perfecta y prácticamente, don Manuel.

—¿Y te has hecho cargo de la importante situación que ocupan en el mar de las Antillas, camino real del Atlántico al Pacífico?

—Indudablemente que sí.

—Pues en ese caso omito todo comentario a ese respecto y me inspiro en la confianza de que hablando con quien me entiende hablaré poco y diré mucho. Tengo no obstante necesidad de que me sigas a épocas muy lejanas.

—Hace 65 años —contaba yo 20. ¡Qué feliz era! Cuando la Isla de Santo Domingo se encontraba dividida en dos repúblicas— la Dominicana y la Haitiana— la primera, cuyos habitantes no pasarían de cuatrocientos mil eran en su mayor parte de gente de color. La segunda, aunque con menos grado de cultura, pero el número de sus habitantes era superior al de la primera, en su totalidad de color. Aconteció, pues, que por una aberración del destino, la República Dominicana, allá por el año 61 —siglo pasado— se anexó a la entonces monarquía de España hoy dividida en Repúblicas provinciales o cantonales como la llaman ellos. Reinaba entonces Isabel Segunda de Borbón, al decir de las crónicas la meretriz más hermosa de su tiempo.

Aquella anexión de Santo Domingo a España, parte de la ambición y el lucro, fue urdida por la gente más levantada del país, quiero decir, por el elemento preponderante por el dinero y la posición social, y debía traer y trajo una revolución que necesariamente debían capitanear hombres de lo que allí dio en llamarse del pueblo o de la clase baja. La guerra se encendió y duró más de dos años, y aquella gente brava y en territorio propio y favorecido por la Naturaleza puso en grande apuro a España y sus anexos a pesar de los fuertes elementos de combatir que hizo caer encima de la revolución restauradora. Los haitianos que habían protestado enérgicamente contra la anexión, aprovecharon la coyuntura de prestar a los restauradores todas las ayudas moral y material, dando así ante el mundo una prueba ostensible de republicanismó

y dejando comprometida al propio tiempo la gratitud dominicana, que a fines ulteriores pudiera algún día servirles de gran provecho. España se encontró completamente desamparada en contienda tan injusta por la opinión universal, —muy pronto se vio obligada a desistir de sus propósitos de dominación por la fuerza sobre aquel país libre e independiente hacía muchos años— no sin que primero hubiese pagado muy caro, con hombres y dinero de su punible terquedad.

España en su fuga, después de haber assolado el país, arrastró y después dispersó los principales elementos sociales de aquella República y necesariamente la parte de abajo subió a la superficie, quedando desde luego justa y legítimamente adueñada de los destinos del país. Ese noble triunfo, así quiero llamarlo, no fue verdaderamente tan sólo el triunfo de la República contra la intrusa Monarquía, sino también de la clase baja y de color sobre la raza blanca y clases superiores. Hizo más, que apretando los lazos de unión entre los dominicanos y haitianos, no muy bien conllevados antes, por tradición de pasadas guerras, dejaba preparado el terreno para una política de ancha base y mutuo provecho. Dejemos pues a los dominicanos y haitianos ya colocados en esa situación social y política, y pasemos a ocuparnos de Cuba, país de interesantísima historia.

Esta hermosa Antilla, como ya sabes, pertenecía como una de sus colonias a España, que según la titulaban los diarios de entonces, la servía de “cruel madrastra”, por cuya justa causa los cubanos trataron muchas veces de sacudir tan dura tutela. Se sacrificaban siempre con admirable resolución, pero estérilmente y sin éxito probable, pues los españoles no se detenían ante los medios, por reprobados que fueran para sofocar en su cuna toda tentativa de sublevación y asegurar su dominio sobre aquel suelo cada día más ensangrentado. Ningún pueblo sobre la tierra (tú lo has leído) tiene una historia tan llena de sangre y de horrores como la Isla de Cuba, y todo con España y por causa de España.

—Ciertamente, don Manuel: la Historia me revela con aquellos hechos y con los procedimientos políticos de entonces la época de atraso en que ustedes se agitaron.

—Pero una vez en que unificada un poco más la idea de independencia, pero no lo bastante para que el pueblo entero pidiera

con las bayonetas lo que se había hecho a España con la palabra suplicante, sucedió el memorable alzamiento del 69. Epopeya sangrienta, heroica y gloriosa para los que la sostuvieron diez años con valor y constancia admirables, contra todo el poder de España, poderoso entonces y en medio de la América Latina, indiferente y fría América Latina, grito republicano lanzado en aquellas regiones. América Latina, fueron inútiles tantos esfuerzos y tantos sacrificios, pues aquella guerra terminó con "la Paz del Zanjón" sin ventajas para los cubanos, que ni mucho menos para España misma que ejercía ahora su dominio sobre un país que si antes era riquísimo la guerra dejaba en ruinas y cuyos pobladores, que veían flojos y ensangrentados sus antiguos vínculos con la Metrópoli, forzoso les era buscar una solución de su problema político de cualquier modo. Los pueblos como los hombres, en sus horas de tremendas desgracias y abatimientos apelan hasta el suicidio para salvarse de tales pesadumbres. Aquí se hace necesario una ligera digresión, para inteligencia de la historia. Reclamo, pues, tu atención.

Inglaterra, la nación de Europa a mi juicio la más sabiamente egoísta observaba todos esos sucesos, y más de una vez supo aprovechar momentos históricos, con oportunos rasgos de notable grandeza. Sabía gobernar a todas sus colonias de América, pobladas de gente de color, con una política y bajo un sistema tal, que sin las fuerzas de las bayonetas tenía asegurado su dominio, por la fuerza de la opinión que es la fuerza más poderos e incontrastable.

Además, había obligado a España a firmar un tratado para suspender la trata de negros, y sus naves recorrían los mares vigilando el cumplimiento de tan humanitario propósito, aconteciendo muchas veces sorprender expediciones de buques con bandera española cargados de estos infelices, que Inglaterra dejaba libres en sus colonias y castigaba a los traficantes con la confiscación del barco y demás que en él se encontrase, cuyo producto dedicaba al sustento de los libertos, mientras ellos no se los procuraban. Al propio tiempo por las vías diplomáticas excitaba a España y a los Yankees para que la primera concediese la libertad a los esclavos en Cuba y Puerto Rico, que lo eran en número considerable, y a los segundos en el Sur de los EE. UU. estado de Mississippi. Con estos magnánimos procedimientos, sin alardes y sin bravuras, fue

adueñándose y con justicia del agradecimiento y simpatías de todos los hombres libres de América Latina, pero principalmente de la raza de color de todos los países.

Durante nuestra guerra de los 10 años no tomó cartas en el asunto, pero ni vendió a España ni un cartucho ni un fusil para hacernos la guerra: no sucedió así con los americanos que a la vez que nos explotó y aprovechó cuanto le fue posible, fue aquel país el arsenal más abundante que a las puertas de Cuba se encontrara España para surtirse a sus anchas de materiales de guerra con que ahogó en sangre de los libres.

De Inglaterra, encontramos amparo gratuito en sus colonias vecinas para nuestros aprestos de expediciones militares, sobre Cuba y como refugios seguros, para la gran corriente de emigración en masa que abandonó la Isla durante el encarnizamiento de la lucha, en que el solo hecho de ser cubano constituía delito.

Algo más hizo Inglaterra —aconteció una vez, que apresada que fue en aguas inglesas una fuerte expedición que partió del Puerto de Kingston, con dirección a las costas de Cuba, conducida por un vapor de los nuestros *El Virginio* (*Virginus*), ésta fue llevada a la capital de Oriente, Santiago de Cuba; cuando los españoles habrían principiado ya la matanza de los expedicionarios, por los que aparecían como Jefes, en nombre de su nación la suspensión de las ejecuciones, sino la entrega del barco con todos los supervivientes. Muy duro le fue al Gobernador de la Colonia tener que ceder en este delicado asunto a la intimidación inglesa; pero en la alternativa de un conflicto para lo que no estaban preparados, ni su situación era la más a propósito para aceptarlo. Sin mucho trabajo *La Niove* salvó la vida a unos cuantos que ya la daban por perdida y llorados por sus deudos. Los españoles entregaron todo.

Todos esos sucesos fueron formando en la mente de estos pueblos un concepto favorable hacia esta nación, y más que eso, mucho de gratitud y respeto, al paso que España perdía lo mismo en territorio, en amor y simpatías, en países que la consideran la causa de sus mayores desgracias.

Los americanos con su política de número y su desprecio a la raza de color mal podían extender sus simpatías en América. Ya que te hecho notar estos importantes antecedentes, vuelvo a reanudar el hilo de la narración.

Después de la paz del "Zanjón" que fue término de aquella guerra, no solamente perdió Cuba por sus sacrificios consumados sin fruto sino que se amenguó su talla notablemente armada se irguió en luchar por la redención.

Los cubanos que en un tiempo fueron admirados en todas partes, ahora o después fueron mirados con desdén.

Para mayor vergüenza, y cuando se debía esperar que la Desgracia uniese más los ánimos en un solo propósito, la opinión del país quedó dividida en grupos políticos que tuvieron la osadía de llamar partidos, cuando en Cuba solo dos tenían razón de ser.

Húmeda aún la tierra cubana con la sangre derramada en los combates por su independencia, nació un partido que se llamó Autonomista, y tomó fuerza la vieja opinión de una soñada y torpe anexión a los Yankees. Se volvió Cuba un caos, o mejor dicho el país de la confusión política. Proclamando los autonomistas nuevos principios e ideas, bajo el sistema de una soñada y poco decorosa autonomía, después del heroico batallar, se dividió por completo la opinión de los hombres prominentes que podían y eran los llamados a conducir a Cuba a su independencia, afianzando más a España con este criminal desacuerdo, que ella procuraba alentar por todos los medios, su funesta dominación en Cuba, que, como era consiguiente, dado ese estado de cosas, cada un día que pasaba, se mermaba en riqueza material y la inmoralidad y el desconcierto cundían hasta en el seno de las familias.

Desertores en su mayor parte de las filas separatistas, eran los hombres que dirigían este partido, que declarado dentro de la legalidad, entró en campaña con la palabra hablada y el poder que le oprime. Precisamente eso le convenía a España, y entraba en su interés alentar la efímera vida de esa agrupación política con promesas de reformas que jamás tuvo la intención de cumplir. Se le concedió al cabo —hasta ahí llegó la malicia de España y la candidez de los cubanos— enviar disputados a Cortes, a representar el ridículo, sin obtener ninguna reforma que pudiera mejorar la deplorable condición de la colonia.

Algunos años se pasaron en ese estado de ansiedad, especialmente para los verdaderos amantes de la independencia de la patria, pues no nos era posible iniciar tentativa revolucionaria en ese sentido y con probabilidades de buen éxito. La pobreza de

nuestros recursos, y la bandera enarbolada por esos hombres, que llegaron a desviar la opinión del pueblo que acogió de buena fe por librarse de los horrores de la guerra, todo eso era más que suficiente, para hacer dudar hasta los más esforzados, de promover un alzamiento en la isla. Algunos hombres extranjeros de gran valor y simpatizadores de nuestra causa, opinaban de la misma manera, y desanimados nos negaban su protección. Algunos de mis compañeros, sin embargo, fueron víctimas de su arrojo, pues el pueblo, no solamente no los siguió, sino que con elementos sacados de su propio seno, emprendía el Gobierno de la Colonia su persecución hasta exterminarlos. Hasta esos dolorosos extremos, condujo a ese pueblo su espíritu nacional pervertido.

Preciso era que para provocar una reacción debieran acumularse causas poderosas, como al fin tenía que suceder.

Mientras tanto el país se depauperaba, los principales hombres desaparecían con la muerte y el destierro, muy pocos sobrevivían inmaculados a tan asombroso desbarajuste, y los demás que quedaron en la isla, bajo la dominación que odiaban a su pesar, gastaron a la postre su valer y su prestigio, perdiendo por una parte hasta la consideración de sus altaneros adversarios, y por otra el respeto y simpatías del pueblo cansado de esperar y que ya principiaba a pensar que él mismo debía ocuparse de su propia suerte.

—Don Manuel, me oprime el corazón el relato de nuestra historia, y permítame por tanto, hacerle respetuosamente una observación. ¿Y la juventud cubana qué pensaba y qué hacía? Ella que siempre ha sido la salvadora de los nobles y grandes principios. Nunca han faltado hombres nuevos a los pueblos, en sus épocas de gran decadencia moral.

—Poco a poco, hijo mío, y no te subleves ante esta idea. Fue tanto lo que se habló y se escribió en aquella época de debates por oradores y escritores elocuentísimos sobre “soluciones pacíficas” —y como decían ellos— con la mirada fija en la historia y en la ciencia hemos proclamado de esta única forma de progreso pacífico para las nuevas sociedades, que lograron enervar en la juventud cubana el sentimiento de una patria independiente y libre, cosa fácil de conseguir en los hijos de Cuba, de suyo dotados de espíritu poco belicoso y dado a los placeres y a la molicie, condición inhe-

rente en los pueblos esclavistas. Alguien ha dicho "un espíritu sin fe es un arenal donde nada fructifica". Y eso eran esos hombres.

Habían perdido la fe, y si ellos no lograron matarla en el pueblo consiguieron a lo menos adormecerla.

En política, así como el entusiasmo es contagioso, lo mismo lo es el indiferentismo, y llevar el pueblo hasta allí, no era difícil por el cansancio en que le dejó la lucha.

Hombres honrados, pero de letras, solamente, eran poco apegados desde luego a los actos heroicos, a los arranques bien templados a que induce el patriotismo, no estudiado y que se siente, al amor a la gloria, a la abnegación, y en fin a todas las grandes virtudes que son necesarias a los hombres para salvar a los pueblos cautivos conduciéndolos "a la tierra prometida".

Muertas las aspiraciones a los hechos gloriosos, y apagado el sentimiento nacional que un tiempo engendró la guerra de los 10 años, con la vida del servilismo y acostumbrados en fin a vivir como extranjeros en su propio país, fácil te será hacerle justicia a aquella juventud afeminada que no supo volver por sus fueros.

—No, don Manuel, no transijo, y en presencia de un ejemplo vivo de abnegación y patriotismo como el suyo jamás cometeré esa falta. Maldigo una mil veces a los que pudiendo, no salvaron a la patria, como la concibieron los hombres que se inmolaron por tan noble idea.

—Mucho aplaudo y respeto tus arranques patrióticos, pero ya aquellos tiempos pasaron y ahora cuanto más puedes hacer, es escucharme, y verás en el curso de mi narración lo que son las Revoluciones.

Singular ocurrencia, como te he dicho antes. En los campos que poco antes había gritado con santo entusiasmo: "Libertad, independencia" y en aras a tan levantados principios se derramó tanta sangre, ahora se dijo: "eso no, autonomía".

Una vez formada esa escuela como tú comprenderás no faltaron discípulos. La juventud ingresó. Buen cuidado se tuvo para conseguirla y guiarla por ese camino de oscurecer las glorias de la pasada lucha, de no enaltecer sus arranques y empedaqueser sus grandezas y sus esfuerzos titánicos desprecian sus hombres y sus hechos y se echan al olvido todo aquello que pudiese servir de ejemplo o de estímulo, hiriendo en lo más vivo el sentimiento

delicado del patriotismo, la juventud por tanto, quedó adormecida, o mejor distraída inocentemente por el canto de las sirenas, mientras la nave seguía combatida por contrarios vientos.

La masa del pueblo —disimula mi lenguaje— o el bajo pueblo, que siempre en todo tiempo y en toda ocasión ha sido la víctima principal, sobre la cual recaen todas las malas consecuencias de las exaltaciones de los poderosos y de la clase superior, y a la que al fin y a la postre, recoge junto con los andrajos de la miseria, el descuido, el desprecio y la desconsideración de las altas clases, se nutría poco a poco de ideas nuevas a inspiración de sus dolores y bien presto se le formó su cerebro, si permites la frase.

Al pueblo, que es más corazón que cabeza, y de ahí sus arranques, se le obligó al fin a pensar. Se fijó en el extravagante cambio de la opinión. Antes se pensó que Cuba no podía haber ya con España, que eso era imposible, que se había levantado una barrera inmensa entre esos dos pueblos. Comprendió que se quiso fundar el derecho a la independencia, más en el odio inspirado hacia España, comentando las barbaridades cometidas en la Colonia, por los mandarines españoles, que en el derecho natural y legítimo del pueblo, aspiración tan justa. Aprendió que la revolución, que así pensó dejaba su vida a merced de una sonrisa de su adversario, puesto que entendió y vio, que España astuta y prevenida se reservó para las horas supremas comprar el triunfo con cualquier acto de lenidad. Así lo hizo, reformando al ejército para no parecer débil e implantando una política conciliadora y de perdón alcanzó el triunfo. Se le dijo entonces que España se había regenerado (aunque seguía matando gente a mansalva) y prometía ser buena madre, ya había desaparecido la sinceridad —que no fue por sentimiento— porque Cuba se creyó con derecho a la emancipación, y vio también que representantes que firmaron la sublime Constitución de Guáimaro, emprendieron el camino de las Cortes españolas a suplicar la autonomía para aquel mismo pueblo que valiente y determinado se irguió por su emancipación política.

Cuando en política, con mengua el decoro, se retrocede de esa manera, sucede como en los combates armados, que llegó la hora de "sálvese el que pueda". Pero después el pueblo como el ejército nombra otro general que no deje comprometido el honor de su bandera, vuelve a la carga más furioso por el desengaño.

Debo hacerte notar que la isla de Puerto Rico corría la misma o peor suerte que la de Cuba. Estaba dispuesta a echarse en brazos de cualquiera con tal de salvarse de la dominación española, perdida ya la esperanza de su futuro engrandecimiento y corrompido el espíritu público en las clases elevadas todo aparejaba y favorecía para una época de radicales cambios que debían arrancar de cuajo viejísimos sistemas e instituciones.

En igualdad de circunstancias, Puerto Rico y Cuba, en cuanto a su dependencia de España, e idénticos sus dolores y sus cadenas, nunca se lanzó a la lucha como la segunda, pero aunque esta no lograra realizar sus ideales, ambos recogían algún provecho —y la primera a poco costo— que siempre deja la lucha de la libertad y el derecho contra la tiranía.

En ambas Antillas —como queda dicho— existía la mal llamada institución de la esclavitud y más de un millón de hombres gemían bajo el látigo de tan odioso y brutal sistema, y siendo las clases superiores las que siempre iniciaron todos los movimientos reformistas o revolucionarios en las dos Antillas, la clase baja y los esclavos recogían poco a poco la herencia que les legaban esas muertas revoluciones. La inteligencia, la libertad de espíritu, el valor y el atrevimiento, al paso que las clases privilegiadas o superiores decaían con la pérdida de la riqueza y con la riqueza se iba el prestigio. La clase media y la clase baja se nutrían con los despojos de las clases elevadas. Los mismos sucesos fueron insensiblemente deprimiendo a la una y levantando y emancipando a la otra. A cada sacudimiento recogía la masa del pueblo una lección provechosa, que más tarde, en su tiempo debía dar sus resultados en escuela superior.

La ceguera de los tiranos poderosos y egoístas de la tierra no le deja ver las señales de los tiempos.

La guerra de los 10 años que fue iniciada y fomentada por los blancos y acomodados de la isla de Cuba, puso las armas en la mano a la mitad de los negros, en su mayoría esclavos. Esa transición fue demasiado violenta. La duración de aquella lucha gastó al elemento principal no muy resistente para las fatigas de la guerra, pero con los negros en mayoría se sostuvo hasta la Paz del "Zanjón", que iniciaron y firmaron también los blancos.

Este fue un suceso provechosísimo para la raza, pues no sólo se le mostró ocasión para distinguirse muchos hombres de color y

tenerse, por tanto, legítima confianza, sino, que al firmarse dicha paz, se les reconoció libres a todos los esclavos sublevados con las armas, y por supuesto quedó esclavo todo aquel que siéndolo no formó en las filas de la Revolución armada.

—¿Cómo se explica con Manuel tan absurda anomalía?

—Cosas de España, hijo mío, y porque se veía en apuros —y al fin era concluir.

Vino, es verdad, la libertad más tarde para los esclavos de ambas Antillas, pero ya todos esos acontecimientos habían llevado a la mente del pueblo, cuanto los hombres pueden alcanzar, por el arrojo, el valor y el atrevimiento.

Las demás antillas veían y sentían los dolores y las palpitaciones de los pobladores de sus hermanas Cuba y Puerto Rico, en su mayoría del mismo origen y con una misma historia, con las mismas cicatrices, por iguales heridas, fácil era, pues, y no difícil y dilatado la unificación de la idea que produjera una Revolución de vastísimos horizontes y que debía conmoverlo todo.

A tan colosal propósito ayudó a fortalecer y dar forma a la idea la parte Sur de los Estados Unidos del Norte, poblada en su mayor parte de los viejos libertos, sin patrimonio y profundamente heridos por el odio y el desprecio de los Yankees a la raza de color. Pronto entrevió en las Antillas, no solamente un seguro refugio para vivir como hombres sino una futura patria para los hijos.

La propaganda secreta atizaba por todas partes; la amistad por la proximidad y la identidad, con Santo Domingo, Haití, Jamaica, La Trinidad, las Guyanas inglesas y todo el archipiélago de las Bahamas; el Capital inglés echando raíces en las primeras, en empresas ferrocarrileras, y explotaciones de minas, de metales y de carbón de piedra —y al lado de todo eso la esperanza de una pronta y eficaz protección inglesa. —No tardó mucho tiempo en infiltrarse en las masas el pensamiento de una Revolución de nueva forma, que ayudaba a su propagación la gran cantidad de gente de color que no cabiendo en Cuba y Puerto Rico buscaban seguridad y reposo en las vecinas colonias inglesas, cambiando así sus costumbres, su idioma y muchos, hasta la religión.

Como toda Revolución, sus primeros síntomas son secretos, necesaria condición de los engendros que imponen el pudor o el miedo pero una vez formada la conciencia del hecho consumado

ya por la vida y el pensamiento, baja luego al corazón y entonces no solamente desaparecen los miedos y los escrúpulos, sino que vienen los arranques y los alardes, y quizás parten de los últimos que han pensado y han sentido, y todo eso sucede, porque se van formando las colectividades y en ella entran los hombres de distintos caracteres. Así fue que muy pronto se sobraron agitadores y propagandistas, que cundía por toda la América antillana, la idea de "la revolución de los desheredados". Haití contribuyó un poco; en aquel país se redactaban periódicos por hombres inteligentes que se distribuían gratis y con profusión, repetido en los tres idiomas: español, inglés y francés —y en todos ellos siempre había alguna palabra congratulatoria para Inglaterra, contra España odio y para los Yankis nada. Se dieron a la estampa, con sus rasgos biográficos, los retratos de los próceres de la independencia haitiana —Chavannes, Ambroise, Borgella, Philippe, Guerrier, Boisond, Tonnerre, David, Troy Clairairon, Capoise, La Morte Roger y otros. Los de Plácido, poeta cubano, víctima ilustre del odio español a la raza del poeta, de Juan Gualberto Gómez, escritor y tribuno defensor ardiente de los derechos del hombre que murió en Madrid al decir de muchos, envenenado y otros tantos defensores de la raza oprimida.

Así las cosas y madurada la opinión se inauguró el siglo 20 con el grito de esa revolución tan redentora, que deja atrás y oscurece los reflejos deslumbrantes de la célebre Revolución Francesa.

A ese grito respondieron cuatro millones de hombres negros y muchos blancos. Grito verdaderamente democrático.

El manifiesto al mundo civilizado de este portentoso alzamiento, está basado en principios y conceptos que pueden llamarse divinos, no obstante que han sido un poco falseados al llevarlos a la práctica. No es un insulto, y más bien que un reto parece una queja lanzada con energía y bravura. "Aquí, dice al concluir, caben todos los hombres que como nosotros no tengan patrias ni amigos". Y más adelante: "No se puede entrar a este verdadero templo de todas las libertades, que ofrecemos a los desheredados de América, con el corazón lleno de odios, no, sino de amor a la igualdad y al derecho".

Los dominicanos y los haitianos abrazaron la revolución, como suya propia, y todo se conmovió de una manera espantable para los pequeños y pusilánimes.

No obstante, el grito repercutió desfigurado, “mueran los blancos” y como la gente ignorante y desenfrenada cometió algunos actos que parecían justificar tan tremenda y salvaje amenaza —la Revolución se sintió perturbada en sus primeros arranques— y España, siempre capciosa, trató de aprovechar esos instantes de tregua ensanchando tan infame y odiosa propaganda, al mismo tiempo que celebraba alianzas secretas con los Yankees, mediante no sé qué concesiones, para que la ayudaran a salvar sus dos Colonias, ya en armas y últimos restos de su poder en América.

Pero no se asustaron por eso los hombres de la revolución y pidieron una protección de Inglaterra que muy pronto obtuvieron —al mismo tiempo que la republicana Francia aplaudía la revolución, lo hacían también todos los estados republicanos del centro y Sur de América.

Con tan solemnes y respetables manifestaciones de sanción casi universal, no solamente se obligó a la revolución a dignificarse en todos sus actos, pues ya no tenía razón para desesperar de su triunfo, sino que a su vez, los poderes aliados para ahogar en sangre el grito de los libres, se detuvieron asustados y confusos.

Los Yankees, sometiendo al cálculo con sus números, el pro y el contra de la jugada que ya no era tan fácil, resolvieron retirar sus compromisos y dejar a España sola que recogiera el fruto de su histórica torpeza en materia de colonización. No quiso sin embargo España quedarse quieta, malquistada con el Yanki y todo, emprendió la defensa de lo que ella llamaba suyo. Más que segura de su triunfo, para llamar y distraer la atención del pueblo español, provocando un gran conflicto y ganar tiempo, prolongando así la vida un poco más de la Monarquía y su partido, sentenciada a muerte por un movimiento republicano que se preparaba en toda España.

Al emprender los españoles su primera compañía sobre la revolución en Cuba y Puerto Rico, Inglaterra les dijo: ¡Alto ahí!, hasta cuándo, no más sangre en América para matar a los hombres y a la libertad.

España no se detuvo y avanzó, pues haciendo aspavientos de ofensa y falta de consideración por la intervención de Inglaterra en los asuntos de sus colonias sublevadas, logró al fin preparar a favor de su temeraria empresa de someter las Antillas, el espíritu

de los españoles de suyo celosos de su honra, y ahora soberbios y un tanto desesperados por la ostensible decadencia de su prestigio en todos sus dominios.

Como tú comprenderás las cosas se complicaron de una manera sorprendente. Jamás registró la historia del mundo entero, momentos de exaltación política más acentuados. Merece la pena describírtelo un poco, pues así resultará más la reacción de paz y reposo que al cabo se sucedió al periodo de vertiginosos debates.

Inglaterra habíase enfrentado a una situación que ya no podía darle la espalda. No podía abandonar a su inocente ahijada en la cuna, sin servirla de madrina cuando a ello se le ofreció casi espontánea, al mismo tiempo que la anticipada gratitud de toda la América Latina y la voz adicta de todas sus propias colonias y las francesas, comprometían su palabra, su honor y su prestigio.

Pidió pues a los dominicanos, para mientras durara el estado de cosas, la bahía de Samaná, para depósito de carbón y demás y para estadía de sus buques de guerra. Pidió lo mismo a los haitianos en la bahía del Cabo, e inútil es decir que inmediatamente todo eso le fue concedido. Algunos buques de guerra ocuparon ambos lugares, y la verdad es, que aun no ha podido saberse por dónde tendría muchos más, que se supo habían salido para América. España, ante todo, buscó la amistad con Alemania, pero no consiguió gran cosa, por no recrudescer más sus relaciones Alemania con Francia, que con su republicanismo e ideas liberales iba carcomiendo los cimientos del viejo Imperio y de la antigua monarquía. Alemania se mostró remisa y antes bien, aconsejó una solución pacífica para terminar el conflicto. Principió España a perder terreno en la diplomacia, tanto más que Parlamento inglés se convirtió en un palenque de acalorados y soberbios debates. Fue entonces que tanta celebridad adquirió Mr. O. Kelli, viejo orador, irlandés y antiguo reportero del *Herald*, que visitó los campos de Cuba en una época durante la guerra de los 10 años con cuyo motivo escribió una obrita. La he leído y por ella le juzgo como hombre de talento y de gran corazón, verídico y sin pasión. Así mismo es, le traté un poco en aquellos días de eterna memoria.

Decía él en pleno Parlamento defendiendo, sin miedos y sin ambages, la Revolución: "¡Hasta cuándo haréis de vuestra conciencia un embudo. Vosotros sois libres, sois hombres y no queréis

que los demás lo sean! Que no queda aun satisfecha vuestra crueldad, con el tiempo, más de cuatro siglos, que veis a esos grandes pueblos gimiendo y derramando lágrimas y sangre, bajo el peso de la más cruel servidumbre.

“Es necesario para conocer sus heridas y sentir la intensidad de sus dolores, haber visto, como he visto yo su desesperado batallar. Yo salí horrorizado cuando visité aquellas privilegiadas regiones por la naturaleza, pero manchada por los crímenes de los hombres de Europa.

“¿Y ahora que aquellos siervos, sin enconos ni venganzas, en nombre de la razón, del derecho y de la justicia piden, lo que nosotros también poseemos, habrá quien sordo o indiferente se muestre a tan justa y legal demanda?

“Nunca será más grande Inglaterra, y ni encontrará ocasión más propicia para reparar viejas injusticias que ahora declarándose abiertamente y sin miedos decidida protectora de aquella justa causa”.

Mientras tanto España hacía esfuerzos inauditos por sostener el espíritu de integridad, que languidecía en ambas Antillas donde la revolución se aseguró con muchos españoles que viendo amenazados sus intereses se afiliaron a ellos. Los Yankees que como hombres de negocio trataron de sacar el mejor partido posible de la situación, no pusieron estorbo a la gran concurrencia de hombres y dinero, que la parte sur de los EE. UU. le facilitaba a los revolucionarios -donde públicamente y para tales fines se organizaron “sociedades proteccionistas”.

Fácil pues te será deducir cuán mal parada se encontraba España en su cuestión antillana con tan desventajosa situación, sin dinero y sin encontrar quien le prestase un céntimo. Para mayor apuro el partido Republicano, que se sentía favorecido por los republicanos franceses, seguían en el mismo seno de España sus trabajos de arrancar de cuajo del suelo español la tradicional monarquía de los Borbones y establecer la República en la forma más adaptable a la época, cuando un suceso inesperado, vino a precipitar los acontecimientos de una manera inusitada. La muerte inesperada de la reina Madre quien desempeñaba la regencia por menor de edad de Alfonso XIII, heredero legítimo de la Corona, trajo una crisis, que puso en peligro la Monarquía, pues se dudaba que sería de más garantía para el gobierno de la nación, si

la regencia en poder del niño Rey, rodeado de consejeros o en las manos del Ministro —aunque optando por lo último, pronto al parecer, se consolidó el Gobierno, no fue así, pues en todos esos debates y vacilaciones se echó a ver, que esos eran los síntomas de agonía de un poder viejo y enfermizo que se moría y debía ser sustituido por nuevos sistemas y hombres nuevos.

Los hombres del poder comprendieron eso y para ver el modo de perpetuarse un poco más en él al propio tiempo que sacar de la situación que se les iba a escapar de las manos, todo el provecho posible, trataron de arreglarlo más pronto y lo mejor que pudieron, el litigio de las Antillas.

La Revolución veía venir eso y aconsejada por Inglaterra, debía aceptar la transacción “—Evítese el humo de los combates a cualquier precio— La América libre necesita de paz y reposo para que sea honorable y feliz—” . Se decía en el Parlamento inglés y se repetía por todas partes. Se podía asegurar que ya la paz era un hecho y sólo se esperaban las condiciones —las hostilidades se suspendieron y fue la ciudad del Camagüey la elegida para sus conferencias—. Mientras tanto, se derramó sobre Cuba y Puerto Rico una inmensa y asombrosa corriente de inmigración de extranjeros y naturales repatriados que tal parece que se habían dado cita para celebrar el gran día de la libertad de aquellos pueblos esclavos unos cuantos siglos. La inauguración del Canal de Panamá y la quiebra de la empresa de la apertura del de Nicaragua habían dejado sin trabajo a miles de hombres que en masa acudían a Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, cuyos países brindaron asilo a los hombres desamparados. —El capital inglés que a su vez sacaba su provecho se lanzó a grandes empresas y especulaciones en las tres Antillas fértiles y de prodigiosa riqueza natural y garantizó muy pronto, a raíz de la paz, el orden y el bienestar con el trabajo —la paz se hizo, como dicen los españoles— de cualquier modo para España. Por toda indemnización diez millones de pesos, un pequeño interés y pagadero un millón y medio por año hasta amortizar la deuda —Esto por Cuba y cinco en las mismas condiciones Puerto Rico— Todo garantizado por los ingleses— Tratado de 10 de octubre: 10 de octubre debía ser de 1903.

España recogiendo sus armas y (ininteligible) debía abandonar las islas donde tanta sangre, tantas lágrimas y tanto dolor había

hecho derramar y sufrir —Mucha parte de su ejército se le quedó oculto en las agrestes selvas de las Antillas, preferían aquellos viejos soldados, la vida pacífica y tranquila en aquellos países de nueva vida, de hermoso porvenir, que volver a su Patria al cuartel o campo de batalla, sirviendo siempre de ciegos instrumentos de poderes injustos y odiosos —La parte del ejército que recaló a la Península, sin embargo, pisó el suelo español dando vivas a la República—. Fue contagiado de América y el golpe fue decisivo —La Monarquía murió sin que pudieran defenderse apenas— todo conspiraba a favor de la república.

—Don Manuel, se abisma el espíritu con la relación de hechos consumados que pensar en ello, antes cualquiera hubiera sido tenido por un soñador o un loco— predecirlo o anunciarlo.

—Indudablemente, que así parece hijo mío, para el vulgo de la gente, pero no así para los espíritus escudriñadores, y que saben no despreciar una consecuencia por sencilla que ella sea, para después reunirla a otra que se presenta y así sucesivamente seguir paso a paso los sucesos. El hombre de Estado que posea esas dotes le será muy fácil desviar los acontecimientos o salirse al encuentro a tiempo y bien prevenido. Es verdad que cuando se alcanza algo de esa ciencia es a fuerza de desgracias y de los años, y entonces llega la muerte.

Recogiendo yo en mi mente todos esos sucesos que he venido relatándote, y que se han sucedido en un periodo de 60 años poco más o menos, no olvido la predicción de muchos de ellos, que leí en un folleto escrito por un haitiano instruido, Mr. D. Delarme. Recuerdo que entre muchas cosas que indicaba a sus conciudadanos, —esto es allá por los años 1890 exhortándolos a la educación y al trabajo para ser fuertes —les decía— ¿Y quién sabe —una vez prospero y provistos de esos medios materiales e intelectuales que hace el poder de las naciones?, ¿a qué DESTINOS HUMANITARIOS nos conducirá la Providencia en este archipiélago de las Antillas cuyo centro somos?

Como debe esperarse, “enseñanza grande y fecunda es la que se da probando, que al fin donde quiera que una de esas explosiones de la voluntad aherrojada se deja sentir, tiene toda la omnipotencia que le presta el cumplimiento de una ley natural, la que proclama que todos los hombres en todos los tiempos han nacido para ser iguales como hijos de una misma fuerza creadora”.

—Efectivamente Don Manuel, aquel hombre como amante de su raza, esperaba, a favor del progreso humano, el mejoramiento de su condición, y a propósito de eso, quisiera oír algún detalle de la boca de Ud., referente a esa odiosa institución de la esclavitud, cuya noticia ha llegado hasta nuestros días de un modo que horripila; el espíritu. ¿Cómo pudo persistir por tan largo tiempo ultraje tan vergonzoso y cruel a la naturaleza humana atropellando los fueros de la razón, de la justicia y del amor? ¿Cómo se explica el amor de nuestros abuelos a nuestras madres y sus hijos, teniendo humillados a sus pies y llorosas a madres e hijos también? Si yo no hubiera leído en los diarios antiguos que conservan las bibliotecas, la compra y venta de hombres de color, creería que eran dañinas y de pura invención las tristes escenas que he visto representar en algunos teatros.

—¡Ah! Hijo mío, cumple a nosotros echar un tupido velo sobre ese pasado degradante y que cubra esa mancha que constituye un pecado infamante. ¡Dichosos los que como tú vinieron después! Bien caro por cierto hemos pagado tanta injusticia— el cielo les hizo justicia. Y ni ellos tampoco deben quejarse, porque tal parece que los designios divinos, para colocarlos hoy en la altura que se encuentran, primero les preparó su calvario. Nos toca ahora a nosotros aceptar sumisos su dominación si queremos vivir en la tierra, que ellos han sabido fertilizar con su sudor, sus lágrimas y su sangre, sumisos en la esclavitud y después valiente por la libertad.

—¿Y se alistó usted, Don Manuel, bajo las banderas de esa Revolución sin temor a los negros?

—No podía temerles porque jamás fui esclavista; no tenía ninguna deuda pendiente con ellos; había nacido en país libre, y siempre fui soldado de las causas justas. Sintiendo siempre profunda veneración por las ideas y los principios de la razón, de justicia y de equidad. No me cuido del color de la piel de los hombres que los proclamen. Lo segunde es efecto de los climas, resulta diverso de diversas zonas, de que nadie puede ser responsable; pero lo primero es igual y eterno, como la luz y el aire —para todos—. Son los artículos de la fe de la carta magna de la humanidad. Sin eso es imposible la civilización, todo, hasta la vida misma.

—Noble modo de pensar que siempre habrá puesto tranquilidad a su espíritu.

—Sin duda, el mejor estado a que el hombre puede aspirar mientras sigue su viaje por este mundo, pues no le da entrada en su corazón a la soberbia, que es el peor enemigo que el hombre puede llevar consigo mismo, causa principal de todas sus desgracias.

—Es muy posible, Don Manuel, que por su índole naturalmente bondadosa pensara Ud., tan favorablemente de la raza de color, quizás con pasión, lo que a la generalidad de los hombres de su época, no le sería dado por un cúmulo de circunstancias, que debieran embotar los sentimientos de generosidad y grandeza en ellos.

—En buena hora, yo no condeno, ni acuso a nadie ni favorezco a éstos ni deprimo aquellos, y sólo formo mi juicio basado en la historia que es la que había. ¿Y la autoridad de la historia quien es capaz de rebatirla? La supuesta y ofensiva ingratitud a la raza de color, está desmentida con el hecho, de que a pesar de nuestro látigo, ellos no han podido odiarnos, y en corazón que no cabe el odio, es muy fácil que se aniden todos los sentimientos dulces y generosos. La historia misma de la esclavitud nos demuestra en miles de casos, que cuando había esclavos malos y perversos sus amos eran los peores.

Aquí lo tenía más claro. ¿Acaso se han ensoberbecido ellos con el triunfo que han alcanzado? No, muy al contrario, su gratitud y reconocimiento están representados, con esplendidez monumental —para memoria de los siglos. La estatua a Las Casas, con su significativa inscripción: “Al que nos hizo grandes por la desgracia” y un negro, al pie, sosteniendo a un indio que desfallece. La de Colón, sentado con sus grillos entre un grupo de negros y de indios con sus cadenas, y que dice abajo: “¿Qué delito hemos cometido?”

Después la de tantos héroes y mártires de la independencia de Haití. La de tantos héroes y mártires de la guerra del 68. Carlos M. de Céspedes, con la palabra “Libertad” escrita en la espada. La de Francisco V. Aguilera, dando la mano y poniendo las insignias de coronel a su esclavo Francisco —que se hizo notable por su valor—. La de Ignacio Agramonte y finalmente la de los antiguos héroes indígenas. En la ciudad de Yara la del grupo Hatuey, cacique haitiano. En Santo Domingo la de Canoabo, Magicatex, Guarionex, Mayobanex, con éstas y otras parecidas inscripciones: “Raza indígena que yaces en el polvo del olvido ya estás vengada”.

Y otros muchos gloriosos monumentos de que están pobladas estas islas, lo que ha hecho decir a un escritor inglés "que la historia de las Antillas está escrita en mármol".

—Permítame, Don Manuel, así como me envanezco con todos esos monumentos, que no acepte aquel que desde aquí alcanzamos con la vista. ¿A qué viene ese recuerdo perpetuo de ignominia?

—¡Ah! Ese cuadro es antiguo, es desde tiempo de la gran guerra, y al tallarlo ahora en mármol, no responde a una necesidad del sentimiento. Bien claro lo está diciendo con su doliente inscripción: "Recordando siempre los sufrimientos de las servidumbres que ama más la libertad", el fondo de amor y moral sublime que todo eso encierra. Aquellos esclavos puestos de rodilla, presentando los restos de sus cadenas rotas por la espada de la libertad, es conmovedor y hermoso, junto con la dulce mirada de la diosa. Pues ¿no tiene el Perú su 2 de mayo? Y otros pueblos también tienen sus monumentos en memoria de sus grandes triunfos. Han obsequiado los franceses a los Yankees la estatua "La libertad alumbrando al mundo", y eso que aquello fue un insulto a la América Latina, porque en Cuba y Puerto Rico aún gemía el infeliz esclavo bajo el crujiente látigo de su amo. Ahora y por estas alturas era que correspondía colocar tan soberbio monumento, que algunos millones de pesos costó, más por ostentación que para hora de la América toda y del siglo que la dio.

Sin embargo parece que se proyecta ahora la obra del colosal emblema de la justicia que se colocará en no sé qué punto del mar Caribe.

—Efectivamente la prensa toda, así como los gobiernos se ocupan de ese asunto, al que se creen que están dispuestos todos a concurrir con unos cuantos millones de pesos.

Eso en cuanto su reverencia a lo pasado y el amor a sus recuerdos, que referente a su estado actual, si la América no está satisfecha, no me enseña la historia que nada portentoso hubiese antes señalado por la mano del progreso.

—Al contrario el atraso y la pobreza, "en el seno mismo de la riqueza" era el sello indeleble que marco por más de cuatro siglos el estado de las Antillas, siempre vomitando oro que tomaba el camino de Europa. Y de allá ¿que nos venía? Cuando más cargamentos de soldados a quienes darle pan y alojamiento por el favor de correspondernos nuestras hijas.

Las Antillas hermanas entre sí no tenían comunicaciones, se vivía en el aislamiento en medio del mar Caribe. Cuando más un poco entre Cuba y Puerto Rico, muy irregulares y tardíos. Hoy el cable forma una red de tupidos hilos con todos y ya ves que debido al perfeccionamiento de teléfono, vivir en una es vivir en todas a la vez. Las vías de transporte seguras, cómodas y a todas horas de una para atrás, y las hay que las señoras y los niños viajan de gratis y tratados con exquisita finura y atención. Las vías interiores, no pueden ser más completas. Antes en Cuba la mayor y más rica apenas en telégrafo central, hoy el teléfono lo invade todo, el pueblo, lo mismo en esta que en las demás, conversa siempre y a todas horas, pues eso está al alcance de las familias. Las vías de transporte lo mismo. Los caminos de hierro, los ómnibus y los coches de ruedas, no pueden en ningún país haberse desarrollado con mayor furor esta clase de empresa. Es verdad que en esto han ayudado muchísimo los ingleses. Pero el (*ilegible*) pues a principio de siglo no existía nada de eso.

La agricultura que había desaparecido como trabajo forzado, a la muerte de la esclavitud y dejando el vandalismo y la vagancia en su lugar, resucitó como por encanto en el instante que libres estos pueblos y dueños de los propios destinos, surgió la verdadera civilización con el bien positivo de la libertad señalando imperiosas necesidades sociales, que los condujeron derecho al trabajo, y entonces sin trabas ni temores el capital pronto se les asoció.

De aquí debe deducirse en parte el progreso violento de las Antillas parecido al que un tiempo favoreció a los Estados Unidos. La gran emigración que afluye a estos países y la propagación de los idiomas inglés y francés, pues ya ves que esto es lo primero, junto con la constitución que se le enseña a un niño, son causas también que cooperan, y no poco, a su engrandecimiento y riqueza.

La historia nos está probando con la elocuencia de los hechos consumados incesantemente que el pasado atraso en que por tantos años vivieron estacionadas estas Antillas su principal causa consistía en el lastimoso y contranatural aislamiento que entre todas ellas existía.

No importa como algún geólogo expone que a impulso de un tremendo cataclismo quedaron separadas un día esta porciones de tierra, pero entonces se formó un grupo de hermanas que por

ser hijas de una misma causaron sus mismas tierras con su mismo sol idénticos climas y la misma historia en vano han querido los hombres destruir sus naturales y perpetuos lazos.

La ambición y la crueldad se creyeron que eso había sucedido y se repartieron los dos hijos de la infeliz raza que ignominiosamente inmoló a impulso del instinto sanguinario europeo de aquella época, pero que hemos visto como con el tiempo los sucesos han venido demostrándonos todo lo contrario.

La misma Isla de Sto. Domingo no obstante de sus dos Estados Republicanos que no habían adelantado en ningún sentido en más de sesenta años de perpetua lucha por la conquista de progreso y bienestar.

Poco o nada que merezca la pena de referirse.

Jamaica a pesar de su autonomía colonial y su ordenada administración, ¿que hacía con el auxilio y concurso de sus hermanos?

No hacía nada, vegetar en su pobreza relativa sin aumento de población, pues se tenía que ir a buscar el trabajo fuera y ya se sabe lo que esa necesidad puede quitarle brazos a una población con un comercio reducido, una agricultura muerta, sus habitantes con un solo idioma, en artes ni ciencias ni industrias, sin vida, que con la ausencia del fecundo comercio de las ideas eran de todo punto imposible desarrollarse porque el aislamiento y la soledad no concitan el esfuerzo humano hacia el mejoramiento moral e intelectual y físico que todo eso significa la civilización.

Cuba y Puerto Rico peor y más lamentable si cabe en situación, por cuanto siendo mayor el número de sus pobladores aparecían más rezagados del movimiento general de la civilización que sus hermanas Haití y Jamaica por no mantener éstas en su suelo la explotación del hombre por el hombre que en ellas se consideraba como un baldón.

Inglaterra que sin duda comprendió todo esto no quiso despreciar la ocasión que se le brindó de presidir, digámoslo así, el banquete en que debía celebrarse la perpetua alianza entre las Antillas reanudando los lazos de antiguo roto por la conquista.

Nada más justo y natural para los espíritus que algo pueden entrever en los arcanos del destino, que la raza de hombres que fue a buscarse a lejanas regiones para con ella querer salvar los restos de la otra que al fin sucumbió, se está al cabo de quinientos

años legítima dueña y poseedora de las tierras que aquella le legara junto con sus cadenas y sus lágrimas. Inglaterra que sin tener que retirar sus banderas de sus viejas colonias ni de sentir menoscabo de autoridad en sus dominios, ha tenido por el contrario buen tacto para captarse las simpatías de los demás estados Libres, y nadie podrá disputarle los derechos de nación más favorecida sostenida por la poderosa sanción de 30 millones de habitantes que pueblan hoy las Antillas.

En resumen he visto prácticamente suceder en estos países, las consecuencias políticas que una vez y en sentido general le oía expresar a un hombre instruido en asuntos de gobierno. Aquel hombre opinaba de este modo: "La historia del mundo, en particular la de América latina, está comprobando que el gobierno republicano democrático es poco menos que imposible, con las necesarias condiciones, donde quiera que falta, la *unidad fundamental de la raza*."

"Para que la idea de la igualdad y del Gobierno *de todos* no dé resultados funestos en la práctica del poder público es necesario que ello esté en armonía *con la conciencia de una comunidad histórica y de raza*. Sin esto la política se complica con un conflicto social permanente; con un antagonismo de elemento de sociabilidad que va a parar en la tiranía de unos y otros: en la República oligárquica o en la demagogia y ordinariamente en la inestabilidad la anarquía".

Reunidas que han sido esas condiciones esenciales en estos países, de ahí viene la paz y el bienestar de que ahora disfruta.

Eso interiormente y sometido como está hoy el mundo exterior al sistema arbitraje no hay que temer nada de fuera ya que son inútiles los instrumentos de guerra.

—Don Manuel, ¿y cómo andaba eso de enseñanza en aquellos calamitosos tiempos?

—Contándole un rasgo de mi vida de guerrero dejaré satisfecha tu curiosidad.

A mediados del tiempo que duró la guerra de los 10 años, me encontraba yo una vez apoyado en la gran sierra que da origen al Bayazo con los restos de mi división reducida ya a 200 hombres, sin un tiro para el fusil ni un bocado de pan para mis soldados y perseguido tenazmente por los españoles —sufría yo de fiebre y

más que eso de una especie de oftalmía que no permitía ver claro cuando los rayos de la luz herían de lleno mis pupilas— Mi secretario que había yo enviado ese mismo día en solicitud de algunos pertrechos cerca de un amigo y compañero, Gral. M. Díaz (Modesto Díaz), no había tenido tiempo de regresar pues había que andar despacio y con cautela porque el enemigo nunca andaba lejos de nosotros. Serían las ocho de la noche cuando llegó a mi campamento un hombre con un pliego del Gral. Céspedes, inútil me fue encender luz y tratar de leerlo, mis ojos se inyectaban de sangre al ponerse al contacto de la luz e imposible de distinguir los caracteres en el papel impreso. Desesperado grité a mi gente: “Uno que sepa leer” y sentía en mi alma el dolor que ellos sentían expresado con su silencio —ninguno sabía leer—. Llamé entonces al correo y procuré saber por los rumores del campamento del Presidente qué objeto pudiera traer aquel pliego para mí— y mi ansiedad creció de punto cuando se hablaba de alijo de una expedición por el Sur. Pero en este instante regresó mi secretario con mejores noticias y leídomme que hubo el pliego nos pusimos en marcha. Eran las 12 de la noche, por mis ojos enfermos me convenía aprovechar la ausencia de la luz del sol y por mis fusiles vacíos la de los españoles. Al siguiente día estaba salvada la expedición “Quesada”, nombrada de “los burros”, porque llevó unos cuantos de esos animales, y nosotros en condiciones de batirnos.

—Me admira, me asusta y me encanta, toda la vez, Don Manuel, todo lo que usted me cuenta, y siendo la verdad de su razonamiento que penetra en mi espíritu. Y es que usted dice las cosas con la misma sencillez que las ha visto sucederse, mientras que lo he leído tanto que me parece novelas pues más parece que se ha querido hacer resaltar y lucir una estudiada erudición, que decirnos lisa y llanamente la historia de nuestros abuelos.

—Yo no sé de estas cosas, hijo mío. Yo nunca fui más que un tosco pero fiel y leal soldado de la causa libre de estos países. Jamás puede hojear un libro, que no fueran algunos religiosos en que mi madre me enseñó a leer, y después los de milicia en una escuela militar, donde me condujo mi vocación. Sin embargo la narración de los acontecimientos que acabo de enumerar, se ha hecho ya de cien maneras distintas. Aún se volverá a contar de otras cien maneras, pero aseguro de nuevo que nadie la podrá

hacer con más imparcialidad que yo, y desde luego, apoyado en toda la verdad real de la historia, acomodando mi lenguaje y mis juicios al grande respeto que ella exige.

Pero ya es tarde, hijo mío, me siento fatigado, y me pesa dejarte, tampoco en tiempo ofrece estar agradable.

—Don Manuel, antes de separarnos permítame arrancarle la promesa de que siempre nos veremos en este mismo sitio.

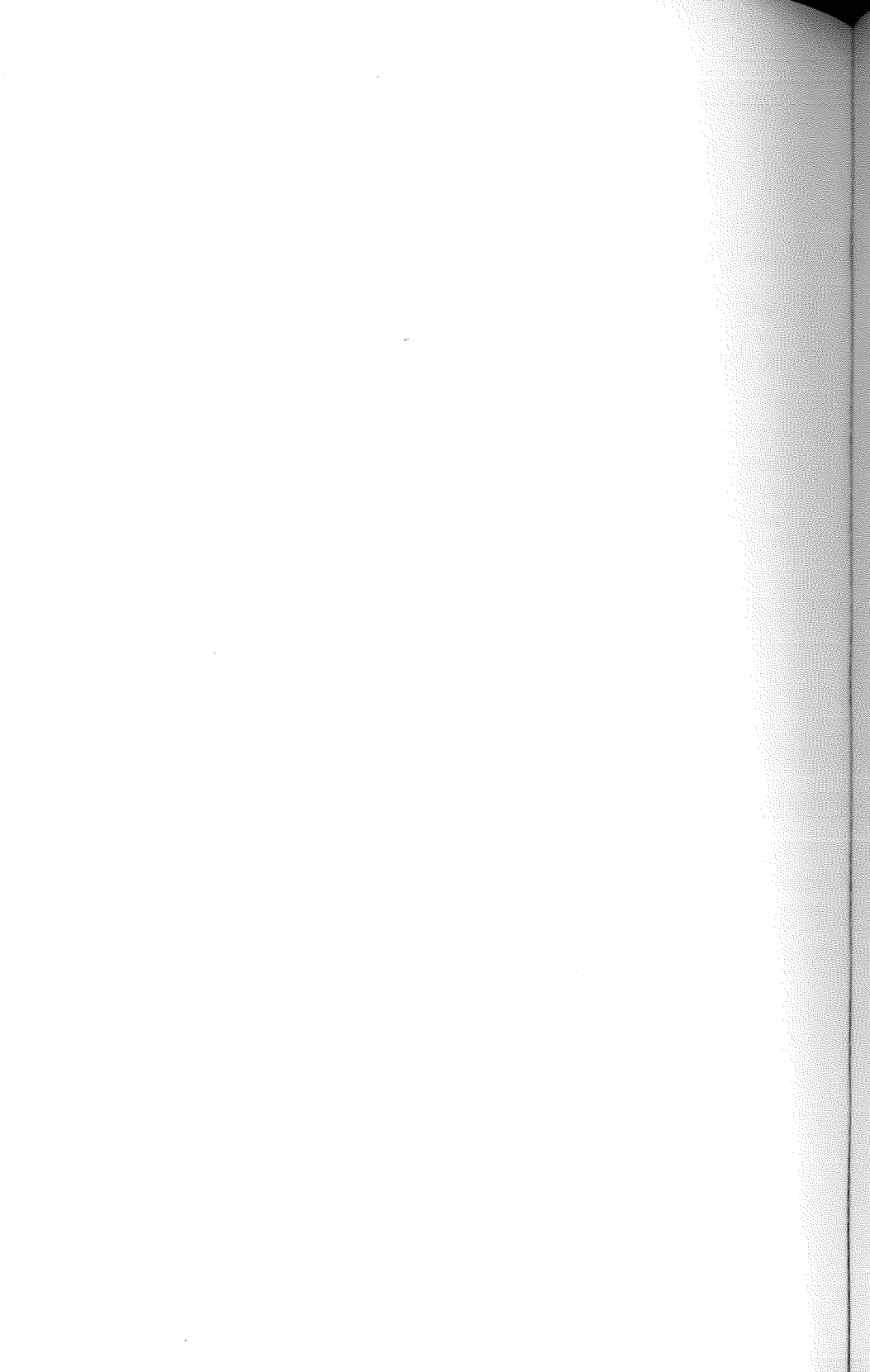
—Para mí será muy grato siempre que pueda, adiós.

—Adiós, señor, con todos mis respetos.

Cuando me separé de este hombre me fui a mi gabinete y pasé en copia limpia este relato, estampado en mi cartera taquigráfica que él, corto de vista y sin fijarse, no se percibió que yo manejaba entre mis dedos. No faltaba pues, ni una coma.

—Antonio.— Noche de 13 junio 1946— en La Habana.

ESCRITOS DE CAMPAÑA



PROCLAMA DEL GENERAL GÓMEZ¹¹

A los hombres honrados, víctimas de la tea, 11 de noviembre de 1895.

Las dolorosas medidas adoptadas por la Revolución redentora de esta tierra, empapada en sangre inocente (desde Hatuey hasta nuestros días) por España despiadada y cruel, os va a sumir en la miseria.

Como General en Jefe del Ejército Libertador, es mi deber conducirlo al triunfo, sin que me detengan ni arrendren medios, poniendo a Cuba en el más breve plazo en posesión de su acariciado ideal. Declino, pues, la responsabilidad de tanta ruina en los que la ven impasible y nos obligan a esos extremos que después (¡hipócritas y necios!) condenan.

Tras tantos años de súplicas, humillaciones, desprecios, expatriaciones y cadalsos, cuando este pueblo por su libérrima voluntad se ha alzado en armas, no cabe otra solución sino triunfar.

1. En Yoel Cordoví: *Máximo Gómez; Selección de documentos (1895-1898)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, pp. 48-49.

No importan los medios que se empleen para conseguirlo. Este pueblo no puede vacilar entre la riqueza española y la libertad cubana. Y su mayor crimen sería ensangrentar el país sin realizar su propósito con el carácter de los hombres que nos encontramos en el campo desafinado el furor de uno de los ejércitos más bravos y aguerridos del mundo, pero en esta guerra sin entusiasmo ni fe, sin pan ni plus.

La guerra no comenzó el 24 de febrero, va a comenzar ahora. Se tenía que organizar, poner en reposo y encausar el espíritu de la Revolución, exaltado siempre en sus comienzos por entusiasmos alocados. La contienda debía comenzar obedeciendo a un plan o método más o menos estudiado, pero que respondiese a la peculiaridad de nuestra guerra. Eso está hecho ya.

Ahora que envíe España sus soldados a remachar las cadenas de la esclava, que el hijo de la tierra está en el campo, armado con el arma libertadora, la lucha será terrible. El éxito coronará la resolución y esfuerzo de los oprimidos.

EL GENERAL EN JEFE
[M. GÓMEZ]

CARTA A ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS²

Ingenio "Pulido"
16 de enero 1896. "Provincia Habana".

General: Me permito dirigirle estas líneas interrogándole, con respeto y consideración que usted merece.

¿Por qué esta gran guerra nueva en Cuba? Porque ha provocado una dolorosa ingratitud vieja. Por una injusticia indiscutible. Con esta consideración real e histórica, nos encontramos muchos hombres y grandes intereses, unos enfrente de otros. De un lado Cuba,

2. Arsenio Martínez Campos en esta fecha era el Capitán General de Cuba, pero su relevo ya estaba decidido. Su lugar lo ocuparía Valeriano Weyler y Nicolau. En Yoel Cordoví: *Ob. Cit.*, pp. 53-54.

con todos sus derechos, su razón y sus dolores; y enfrente España con todas sus injusticias, sus usurpaciones y crueldades. La isla de Cuba está ya perdida para España, como Nación nueva y dominada que se alza para constituirse; Cuba puede y quiere erguirse como todas las demás de América, pero no creo que esté del todo perdida para España, que es la que debe ejecutar la grandeza de conceder y adquirir, con este acto de verdadera justicia y nobilísimo y delicado derecho a su eterna gratitud. No deje no, España, que Cuba le deba a los extraños, la ayuda siquiera, para alcanzar el supremo bien de su libertad. Que todo, General; se lo debe a su Madre.

No más sangre, General; no más tea.

España es y será siempre, la responsable de tanta ruina y tantos desastres. Puede usted hacer mucho bien a ambos pueblos, así lo creo yo, pues es el único (que yo entiendo) que comprende la situación tan insostenible para usted mismo, tan honrado como patriota y por lo tanto, de lo inútil que son sus esfuerzos y sus sacrificios combatiendo a las huestes libertadoras, dispuestas a ni cejar ni un punto hasta realizar sus propósitos de libertad.

Es una precisa ocasión de salvarse España en América, si piensa y concede; salvando su honra y adquiriendo tesoro inmenso de gratitud que la harán legítima dueña de grandísimas ventajas para el presente y el porvenir, en sus relaciones con todas las Naciones del Mundo.

De lo contrario, sangre y fuego es lo que nos manda el decoro y el honor, y eso haremos.

El estilo, aunque rudo del soldado, pero como es sincero no será desagradable al soldado de quien se suscribe su más atento s.s.

[M. GÓMEZ]

CARTA A ANDRÉS MORENO³

Febrero 6 de 1897

Coronel Andrés Moreno.

Estimado compatriota:

Siento la necesidad de cambiar mis ideas con Vd. respecto a un asunto, a mi juicio de no escasa importancia, y sobre el cual me atormentan dudas, que quisiera desvanecer, encontrando luz y más luz en el ilustrado y sano criterio de Vd. para poder mañana responder, con conocimientos verdaderos de causas del, a mi entender, tristemente deficiente sistema o forma de cómo está constituido en Cuba la industria azucarera, riqueza que aún así, pudiera decir fabulosa del país cubano. Y voy a principiar para que Vd. pueda compenetrarse bien de mis intenciones o deseos, por comunicarle hasta mis más íntimas impresiones que he sentido por este asunto.

Yo había oído hablar con verdadero placer de la riqueza de las comarcas Occidentales, consistentes en su mayor parte de sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar la azúcar que yo no conocía, pero que mis amigos me pintaban de un modo maravilloso. Aquellas relaciones me encantaban, pero como cuando todo esto veía también bullía en mi mente, con entusiasmo, la idea de la revolución redentora a la cual había ofrecido mi espada, más de una vez, se lo confieso, sentí mi espíritu consternado al pensar que tanta riqueza pudiera ser destruida indefectiblemente por la mano terrible de la guerra, y perder en unos instantes todo el patrimonio de un Pueblo, levantado en muchos años de labor, y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo y firmar el Decreto de su destrucción, como medida justificada de guerra, si esas riquezas perjudicaban en vez de favorecer a la Revolución. Y encariñado yo desde niño con la Agricultura, pues

3. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 248, No. 14.

mi padre me enseñó a amarla, imagínese Vd. mis perplejidades y hasta mis dudas algunas veces.

Así sucedió, vino la Revolución fraguada por la misma España y vine yo a entrar en ella, cumpliendo mi palabra empeñada, firmé el Decreto preparando a la vez y sin reserva intencionalmente, el Ejército invasor con la ridícula esperanza, de que los hombres de bien no dejaran encender la tea.

El Ejército: diez mil hombres mal armados y sin organización, ¿cuál podía yo darle en tan corto tiempo! Empezó su marcha triunfal, y cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una terrible hoguera, y cuando ocupamos a viva fuerza a aquellos bateyes ocupados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo, y hasta de cultura, cuando yo vi todo aquello le confieso a Vd. que quedé abismado y hubo un momento, que hasta dudé de la pureza de los principios que sustentaba la Revolución, pensé que marchábamos por caminos torcidos y yo mismo no me sentía bueno como yo quiero serlo. Fue esa noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la Sra. De Pulido, de cuyo ingenio su mayordomo acababa de decirme que aquello había costado más de cien mil pesos. Yo había dado orden de que cuidado quien se atreviese a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas.

Mas yo continué como tenía que hacerlo y bien pronto se operó en mi ánimo y en mis juicios un cambio, que al no explicarle a Vd. las causas le parecería desde luego extraño y de modo alguno justificado.

Cuando llegué al fondo y cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza tanta miseria material y hasta pobreza moral, cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encuentro embrutecido para ser engañado con su mujer y sus hijos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza plantada en la tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contesta que no la ha habido nunca, y cuando entramos a pueblos limpios, ni riqueza

limpia, ni vida acomodada y nos reciben del brazo del alcalde y el Cura, entonces yo me sentí indignado y profundamente predisuelto en contra de las clases elevadas del País y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio exclamé: ¡Bendita sea la tea!

Se me representó la edad media, con su feudalismo que nos refiere la Historia, y pensé de nuevo, como he pensado siempre que para sacudir la opresión y la barbarie, todos los medios y las ocasiones son buenos.

Y después se me ha ocurrido, que si no se podrá acaso establecer más equidad en las relaciones entre el agricultor y el industrial, entre el primero a quien el segundo se lo debe todo. A quien pudiéramos decir, que le debe la vida, a quien le es deudor el artesano, el maquinista, y hasta el inventor también, y pudiéramos decir que Cuba misma le debe su grandeza. ¿Cómo es que por desgracia se puede notar distancia tanta entre un colono y el dueño de un Central al extremo de que el primero comparativamente, me ha parecido una bestia y el segundo un hombre?

¿Qué razón existe, que yo no la he podido encontrar para que el Agricultor le esté vedado decir a sus hijos: "Ayúdame a plantar este árbol, bajo cuya sombra podré descansar mañana en mi vejez cansada mientras vosotros recojáis el fruto?". ¿Qué motivo prohíbe que el hijo del infeliz colono sepa menos, sepa nada ni tanto como el buey que ara, mientras los hijos y las hijas del dueño del Central, cuando la zafra está terminada pueden irse a París, a pasar una temporada, a exhibirse con todo el esplendor que proporciona el lujo siempre pagado a caro precio como una cosa superflua para la vida práctica de los pueblos? Y a dónde pueden ir acaso el Colono y su mujer y sus hijos? Esos quedan estancados e inmóviles como la máquina que tritura la caña. ¿Qué causa habrá para que la esposa del Colono no pueda tener un jardín y la Sra. del Central sí pueda tenerlo, es que aquella familia, a pesar de ser trabajadora (virtud primera) está condenada a vegetar en el embrutecimiento, a no asimilarse jamás con uso y ejercicios de ventajas conquistadas con su trabajo a sus naturales y obligados consocios, y de los cuales al contrario es desdeñado? ¿Qué causa, cuáles razones se oponen para mengua social a que cada año uno de esos centros maravillosos de elaborar azúcar, no pueda convertirse de una manera hábil a la vez en centro de civilización y

de producciones distintas que den para todos bienestar relativo, que proporcione recursos de todas clases para la vida social y material de las familias todas, en vez de estar concentrados en el batey, cuyos límites, como la Muralla China, nadie puede traspasar?

¿Cómo se explica que el que tanto dulce suda pase sin embargo una vida tan amarga? Ahora bien, Coronel Moreno, yo no he podido comprender bien claro las causas primordiales de tan repugnante, pero injusta, desproporción de situaciones entre el colono y el industrial, el por qué esa inmensa distancia que viven el uno del otro no obstante el fraternal lazo que parece debe constituirlo la materia prima, la caña dentro de la cual se mueven ambos. Necesito pues que Vd. honrado y bueno y que pertenece al número de hacendados de Occidente, se sirva darme más luz sobre este asunto que no creo de escasa importancia y, por lo tanto, me interesa estudiar bien para que en sus fórmulas nuevas sirva también de norma a Santo Domingo en donde hasta hace poco ha principiado a desarrollarse la industria azucarera. Y he dicho fórmulas nuevas, porque entiendo que si después de la Paz, después de constituirse la República Cubana, libre y sin trabas de ninguna clase, sin privilegios de ningún linaje, y cuando este pueblo que ha de surgir nuevo, alegre y distinto para ejercer con bríos y ansias de libertad sus energías todas para todos los progresos, las formas continuarán con sus formas viejas, desde luego Coronel Moreno, perderíamos la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como costosa ha sido en sacrificios y como yo y Vd. y todos los buenos patriotas tenemos derecho a esperar que sea para complemento de nuestra obra.

Queda de Vd. muy amigo afectísimo

[MÁXIMO GÓMEZ]

CARTA A RAMÓN BLANCO ERENAS⁴

Noviembre de 1897
En campaña.

Excelentísimo señor gobernador general Ramón Blanco:

Es muy posible obre en conocimiento de usted lo que en una carta dirigida al general D. Arsenio Martínez Campos, dije un día, no obstante encontrarse aquel en mejores condiciones que usted para dirigir su ejército en esta guerra sangrienta y cruel. No hizo caso el general, a mis sinceras y humanas insinuaciones de paz, y hermosa para todos y en aquella época más provechosa todavía, y la contestación fue confiada a la espada sangrienta de Weyler. A este hombre inspirado más en el odio profundo a esta bella tierra, y a sus heroicos hijos, que en la gloria, no era decoroso que yo me dirigiera en el sentido que lo hice aquella vez con aquel humano y honrado español. El tiempo ha pasado impasible, como pasa siempre por encima de todas las catástrofes, y los hechos han justificado plenamente todas mis predicciones, y el general Weyler, después de haber ensangrentado inútilmente a este suelo de una manera despiadada, y reduciéndolo a cenizas, dejando la guerra en pie y se retira para la península con su espada rota por el fracaso. Y viene usted a sustituir a Weyler, pero a un hombre de las condiciones de usted, lo mismo que lo hice con el general Campos, sí me atrevo a dirigirle las siguientes preguntas: ¿Con qué objeto y cuáles propósitos? ¿De exterminarnos? Es posible; y el pretenderlo, puede ser poco honroso para usted. ¿De someternos? Es absurdo y puede ser un ridículo para usted. Nuestro credo está bien conocido y claro, y en este concepto ni los exterminios ni los sometimientos significan paz. Por esta razón de mucho peso repito a usted lo mismo que le dije un día al general Martínez Campos.

“No más sangre, general; no más tea”.

4. Ramón Blanco y Erenas en esos momentos era el Capitán General de la Isla. En Bernabé Boza: *Mi Diario de la Guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, t. 1, pp. 91-92.28. Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 55-57.

España no debe permitir que Cuba deba su independencia, ni poco ni mucho, a favores extraños. Las deudas mejores y las que mejor se pagan, son las impuestas por la gratitud, aparte de la honra, que más cabe a la mano que se extiende para dar el sacrificio, que a la mano que lo recibe. Las armas españolas están ya demasiado honradas con la contienda, y esa competente declaración corresponde legítimamente hacerla a nosotros los cubanos y al mundo que nos contempla asombrados. No puede España hacer mayores esfuerzos para hacer morir en su inútil empeño a tantos valientes que reclaman la humanidad y el amor de la madre España. Bórrese de una vez para siempre el abismo que separa a los cubanos y españoles, con el abrazo que implica el reconocimiento de la República de Cuba, y entonces se habrá firmado la paz eterna.

Que sea usted, general, el predestinado a recoger la gloria inmensa, como el valiente entre los españoles, iniciador de esta obra grandiosa levantada en medio de la América libre; para beneficio de España misma en su presente y provenir.

De lo contrario, fuego y sangre nos manda nuestro honor y decoro y eso haremos hasta que el Dios de las batallas resuelva y que para los defensores fervientes del derecho es siempre la victoria. De usted, atento s.s.

[MÁXIMO GÓMEZ]

CARTA AL EDITOR DE *THE NEW YORK HERALD*⁵

Campos de Cuba, 26 de diciembre 1897

Al Editor de *The New York Herald*.

Distinguido Sr: Me pide usted opinión acerca de la eficacia que al objeto de lograr la pacificación de Cuba pueda tener el régimen autonómico que en ésta implanta España y accedo gustoso a darla

5. En Yoel Cordoví: *Ob. Cit.*, pp. 101-102.

una vez más, a pesar de haberlo hecho diversas veces a contar del "Manifiesto de Monte Cristi" acá. Los cubanos en armas no ceden, no cederán jamás en la lucha que entablan con su metrópoli, hasta no conquistar su absoluta independencia, sea cual fuese la suma de libertades que a Cuba otorgar [España] puedan, los gobiernos españoles, y aun cuando esta Nación no se reservase otro derecho que el de izar un pabellón, símbolo de nominal soberanía, no lograría terminar la guerra, pues el pueblo cubano no admite otra solución del actual conflicto sino la que reconozca su personalidad en el concierto de las naciones libres. En esta actitud de absoluto radicalismo nos sostienen animándose los dos grandes móviles, que así a las colectividades como a las individualidades impulsan a adoptar las grandes resoluciones de su existencia, el sentimiento y el interés, lo primero porque los cubanos se sienten profundamente lastimados por los procedimientos [horribles] de guerra que contra ellos empleara España, lo segundo porque firmemente convencidos se hallan todos de que solo libres disfrutarían de la paz y el crédito necesario para el fomento y desarrollo de una riqueza que la propia España devastara. Cuba, en una palabra, no solo quiere sino le conviene ser libre.

Hora es ya de que se sitúen en la realidad los estadistas españoles y prescindiendo de utopías autonómicas, aborden de frente y con entereza el problema, reconózcase a Cuba la independencia que tan justamente reclama, perciba en cambio la nación española lo que justo y equitativo fuese y aún recabe de nuestro gobierno ventajas arancelarias en bien de sus industrias, y así y solo así, iris de paz iluminará los horizontes hoy enrojecidos por el resplandor de los incendios y el fulgor de los disparos.

Soy de VSS.

[M. GÓMEZ]

LAS TRES FASES DE LA GUERRA⁶

Las Villas, abril/98

Primera fase

El toque de silencio se había dado más tarde que de costumbre, debido a un ligero descuido del Jefe del Día. El Ejército está alegre, y los hombres departen contentos por todas partes de la ancha faja que forma el campamento de algunos miles de hombres. Hemos pasado el día tranquilo no obstante tener al enemigo a una legua de nuestras posiciones. Estamos en "La Reforma", todo yace en silencio y yo escribo. Dicto órdenes para el movimiento del día de mañana que ha de ser marcha del Cuerpo de Ejército invasor.

Es un Cuerpo de Ejército de condiciones espacialísimas, una masa de hombres que solamente obedece al impulso de un sentimiento noble de patriotismo desinteresado, y con estos soldados de la Revolución, desarmados y sin cananas, marchamos a plantar la bandera de la independencia en los campos de Occidente desafiando el poder de España. Inaudito atrevimiento este. No puede ser de otra manera. Las grandes Revoluciones no van, no pueden ir a los cuarteles a reclutar sus soldados que están allí, son los defensores a sueldo del tirano, y tienen su consigna guardada en sus cananas, la llevan en las puntas de las bayonetas. Las Revoluciones se van derecho al Pueblo, allí en donde está el dolor, están sus aliados, allí se encuentran a sus hijos que son todos los que sufren, y los hombres se apartan del hogar ungidos por las bendiciones de las mujeres. Cuba sufre en estos momentos la fiebre del patriotismo más puro y más alto, como acontece a todos los pueblos en los comienzos de sus grandes Revoluciones, y todo se siente conmovido al emprender la primera jornada por su vía crucis. Por eso la mujer, sensible y amante, se sonrío estremece al ver partir los suyos al combate y murmura ¿si volverá?

6. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, Legajo 27, No 3478. Este documento lo reprodujo aquí *Listín Diario* en su edición del 18 de noviembre de 1936, con una carta del libertador dirigida al señor Arturo Pellerano Alfau, desde los campos de Cuba, abril de 1898 con una amable despedida: salude a compatriotas adictos y sepa Vd. que lo estima su íntimo amigo.

Doña Elena, su esposo, y tres niñas mayores, tres rosas del campo cubano, la virtud y hermosura unificadas formando el encanto del hogar, también a cuatro o cinco más ángeles pequeños: toda esa hermosa comitiva, esa espléndida comisión que manda el Amor, ha venido a mí a recomendarme a Federico, al varón primogénito del hogar que voluntariamente ha sentado plaza en el Ejército que marcha a ensangrentarse. Como este caso ocurren miles. ¡Ah! Cuando uno ve a una madre llorar por su hijo que va a la guerra por la libertad, dan ganas de quedarse esclavo. Para gobernar, pasando por encima de todas estas cosas, es preciso dejar guardado el corazón en la casa al ceñirse la espada del guerrero.

Por fin el Ejército rompió su marcha triunfal y, de victoria, fue a plantar la bandera de la Revolución en los confines de la tierra esclavizada. Todo se ha invadido: por todas partes nuestros soldados han recogido los laureles del triunfo y la Isla entera queda, con este sentimiento, inficionada de Revolución. La guerra queda constituida en todo el país que se quiere libertar. Ya, ahora sí el pueblo sabe lo que quiere y necesita y hasta donde debe ir. Es probable que España apercibida del suceso piense que no es posible apagar el incendio, y precavida y discreta, antes que consumir inmensos y estériles sacrificios, se salve de la catástrofe tremenda cediendo al pueblo sus derechos a trueque de mucho oro que es más humano y útil que la sangre.

Segunda fase

Pero no fue así que España no ha podido aprender a ser previsora en la Historia de sus desgracias, y con más fe en la bárbara ley del terror que en los lazos que forman la justicia y el amor, se apresta al combate y se encara de recio contra la Revolución. El choque debía ser tremendo, pues no así se desarma un pueblo, orgulloso ya con sus primeros triunfos, envalentonado y ganoso de ganar la última batalla. En sus tentativas fracasaron sus dos primeros generales, y mandó al tercero. Natural era que a este le enviase repleto de poderosos elementos y con facultades y órdenes terminantes que, a juzgar por los procedimientos empleados, no debían ser otras que la del exterminio de la raza criolla y la destrucción completa de todo lo que en esta tierra pudiera producir o representar bienestar o riqueza.

Del plan fue por cierto, aunque cruel, bien ejecutado, y a no ser porque los españoles también son mortales, el pueblo cubano hubiera quedado reducido a la última expresión y la Colonia sublevada no hubiera sido sometida, sino la tierra reconquistada, sobre la ruina la bandera de España y su Soberanía imperando por encima de tan lamentable descuajo y de los huesos y cráneos esparcidos por el campote la misma manera que sucedió con los infelices siboneyes cuando la implacable conquista de estas tierras para nuestra desgracia, hecha por Colón y por España.

El General Valeriano Weyler fue el elegido para ejecutor de tan sangriento plan, 200,000 hombres componen su Ejército bien armado y pertrechado, y circunscribiendo el teatro de sus operaciones a la mitad occidental de la Isla, establece valladar inexpugnable y se mantiene a la defensiva en la oriental, bloquea los litorales occidentales, estrecha las distancias con campamentos, establece abastecimientos, líneas de defensa, heliógrafos por todas partes, y en este territorio, que como hábil General ha convertido en un laberinto de defensa y de aprovechamiento, suelta, como perros hambrientos, como tigres feroces, a sus 200,000 soldados, muchos reclutados en los muelles, en las encrucijadas y en los presidios. La consigna estaba dada, nada de perdón, jamás la Clemencia. La desolación y la muerte. "A ese pueblo es necesario castigarlo severamente", le dijo Cánovas a Weyler. "Nada de concesiones: de la Península no pueden ir para Cuba más que fusiles y soldados". Y eso se ha cumplido. Cayeron sobre la infeliz Cuba horas de amarguras y torturas tan tremendas que Weyler debe estar confuso al pensar que no sucumbió al peso abrumador de su espada y de la bravura de sus soldados. Alguna vez pudiera pensarse que quien sabe si tanto odio al pueblo cubano, que a pesar de sus furias dejó en pie con las armas en la mano, le haga daño a su cerebro y lo conduzca al suicidio o a un manicomio, pues que a eso generalmente van a parar los que no son capaces de amar nada en este mundo y no sienten palpitar su corazón a impulsos de ningún sentimiento generoso y dulce.

En tal situación Oriente no puede amparar a Occidente, y los pertrechos de guerra que desde extranjeras playas nos envían nuestros hermanos, van a desembarcar todos en aquellas regiones en donde los españoles no se mueven de sus atrincheramientos y pue-

den conservar, a poco costo, sus posiciones. La trocha fortificada del Júcaro a Morón no permiten el paso a contingentes de refuerzos ni de hombres ni de elementos, y forzar su paso con tal objeto implica operación bastante seria. Y encajonados en ese círculo de hierro los 200,000 hombres nos persiguen y acosan. No hay descanso ni tregua, y los combates son a diario, es inútil regir el combate con una columna porque a pocas millas se encuentran otras. Ya no es tan necesario explorar, pues a pocos pasos debe encontrarse el enemigo. A cada revuelta del camino es preciso poner mucho cuidado pues allí vienen los soldados de Luque o de Ruiz. Al dejar la sabana y entrar en el bosque también allí estuvieron echados sobre el suelo fangoso, en acecho los soldados de Weyler. Unos cuantos cadáveres de gente pacífica, por allí insepultos, denuncian la descarga hecha sobre aquellas víctimas inocentes de tan bárbaro sistema de guerra. Las reses y caballos sacrificados inútilmente señalan el campamento de la columna española. El descuajo de los frutales y el incendio de la casa del laborioso campesino, indican la marcha de los soldados de Weyler. No han cruzado ellos, sin duda, por donde el viajero, al pasar hoy, encuentre alguna de esas cosas: nada en pie.

Las familias, llenas de pavor, se refugian en los grandes montes, pero allí van Reus, San Quintín y los guerrilleros, y las sorprenden. Las escenas ocurridas a la inocente familia cubana en esos asaltos la pluma misma se resiste a describirlas. El espíritu se siente conturbado al contemplar el estupor de la familia bajo el peso de tantos desmanes y crueldades.

El robo, el asesinato, la herida al pudor de la tímida doncella, el padre muerto en presencia de la esposa y de los hijos, el niño perdido en la montaña que espantado huyó por el sebrucal con los pies despedazados. La ley de la reconcentración se cumple, y allá va la columna arrastrando cientos de familias para los pueblos, sin pan ni abrigo. Trofeos sin duda nada honrosos para los soldados que de hidalgos y valientes habían adquirido fama en otras partes para perderla en Cuba ante el fallo solemne de la Historia pese a quien pese, y sin que nos vengan luego con aquello de: "culpa fue del tiempo que no de España". Y no contento el destino con acumular sobre occidente tantas desgracias, nos envió el azote del más terrible paludismo que clarea, más que las balas del ene-

migo, nuestras filas. Y no hay quinina, y nuestros soldados se baten con la fiebre y con ella sufren en la avanzada el aguacero torrencial de la primavera. "No hay casi con quien cubrir el campamento", me dice el Jefe de E. M. "Pues los pocos que quedamos estamos preparados para cualquier evento, mientras las sombras de la noche nos presentaran más seguridad", contesto yo.

Cae Maceo, cae Zayas, Serafín Sánchez cae y otros más. Hasta los tágalos se rinden en Filipinas que también pelean por su libertad. Los españoles se envalentonan y la desgracia se ceba en nosotros, no parece sino que el Destino ha firmado pacto de alianza con España. Pero nuestro espíritu no decae, y luchamos todos con la misma fe y el mismo denuedo, por todas partes, movidos por el mismo resorte, por el secreto y misterioso espíritu de la Revolución que a todos nos anima por igual. Mas esta resistencia irrita al sanguinario Weyler y cansa sus tropas ejecutando una persecución inútil ya, pues nuestros soldados han aprendido a guerrear. Cuando en esto suena un tiro en Santa Águeda.

Tercera fase

He dicho que sonó un tiro en Santa Águeda, y el eco de aquel disparo no se perdió en la Península, que repercutió en Cuba y afectó de manera real el poder militar desbastador de la colonia. El revólver del fanático italiano, suprimiendo al coloso de la política española, destrozaba un dualismo funesto, Weyler de improviso y en mala hora se encontró solo y quien sabe si ha causado desamparo a la Monarquía, que todo puede suceder. Como era natural, a golpe tan inesperado y rudo la confusión debía producirse, las mentiras políticas en la Península debían aparecer claras ante la realidad de la muerte del primer hombre de Estado (¡Cuántas cosas han debido saberse!) y claras también tenían que aparecer las mentiras militares de Cuba. Le vio y se supo entonces que la pacificación de occidente era una farsa, una mentira. El General Weyler había gastado su Ejército y malversado unos cuantos millones de pesos sin haber logrado más que fatigar la Revolución, pero su bandera ondea por todas partes. Fue tan grande y penoso, para los españoles honrados, tan triste desengaño que dudaron de la aterradora realidad, y para estar en lo más

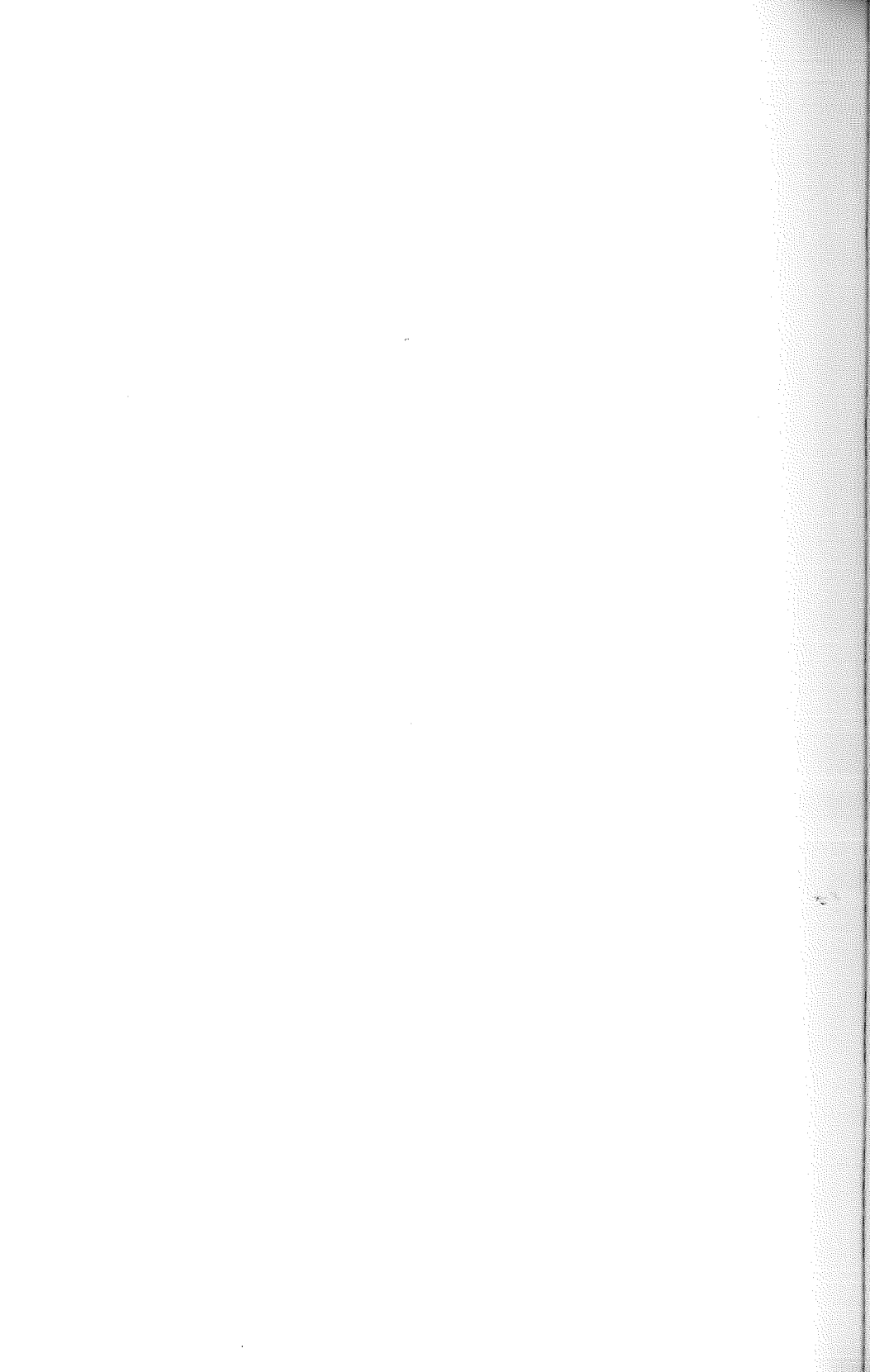
cierto enviaron de inspector a instruir la sumaria de los hechos al honrado e inteligente Don Canalejas. Arrastró este los peligros de la mar y de la tierra y cumplió cual ninguno —como Diego de Balboa atravesando el istmo—, viéndolo todo y se volvió callado, para el Mundo, como hombre discreto, pero a la Reina se lo habrá contado todo. A raíz de suceso tan grave y aun no consolados del duelo la viuda y los parientes del “ilustre desaparecido” surgen otros hombres que se ponen al frente de la situación y entonces y solo entonces es cuando se echa de ver que todo ha sido un engaño, y que la Metrópoli más que nunca injusta y cruel con su Colonia que ha destrozado, se propone a darle satisfacción e implantando un nuevo régimen político reparar tantos daños y borrar tantas perfidias. ¡Tarde y estéril procedimiento! Engañador canto de Sirena que no adormecerá a este Pueblo viril que marcha derecho a su ideal. De súbito es relevado Weyler por Blanco, y se presenta este con un pliego en la mano izquierda que significa “la Autonomía”, pero en la derecha trae desenvainada su espada. Es la panacea de singulares propiedades y administrada a sablazos a este pueblo que Weyler ha dejado adolorido y ensangrentado. Las exigencias yankis obligan a modificar un tanto los procedimientos de la guerra, y siendo este el papel que ha venido a representar el último Capitán General en Cuba es claro que todos sus trabajos y empeños se dirigen a embaucar, pues ya convencida España de que no puede por la acción cruenta de las armas hacer que sucumba este Pueblo heroico, torpe y ciega fía su triunfo en la argucia y el engaño. Las reconcentraciones, método horrible y deshonoroso para España, han dado margen a que el Pueblo americano ejerza, sin que esta lo haya podido evitar, grande influencia en el corazón de los desgraciados habitantes de este fértil País que la Madre Patria ha reducido a la miseria más extrema. Aquel Pueblo, ya sea por generosidad o por cálculo, pero es lo cierto que está enjugando las lágrimas del Pueblo Cubano que llora por hambre, y este caso único en la Historia y que ha amenguado para siempre el prestigio y la hidalguía de España en América, jamás lo pueden olvidar los cubanos y todos los que en el nuevo Mundo simpatizan con su causa. El espectáculo de las disueltas reconcentraciones, es uno de los que más dolorosas impresiones pueden causar al espíritu. “Una mujer desea hablar con Vd.”, me dice una vez un

Ayudante. Dígale que venga, aquella infeliz parecía un cadáver escapado de las tumbas. ¿No me conoce Vd.? No era posible. Es doña Eloína, apenas puede hablar, sin alientos y con el alma traspasada de congoja —y he aquí su historia, que esa misma es la historia de las concentraciones. Ella fue asaltada, su esposo muerto a machetazos en su presencia, cayó exánime a sus pies, un niño se dispersa por la montaña cuyo fin se ignora, la columna la arrastra al campamento, con la familia aterrorizada, es despojada de todas sus ropas, las señoritas desaparecen entre la oleada de soldados y cuando vuelven a donde ella es inútil el llanto que vierten en el seno de su madre amorosa, el daño horrendo está hecho, después el frío, el hambre, el paludismo, todos mueren, y solo esta mujer desgraciada vive que no sabe para qué pueda el Destino haberle conservado la vida. Pero ella viene a ver a Federico, y ya lo ha visto y lo ha abrazado y lo ha besado y le ha contado su historia, y este le ha dicho con arrogancia: “No llores Madre, aún estoy vivo para castigar tantas infamias”. Estos son los dolores que el General Blanco se propone curar con su panacea. Estas son las quejas que pretende acallar con sus nuevos métodos de hacer la guerra. Los grandes dolores que esta nación cubana ha sufrido por causa de la nación española hace tantos años, no cabe en la órbita de los sucesos posibles, que puedan ya curarse con la insensatez autonómica. Eso no encaja ya, cuando mucho tiempo ha que los cubanos moralmente separados de España, que en lo político y real, eso lo está comprobando este inmenso y espontáneo alzamiento y 150 mil españoles muertos en estos campos y cientos de millones consumidos.

Continúe España en su ceguedad, que nuestra resuelta resistencia, le hará aceptar la Paz impuesta por los sucesos, que bien encadenados por esa ley fatal de ellos mismos, irán poco a poco caracterizando la cuarta Fase de la cuestión, que es la Paz. “Nosotros poseemos la Isla, y el Tiempo es nuestro. Vivimos en nuestra propia casa que no nos cobra renta.”

[M. GÓMEZ]

OTROS ESCRITOS



LAS MUJERES¹

8 de octubre de 1898

Siempre y en todas partes son las mismas. Su suerte está confiada al sexo fuerte, libertino y desconsiderado y de ahí que sea muy difícil encontrar una sola mujer, colocada en cualquier punto de la esfera social, que al fin de sus años no haya derramado alguna lágrima, que no haya sufrido algún dolor. Algunas las derraman a torrentes. Lo mismo en Francia que en Alemania, que en Indostaní, de la misma manera en el seno de la sociedad más culta al parecer resplandeciente de luz que en la profunda oscuridad del salvajismo de las tribus errantes del desierto, siempre la escena es igual: ningún derecho y la consideración relativa a su hermosura física la mayor de las veces. La llaga queda oculta y los hombres no somos todo lo bueno que podemos ser, o seguimos siendo malos. Esta es la situación.

Pero en Cuba, país que acaba de soportar la guerra más bárbara que registra la Historia de los pueblos redimidos por la fuerza

1. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, Legajo 27, No 3483.

de las armas —la mujer ha sido la principal expiatoria del cruento sacrificio de este pueblo. Ella ha sido arrancada por la mano cruel de la guerra y arrojada al destierro, o al arroyo, o a la encrucijada. La que ha logrado escapar de tamaña desgracia, habrá tenido que refugiarse en pisos muy altos pero con su corazón destrozado y temblando de pavor por el desgarramiento del decoro público, y nadie se alarme por esta frase, porque en Cuba, la familia que no ha mancillado su virtud, ha debido sufrir el dolor de la mancilla ajena, no por la perversión del sentimiento, porque en esto Pueblo no hay eso (conozco a Cuba) sino por la ley fatal de los sucesos.

En los tiempos de calamidades sociales (y no la puede haber mayor que una guerra) los hombres de corazón deben dar la mano con pureza a la mujer que les salga con sus vestidos desgarrados. Los harapos deben infundir respeto y en Cuba mucho más en estos momentos. Conociendo las debilidades humanas, no es digno ni alentarlas ni aprovecharlas.

Y cuando por desgracia nos encontramos rodeados de gente que no pueden pensar tan hondo y sin ser ellos verdaderos responsables —porque no pueden serlo al equivocar los conceptos— y pretenden perturbar el reposo moral de un pueblo que pide pan y amor, entonces los que mandan deben tocar "Silencio y a dormir".

[M. GÓMEZ]

Boffil, Oebre.8/98

PROCLAMA AL PUEBLO CUBANO Y AL EJÉRCITO²

29 de diciembre de 1898

Ha llegado el momento de dar pública explicación de mi conducta y de mis propósitos, siempre, según mi criterio, en bien del país a que sirvo. Terminada la guerra de España, firmada la paz

2. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, p. 123.

por nuestros aliados —tácitamente— los americanos, creía de mi deber no moverme, sin un objeto político determinado, del lugar donde disparé el último tiro y envainé mi espada, y mientras el ejército enemigo no abandonase por completo la Isla, para no perturbar, quizás, con mi presencia el reposo y la calma necesarios para consolidar la paz ni molestar tampoco a los cubanos con manifestaciones de júbilo innecesarias.

El periodo de transición va a terminar. El Ejército enemigo abandona el país y enterará a ejercer la soberanía entera de la Isla, ni libre ni independiente todavía, el Gobierno de la gran nación en virtud a lo estipulado en el Protocolo de la Paz.

La cesación en la Isla del poder extranjero, la desocupación militar no puede suceder entretanto no se constituya el gobierno propio del país, y a esa labor es necesario que nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento a las causas determinantes de la intervención y poner término a ésta en el más breve tiempo posible.

Mas antes es preciso —por el espíritu de justicia que encarnan— y para que el ejército libertador quede disuelto y vayamos todos a formar en las filas del pueblo, como garantía de orden, que se lleven a feliz término las negociaciones comenzadas para satisfacer en la medida de lo equitativo la deuda que con sus servidores ha contraído el país.

Mientras tanto esto queda resuelto, guardaré mi situación de espera en el punto que crea más conveniente, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a concluir la obra a que he consagrado toda mi vida.

[MÁXIMO GÓMEZ]

Cuartel General en Narcisa, 29 de diciembre de 1898

CONSEJOS DEL GENERAL
(PROCLAMA DE YAGUAJAY)³

29 de diciembre de 1898

Al terminar la Guerra de Independencia.

Para andar más pronto el camino de la organización nacional elegid para directores de vuestros destinos, a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la independencia.

Debéis ser atinados en la elección de ministros, administradores de los intereses del país; que no alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas, antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria, que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía.

La observancia estricta de la ley, es la única garantía para todos.

Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzó el sublime ideal, un brazo fraternal que apriete y una para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear a este pueblo de majestad y grandeza.

Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite para que la obra quede completa. Al aproximarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros a depositar la "siempreviva", junto con una lágrima de guerrero, es preciso en esta obra piadosa, llevar el alma pura de rencores.

Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni a los que se crean más meritorios les ensoberbezca y ciegue el orgullo,

3. En Bernardo Gómez Toro: *Ob. Cit.*, p. 123.

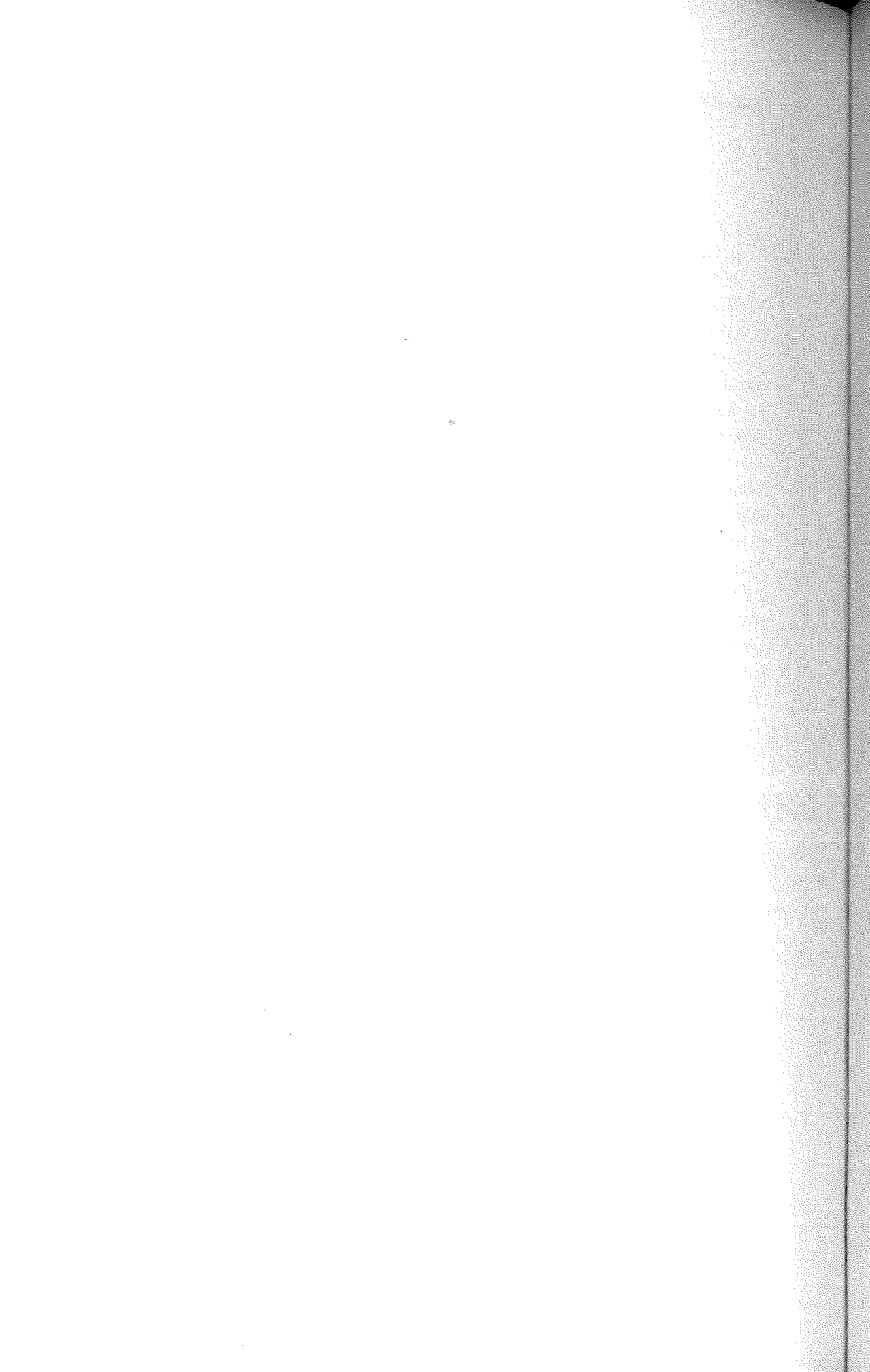
pues por ese camino casi siempre se han perdido muchos hombres, que principiaron siendo grandes y acabaron pequeños.

No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra; no es muy buena para estos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decirse al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

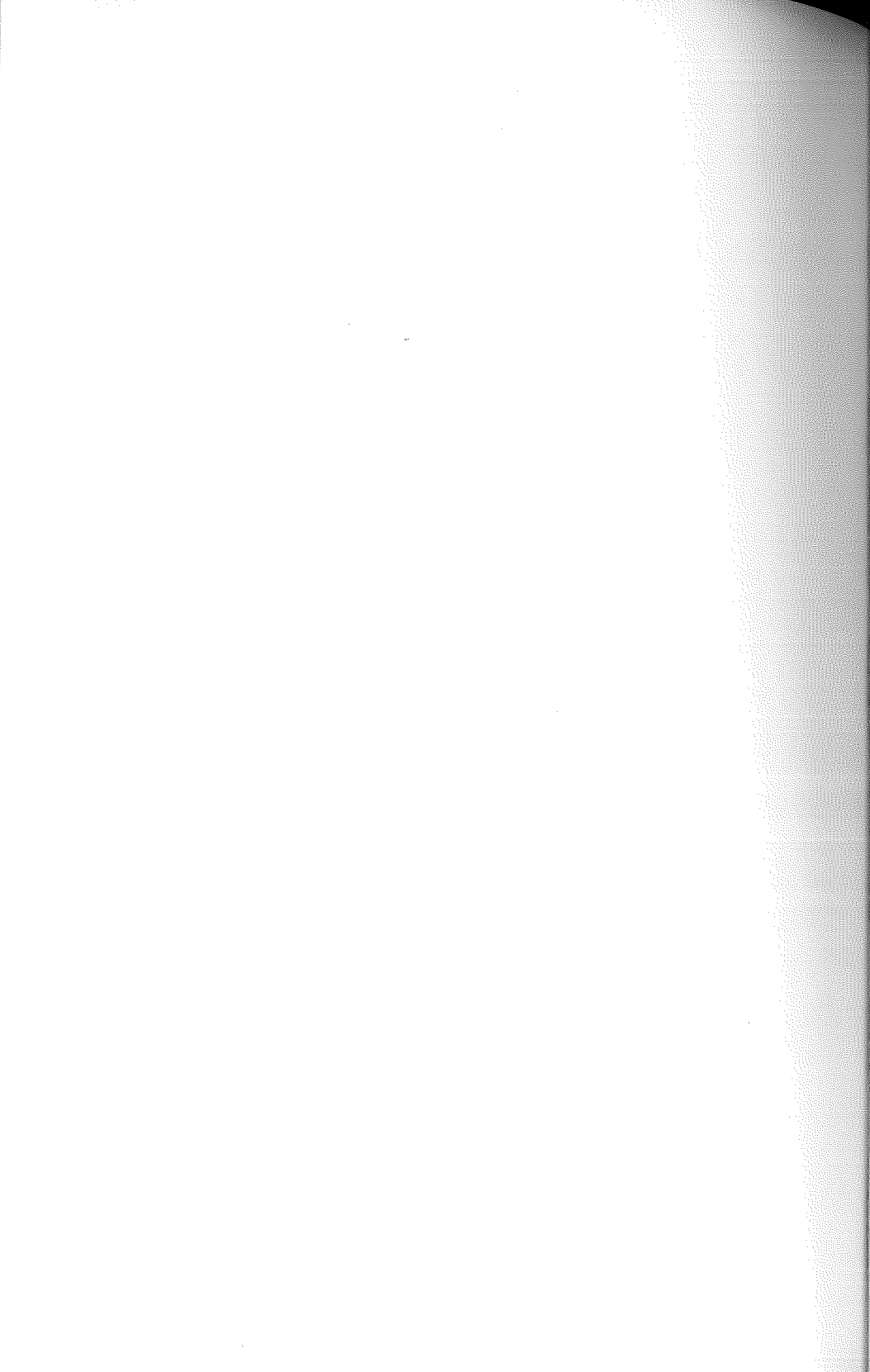
Se tiene que dejar oír el relato de pasadas hazañas. Todo eso cumple a la majestad de la historia; porque si no, se mortifica a los que debiendo, no supieron ejecutarlas, y aparecería como un cargo que los irrita, y predispone los espíritus a la desunión o la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos: el trabajo, la educación y las buenas costumbres —la mejor higiene para preservar el alma y el cuerpo de amargos dolores—, Cuba será próspera y venturosa. Mientras tanto, si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo.

[M. GÓMEZ]



CARTAS Y ESCRITOS DIVERSOS



A MANUEL DE J. DE PEÑA Y REYNOSO¹

Monte Cristi, agosto 10 de 1894

Señor Manuel de J. de Peña y Reynoso,
(Santiago de Cuba)

Leal y querido amigo:

A reserva de ser más extenso en otra ocasión, y quizá con más satisfacción para Ud. mismo en lo que le interesa saber, estas líneas por ahora, solamente pueden servir de simple recibo a su muy estimable del 14 de julio que en buena hora me entregó el atento Jesús.

Lamento muy mucho que Ud. allá en Cuba no esté al corriente —concibo que no puede estarlo— de los sucesos más importantes acaecidos en esta tierra; pues que sin duda de otro modo, no se nos presentara Ud. ahora ignorante de la pronta y favorable reso-

1. Publicada en el periódico *El Montecristeño*, No. 53, 11 de agosto de 1894. Nota de Emilio Rodríguez Demorizi: *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1954, pp. 37-38.

lución acordada por los Supremos Poderes de la República con respecto a la Estatua Duarte, y tan unánime y alegremente apoyada por la opinión del País, por la conciencia nacional. Así desde luego, no se hubiera sentido Ud. flojo o desarmado de entusiasmo, para empeñarse, como lo merece el asunto, en el seno de esa culta sociedad, y excitar la generalidad de las gentes que pueden entender bien la honra que les cabe ayudando al pueblo dominicano en su obra meritoria de honrar un monumento histórico, la memoria del Ilustre Dominicano, que lo es al mismo tiempo una gloria Antillana, como lo es, o puede serlo mañana Carlos Manuel de Céspedes, para Cuba y las Antillas, cuando sus compañeros, vivos aún, de labor y de fatigas en su cruenta jornada de ayer, y sus admiradores e imitadores de hoy, juntos todos, remiten su obra con tan mala fortuna principiada.

Cuando me dirigí a Ud. desde New York, con verdadero entusiasmo solicitando su concurso para un asunto, como este, de especial honra nacional, como dominicanos ambos, también lo hice para cubanos prestigiosos y amigos míos desde la guerra, y radicados ahora en La Habana, Las Villas y Camagüey. Aquellos hombres, sin ocuparse de las resoluciones pendientes y dando el asunto por hecho, me contestaron satisfactoriamente, poniendo a seguidas sus gestiones al servicio del pensamiento, que se propone perpetuar la memoria de Duarte, y han abierto suscripciones para presentar por Cuba y a nombre de Cuba, su óbolo a la gratitud nacional dominicana a favor del Caudillo principal de las libertades patrias de este pedazo de tierra americana.

No se desaliente Ud. mi buen amigo, y haga todo lo que pueda en ayuda de la realización de este pensamiento dominicano que la noble gratitud que lo inspira, como toda obra de justicia, ella baja de más alto que de donde radicamos los hombres y las cosas, y desde luego, mucho y bastante nunca podemos hacer los pequeños, que sobre, para honra y gloria de los que verdaderamente pueden merecer, por sus virtudes el justísimo título de grandes abnegados.

Es necesario demostrar ante el mundo por justo orgullo, por merecida honra, que la República Dominicana ha tenido también sus hombres de la familia de los Bolívar, y que sus hijos todos, le somos reconocidos, en grado igual a lo sublime del beneficio.

Los demás particulares de su citada carta le serán contestados en breve, pues aquí nadie de sus mejores amigos le olvidan, todos le quieren; y yo, que le recuerdo con tanto cariño, deseo verlo en el seno de los nuestros, y que en este mismo suelo querido, donde puede ser Ud. muy útil aún, y donde el Sol calentó su cuna deje Ud. mañana, cuando ya gastado por los años caiga en la tumba, muchos agradecidos que pongan un poco de polvo junto a su cruz. Y ya que morir es ley fatalmente inevitable, hagamos de modo de no morir olvidados, si no para los extraños ¡por Dios! Siquiera para los nuestros.

Mucho cariño para tanto bueno de su hogar y quiéralo como lo quiere su amigo,

[M. GÓMEZ]

OBRA DE JUSTICIA²

DUARTE

*¿Queréis que un pueblo sea virtuoso?
Enseñarle a buscar la virtud en su
propio corazón y en su conciencia; en la
idea del deber, y no en los reglamentos
que le hacen rutinario y servil, ni en la
fuerza que lo envilece.
Todo esto pasa y cambia; el corazón
queda y es siempre grande y libre.*

SAMPER

A los pueblos es necesario enseñarlos a amar y agradecer, así se les enseña a ser buenos y dignos —buenos, cumpliendo sus altos destinos en la constante elaboración por el perenne reclamo del progreso, trabajando, y dignos, rechazando con energía todo lo que pueda lastimar sus más caros intereses, su nombre y su historia.

Y no se puede conseguir eso sin el ejercicio de actos que le formen la conciencia verdadera de sus deberes sacratísimos cumplidos, que le dan prerrogativa del derecho natural para presentarse majestuosamente, a recoger la medalla obligada del mérito, consideración, respeto y amor que la exposición permanente y universal de la civilización humana va repartiendo con exquisita equidad desde Cristo a nuestros días.

Qué alma grande, qué corazón bien templado no se sintió gratamente conmovido cuando, en una hora tristísima de esas que sumergen el alma de una nación en mortal abatimiento, porque

2. Publicado en el periódico *El Montecristeño*, No. 54, 1 de septiembre de 1894. Nota de Emilio Rodríguez Demorizi: *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1954, pp. 150-152.

En este artículo, el General Máximo Gómez destaca el valor cívico y artístico del monumento levantado en honor del Padre de la Patria, cuya autorización al Congreso Nacional para su erección se hizo al través de la histórica exposición de don Emiliano Tejera, que hoy se conoce como "Monumento a Duarte", tal vez una de las páginas más hermosas escritas en honor del Fundador de nuestra República.

sufren la pesadumbre de una gran desgracia—, la Francia, la magnánima, por la generosidad de sus hijos, por su desprendimiento— obliga por un arranque del sentimiento herido en lo más delicado, a retirarse, llenándole los bolsillos de oro al terrible invasor de sus hogares?

La barbarie y la ambición extranjeras en un día aciago para el noble Perú se confabularon con el propósito cruel de arrasar al floreciente Callao sin que aquella plaza tuviese apenas tiempo de aprestarse para la defensa. Las naves de Méndez Núñez con furia y saña ajenas al calor castellano tan bien templado otras veces arrojan sobre aquella plaza cual un nuevo Jorullo o Colima surgido de improviso de aquellas aguas, chorros de proyectiles que caen sobre aquella ciudad esparciendo la muerte por doquiera y convirtiendo aquel lugar de belleza y paz en escombros, ruinas y esparto. Aquello fue una escena triste y horrible. Pero la juventud peruana estaba allí de pie, firme y defendiendo con admirable valor y resolución los fueros de la nación brutalmente atropellados. La causa de la justicia triunfó al fin y las naves españolas plegando sus banderas y desechas y ensangrentadas, tornan su rumbo hacia otros mares a curarse del desastre sin haber recogido ni siquiera una página de gloria para la brillante historia guerrera de España.

Hoy al pasar el viajero por aquel lugar de cruento recuerdo para la América entera, admira con propiedad santísima, con entusiasmo americano un monumento de admirable suntuosidad que la gratitud peruana levantó, dedicado a la memoria de los héroes de aquella sangrienta jornada.

La obra es tan bella como colosal, es magnífica: su base solamente que la forman enormes moles de granito representa un valor extraordinario, y el caudal empleado en obra de tanto mérito fue acumulado en muy poco tiempo por una popular recaudación nacional.

La República Dominicana se ocupa en estos momentos de una obra meritoria iniciada por el patriotismo acendrado de algunos hombres de luces del País. Pero la masa de nuestro pueblo no está bien empapada del mérito de la obra, no tiene la conciencia de su gran valer. La gente de los campos en su mayoría no sabe aún lo que significa la Estatua a Duarte y es necesario hacer caer en la

mente de nuestro pueblo, como semilla fructífera en tierra buena, todo aquello que pueda significarlo. Así se afianza la paz, abriéndose paso al progreso.

Por otra parte ¿no tendría derecho el compatriota pobre del Padre de la Patria a la justa y amarga queja?, porque tal parece que sus centavos humildes no deben figurar en la suscripción nacional al lado de los pesos de aquellos que favorecen la fortuna.

¿Y las mujeres?, ¡la mitad más cara de la nación, nuestras esposas y nuestras hijas! ¿Por qué no invitarlas? Compañeras nuestras en las penas y alegrías del hogar, llevémoslas siempre a nuestro lado en todo lo que sea honorable y embellecedor.

El monumento a Duarte debe ser la obra del pueblo agradecido, y a ese pueblo hay que ayudarle y guiarle siempre alumbrándole la senda que conduce al cumplimiento de deberes altamente honrosos.

El medio más eficaz es la predicación: nuestro pueblo es cristiano y en eso puede hacer mucho la Iglesia. La prensa nunca será suficiente, pues apenas leen solamente los habitantes de ciudades y pueblos. La República Dominicana puede recaudar para su loable propósito una suma fabulosa, aun concretando la colecta a 50 cts por cabeza.

Para la única clase de obras que nunca, jamás, se puede pecar de ostentación es para las que, como ésta, son ofrenda de gratitud que todo un pueblo levanta y perpetua a sus bienhechores, que desafía la furia destructora del tiempo para que después hayan de admirarla las generaciones venideras.

¡Ese debe de ser nuestro orgullo!

Debemos querer y querer es hacer.

[M. GÓMEZ]

A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL³

La Reforma, 29 noviembre 1895

Estimado amigo:

Supongo en su poder mi última correspondencia, que buen cuidado tuve de dirigirle al abandonar la comarca Camagüeyana, emprendiendo marcha hacia las Villareñas.

Aquella carta le decía cuanto importante había ocurrido entre los republicanos; así de favorable como de adverso. Desde la instalación de nuestro gobierno y organización general, hasta la pérdida de jefes buenos y compañeros queridos, como Francisco Recio.

Hasta entonces la campaña había sido floja; lo que nos ha favorecido, pues esa situación me ha dado tiempo a prepararlo todo desde aquel centro. De manera que la campaña de invierno, que nos espera, nos encuentra preparados.

Nos ha favorecido bastante la poca actividad (debido quizás al mal estado de su salud) del Gral. Mella, Jefe del Camagüey. Así pues, podemos decir, usando nuestro término militar: Estamos listos de marcha.

Mi entrada aquí ha sido fácil. Casi triunfal.

Enemigo desconcertado y aturdido: sin bríos. Castigado por la miseria y la fiebre amarilla. Y, para engañarse él mismo y engañar, ha adoptado una ofensiva extraña: persigue a los libres por donde tiene la certeza de no encontrarlos.

Por nuestra parte, nuestro Ejército animoso y rebosando salud. Nadando sobre recursos.

Apenas entré aquí hemos podido apoderarnos de más de sesenta armas y quince mil tiros. Muchos soldados españoles perdonados y devueltos a sus filas —los que no quieren ingresar con los nuestros— pues según mi circular, eso lo dejo a libertad. Como dicen los libres pensadores: "A libertad de conciencia".

Va a empezar la campaña, y lo que dejan de hacer las armas, lo hará la tea; que todo deben convertirlo en armas los pueblos cuando se lanzan a conquistar sus derechos.

3. En Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 47-49.

Como Ud. comprenderá, los de dentro ponen los gritos en el cielo, condenando estos procedimientos para asustar a los incautos, que bien saben ellos, que los recursos de la guerra todos son aprovechables. Y es por eso que lo que se debe evitar siempre es la guerra, pues que, después de empezada ésta, sería una necia inocentada esperar una guerra mansa, cortés y cariñosa.

El Ejército entero a mis órdenes, está ya compenetrado de todas estas ideas y resoluciones, y no hay ya para qué dar más órdenes especiales.

La responsabilidad tiene que caer de lleno encima de España, que es la que tiene que garantizarlo todo. Nosotros no tenemos más que un solo deber que cumplir: el de triunfar. Y para llegar a esa realidad política: todos los medios son buenos.

España si no sufriera estúpida obcecación, pudiera salvarse y salvar a Cuba, economizando tanta sangre y tanta ruina.

He aquí el problema: la Isla de Cuba puede poseer más de 300 millones de pesos en riqueza agrícola y pecuaria, arrasable todo eso por la mano terrible de la guerra. Además ella tendrá que gastar algunos millones más para sostener la guerra y concluir con la insurrección, si le place gozar con esa ilusión. De modo que con lo que deje de gastar y lo que salve, ya puede Ud. sacar cuenta a donde iremos a parar con los millones, España, pues, pudiera muy bien vender a los cubanos, lo que es de ellos mismos, mediante 200 millones de pesos, que de seguro ellos aceptarían, antes de destruir o cegar la fuente de donde naturalmente han de sacar el dinero para cubrir sus compromisos.

¿No hace eso, España?... pues de seguro que aquí no quedará piedra sobre piedra. Y hasta la riqueza intelectual huirá anegada en sangre y devorada por las llamas.

Esa es la situación. Esa es la resolución de este pueblo cansado ya de tantos vejámenes, de tantos desprecios y permanentes engaños.

Se puede decir a la faz de toda la América y hasta de la Europa: "que no hay pueblo más honrado, más manso, más trabajador, y más ilustrado, que el pueblo cubano". Y cuando un pueblo, dotado de estas nobles y relevantes condiciones, se lanza resuelto a una lucha como la que sostiene y de la cual no puede cejar... ¡cuánto dolor no habrá acumulado en el corazón y la mente popular! ¡Y

qué justa y cabal debe ser la cantidad de derechos y justicia que reclama de su madrastra cruel y despiadada!...

Pongo término aquí, pues los hechos han de ser más elocuentes que las palabras.

Debo suplicarle salude, a nombre mío, a nuestros amigos y compatriotas; y mientras tanto créame Ud. su más affmo,

[M. GÓMEZ]

A última hora: Me traen el parte curioso de que gruesa columna española de las tres armas va en lo que ellos llaman "operaciones" por la zona de Jobosí, distante ocho leguas opuestas con la tea y el terror. Mejor, pues de ese modo, ellos por un lado y nosotros por otro, acabamos más pronto.

[GÓMEZ]

A FERNANDO A. MERIÑO⁴

Santo Domingo, enero 4 de 1886

Ilmo. Rvmo. Monseñor Fernando A. de Meriño,
Arzobispo de Santo Domingo.

Mi respetable amigo

Sin saber de una manera positiva y clara la causa que motiva mi prisión desde antes de ayer a las seis de la mañana, por disposición del Gobierno de la República, no podía dejar de dirigirme a hombre como usted para que sea uno de los que figuren en el tribunal del público parecer con su valiosísima opinión, que es el

4. En Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 130-132.

que debe juzgar tan inesperado acontecimiento que pudiera perjudicar en tal caso mi reputación de hombre público perteneciente, hoy por hoy, a la noble causa del pueblo cubano.

Yo respeto y acato las disposiciones del Gobierno del país donde me encuentre como hombre pacífico y de orden; pero es el caso que antes de ayer, en las primeras horas de la mañana, sin que mediara antes ninguna explicación, y de la manera más violenta, se me ha conducido desde mi habitación al lugar donde me encuentro. Dos horas después, el Sr. Ministro del Interior, acompañado del General Casimiro de Moya, han venido de parte del Gobierno para mi seguridad personal; pues el Gobierno había descubierto una trama para asesinarme y aunque no dejó de extrañarme la manera inconsiderada de tratarme, la suponía más bien exceso de celo del que cumplía la orden de ponerme preso, por culpa del Gobierno que la daba y hasta me sentía agradecido, esperando que en seguida se apresaran o persiguieran los gratuitos enemigos de mi vida.

Hoy es muy distinta y diferente la causa de mi prisión, según me acaba de decir el General Casimiro Moya, sin que el Gobierno me haya interrogado para nada.⁵

Se me supone interesado en la política interior del país en apoyo de maquinaciones en contra del Gobierno constituido, y no acierto a explicarme cómo el Gobierno haya podido dar oído y crédito a intrigas de ese género en contra de mi humilde personalidad que, de seguro, deben de ser de origen español; pues todo el mundo sabe, y lo saben bien los dominicanos, que yo ando persiguiendo un ideal más bello, en pos de cosa más verdadera y positiva cual es la independencia de Cuba y yo no cambiaría por nadie, ni por nada de este mundo la posición social y política que diez años de titánica lucha en los campos de la infeliz Cuba me han dado ante aquel pueblo agradecido, que me espera para que viva en su seno. Además, ningún provecho alcanzo yo a ver, como no lo verá ningún hombre de juicio y pensador, para la causa que yo defiendo en una convulsión política en la República Dominica-

5. El General Moya no era miembro del Gobierno; más bien creo que como intermediario se interesaba por mi libertad (Nota de M. G.)

na, a menos que España (y eso es un absurdo) se viera envuelta en ella y, aún así, yo sería un infame, y eso no puedo serlo yo, si a costa de la paz de mi patria rebuscara medios para hacer la guerra a España en Cuba.

Mi corazón no siente odio hacia nadie ni por nada y sólo cuando los hombres están inspirados por ese innoble y fatal sentimiento, es que no se detienen en los medios de llevar a cabo sus empresas.

Sabe bien el Gobierno, lo sabe usted, y lo saben también otros hombres serios y honrados, que yo he venido aquí a reclamar diez mil pesos que me adeuda el Gobierno, cuya suma apronté con mucho gusto el año pasado en New York, al Cónsul dominicano para la compra de armamentos, que él mismo condujo a los arsenales de esta plaza, al llegarnos la noticia de que sería fácil rompiese la guerra con la República de Haití, cuya deuda se me pagaría oportunamente.

El asunto aún no se ha podido arreglar por escasez de numerario, más por ventura, ¿puede caber en mí la estúpida idea de que una revolución intestina puede facilitarnos los medios mejores a mí o al Gobierno para pagar deuda tan sagrada? O idea más estúpida aún.

¿Me prometería yo a reembolsar mi dinero con el triunfo dudoso de una revolución que, en tal caso, indudablemente traería al país un Gobierno más pobre, mucho más que el actual (por consecuencia de ella misma) que no ha podido pagarme?

Nadie es capaz de considerarme pensador de esa manera, y menos razón cuando hay alguien que sabe que sólo esperaba el regreso del General Ulises Heureaux de Pto. Plata para, de acuerdo con él, ver la manera de tener una conferencia privada con el Presidente para arreglar el negocio, valiéndonos en todo caso de la iniciativa individual de nuestros amigos, puesto que yo me encuentro ya violento porque los asuntos de Cuba, confiados a mi dirección y cuidado, reclaman mi presencia en otros países.

Suplico a usted, Padre y buen amigo, que me proporcione una entrevista con el Gobierno o con algún delegado de él; pues yo no quiero mi libertad sin que se aclare bien mi conducta, ni mucho menos que, al ausentarme otra vez de mi patria, quizás para no volver, quede ni un solo dominicano disgustado conmigo.

No sé; pero como los hombres cometemos tantos errores es posible que yo haya cometido alguno; si es así, me encuentro dispuesto a subsanarlo como hombre de conciencia y de orden.

Como siempre su affmo y leal amigo,

[M. GÓMEZ]

AL GENERAL ULISES HEUREAUX⁶

Sr. General Ulises Heureaux⁷

Pto. Plata

Mi estimado General:

Violentamente se me ha puesto en la cárcel y en ella permanecería, a menos que de la misma manera se intentara sacarme, esperando que usted y el General Luperón se trasladen a esta capital.

Habemos hombres que, cuando se les pone presos, no pueden admitir su libertad como un hombre vulgar, y esta idea me habría impuesto el deber de preferir quedarme en la prisión mientras no saliera como es debido en mi caso y circunstancias. Mas como el permanecer en esta misma cárcel en comunidad de otros presos que no conozco, me impediría ocuparme de los asuntos de Cuba con mis subalternos con la profunda reserva que ellos requieren, y abandonarlos por esta causa sería inferir una grave herida a la revolución; bajo tales conceptos y dispuesto como estoy a sacrificarlo todo por la independencia de Cuba, he suplicado, por medio de mis amigos, al señor Presidente, para que me conceda cambiar el lugar de mi prisión actual por el de una casa particular de persona respetable y de la confianza del Gobierno, donde, aunque preso, pueda yo mientras tanto, despachar los asuntos a mi encargo.

6. En Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 134-139.

7. Otra de igual tenor fue dirigida al General Luperón. (Nota de M. G.)

Después de repetidas instancias y todas ellas desechadas, al fin se me ha concedido pasar a la casa de la Sra. Josefa Castillo de Vidal donde permaneceré hasta tanto se resuelva todo lo pendiente en mis dichos asuntos.

Como siempre su leal amigo,

[M. GÓMEZ]

Después de todo ese aparato de energía aconsejado sin duda por el temor, la duda o la mala intención, el Gobierno al fin me restituye a ficticia libertad el 12 puesto que el 15 se pone en mis manos un pasaporte que, traducido literalmente, en sustancia dice así: "Lárguese Ud. del país en el vapor norteamericano que se encuentra en el puerto". ¡Triste libertad acompañada de un pasaporte!

Supliqué entonces al C. Presidente me permitiera pasar algunos días en Pto. Plata, donde tocaba el vapor que debía conducirme, para arreglar algunos asuntos de familia, y la contestación a mi súplica fue enviarme un pliego cerrado dirigido al General Luperón en el cual se autorizaba a dicho General para que me dejase desembarcar. Así lo hice.

No se extrañe no ver aquí las contestaciones a las cartas dirigidas a los Generales Luperón y Heureaux, con ambos he hablado detenidamente y entiendo que se interesaron por mi libertad.

Y respecto a mi dinero, ese asunto, por fortuna mía, quedó "pendiente de pago" y ya se sabe la elasticidad de esa frase cuando con gobiernos se entra en tratos en negocios de dinero. Aquí cabe muy bien lo de aquel adagio vulgar "vine por lana y salí trasquilado".

El señor Gobernador civil y militar de Santo Domingo perdió una bellísima ocasión de con un rasgo de exquisita delicadeza y dignidad, colocar su nombre en este asunto, a la altura del de pocos antillanos con sólo haber dicho las siguientes palabras: "Yo no firmo ese pasaporte del señor Máximo Gómez, y mucho menos en los términos que se me manda extender, si antes no se me envía un giro por la suma que yo sé que se le debe para incluirlo bajo la misma cubierta a ese señor".

Ese atentado directo contra su pan hubiera sido de favorables trascendencias para la honra de la nación a que todos pertenece-

mos y a él no le hubiera faltado pan, no porque le hubiesen venido de los hombres, pues los hombres casi siempre volvemos mal por bien; pero sí de la Justicia Oculta que jamás deja de premiar las buenas acciones.

Así principia a estribarse la historia de los hombres que ninguno por reducido que sea el círculo que ocupa en el vastísimo de la humanidad, allí deja de tener la suya, si como debe creerse, todos debemos pensar que venimos aquí no a vivir por una eternidad para la familia, para la sociedad y para la Patria a la que todos le debemos.

Dejo a los hombres de mi país, pensadores en los asuntos así pequeños como grandes, que en ella se sucedan, en completa libertad para juzgar y formar juicio sobre lo que acaba de acontecer.

Dos poderosísimas razones, que respeto, me aconsejan no entrar en consideraciones de ningún género: la primera un sentimiento de delicadeza que me prohíbe tender en mi propia causa; eso corresponde a los demás hombres. La segunda, que sería confundirme sin sacar nada en claro de la tenebrosa política que impera en estos aciagos momentos en mi Patria, y que no cuadra a mi modo de ser ni halaga mis nobles propósitos.

No deben tampoco entristecerse los hombres de corazón, hijos de mi tierra, por todas esas cosas que en ella se suceden; no lamenten el desprecio y la injuria hechos a un soldado defensor de la buena causa de nuestros hermanos ni piensen por un momento que este incidente, desgraciado solamente para mí, por lo que me ha hecho sufrir, arroja una mancha sobre el pueblo dominicano: no, y mil veces no.

Importa muy poca cosa para un hombre, átomo viviente que en vez de mandar a poner un cubierto más para que se siente en el banquete de la familia, como huésped, se le arroje de la cocina o a un calabozo como a un perro.

Ni la injuria ha lastimado el honor del soldado, ni los pueblos pueden ser nunca responsables del maleficio de la política de tráfico o granjería implantada por su gobierno, como no alcanza tampoco a un gran pueblo, a una nación, la degradación que revele un hecho cometido por algunos de sus hijos.

Siempre se irá adelante, porque no obstante que del nefando maridaje del miedo y la ignorancia, nazca el absolutismo, alejándonos de la República, ese monstruo sólo vive la vida del mosquito.

Nada puede ser estable que tenga por base la injusticia, y cuando se sabe que de esa falta adolece el Poder, ningún derecho tendrá él al amor y al respeto público.

Así deben entenderlo los Gobiernos que quieran merecer ese nombre.

No hay un pueblo malo sobre la tierra, y por eso, como ha dicho un gran hombre cuyos restos cubrió ayer la tierra, "nunca faltarán ángeles que batan sus alas sobre las desdichas de los hombres y de los pueblos".

Por lo que hace a mi conducta y comportamiento durante mi presencia en el país, ella ha sido bien notoria: como hombre social he debido ser un transeúnte completamente indiferente para la policía, como no fuera para llamar su ayuda; no creo que he faltado en lo más mínimo a los delicados deberes que nos imponen el decoro y la decencia, y estoy seguro de no haber sembrado un agravio en corazón ajeno; porque he pasado en mi Patria las horas, que una dichosa casualidad me ofreció, en las fiestas de la familia y con los amigos y los viejos conocidos de la familia, que de ella componen estos y aquellos la principal parte, que bien malo debe ser y desgraciado a la vez el que no cuente con ninguna o con pocos amigos.

Como hombre político mal pudiera yo, estimándome como me estimo, tratar de inmiscuirme en la política de Santo Domingo sin nada en perspectiva, por temor a mi insuficiencia como hombre de Estado, que halague mi ambición, ni nombre, ni gloria: ni siquiera dinero (suponiendo que ese fuera mi ideal) como no sea por medios no muy santos; pues por los buenos y honestos que son los únicos que pueden tener a mano, los hombres que se respetan, porque se sienten valer, hasta los presidentes que han bajado del sillón con las manos limpias, como Meriño y Billini, han vuelto inmediatamente a sus negocios propios pidiendo prestado al amigo o hipotecando al usurero la casa para darles pan a los suyos. ¿Qué son doce mil pesos al año que gana un presidente? En cualquier parte se consigue esa suma con el trabajo honrado, sin exponer tanto la tranquilidad de espíritu, sin perder tantas horas de sueño y sin recoger por cada una sonrisa miles de maldiciones; porque en el desconcierto político en que se encuentra el país y las dificultades de su hacienda, el Presidente de la República debe ser para que sea bueno el sanalotodo de las viejas.

Por otra parte pensando yo siquiera en semejantes propósitos faltaría a la vez a sagrados compromisos de honor y de orden más elevado. Tampoco como conspirador eterno contra el poder de España en América, pudiera yo con descanso o sin él, elegir a mi Patria como cuartel general de mis operaciones prevaleiéndome imprudentemente para eso del poco nombre que allí pueda tener y de mis relaciones de familia, porque si en otros países he tenido grandísimo cuidado de respetar las leyes de neutralidad, con mayor razón en mi tierra, que tanto amo, natural que fuese más escrupuloso para evitarle inquietudes y disgustos con una nación con la cual sostiene relaciones de leal amistad.

Quiero y respeto a mi país, no siento odio tampoco para España; sé también cuánto deben respetarse los hombres que gobiernan, y yo a mi vez conozco el punto hasta donde se puede llegar sin comprometer intereses de ningún género en demandas de simpatías, protección y amparo para la justa causa de la independencia de un pueblo. En nombre de ese grandioso ideal, de la justicia y de la razón, me he dirigido, me dirijo y me dirigiré siempre a los dominicanos, a los españoles, a los americanos en fin, para que nos ayuden a la realización de una obra que es en beneficio de todos.

Todo esto lo hago sin alarde, por respeto profundo a la causa que defiendo, y sin temor, porque el espíritu de justicia que ella posee me inspira a la más inquebrantable resolución de prestar mi incondicional ayuda a la futura patria de mis hijos. Ahora, dominicanos, decid a quien lo dude que vine lleno de amor y gratitud al suelo venerado en que nací, no para olvidar y empequeñecer la empresa de justicia y libertad a que he consagrado toda la fuerza de mi alma y toda la energía de la conciencia; sino para ejercer derechos, cumplir deberes y arrostrar responsabilidades que ella impone; decid que vine a tomar fuerzas, no a perderlas, y que la misma injusticia de que he sido víctima ha fortalecido en mi espíritu mi devoción a la Patria.

Me retiro, y acaso para siempre; pero me retiro sin encono ni tristeza. Sin encono, porque jamás ni a él, ni a la envidia, ni a la ira he dado abrigo. Sin tristeza, porque me necesito superior a lo pequeño, y no pueden entristecerme contrariedades que me fortalecen y me hacen más valiente.

Cuanto deseo, cuanto he tratado de conseguir, es que los dominicanos todos me devuelvan afecto por afecto, grata memoria por recuerdos gratos, fraternidad por fraternidad y que los hombres y los pueblos de América latina no juzguen mal de mi Patria por un pequeño error de que ni ella no yo somos responsables.

A FRANCISCO GREGORIO BILLINI⁸

Las Villas, Cuba, 8 de febrero de 1897

Mi querido primo:

En mi poder una tuya, y tus quejas por mi silencio me convencen que mis cartas se han perdido, pues te he escrito mucho, pero me parece que lo he hecho tres o cuatro veces.

Conté siempre que tú serías uno de mis primeros amigos para ponerse al lado de mi dolor profundo, y llorar conmigo la trágica muerte de mi virtuoso y amado Panchito. No había sin duda llegado hasta ti la noticia de esa desgracia mía, puesto que no te refieres a ella, pero es lo cierto que cuando tú, y muchos dominicanos hayan sabido tan triste suceso han debido sentirlo, pues mi hijo era una esperanza para la Patria, y para la familia.

Perdóname que te hable tanto de mi hijo muerto, pero él supo morir como un héroe honrando a los dos pueblos. Tócame a mí buscar a su matador, Cirujeda, y hacerlo morder el polvo.

Esta guerra sigue, sostenida por los crímenes horrendos de Weyler, rabioso por los triunfos alcanzados a poco costo, por nuestras armas. España toca ya al término de su dominación en Cuba, por falta de fuerzas vivas de todo linaje que ayuden a perpetuarla. No cuenta ya ni con soldados, ni con dinero ni con la opinión. Y es lo más malo y triste, para ella, que al plegar su bandera, al dar la espalda a esa tierra, no dejará en ella, ni las simpatías ni el agradecimiento, y todo por haber derramado tanta sangre inocente, y haber hecho derramar tanta lágrima a la mujer cubana.

8. En Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 50-51.

Tiempo hubo de salvarse España salvando a Cuba; bien se lo pronostiqué al Gral. Martínez Campos, pero ni él ni su Gobierno hicieron caso, y soberbios y ofuscados, todo lo fiaron al éxito de las armas, como si aún triunfando, por ese medio violento y cruel hubiese podido después contar con la verdadera paz en Cuba. Ahora tendrá que pactar de cualquier modo y tendrá que conformarse con menos.

La muerte del Gral. Maceo, como sucede con todas las cosas de este mundo, los primeros días causó impresión, pero después ese pesar se ha ido pasando, y como pronto acudí a cubrir su falta, la campaña no se ha resentido de su falta de modo notable. Ya tengo otro General inteligente y valiente en la Provincia de Pinar del Río. Y seguimos adelante con los mismos bríos y la misma fe.

Saluda mis amigos; para la familia toda, mis afectos, todo mi cariño, y te quiere tu primo,

[M. GÓMEZ]

A FRANCISCO GREGORIO BILLINI⁹

Las Villas, Cuba, 10 diciembre 1897

Mi querido primo:

La tuya de octubre en poder mío, y a la verdad no sé cómo te quejas de mi silencio pues siempre te escribo y te informo de nuestros asuntos y del estado de esta lucha.

Acabamos de realizar un acto de verdadero y trascendental provecho, como lo es la reunión de la Asamblea para la Constitución de nuestro Gobierno. Allí hemos llevado nuestros mejores representantes y todo ha sido a la medida de nuestros deseos. Asunto era éste que me quitó el sueño hasta verlo realizado, pues pensé que los españoles tratarían de estorbarlo, para colocarnos en si-

9. Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 55-57.

tuación desairada; pero no pudieron lograrlo a pesar de sus trochas y de sus innumerables columnas en operaciones y logré pasar sin peligros ni trastornos a los Representantes de Occidente para el centro y allí en plena tranquilidad se han terminado nuestros trabajos de nueva Constitución.

Tenemos un nuevo Gobierno compuesto y dirigido por hombres competentes. Y como era natural, yo, como se dijera, rendí mis cuentas ante la Asamblea e hice entrega del mando del Ejército, para que nombraran otro general en sustitución mía, al cual quedaría yo subordinado si así se me ordenase. Pero la Asamblea no ha querido aceptar mi renuncia y probablemente tendré que seguir en el destino.

Se marchó ya el pacificador Weyler, el General de las trochas. Este hombre funesto no ha dejado en Cuba solo una cosa en pie, una entidad: el Ejército Libertador. Con todo lo demás ha concluido, no ha dejado nada que produzca, más que una cosa: el disgusto que en este pueblo que ha herido de muerte, ha sembrado para que España lo coseche por muchas generaciones. Se marchó el Gral. Weyler y llegó su sustituto el Gral. Blanco y como al decir de su prensa este viene a salvar a Cuba con la autonomía y con política nueva, pienso que el nuevo general venga engañado u ofuscado o padeciendo las dos afecciones a la vez. Nosotros no podemos permitir que lastimen y ofendan los principios que sustentamos y defendemos, con semejantes indecorosas proposiciones. Mucha sangre se ha derramado por la independencia, muchas lágrimas han vertido las madres cubanas, mucho niño ha muerto de hambre por salvar el gran principio hasta llegar a la realización del bello y honroso ideal. Mucha ruina y desolación cuesta a esta tierra su santa causa de emancipación, para que los hombres que hemos promovido y dirigido todo eso, permitan que con ellos se trate de otra solución que no sea otra que aquella que vinieron a conseguir con las armas en los campos de batalla. España —supongo yo— daría la autonomía para sus leales, para ese partido que tanto ha suplicado, porque no debemos creer, que por degradada que parece estar esa Nación llegue a tal extremo de perversión del sentimiento nacional que descienda a proponer semejante cosa a los alzados, que es más deshonrosa que la independencia que engrandece tanto a quien la recibe como a quien la concede

sea cuales fueren las circunstancias que a ello impelieran. Y si en el Partido propiamente llamado "Partido Autonomista Cubano", militan hombres de honor como lo creo que son todos, tampoco harán caso de una solución que ha llegado tarde y cuya concesión les es otorgada por la actitud enérgica y viril del Partido Separatista, la misma que años tras años con paciente humildad suplicaban, precisamente muy bien inspirados en el bien de Cuba y España, según ellos, para conjurar la catástrofe.

Esos hombres honrados, y cubanos al fin, tristes hoy y acongojados por lo inútil del empeño y la pérdida de tanto trabajo bien hecho en épocas muertas y que contará la Historia, muy bien pudieran en estos momentos históricos (aquellos) parodiando aquella célebre frase, decir al General Blanco: "A este asno muerto, la cebada al rabo".

Perdida España en España misma; sin directores, más que hombres viejos, achacosos; sin dinero y sin crédito, mal puede salvarse en Cuba y Filipinas sin la paz. Eso lo entiende el gobierno, pero está en su deber hacer el último esfuerzo mientras prepara la opinión y declarar que ya España ha salvado el honor de sus armas en Cuba y basta ya de guerra, de una guerra que ella no puede sostener y no es una mengua tratar con su Colonia.

Ahora, aún puede España resarcirse con algunos millones de pesos de indemnización y quedar reconocida en América como Nación justa y amiga de la principal de sus colonias emancipadas. Las hondas heridas que ha inferido la guerra; las divisiones y los odios y los rencores, todo eso queda borrado con la Paz, pues no hay amistad más verdadera que aquella que nace al calor de la reconciliación sincera entre dos bravos combatientes que larga lucha han sostenido. El abrazo de cubanos y españoles en Cuba, bajo la bandera de la República, sería el acto más solemne y hermoso que pudiera verse en América.

Y mientras te enteras de estos juicios míos, nos preparamos para la campaña de invierno en mejores condiciones nosotros, para combatir con los soldados enfermos y cansados, restos del Ejército destrozado de Weyler, que es lo que ha encontrado el General Blanco.

Siempre te diré cómo andamos por acá aparte de lo que puedas sacar en claro de las nebulosidades de la prensa enemiga que en uso de su exclusivo derecho habla de las cosas como le conviene,

sencillez que está en desuso entre gente seria, pues la verdad es una y nada más.

Tu primo que te quiere,

[M. GÓMEZ]

CARTA ABIERTA
A BERNARDA TORO DE GÓMEZ Y A LOS DOMINICANOS¹⁰

Habana, abril 2 de 1899

Por todo lo que me dices en tu cariñosa carta, bien comprendo que estás mortificada con las noticias, siempre abultadas por la distancia, de las cosas que aquí pasan. Que llegarán allá desfiguradas, me lo presumo. Voy, pues, en este momento de vagar de espíritu, a tranquilizar tu ánimo y el de mis compatriotas, refiriéndoles lo esencial de los sucesos ocurridos.

Debo de principiar por el principio.

Sosteníamos la lucha firmes y decididos, con brío en el brazo y fe en el corazón, contra un enemigo formidable. Entonces éramos pocos. Muchas energías dormitaban, o se habían atrofiado o no existían. De repente los hombres del Norte declaran la guerra a España, viniendo a ser, por la fuerza del suceso, nuestros aliados. La reacción entonces fue poderosa y comprendimos que poco o nada teníamos que hacer. Muy pronto el armisticio mandó alto al fuego y quedaron frente a frente los ejércitos combatientes. Yo envainé mi espada en el mismo punto que mis soldados dispararon el último tiro, y esperé. Quedé abandonado de cubanos y americanos; pero con mi conciencia tranquila al pensar que había terminado felizmente mi misión, acariciando entonces la idea de volver a tu lado y besar a mis hijos.

10. La Habana, Imprenta y Estereotipia de *La Lucha*, 1899. Reproducida en: Emilio Rodríguez Demorizi, *Ob. Cit.*, pp. 78-86.

Mientras el desarrollo de los acontecimientos, la Asamblea, en uso de sus facultades, toma todos los acuerdos que cree convenientes, siendo uno de ellos el enviar una Comisión a Washington en solicitud de dinero para socorrer a nuestros soldados y disolver el Ejército. Deben guardarse las armas, y los brazos que vuelvan al trabajo para levantar el país que la guerra ha dejado en escombros. Transformación necesaria que inspira el patriotismo santo y levantado y el amor sin sombras a la tierra heroica.

Cuando extraoficialmente llegó hasta mí la noticia de aquel acuerdo, lo celebré. Me atormentaba la situación precaria de los nobles combatientes, sin pan, desnudos, viviendo escasamente de las limosnas que nos daba un pueblo agradecido pero muy pobre. La Asamblea había resuelto con buen tino el problema no habiendo, por tanto, la necesidad de sostener una ridícula situación de fuerza ante el poderoso poder interventor que, según el programa de todos conocido, debía ocupar militarmente el país. La comisión regresó después de haber alcanzado el mayor éxito posible en sus gestiones, informando que el Presidente de los Estados Unidos facilitaba 3,000,000 de pesos a los cubanos para aliviar la situación de los buenos combatientes por la libertad. Acto generoso que yo supe y sé apreciar en cuanto vale.

Esperé siempre tranquilo, aunque sufriendo las amarguras hasta del hambre, en mi cuartel del "Central Narcisca", en la jurisdicción de Remedios, con un pueblo entero hambriento, desnudo y enfermo que se me vino encima buscando consuelo, abrigo y salvación. Las dificultades y angustias para mantener ese pueblo y las tropas a mi inmediato mando pueden ya suponerse, restaurado (poniendo yo especial empeño en ello) el principio de derecho a la propiedad, una vez se mandó alto al fuego y a la paz.

La Asamblea se había situado en Marianao. Ignoro lo que hacía.

Así las cosas, se me presenta en Remedios Mr. John P. Porter, comisionado especial de Mr. MacKinley, inquiriendo si yo estaba resuelto a aceptar los 3,000,000 de pesos e invertir en la distribución de esos socorros, contribuir a resolver el problema del licenciamiento del Ejército y, finalmente, pasar a La Habana a ayudar en que me fuere consultado, al general Brooke, hoy autoridad superior en la Isla de Cuba y representante del Gobierno de los Estados Unidos. A todo esto contesté a Mr. Porter que sí, pues enten-

día que con ello serviría a los intereses de este país en escombros, y se daba el primer paso en el camino de su reconstrucción y vida ordenada. Este señor me entregó al mismo tiempo una carta del general Brooke, sustancialmente en el mismo sentido.

Después que Mr. Porter se retiró con mi contestación, preparé mi marcha para La Habana, a cumplimentar mi palabra, dando a la vez parte de lo esencial a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea, y dejando los detalles para explicarlos personalmente.

Efectué mi entrada en esta ciudad el 24 de febrero, y, como era natural, al siguiente día fui a presentarle mis respetos al general Brooke, primera autoridad de la Isla. Hecho el ofrecimiento de mis servicios, gratuitamente, para solucionar algunos asuntos en bien del país, principalmente todo lo relativo al licenciamiento del Ejército, quedamos en que él hiciese traer en seguida los tres millones de pesos que la Comisión de la Asamblea había podido conseguir del Presidente de los Estados Unidos para socorro de nuestros soldados.

En esta entrevista sólo se trató de lo mismo que la Asamblea había hecho y debía desear, como lo deseábamos yo y todos. Había conseguido los tres millones de pesos y deseaba el licenciamiento del Ejército para que todos fuésemos a trabajar, cesando desde luego la ridícula situación de fuerza que sosteníamos, el país se sintiese poseído de confianza, más desembarazada la acción benéfica del gobierno interventor, y desarrollando toda la fuerza de su iniciativa el espíritu público en Cuba y fuera de Cuba. Inspirado en estas ideas, largo tiempo acariciadas por mí, palpando ya los beneficios de la política de fraternidad y concordia entre todos los habitantes de la isla —no teniendo que recordar el pasado para nada— y agasajado cariñosamente por este pueblo, te confieso que me sentí el hombre más feliz del mundo, pensando que ayudaba a los cubanos en la paz como les había ayudado en la guerra, terminando pronto el periodo de la organización y el país marchado a la obra de su reconstrucción, haciendo por este medio, único, innecesaria la ocupación militar extranjera, y Cuba surgiendo República independiente, libre, cordial y bien ordenada.

Pensaba, terminado esto, dirigirme a esa tierra amada a caer en los brazos tuyos y en los de mis hijos, sin necesidad de que tú vinieras aquí, reuniéndonos en el mismo lugar donde los abandoné en

noche inolvidable para nosotros. Pero el destino me había reservado una nueva dolorosa prueba y soportar la contrariedad más amarga por lo que envuelve de ingratitud y de calumnias.

He aquí lo que ocurrió, tan sencillo en su forma como trascendental en su fondo; cosa que resulta siempre en acontecimientos de esta clase en que van lastimados el orden, la moral, los grandes sentimientos, la justicia y el decoro nacional de un pueblo.

La Asamblea se reúne, mas sin carácter oficial, y me llama; actitud ésta que me extrañó. El Presidente manifestó que aquella reunión, no oficial era solamente para cambiar ideas e impresiones sobre lo que debía hacerse, lo que también me causó extrañeza, pues creía que estos hombres, como yo habían pensado ya en lo que teníamos que hacer: pagar y cada quien para su casa, excepción hecha de aquel que tuviese que llenar alguna obligación pública. Solución sencilla, patriótica y que exigían las verdaderas necesidades nacionales y nuestra aspiración honrada a la República.

Se habló mucho ese día, se discutió hasta lo que no podía ni debía discutirse, y se me puso a mí en el banquillo de los acusados. Había cometido el crimen de opinar favorablemente a la aceptación de los tres millones de pesos que ellos mismos habían podido conseguir del Presidente de los Estados Unidos, y para lo cual ni siquiera se me consultó ni había yo tomado parte en ningún sentido sobre semejante asunto. Todo eso se resolvió por la Asamblea, cuando yo, permanecía relegado al olvido, en mi Campamento del Central Narcisa, en Yaguajay. Yo, aturdido ante tanta palabrería como allí se gastó, y puesto que inconscientemente había entorpecido —y era mi culpa mayor— grande negociación para conseguir hasta TRECE MILLONES DE PESOS, dije que en ese asunto había obrado de muy buena fe y que nada se perdería, pues retiraría en seguida mi aceptación, participándoselo así al general Brooke, pudiendo obrar la Asamblea libremente. Se me exigió entonces que me pusiera al lado de la Asamblea para dar fuerza a sus acuerdos. Contesté que siempre lo había estado menos en aquellos casos en que la Asamblea no obrase en armonía con mi conciencia, con la justicia y con los verdaderos intereses del país. En el negocio concreto que se discutía no me sentía con la confianza necesaria ni con la más remota esperanza de conseguir más dinero. El Presidente de los Estados Unidos ha debido dar por termi-

nado ese asunto, y por consiguiente no se ocuparía más de él. Además, y esto pensaba yo, no me parecía decente ni decoroso que los cubanos pidiesen dinero a una nación extraña para pagar a los soldados de la libertad, quienes voluntariamente se lanzaron a los campos de batalla a conquistar la independencia de su tierra. Y de no emplearse estos medios humillantes habría que recurrir a gestionar un empréstito, y no estábamos nosotros autorizados para eso; y aún así y todo, suponiendo el éxito más feliz ¿podían nuestros sufridos soldados aguantar este resultado estando sometidos al hambre y la desnudez, pues ya el pueblo no puede con la carga que se le ha echado encima?

Y elevando el pensamiento a la serena región de la justicia, pensé también: obligar a nuestro ejército a mantenerse en la actual situación sirviendo de pretexto amenazador para conseguir más dinero, eso a más cruel, es inmoral.

¡Cómo! ¿Pagar así con ofertas dudosas a unos hombres que todo lo habíamos sacrificado por la Patria? Esto era atropellar altas consideraciones políticas, sociales y hasta de compañerismo por cuidarse más del oro que de la honra. Como debía terminar aquella reunión terminó, sin hacer nada.

Desde aquel instante comprendí que yo no podía entenderme con aquellos hombres diametralmente opuestos a mi modo de pensar y ver las cosas, resolviendo no mezclarme en nada y esperar el desenlace de los sucesos.

Conferencí varias veces con el general Brooke, ya violento a pesar de su carácter apacible, por las dificultades que preveía iban a surgir a causa de la actitud asumida por la Asamblea, aconsejándole yo toda paciencia para que los ánimos no se irritaran más, a la vez que la acción del tiempo fuese dando mayores dosis de juicio y cordura a los ofuscados.

Pocos días después se me presentan tres hombres cuyos nombres ignoro. Llamaron poco mi atención. Dicen que son millonarios, manifestándome que estaban dispuestos a facilitar y contratar un empréstito de no recuerdo cuántos millones; pero sé que eran muchos; que esto sólo se conseguiría si yo apoyaba la negociación cooperando a ello con mi prestigio.

Contestéles que no podía ni debía mezclarme en negocios de esa clase, porque entendía que nunca revestirían formas legales no te-

niendo aún Cuba reconocida su personalidad política, y cuando todo, absolutamente todo, estaba en manos del poder interventor; siendo cosa extraña —añadí— que haya quien se atreva a facilitar una suma de dinero tan respetable sin buena garantía. Aquellos hombres, sin tener argumentos racionales y honrados que oponer a mis razonamientos me contestaron entonces con subterfugios y sofismas, que loa Ayuntamientos podían muy bien arreglar ese asunto!

No me ocupé más de este incidente que ha preocupado tanto a otros hombres y que ha sido causa de tantos disgustos.

Después de algunos días de sombras y sin decirme una palabra la Asamblea, se me aparece una comisión de su seno, pidiéndome que acatara todos los acuerdos de la dicha Asamblea, principalmente el que en la actualidad tomaba de levantar un empréstito de millones de pesos en buenas y ventajosas condiciones. Uno de los comisionados que mayor empeño mostró en convencerme de lo hermoso de la negociación fue Saturnino Lastra. Yo contesté que siempre estaba dispuesto a apoyar y sostener los acuerdos de la Asamblea mientras ella obrase en armonía con mi criterio — inspirado en el amor al bien de Cuba— y a la justicia que debía guiarnos en todos nuestros actos; que en cuanto se refería al empréstito negaba todo mi apoyo y no lo apadrinaría, no estando nosotros revestidos de autoridad bastante para esas negociaciones, extrañándome que hubiese prestamistas capaces de facilitar a Cuba su dinero, cuando Cuba no tenía personalidad política; creyendo además, que semejante acuerdo comprometería los intereses de la Nación, sin que la Nación misma supiese nada de esto no estando constituida.

Así terminó aquella triste conferencia, disgustada, sin duda, la Comisión por no haber podido recabar de mi autoridad lo que repugnaba a mi conciencia, y a mi juicio perjudicaba al heroico pueblo cubano.

Al día siguiente, once de marzo, la Asamblea decreta mi deposición, y para justificarla me acusa de indisciplinado y perjudicial.

He aquí el decreto:

La Asamblea de Representantes en atención a la conducta últimamente observada por el General en Jefe del ejército cubano, con desobediencia y aún menosprecio de los derechos y la seguridad de la Asamblea como poder supremo de la Revolución.

Acuerda: DESTITUIR de su empleo al General en Jefe, pasando en consecuencia el Mayor General Máximo Gómez, que hasta ahora lo desempeñaba, a la clase de reemplazado y suprimiéndole por innecesario y perjudicial el cargo de General en Jefe.

Salón de sesiones del Cerro, 11 de marzo de 1899.

Al acuerdo de la Asamblea contesté sencillamente con este manifiesto:

AL PAÍS Y AL EJÉRCITO

Con las supremas facultades que le son atribuidas, la Asamblea de Representantes del Ejército solamente, acaba de despojarme del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador que me había conferido la Revolución Redentora, y en cuyo puesto, atento siempre a las inspiraciones de mi conciencia y a las grandes necesidades nacionales, traté de cumplir todo mi deber.

La Asamblea estima como un acto de indisciplina y falta de respeto, el que yo no apoyé las gestiones encaminadas a levantar empréstitos de dinero que pueden comprometer para más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía, en la República de unión y concordia proclamada en el manifiesto de Monte Cristi, y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo el honor nacional. Esta es la causa primordial de la determinación que respecto a mi persona acaba de tomar la Asamblea.

Por lo demás, como hombre sincero, confieso que le quedo agradecido, pues ello me releva de grandes compromisos políticos a la vez que me deja libre para retirarme a mi hogar abandonado, única aspiración después de treinta años de lucha y brega decidida por la ventura de este país que tanto amo.

Extranjero como soy, no he venido a servir a este pueblo, ayudando a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y por eso desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espada a la vaina, creyendo desde entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse.

Nada se me deba y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos.

Y dondequiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo.

[GENERAL MÁXIMO GÓMEZ]

A C. ARMANDO RODRÍGUEZ¹¹

Habana, 7 oct. 1902

Ciertamente es extraño, amigo mío, que aún no haya nombrado Cuba, su representante en la República Dominicana, aquella tierra que tanto la ayudó en su guerra de independencia y que hizo suya la causa de la libertad que se debatía en los campos de batalla.

Y más extraño lo es, cuando se piensa que no hay un rincón en los Estados Unidos del Norte en donde no se haya llenado ese requisito, así como en otras Repúblicas de América y naciones de Europa.

Me parece que oigo formular este pensamiento en la mente de los enemigos de las cosas de América: "Si para que se lo coman crudo..." y es, porque tristemente se nota que con el afán de denigrar a Santo Domingo y Haití, no se desperdició ocasión para sacar a relucir los periodos, —quién lo niega— de anarquismo que por allí se suceden, de la misma manera que aconteció a muchas naciones, hoy grandes, cuando ayer, en sus épocas de organización, sufrían los mismos trastornos y la misma fiebre.

Debían, además, tener cuidado los de por acá al tirar piedras sobre el tejado ajeno, en reparar que tenemos muchas tejas de vidrio en el nuestro.

¿Qué importa para el caso, que Lilís, por ejemplo, fuese para Santo Domingo un tirano cruel, y hasta ladrón, y todo lo que se

11. Esta carta fue publicada en el periódico habanero *La Lucha* y reproducida en el *Listín Diario*, S. D., No. 3967, del 20 de octubre de 1902, que luego publicó la siguiente nota: "Indignación. Algunos de los párrafos de la carta que ayer publicamos en estas columnas, dirigida por el General M. Gómez al señor General C. Armando Rodríguez, ha causado grave impresión en el ánimo de los dominicanos que se han penetrado de todo cuanto esos párrafos de verdad dicen respecto a Cuba. Cosas veredes del Cid..." Nota de Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 96-98.

quiera decir del muerto, si ese mismo hombre fue un buen amigo de Cuba y le tendió la mano en sus horas de mayores conflictos?

Y eso lo puede decir, sin temor a equivocarse, el que estas líneas escribe.

Lo que importa no olvidar para no aparecer ingrato, es que el 20 de mayo de 1902 la República Dominicana lo hizo suyo, y no se sabe cuál otra nación hiciese con entusiasmo mayor tan noble consagración.

Lo que no debe olvidarse, para no parecer ingratos, es la sangre de los Marcano y de Modesto Díaz.

La República Dominicana, después de los yankees, ha sido uno de los pueblos de América, que mayor contingente de sangre ha prestado a Cuba desde Hatuey a nuestros días. La historia de su engrandecimiento, primero, y de su decadencia, después, están tan íntimamente ligadas, y es tal en semejanza, como lo son sus ríos y sus montañas.

Siguiendo esa lógica fatal de los sucesos no sería muy aventurado pensar, que andando el tiempo, no le sería fácil a la heroica Quisqueya sustraerse a las influencias políticas de su hermana mayor.

Aquí se trabaja decididamente, por los buenos patriotas, con el laudable fin de organizar este país bajo los auspicios de un gobierno serio y estable. El Presidente, a pesar de una Constitución poco amplia para gobernar con más desembarazo, se las maneja lo mejor que puede y va venciendo dificultades.

Lo mejor que se nota en Cuba es que después de tanto desbarajuste la Hacienda está bien manejada. Cuba no tiene trampas, su libro no tiene raspaduras, y después de cubrir su presupuesto, le sobra dinero.

Esto es muy honorable y es a lo mejor que puede aspirar una nación para poder asegurar su independencia.

Hemos recibido la planilla y todos los demás papeles del valiente Marcos Rosario, que encontramos muy bien despachados, gracias al interés que Ud. se tomó en ello. Y dígame a él que sus compañeros de armas no le olvidamos.

Salude en nombre mío a los amigos y quedo siéndolo de Ud. muy afectuoso

[M. GÓMEZ]

A M. DE J. GALVÁN¹¹

Habana, 20 Dbre. 1904

Mi estimado amigo:

En mi poder su apreciable y le agradecemos, yo y María de Jesús, su expresión de duelo de V. y los suyos, por la muerte de mi hermana Regina.

Me alegra que V. se haya enterado de mi modo de pensar respecto al laudo y el interés que debiera inspirar ahora la política dominicana.

Ahora es que verdaderamente se necesita la obra del más puro patriotismo; de toda la abnegación de un pueblo, que todo este tiempo se ha inmolado por alcanzar los beneficios de una Patria sólida.

Sin ambages, como hablo yo siempre, he dicho que el laudo, como todo negocio de la vida humana, tiene su lado bueno y su lado malo.

Sin embargo, a Sto. Domingo se le ha presentado la bella ocasión de, aprovechando el lado bueno, aparecer (y realmente lo sería) una de las naciones más honradas del Mundo, porque si en medio de las mayores calamidades se acuerda de pagar a sus acreedores, eso será una ejemplaridad hermosamente moral. Que pague Inglaterra sus deudas eso no es gracia, pero que se sepa que siquiera piensa en pagar las suyas República Dominicana, eso es grandioso. Fijos y consecuentes en este decoro nacional, es seguro que la verdadera Paz interior sería un hecho y la República sería entonces más considerada, y yo creo más, asegurada su independencia.

¡Ah! Declararse insolvente, confesarse incapaz de poder pagar, no importa cómo y por qué se debe, —pero se debe— eso es declararse completamente adolecente, nulo y autorizar a que se ponga la República, en pública subasta.

11. Del original, inédita. Letra del propio Máximo Gómez. En Archivo General de la Nación, papeles del Museo Nacional. Nota de Emilio Rodríguez Demorizi: *Ob. Cit.*, pp. 103-104.

Primero es preciso pagar, y después, como dice el viejo refrán: "cada uno de lo suyo hace un saco y se mete dentro". Mas, hacer eso con lo ajeno, no es honrado.

Deseo que V. lo pase bien y quedo de V. affmo amigo,

[M. GÓMEZ]

AL ALFÉREZ L. DESPRADEL

Procure irse con el pacífico Antonio Oria, al que le he dado una buena recomendación para que lo cuide bien.

Dígale eso al Subprefecto Ortega, para su inteligencia y mejores fines.

Tu Gral.

[GÓMEZ]

A LA SRTA. IGNACIA GÓMEZ Y CASTILLO¹²

Mi querida Ignacia:

Siempre preso. No me han dejado ir los asuntos de esta política que o me coloca fuera de ella o, no soy hombre. Es cuanto puedo decirte en orden a recuperar la independencia de mi carácter, a lo que siempre he aspirado como hombre libre.

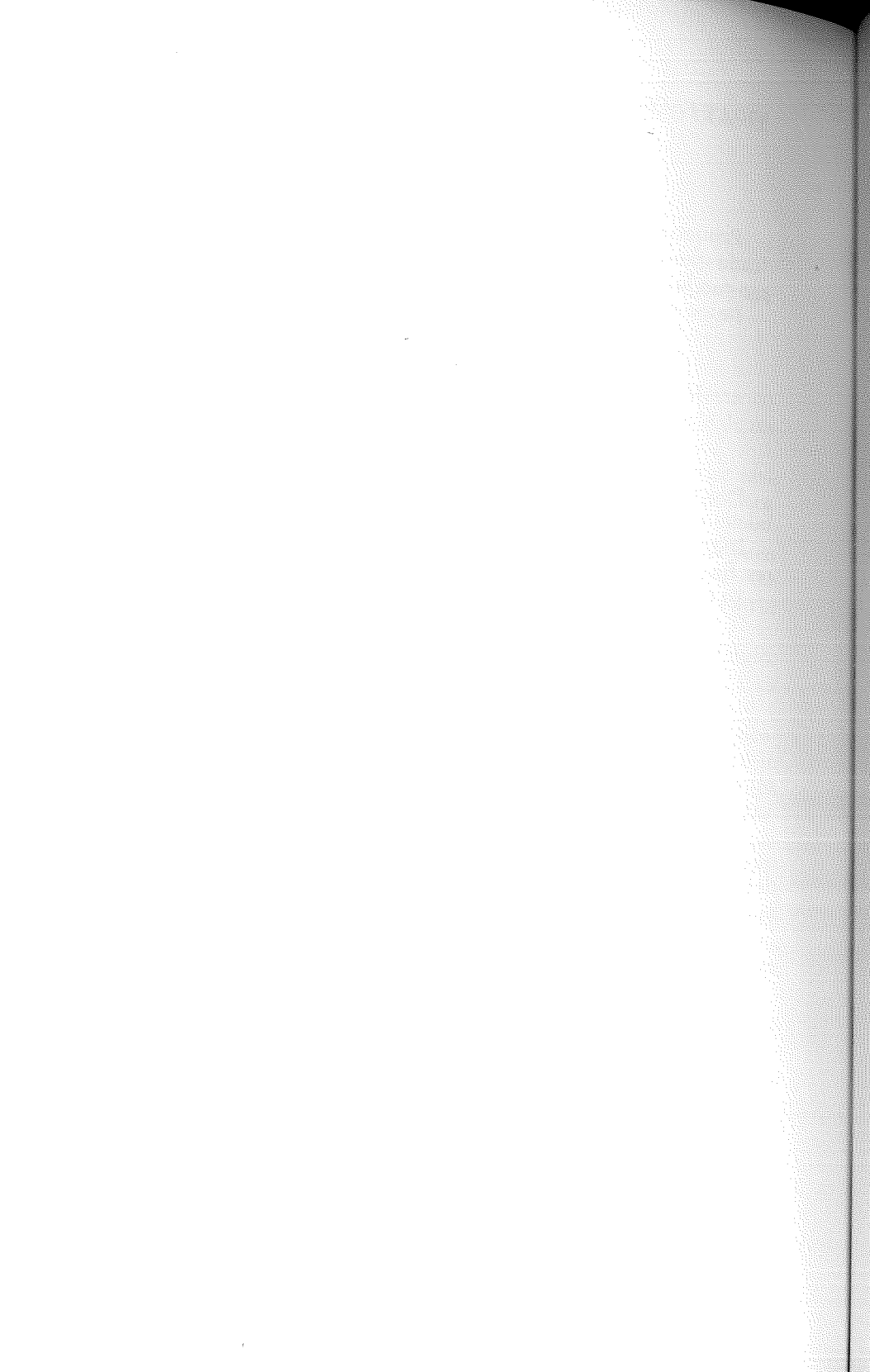
Lean esta carta todos, o estas líneas, pues contrariado como estoy no puedo ser más extenso.

Quiérete mucho tu papá.

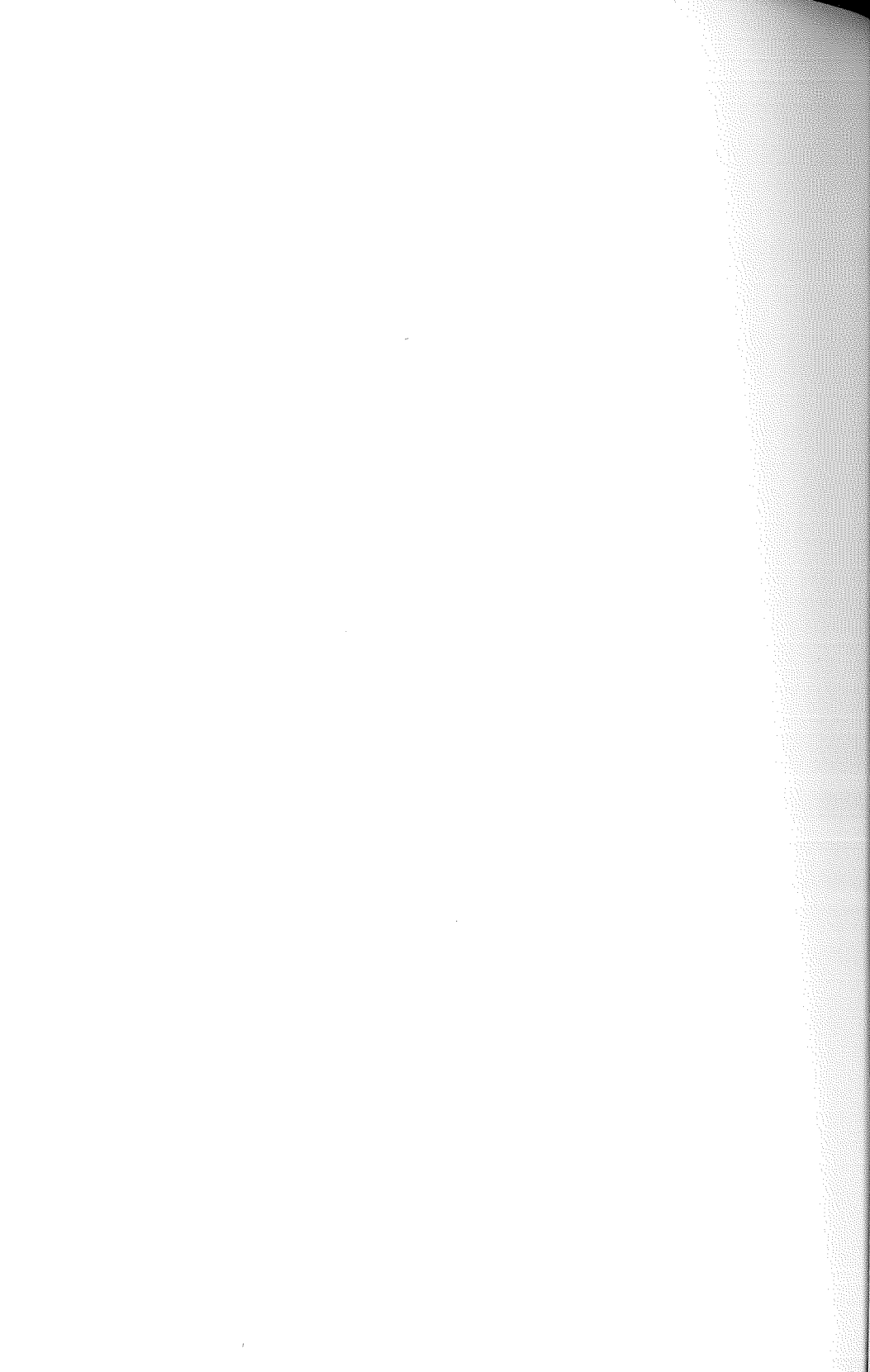
[GÓMEZ]

Se me ha quedado la maleta preparada.

12. Esta es, indudablemente, una de las últimas cartas del General Gómez, pues murió en junio del mismo año. Adviértase en ella su determinación de apartarse de la política. Nota de Emilio Rodríguez Demorizi.



CRONOLOGÍA MÍNIMA



REPÚBLICA DOMINICANA, INVASIÓN HAITIANA, GUERRA DE LA RESTAURACIÓN

1836, noviembre 18

Nace en Baní, República Dominicana.

Esta fecha se acepta por presunción, ya que el propio Máximo Gómez en sus notas autobiográficas, publicadas en Monte Cristi, República Dominicana, el 20 de octubre de 1896, declaró: "No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de mi Parroquia, no pude dar con ella".

1854

Comenzó a prestar servicio militar como oficial en el Ejército de su país.

1855

Según Máximo Gómez, en *Recuerdos a mis hijos, Páginas dedicadas a mi hija Clemencia*, redactadas en Tegucigalpa, Honduras, 1881, y publicadas en México, 1887, el gobierno de su país, en 1885, lanzó un decreto para el reclutamiento militar de los hombres de 15 a 50 años de edad, debido a una nueva invasión haitiana.

Según su testimonio, los trabajos de organización de la época sobre el servicio militar iniciado en 1854.

En este mismo año de 1855 participa en la acción de guerra de Santomé contra los invasores haitianos.

1857, marzo 18

Participa en la acción de guerra de San Gerónimo.

1858, octubre 9

Pedro Santana le confiere el ascenso militar de Capitán. En su Resolución expresa: "Por cuanto: atendiendo al mérito y servicio del Teniente Máximo Gómez he venido en elevarlo al grado de Capitán del Ejército".

1861, septiembre 2

Máximo Gómez, en declaración formulada aseveró que era "Capitán del Ejército de la comuna de Baní" y que había realizado dos guarniciones en San Cristóbal. Además, que su servicio en el ejército registraba una antigüedad de 7 años.

Septiembre 24

Con motivo de la anexión de la República Dominicana a España, Máximo Gómez solicitó ser comprendido en la clasificación ordenada por el Excelentísimo Señor Capitán General de la Isla de Cuba en su disposición del 9 de agosto del año en curso. Esta solicitud está comprendida en la organización militar llevada a efecto en su país debido a la mencionada anexión efectuada por Pedro Santana.

1862, marzo 1

La junta, en correspondencia con los documentos presentados por Máximo Gómez y en atención a los méritos y circunstancias, le concedió la clasificación de Capitán de las Reservas Provinciales en situación activa, con antigüedad del 9 de octubre de 1858.

1863, abril 30

Máximo Gómez, desde el 29 de marzo hasta el 30 de abril de 1863, fue secretario de la Tenencia de Gobierno de Baní.

Al estallar la insurrección por la soberanía de la República Dominicana, recibió instrucciones del Gobernador para que prestara servicio militar a las órdenes del Teniente Coronel Gerónimo de Castro.

Noviembre 25

Máximo Gómez participa en los combates de Sabana Cruz y Sabana Buey contra los defensores de la soberanía. En esas acciones de guerra dirigió una compañía de voluntarios de las Reservas del país y actuó bajo las órdenes del General Eusebio Puello.

Diciembre 9

Máximo Gómez participa en el ataque al pueblo de San José de Ocoa, que estaba ocupado por los defensores de la soberanía. La acción culminó en una derrota para estos últimos.

Posteriormente, desempeñó el cargo de Secretario de la Comandancia de Armas del Gobierno local hasta su evacuación de la Isla. Simultáneamente, ocupó el cargo de Habilitado, cuyas funciones eran las de repartir los sueldos y raciones que suministraban a las guarniciones.

El decreto español para la evacuación de las tropas se formuló el 5 de junio de 1865.

Diciembre 15

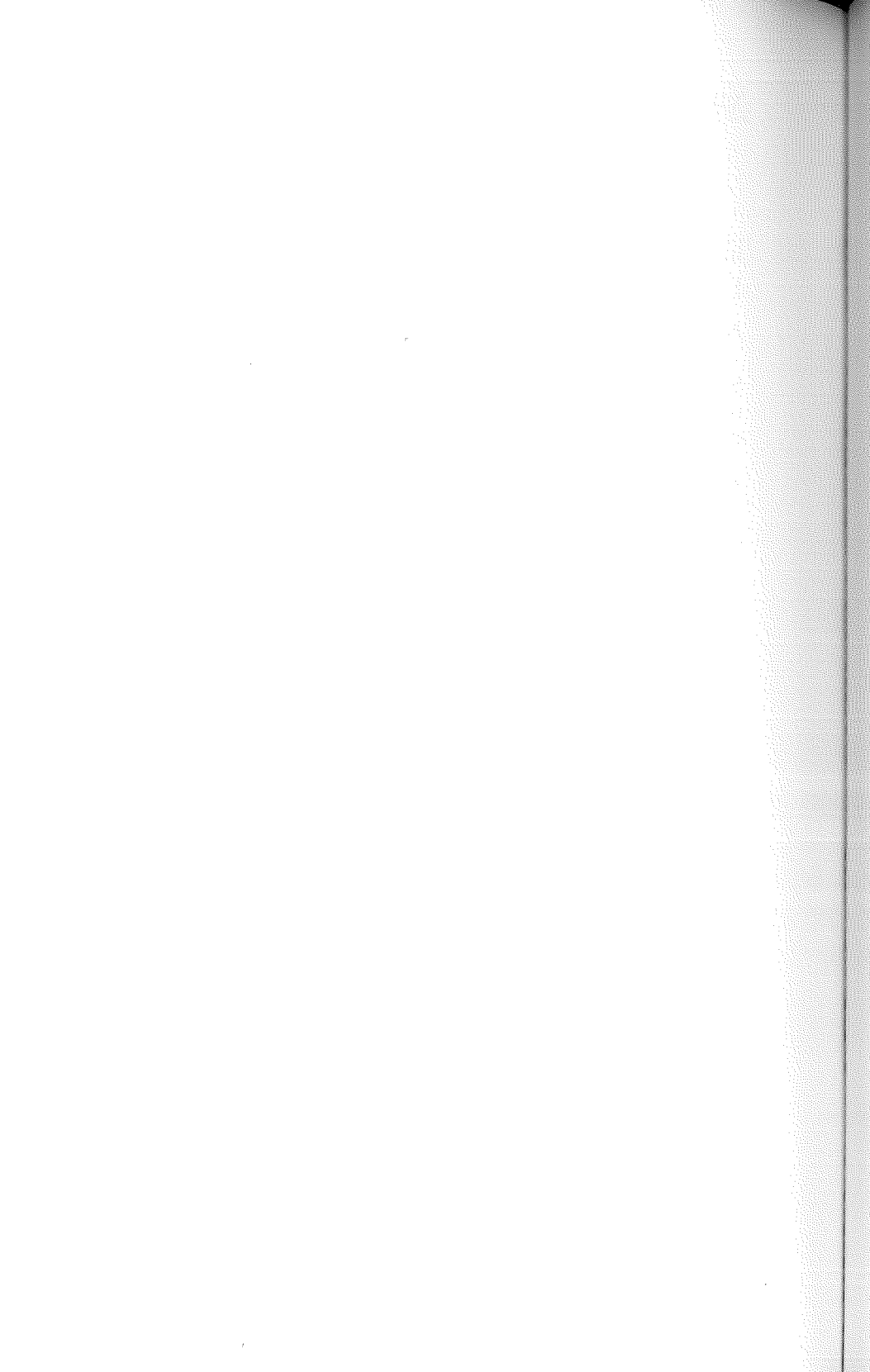
En la relación de los integrantes del batallón de infantería Baní, aparece Máximo Gómez con el grado de Capitán y de Tercer Jefe del citado batallón.

1864, enero 27

En la orden general redactada este día y en el año en curso, en el Cuartel General de Santo Domingo, fue ascendido, al grado militar de Comandante, Máximo Gómez. En una de sus partes, el ascenso se fundamenta "por su destacada participación en la evacuación de San José de Ocoa el 13 de octubre de 1863". Y se subraya su leal comportamiento y servicio.

1865, julio 11

Gómez, al evacuarse, embarcó para Cuba por Puerto Hermoso, República Dominicana, a bordo del vapor español Pizarro.



EN CUBA ANTES DE LA GUERRA

1866, febrero 26

Máximo Gómez, en declaración jurada en Santiago de Cuba, expresó: "Sus deseos de ser clasificado para su colocación en el ejército contando con esta ventaja que le concede en su regla primera la Real Orden del 2 de noviembre de 1865".

1867

Presenta su solicitud de Licencia Absoluta del Ejército Español.

1868, enero

José Vázquez, conspirador, a favor de la independencia de Cuba, de la jurisdicción de Bayamo, Oriente, en una reunión efectuada en San Luis del Corojo, convocada por Eduardo Berbó, los participantes expresaron sus deseos de hacer contacto con Máximo Gómez.

Los conspiradores conocían de las actividades de Gómez, quien había expresado su interés en que participasen hombres de representación en el proceso insurreccional que se gestaba.

Gómez comenzó a conspirar entre los campesinos que ya conocía.

Julio 27

En San Idelfonso, la Reina Isabel II firmó la Resolución siguiente: "Por cuanto atendiendo a los servicios y circunstancias de vos

Don Máximo Gómez Capitán de la Reserva de Santo Domingo, viene por mi resolución de 9 de abril de 1864 en concederos el empleo de Comandante de las mismas reservas, en recompensa del mérito que contrajisteis en la evacuación en San José de Ocoa, cuyo hecho de armas tuvo lugar contra los rebeldes de la citada Isla de Santo Domingo, el día 13 de octubre de 1863.

“Por lo tanto mando al Capitán General o Comandante General del distrito o ejército a donde fueseis a servir, ponga el cúmplase y dé la orden conveniente para que se os ponga en posesión del referido empleo de Comandante y que en él se os guarde todas las honras, gracias y preeminencias que os corresponde (...)”

Debajo del documento se lee “VM concede empleo de Comandante de las Reservas a Don Máximo Gómez”. Y, al dorso, La Habana, 8 de septiembre de 1868. Tómesese razón la Intendencia Militar, firmado Joaquín Gálvez. Intervención Militar de la Isla de Cuba. Queda tomada razón. La Habana, 7 de octubre de 1868”.

La documentación expuesta promueve a interrogantes en relación con la solicitud de Máximo Gómez de licenciamiento del ejército español, por cuanto las autoridades militares españolas continuaron promoviendo su expediente y no formularon objeciones. Por otra parte, existe otro documento español que expresa lo siguiente: “Por orden del Gobierno Provincial del 31 de 1869 de enero se aprobó lo dispuesto por el Capitán General de Cuba, en carta número 1103 del 22 de diciembre de 1868, por la que se dio de baja al interesado en las nóminas de su clase por no justificar su existencia en dos meses y tener la convicción moral de hallarse con los insurrectos, previniéndole que una vez terminada la pacificación de la Isla no admita solicitudes en suplicado de relief si las hubiera a menos que no justificasen de una manera indudable la inocencia de su conducta”.

El 22 de marzo de 1869 el Ministro de la Guerra, Juan Primo, comunicó al Capitán General, Domingo Dulce, que aprobase la resolución de su antecesor, Francisco Lersundi, de dar baja en el ejército al entonces comandante de Caballería del Ejército Español Máximo Gómez y a otros, como Modesto Díaz y Francisco Heredia.

GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS (1868-1878)

1868, octubre 16

Se levanta en armas en El Dátil, con el grado de Sargento, condecorado por el poeta José Joaquín Palma.

Octubre 18

Céspedes le confiere el grado de General.

Conoce a la cubana Bernarda Figueredo, quien le inspira una ardiente pasión; este es su primer amor en Cuba.

Noviembre 4

Con treinta o cuarenta hombres a sus órdenes da una carga al machete en Tienda del Pino. La columna del Coronel español Demetrio Quiroz es rechazada. La ocupación de Bayamo por los mambises se prolonga temporalmente debido a esta victoria.

Noviembre 5

Ataca El Cobre en contra de su voluntad, pues hubiese preferido realizar esa acción de guerra en Santiago de Cuba. Por estos días su táctica consiste en obtener triunfos político-militares de trascendencia, puesto que desde la ocupación de Bayamo no se obtenían.

Noviembre 8

En su ofensiva contra la columna de Demetrio Quirós, Gómez ocupa la Loma del Sitio. En su diario escribe que con dos cañoncitos dispararon seis veces, y afirma que fueron los primeros cañonazos que se tiraron a los españoles en Cuba. Con anterioridad, los mambises ocuparon dos cañones en Bayamo. Existe la duda histórica de si los utilizaron en combate. En este sitio, conocido por Mambo, el dominicano aplicó una táctica que lo caracterizaría durante las dos guerras en las que participó: no permitir que los soldados españoles conciliaran el sueño con disparos frecuentes durante toda la noche. Esta táctica psicológica es posible que Gómez la asimilara o la empleara durante las guerras en Santo Domingo contra la invasión haitiana o cuando la restauración.

1869, febrero 8

Ataca Jiguaní e incendia gran parte de la población.

Agosto 6

Ataca Baire e incendia gran parte del caserío; ocupa tres tiendas y se provee de muchos efectos.

Agosto 20

Arriba al Distrito de Holguín. Su permanencia se prolonga hasta principios de enero de 1870.

Noviembre-diciembre

El alto mando español concentra sobre Máximo Gómez la campaña de invierno.

1870, junio 4

Contrae matrimonio con Bernarda Toro Pelegrín (Manana).

Agosto 20

Máximo Gómez asume la jefatura del Distrito Cuba. Es indudable que este hecho marca una nueva etapa en su trayectoria militar, pues algunos oficiales de esta división, como Antonio y José Maceo, Guillermón Moncada, Silverio del Prado, Francisco Borrero, Camilo Sánchez, Jesús Pérez, entre otros, se convertirían en jefes destacados del Ejército Libertador.

La División Cuba, que estuvo a las órdenes de Donato Mármol —había muerto el 26 de junio de ese año—, pasa por una etapa desorganizada y de poca combatividad.

Septiembre

Octubre 4

Combate de Majaguabo. Antonio Maceo había sido herido en una acción el día 2 de ese mes. Gómez, al llegar a ese campamento, asume la jefatura de esas fuerzas desmoralizadas por las heridas de Maceo. El enemigo ataca y aunque Gómez resiste tiene que retirarse por carecer de cartuchos de guerra.

Octubre 23

Con el objetivo político de desmentir al Conde de Valmaseda, que alardea sobre la pacificación del territorio, Gómez ataca el poblado de Ti-Arriba. El combate es una victoria importante. En la retirada son destruidas cuatro fincas y sus esclavos puestos en libertad. Es la primera vez que Gómez menciona la liberación de los esclavos en su Diario de Campaña.

Diciembre 17

Asalta y ocupa el caserío de La Socapa. Este combate fue concebido para contrarrestar la propaganda española de pacificación. Valmaseda ordena un Te Deum como expresión del cese de la guerra en la jurisdicción de Santiago de Cuba. Gómez, en un golpe audaz, ridiculiza al arrogante oficial español, pues La Socapa, en las proximidades de la bahía santiaguera, es una victoria político-militar. Se ocupan veinte armas y se incendia el caserío. El ataque al amanecer, y sorpresivo, se ubica en la tendencia táctica de Gómez para efectuar ese tipo de acción armada.

1871, Marzo 23

Escribe una carta al General español Carlos Palanca desde su Cuartel General El Quemado, en la que lo acusa de los horrores y asesinatos que se comenten en el distrito, que van en detrimento del honor de su nación.

Junio 29

Rafael de Quesada llega al cuartel del Pilón y le entrega a Gómez materiales de guerra de la expedición. Este hecho deviene en una rareza, porque el dominicano no será favorecido con los suministros de las expediciones en ninguna de las dos guerras. Esta ayuda es decisiva para emprender en firme la invasión a Guantánamo.

Julio 14

Emprende la marcha hacia Guantánamo.

Julio 28

En la Loma de la Galleta impulsa los preparativos finales de la invasión a Guantánamo. Desde el punto de vista militar es su primera invasión a un territorio. Su avance lo realiza con 600 hombres y unas 600 personas de familias que indudablemente incidirán en su táctica operativa. Por estos años es habitual que las tropas del Ejército Libertador avancen con las familias, para protegerlas de las represiones del ejército español. Además, la presencia de familiares en la manigua es expresión de la conciencia independentista de vivir en Cuba Libre y no bajo la opresión colonial.

Los centenares de familias en la manigua, aunque prestan servicios útiles al ejército, por otra parte frenan las operaciones de los mambises. En la última guerra contra el colonialismo español esta práctica deja de existir.

Agosto 4

Combate de La Indiana. Con esta acción de guerra comienza la campaña de Guantánamo. Después de tres horas de intenso combate, la guarnición del campamento enclavado en el cafetal es aniquilada. Ese mismo día incendia seis cafetales, y libera a numerosos esclavos.

Agosto 30

Máximo Gómez ordena a los comandantes Laffite y Ortiz que con 160 hombres incursionen sobre los ingenios azucareros. Es la primera vez en 26 días de campaña que se imparte esa orden. Hasta esta fecha los ataques han sido a cafetales y fincas. La operación se prolonga por dos días. Se ocupa un ingenio, pero no se destruye.

Septiembre
Octubre 20

Debido a su interés en conferenciar con el Gobierno en relación con su plan de invasión al Occidente de la Isla, se dirige a El Pilón. A este lugar arriba ese día. Ha recorrido 120 kilómetros aproximadamente. El plan no es aceptado por Carlos Manuel de Céspedes, pero es nombrado jefe del futuro ejército invasor. Este hecho evidencia el prestigio alcanzado por el dominicano, reforzado por la exitosa campaña de Guantánamo. Días después surge un disgusto con el Presidente de la República en Armas. Gómez solicita dos meses de licencia.

Octubre 24

Emite la proclama "A los cubanos", en la cual desmiente a los españoles que sostienen que la Revolución estaba agonizando.

1872, febrero 1

Nace su hijo Andresito en Rancho Pobre, jurisdicción de Guantánamo.

Junio 8

El gobierno ordena que Máximo Gómez sea relevado de su jefatura militar por un asunto de convoyeros. Dispone que pase a la línea sur. Por diversas causas, el dominicano permanece alejado de la Campaña de Guantánamo durante 122 días.

Julio

Diciembre 19

Colabora con Calixto García en el plan para atacar Holguín. Participa en esta acción de guerra, una de las más importantes de la Guerra de los Diez Años en relación con el asalto y la toma de ciudades y pueblos por el Ejército Libertador. Es imprescindible subrayar la actitud de Gómez de estar listo siempre para el combate. Recordemos que había sido depuesto de su jefatura militar por el Gobierno y que esperaba órdenes para su nueva ubicación.

1873, Enero 4

Muere su hijo Andresito.

Febrero 24

Recibe al corresponsal del *Herald*, Mr. O'Kelly. Se encuentra enfermo de un pie y afectado por intensas fiebres.

Febrero 27

Escribe al General Buenaventura Báez, Presidente de la República Dominicana; le suplica que ayude a sus hermanas, emigradas a Puerto Plata, ya que está imposibilitado de hacerlo por sí mismo, por encontrarse entregado a la lucha para la liberación de Cuba.

Mayo 1

Nace su hija Clemencia.

Junio 12

El Gobierno recibe la confirmación de la muerte en combate del Mayor General Ignacio Agramonte en los campos de Jimaguayú, provincia de Camagüey, el 11 de mayo de 1873. Gómez, que ha sido nombrado Jefe del Departamento Provisional del Cauto, recibe la orden de ocupar la jefatura del Departamento Central.

Julio 9

Assume la jefatura del Departamento del Centro. Ignacio Agramonte había sido su jefe durante dos años, tres meses y veintinueve días.

Agosto 12

Gómez libra su primer combate en Camagüey, en Atadero. Una columna de infantes españoles es destrozada a machetazos. Las bajas españolas son de treinta y cinco muertos. Se ocupan armas de fuego, cartuchos de guerra, cananas y dos mulos del convoy. Los cubanos tienen cuatro muertos.

Gómez con esa acción de guerra buscaba un efecto psicológico, pues los hombres que dirige en el combate están habituados a pelear a las órdenes de Agramonte, a quien admiraban hasta la idolatría.

Noviembre 9

Combate de La Sacra. Una columna española de unos 1,500 hombres se presenta en ese lugar, donde se debe presentar una concentración de fuerzas mambisas. Gómez dispone de unos 300 hombres. La acción de guerra comienza a las tres de la tarde y se extiende hasta la noche. Les hacen 15 prisioneros y numerosas bajas españolas. Los insurrectos ocupan 25 caballos, 57 fusiles, monturas y otros efectos. Los cubanos tienen cuatro muertos y ocho heridos.

Este es uno de los grandes combates de Gómez en Camagüey. Muy valiosos para estudiar su táctica combativa en esa región.

Diciembre 2

Combate de Palo Seco. Esta acción de guerra es una de las más trascendentales del Ejército Libertador en las guerras por la independencia. Su efecto moral traspasará la barrera de los años y se transformará en un símbolo para los mambises. Los españoles tienen 507 muertos, entre ellos, el jefe de la columna, Teniente Coronel Vilches. Los mambises ocupan más de 208 fusiles, miles de cartuchos de guerra, 57 caballos y 27 mulos y provisiones de todas clases. Los cubanos, 3 muertos y 17 heridos.

1874, febrero 9

Desde hace siete días, Gómez, con el Gobierno y la Cámara, está acampado en El Naranjo. A las cuatro de la tarde recibe la información de que una columna española de 2,000 hombres está a cuatro kilómetros. Con 300 hombres de infantería y 200 de caballería se dispone a combatir. La acción de guerra, en Mojacasabe, se extiende hasta el día siguiente. Los españoles tienen unos 100 muertos y más de 200 heridos. Los cubanos, 8 muertos y 80 heridos, aproximadamente.

Este combate, aunque es una victoria mambisa, perjudica los preparativos de invasión a Occidente. Se inscribe entre los hechos de armas más importantes de nuestras guerras por la independencia.

Marzo 15-19

Se libra la batalla de Las Guásimas, Camagüey, una de las más grandes de las registradas en las guerras por la independencia.

Una columna de las tres armas, a las órdenes del Brigadier Manuel Armiñán, se aproxima a este lugar, desde donde unos 1,200 mambises, bajo la jefatura de Gómez, avanzan hacia Occidente.

En esta acción de guerra llega a sitiar a unos 5,000 españoles, que son cercados desde el 15 hasta el 19 de marzo.

En la batalla de Las Guásimas los españoles registraron unas 1,037 bajas.

Abril 12

Ataca San Miguel a las ocho de la noche. Este hecho es una rareza en la táctica de Gómez para asaltar pueblos y ciudades en horas nocturnas.

Mayo 2

Trabaja con el Gobierno en la organización de la Primera División. La Ley de Organización Militar dictada por la Cámara se concentra en la situación del ejército de Oriente y no tiene en cuenta las características del ejército del Centro que, posiblemente, tenía una organización especial.

Diciembre 28

Comienza a preparar por fases su plan secreto para invadir Occidente.

1875, enero 6

Cruza la trocha militar de Júcaro a Morón con unos 1,164 hombres. Es herido en la garganta. Es su primera y única herida recibida en la Guerra de los Diez Años.

Enero 18

Ataca y ocupa el poblado del Jíbaro. Esta es la primera acción de guerra realizada por Gómez en Las Villas. Este hecho reafirma la tendencia de Gómez en asaltar poblados cuando se prepara para una campaña militar. Desde el ángulo político es de gran efecto y, en lo militar, también, porque se ocupan 151 armas, 35,000 cartuchos de guerra, 200 machetes, 120 caballos, medicamentos y otros efectos.

Febrero 20

Una columna española de las tres armas y de más de 1,000 hombres ataca el campamento de Gómez en la finca La Hungría. Esta acción de guerra es definida por el dominicano como de muy rara. Es muy interesante para un estudio de la táctica de Gómez en relación con la defensa de sus campamentos. Es su plan defensivo, la primera fase contempla una aparente sorpresa para los insurrectos, con el propósito de que el enemigo avance confiado y atacarlo por la retaguardia, así, caerá entre dos fuegos y todo culminará con su aniquilamiento.

Marzo 20

Rechaza la proposición de Valmaseda, quien le ofrece dinero para que se comprometa a respetar los ingenios.

Junio 1

Pasa la Trocha rumbo a Camagüey.

Junio 25

Celebra una conferencia con el mayor general Vicente García, en Loma de Sevilla. Este jefe organizó una sedición militar y, pese a la oposición de este jefe, logró hacer la conferencia pública, por lo que toman en ella participación los que allí se encontraban reunidos.

Julio 15

Pasa la Trocha y retorna a Las Villas.

Agosto 19

Recibe una comunicación del Secretario de la Guerra, en la que le participa, de parte del Presidente, la no aceptación de su renuncia como Jefe del 3^{er}. Cuerpo de Ejército.

Noviembre 11

Combate en el potrero Basnuevo. Esta acción es interesante para los investigadores de la historia militar, porque se aprecia el concepto del movimiento táctico de Gómez para atraer y desinformar al enemigo.

1876, febrero 28

Combate en Las Tornas del Jíbaro. Es una acción de guerra donde predomina la caballería por ambos bandos. Los españoles dejan sobre el terreno más de 100 cadáveres. Los insurrectos tienen 8 muertos y 22 heridos y ocupan treinta armas de fuego, cincuenta caballos, y equipos.

Gómez es perseguido continuamente por las tropas españolas y aunque se esfuerza por eludir combates, no lo puede evitar. Las Tornas del Jíbaro es una de las acciones de guerra más importantes de las libradas por Máximo Gómez en Las Villas durante la Guerra de los Diez Años.

Marzo 11

Nace su hijo Panchito en la jurisdicción de Sancti Spíritus (La Reforma).

Abril 27

Ataca sorpresivamente a Ciego de Ávila. Esta acción de guerra es muy audaz, porque ese pueblo, enclavado en la Trocha de Júcaro-Morón, es una plaza de concentración de tropas españolas.

Mayo

Junio 16

Marcha hacia Camagüey para conferenciar con el Gobierno en relación con las dificultades en Las Villas, las cuales perjudican la cohesión del Ejército Libertador y la solidez de la guerra. Avanza hacia la región camagüeyana con la decisión de presentar su renuncia. No obstante, el 18 de julio vuelve a ocupar la jefatura del departamento que le había entregado el Mayor General Carlos Roloff.

Julio 15

En su Diario de Campaña escribe: "Nótese lo siguiente, que hace como cuatro meses que por más que me esfuerzo en hacer marchar la Revolución hacia delante, ya que por decirlo así le hemos abierto las puertas a Occidente —todos mis esfuerzos se estrellan en el desorden, o la indisciplina y el desorden. Puede decirse que hace cuatro meses que vivo marchando y contra-mar-

chando sin hacer otra cosa que organizar— o como vulgarmente se dice luego— ‘atajando pollos.’”

Octubre 1

Es depuesto de la jefatura del Ejército en Las Villas. Le entrega el mando militar al Mayor General Carlos Roloff. El pretexto esgrimido es de *inconveniencia*.

Con anterioridad han sido otras las justificaciones para solicitar relevos de jefaturas militares, como en el caso de Antonio Maceo.

La destitución de Gómez acelero aun más el proceso de declive de la guerra en esa región.

Noviembre 14

Cruza la Trocha hacia Camagüey con poca gente de armas y una inmensa impedimenta, en la que se encuentran su esposa y sus hijos.

1877, enero 15

Ocupa el cargo de Secretario de Guerra.

Abril 28

Una columna española ataca el campamento de Palma Hueca, Camagüey. Reacuértese que como Secretario de la Guerra no tenía tropas a sus órdenes, por lo que en esta acción de guerra está acompañado por un contingente del Brigadier Benítez.

Junio 21

El gobierno resuelve que pase al Departamento de Oriente.

Junio 28

Emprende la marcha hacia Oriente.

Julio 24

Sorprende en El Gato a un grupo de insurrectos que se habían sublevado contra el Gobierno de la República en Armas. Logra detenerlos y someterlos a su autoridad.

Agosto 1

Recibe carta del jefe mambí Limbazo Sánchez, en la que le niega autoridad y le ratifica su actitud de insubordinación al Gobierno.

Agosto 4

Nueva reunión con Maceo para tratar el asunto de los sublevados.

Agosto 6

Combate de Mejías. En esta acción de guerra, Antonio Maceo resulta gravemente herido.

Agosto 25

Anota en su Diario de Campaña: "Sigue el desorden y ya está perdida la disciplina".

Septiembre 27

Regresa de nuevo a Camagüey.

Octubre 1

Declina el nombramiento de General en Jefe. Con anterioridad ese puesto lo ocupaba el Presidente del Gobierno, a quien la Cámara de Representante había destituido.

Octubre 5

Recibe una comisión del servicio español, con proposiciones de Martínez Campos que no se basan en la independencia de Cuba. Pone presos a los comisionados.

Noviembre 6

Recibe la noticia de que los españoles han operado por la zona de Sabanita. Su familia se encuentra dispersa por los montes.

Noviembre 8

Expresa su preocupación por la vida de su esposa e hijos. Ni en las fases de mayor intensidad de la represión española escribió algo similar. Si este hecho se vincula a sus criterios del cauce incierto de la guerra puede interpretarse como una aproximación del final de la guerra en un plazo indeterminado, aunque él quedará en la manigua hasta el desenlace final de la crisis que en esos momentos se agudiza.

Obsérvese su determinación de morir o vivir al servicio de la guerra de independencia, porque su destino —afirma— está unido a la causa de Cuba.

Diciembre 8

Nace su hijo Maxito en el campamento de San Juan de Dios. Participa más tarde en una reunión de jefes que tratan la paz con España.

Propone un plan de unificación y reorganización para continuar la guerra. El asunto queda en proyecto.

Octubre 10

Renuncia ante el Presidente y la Cámara al cargo de Secretario de la Guerra, en Montes de Jobo Dulce, Camagüey. Le admiten la renuncia.

Octubre 12

Se retira a su campamento de San Juan de Dios. Anda a pie, pues se han llevado todos los caballos.

Octubre 21

Dispone que su esposa e hijos se presenten a los españoles con el fin de que embarquen para Jamaica.

1878, febrero 12

Se niega a salir del país sin reunirse primero con los generales de Oriente, sus primeros compañeros de lucha.

Febrero 14

Llega a Santiago de Cuba. El General español Daban lo invita a bajar a tierra. Declina la oferta. En el puerto le esperan miles de personas que desean conocerlo. Pide al Capitán del buque que no deje subir a nadie a bordo.

Febrero 15

Sale por tren hacia San Luis, donde es recibido por el Brigadier español Camilo Polavieja.

Febrero 23

Sale en tren para Santiago de Cuba. A su llegada, se embarca para Santa Cruz en el vapor Manzanillo.

Febrero 25

Llega a Santa Cruz, Camagüey, y parte para el campamento cubano en San Andrés.

Febrero 27

A petición de Martínez Campos, se entrevista con este en el campamento español de Vista Hermosa. Martínez Campos le hace propuestas de dinero y destino de importancia para que se quede en Cuba. Rechaza estas ofertas y le exige un vapor que le transporte a Jamaica, a lo que accede el General español.

Marzo 1

Se dirige a Santa Cruz del Sur, donde le espera el cañonero que ha de conducirlo fuera del país.

Marzo 3

Aborda el cañonero, que se hace a la mar.

Marzo 4

Llega a Manzanillo. Recibe un telegrama de Martínez Campos en que le pide que pase por Yara para reunirse con el General Modesto Díaz y otros jefes cubanos, con el fin de tratar el asunto de la capitulación. Lo rechaza y se excusa resueltamente.

Marzo 6

Se hace a la mar y se aleja de Cuba.

CON LA EMIGRACIÓN CUBANA

1878, marzo 11

Llega a Kingston, Jamaica. Encuentra a su familia en la más espantosa miseria.

Marzo 14

Comienza a trabajar por un salario de un real diario y la comida. Su mujer se enferma de gravedad.

Marzo 25

Sale a pie, acompañado de su cuñado Sixto Toro, en busca de una hacienda que arrendar.

Abril

Escribe el folleto *La Paz del Zanjón*. En sus primeras páginas refuta calumnias y da su versión de la guerra. Este folleto es una fuente de primera mano para aproximarnos a la Guerra de los Diez Años y a los sucesos que culminaron con el Zanjón: una paz sin independencia.

Abril 15

Sale para Corbet, donde arrienda un pedazo de monte. Conduce con él a su familia. Hace un rancho con hojas de la montaña. Se alimenta con mangos.

Julio

Agosto 20

Su amigo Manuel Codina le ofrece dinero para trabajar en Corbet, en la siembra de tabaco, lo que es aceptado bajo la formalización de un contrato.

Diciembre 26

José Joaquín Palma llega a Jamaica enviado por Marcos Aurelio Soto, presidente de Honduras, quien le ofrece apoyo en ese país. Traslada a su familia a Kingston y deja a su cuñado al frente de todo el negocio del tabaco, como dueño.

1879, enero 23

Llega a Panamá.

Febrero 5

Llega a Ampala, Honduras. Es recibido por el Gobernador de la Plaza. Encuentra una comisión del Presidente Soto para acompañarlo a la capital.

Febrero 9

Llega a Tegucigalpa y es recibido por el Presidente, Dr. Soto.

Febrero 17

Es nombrado General de División del Ejército de Honduras, con un haber mensual de 60 libras.

El presidente Soto le comisiona para organizar el ejército y le da facultades para emprender la obra de fabricar un cuartel, de lo cual carecen. Todo queda en proyecto al no disponer de los fondos necesarios.

Junio 4

Recibe orden de marchar a Ampala para hacerse cargo del mando de aquel puerto.

Agosto

Octubre 23

Llega a Kingston y se reúne con su familia. Los cubanos residentes en Kingston le reciben con música.

Noviembre 15

Recibe carta del mayor general Calixto García en la que este solicita su concurso para la Guerra Chiquita. Gómez no le niega su apoyo, pero predice su fracaso.

Diciembre

Cuando se gesta la Guerra Chiquita le escribe a la esposa de Antonio Maceo y le expone que le aconseje no ir a Cuba en una expedición pequeña, pues considera segura su perdición.

Diciembre 6

Escribe a Maceo desde Kingston y le anuncia el fracaso de la Guerra Chiquita.

1880, septiembre 1

Nace su hijo Fernando.

1881, diciembre

Se encuentra enfermo, al igual que toda la familia. Escribe *Recuerdos a mis hijos*, dedicado a su hija Clemencia.

1882, febrero 16

Muere su hijo Andresito a causa de parásitos intestinales.

Febrero 8

Desde San Pedro Sula, Honduras, le escribe a José Martí y le agradece sus frases de admiración; pero no estimula por el momento los proyectos del joven conspirador, aunque ofrece su espada al servicio de Cuba.

1883, febrero 10

Recibe contestación del Presidente Zaldívar de El Salvador, en la que responde negativamente a su petición de trasladarse a su país.

1884, enero

Los centros revolucionarios cubanos, que se proponen levantar en la Isla el grito de independencia, le invitan a tomar parte activa en aquella revolución.

Contesta que se dispone a cumplir su palabra al llegar la hora.

Marzo 30

Redacta el programa preparatorio de la tentativa revolucionaria.

Abril 5

Envía, desde San Pedro Sula, a Manuel Aguilera, como su representante ante los Clubes revolucionarios de Key West y New York, con un programa de organización para en caso de ser aprobado por la mayoría en aquellos centros, ponerse a disposición de la causa de Cuba.

Se le comunica que algunos centros de emigrados aceptaron su programa y esperan se ponga al frente del movimiento revolucionario.

Se prepara a marchar y cumplir su palabra empeñada.

Mayo 15

Muere su hija Margarita.

Agosto 9

Llegada a New Orleans, Estados Unidos de América.

Agosto 15

Se mudan a una casa alquilada por cuenta de Gómez y Maceo. Forma un club revolucionario, pero ningún cubano pudiente se les acerca. Solo los pobres están dispuestos a ayudar.

Septiembre 9

Sale para Cayo Hueso en unión de Antonio Maceo, Alejandro González y José del Carmen García.

Septiembre 18

Llega con sus compañeros a Cayo Hueso, donde es acogido con respeto y cariño. Organiza los trabajos conspirativos y crea dos clubes a fin de levantar fondos.

Encuentra en Cayo Hueso a Manana Figueredo, mujer que le inspiró su primer gran pasión y por la que sigue sintiendo un delicado afecto.

Septiembre 26

Sale hacia New York.

Octubre 1

Llega a New York y es recibido por el general Flor Crombet y el Dr. Eusebio Hernández.

Octubre 18

Se reúnen en New York: Máximo Gómez Antonio Maceo y José Martí con otros cubanos procedentes de Honduras.

Surge un incidente entre Gómez y Martí, que hace a este separarse de la conspiración.

1885, abril 11

Escribe *Entre Santo Domingo y Cuba*, a la vista de ambas islas, al viajar de Boston hacia Jamaica.

En carta a José F. Pérez prometió: "desde ahora y para siempre no seré más que el más humilde servidor del pueblo".

Mayo 25

Se traslada a New Orleans. Deja en New York un material de guerra a cargo del Cónsul dominicano, Hipólito Billini, quien se comprometió a guardarlo en el arsenal de Santo Domingo.

Agosto 15

Desde Kingston escribe a Billini. Le pide su ayuda para la devolución de las armas retenidas por el gobierno dominicano.

Octubre 2

Sale para Santo Domingo a gestionar la devolución del armamento que dejó allí a cargo de Billini, ya que, a causa de la renuncia de este, existen dificultades para recuperarlo; debido a dicho motivo no se ha podido organizar la expedición al mando del General Francisco Borrero.

Octubre 6

Llega a Montecristi con el nombre supuesto de Manuel Pacheco. Al regresar a Santo Domingo, escribe *La vuelta a mi Patria*; mientras, realiza las tareas preparatorias para organizar la independencia de Cuba.

Octubre 13

Se entrevista con el General Monción, quien le brinda ayuda moral.

Octubre 23

Llega a Puerto Plata y es recibido por el General Gregorio Luperón, que le promete ayuda para recuperar las armas.

Noviembre 12

Recibe noticias de la actitud dudosa del presidente dominicano con respecto a la devolución del armamento.

Noviembre 18

Sale para la capital dominicana para tratar con los hombres del gobierno sobre la devolución del armamento incautado.

Noviembre 24

Es recibido en Santo Domingo con muestras de admiración y afecto, especialmente de sus parientes y del pueblo de Baní. Pasa todo el mes en gestiones, infructuosamente, pues el Presidente Wons y Gil, quien lo ha desairado, se niega a acceder a la devolución de las armas.

Diciembre 20

El General Ulises Heureaux, personaje influyente en las esferas oficiales, le ofrece arreglar el asunto del armamento.

1886, enero 1

Encuentra a su hija Ignacia, que cuenta 21 años y a quien él había dejado de 8 meses al abandonar su Patria.

Enero 3

Es enviado a prisión víctima de intrigas políticas por orden de Woss y Gil, Presidente de República Dominicana.

Escribe en la cárcel *La manifestación de Máximo Gómez*, que se publica en un folleto de 15 páginas para distribuir entre sus paisanos y amigos. Explica las causas de su regreso a la Patria: trabajar a favor de la Revolución cubana que se gestaba. Señala

que desconoce los motivos de su prisión, ya que siempre había respetado las leyes de su país.

Enero 4

Escribe a Monseñor Fernando A. de Meriño, Arzobispo de Santo Domingo, y le expone la forma en que fue aprehendido y las causas por las cuales se encuentra en Santo Domingo. Le pide que le proporcione una entrevista con algún delegado del gobierno para aclarar su conducta y obtener su libertad.

Enero 8

Escribe al General Ulises Heureaux desde la casa de la Sra. Josefa Castillo del Vidal, adonde se le ha permitido pasar bajo arresto domiciliario.

Enero 9

Por gestiones de amigos obtiene la libertad, pero con la condición de salir inmediatamente del país.

Enero 15

Parte de la capital dominicana acompañado por una gran multitud que le sigue hasta el muelle.

Febrero 22

Desde Puerto Plata contesta a Armando Rodríguez, joven dominicano de 20 años que le había escrito para expresarle sus simpatías y ofrecerle su ayuda en las tareas por la independencia de Cuba. Gómez le exhorta a organizar una oposición al régimen imperante en su país. Poco después, el joven figurará como combatiente en la revolución de 1886 contra Lilis.

Marzo 12

Recibe una comunicación de Cayo Hueso en la que se expone la necesidad de aplazar la invasión para mejor oportunidad. Aunque comprende las razones, no cree debe capitularse frente a las dificultades ni renunciar a levantar en Cuba la bandera de la Revolución. Quiere consultar a los demás jefes.

Marzo 16

Sale con destino a Jamaica.

Marzo 18

Desembarca en Kingston. Recibe la noticia de que Antonio Maceo está detenido en Colón con su contingente, pues pretendía desembarcar en Cuba.

Abril 17

Se embarca con destino a las Islas Turcas, resuelto a entrar en Cuba. Deja a su familia en el mayor desamparo.

Abril 19

Llega a Turkiland Hall. Hace gestiones para conseguir una goleta.

Mayo 14

Sale para Monte Cristi. Comisiona a Carrillo para hacer gestiones en Puerto Plata con Luperón, Lilis y Loynaz, a fin de conseguir algún dinero.

Mayo 21

Escribe al General Benito Monción para pedirle ayuda monetaria, la que le es negada.

Mayo 22

Regresa a Turk Islands.

Mayo 31

Llega a Cayo Hueso el Brigadier Rafael Rodríguez y le confirma lo expresado en la exposición que de allí le habían remitido, por lo que acuerdan suspender el movimiento. Se levanta acta sobre las razones de tal resolución y la firman ambos para presentarla a los demás jefes.

Junio 8

En Jamaica se entera de que todo el movimiento ha fracasado.

Junio 21

Convoca una junta militar con Antonio Maceo, Flor Crombet, Francisco Carrillo, Coronel Agustín Cebreco y el Dr. Eusebio Hernández, para discutir la forma de empezar a trabajar de nuevo. No llegan a ningún acuerdo.

Junio 22

Se reúnen de nuevo y propone un plan para crear nuevos recursos para invadir Cuba. El plan es aprobado. Se tratará de armar un contingente al mando del Brigadier Flor Crombet para la invasión.

Tiene un disgusto con Antonio Maceo que los aleja temporalmente.

(El 2 de noviembre de 1896 referirá Maceo en Pinar del Río que él y Gómez habían llegado a concertar un duelo por aquel incidente.)

1887, marzo 5

Es publicada en *El Porvenir*, de Puerto Plata, su alocución "A los cubanos", en la que expone las causas que impidieron llevar a cabo el movimiento armado, cuya dirección se le había confiado, y renueva su promesa de servir a Cuba como "soldado sin condiciones".

Diciembre 16

Recibe carta de Martí, en la que este le expone los puntos de vista que animan al Comité Ejecutivo Revolucionario recién constituido, y solicita su concurso.

Contesta a Martí desde Panamá, donde residía, y le expresa su disposición para ocupar su puesto de combate por la independencia de Cuba.

1888, febrero 1

Recibe carta de un grupo de cubanos de New York —encabezados por José Martí—, que tratan de organizar la revolución y solicitan su concurso.

Contesta al grupo de New York en términos patrióticos, pero decide esperar hasta ver los resultados de aquellos trabajos.

Marzo

Desde Panamá escribe a Emeterio Betances, que se encuentra en París, sobre los proyectos revolucionarios, a fin de asociar sus firmas y enviar comisionados a Puerto Rico a levantar fondos.

Recibe carta de Betances en sentido afirmativo.

Abril

Se instala en Jamaica junto con su familia y vende cuantas cosas poseían para poder subsistir.

Agosto 16

Embarca para Puerto Príncipe, Haití.

Septiembre 3

Llega a Santo Domingo.

Septiembre 8

Escribe "Hoja arrancada a un diario de viaje", dedicada a su amigo Manuel de J. de Peña Reynoso. Se publica en *Los Nuevos Poderes*, Monte Cristi, sept. 10-88.

Septiembre 12

Se entrevista con Gregorio Luperón, el que escucha con indiferencia sus proyectos de volver a la patria.

Septiembre 13

En Puerto Plata es recibido con muestras de respeto y cariño por cubanos y dominicanos.

Llega a Santiago y se entrevista con el General Ulises Heureaux, Presidente de la República, quien le ofrece ayuda para su traslado a su país.

Septiembre 26

Sale para Monte Cristi y llega al siguiente día. Habla con Alejandro Grullón y Rafael Rodríguez sobre su proyecto de establecer una zona agrícola de vegueros cubanos, para cuyo negocio le ofrecen ayuda económica.

Octubre 16

Sale para Kingston después de ultimar lo concerniente a la empresa con los señores de la Casa Jimenes, quienes le anticipan 350 pesos para trasladar a su familia a Santo Domingo.

Noviembre 7

Abandona Jamaica con toda su familia.

Noviembre 22

Llega a Monte Cristi.

1889, enero 24

Compra terrenos en Guayacanes por 1,000 pesos, dinero prestado por la Casa Jimenes.

1890, enero 20

La plantación de tabaco no prospera a consecuencia de la fuerte sequía y de la plaga de gusanos que la atacan.

Noviembre

Ha gastado el crédito de 15,000 pesos que le habían otorgado, sin haber hecho nada provechoso con la vega.

1891, junio 20

Escribe a Serafín Sánchez y le dice que los trabajos de unificación de los patriotas deben corresponder a hombres nuevos, no a los viejos combatientes, entre los que prevalecen desacuerdos.

Junio 30

Carta a Serafín Sánchez en que queda patente la pureza de sus principios revolucionarios.

Limpio de lepras morales se "siente rico por haber aprendido a saber ser pobre".

Septiembre

Recibe aviso, del Arzobispo Meriño y de su primo Gregorio Billini, de la intriga preparada contra él por el Presidente Lilís.

1892, enero

Recibe noticias de la predisposición en su contra del candidato a la presidencia de Lilís, quien le cree el brazo fuerte, como hombre de armas, del candidato opositor Jimenes.

Junio

Traslada a su familia a Monte Cristi para evitarle los peligros que a él lo acechan.

Escribe en Monte Cristi, República Dominicana, su magnífico panegírico "El héroe de Palo Seco", episodio de la Revolución Cubana acerca del coronel Baldomero Rodríguez.

Septiembre 11

Llega a La Reforma José Martí, al que recibe "con los brazos abiertos para él y su corazón como siempre dispuesto para Cuba".

1893, enero

Desde su entrevista con Martí, no puede pensar con tino y reposo sobre sus propios negocios.

Abandona la agricultura por considerar que no le queda tiempo para recoger sus frutos, y emprende un negocio, de Palo Amarillo, con la Casa Jimenes.

Mayo 25

Se dedica a cargar tabaco para Bajabonico y Santiago.

Junio 3

Recibe la visita de Martí en La Reforma, donde acuerdan los puntos definitivos para la rebelión y forman el Plan de Fernandina.

Junio 5

Pasa una circular a todos los jefes principales de la guerra del 68 para que estén preparados en el momento oportuno.

Su nombramiento de General en Jefe del Ejército que combatirá en Cuba, que le fuera dado por la Delegación del Partido Revolucionario Cubano, lo autoriza para ello.

Agosto 29

Recibe carta de Martí, donde le anuncia que visitó a Antonio Maceo en Costa Rica y que le transmitió sus instrucciones, las cuales acogió con entusiasmo.

1894, enero

Concluye el negocio de Palo Amarillo. Se ocupa de poner en orden todos sus asuntos, pues las noticias de Cuba le indican que se precipitan los acontecimientos.

Abril 2

Se embarca con su hijo Panchito hacia New York.

Abril 8

Llegan a New York y son recibidos por Martí y otros cubanos. Conferencia largamente con Martí, y después de convenirlo todo, deja a su hijo Panchito en New York, a petición de Martí, y sale hacia Montecristi.

Septiembre 1

Recibe, procedente de Oriente, Cuba, a José Francisco Rodríguez, que trae la misión de informarle de la necesidad de ordenar el levantamiento, por la grave situación en que se encuentran los patriotas de aquella región.

Envía a este comisionado a entrevistarse con Martí.

Octubre 20

En Monte Cristi procede a redactar sus "notas autobiográficas".

Noviembre

Diciembre 25

Desde Monte Cristi trata de obtener, mediante cablegrama, que llegue un vapor a la bahía de Samaná a recogerlo a él y a los que deben acompañarlo en la expedición.

1895, enero 14

Recibe un cablegrama de Martí en el que le anuncia la imposibilidad del negocio, es decir, la salida de los barcos expedicionarios.

Enero 20

Regresa a Monte Cristi.

Enero 30

Se publica en *La Prensa* su opúsculo titulado "El héroe de Palo Seco".

Febrero 7

Martí, Mayía Rodríguez y Enrique Collazo llegan a Monte Cristi para informarle el fracaso tenido con los vapores en Fernandina.

Febrero 12

Después de algunas entrevistas, acuerdan partir de Samaná en una goleta.

Febrero 24

Al producirse el alzamiento en Cuba están en Monte Cristi, albergados en casa de Gómez.

Marzo 25

Firman el manifiesto "El Partido Revolucionario a Cuba", o sea, "El Manifiesto de Monte Cristi".

Abril 1

Sale de Montecristi, rumbo a la isla Inagua, con Martí, Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas y el dominicano Marcos Rosario.

Llegan a la isla de Inagua —una de las Bahamas—, última escala en su viaje a Cuba.

Abril 4

La tripulación de la goleta deserta y el capitán se niega a cumplir su compromiso.

Quedan aislados, sin marinos para la goleta.

Abril 5

Salen de Inagua para Cabo Haitiano en el barco alemán de carga Nostrand.

Abril 6

Desembarcan en Cabo Haitiano y se dispersan por la población.

Abril 8

Desde Cabo Haitiano envía una carta de despedida a sus hijos.

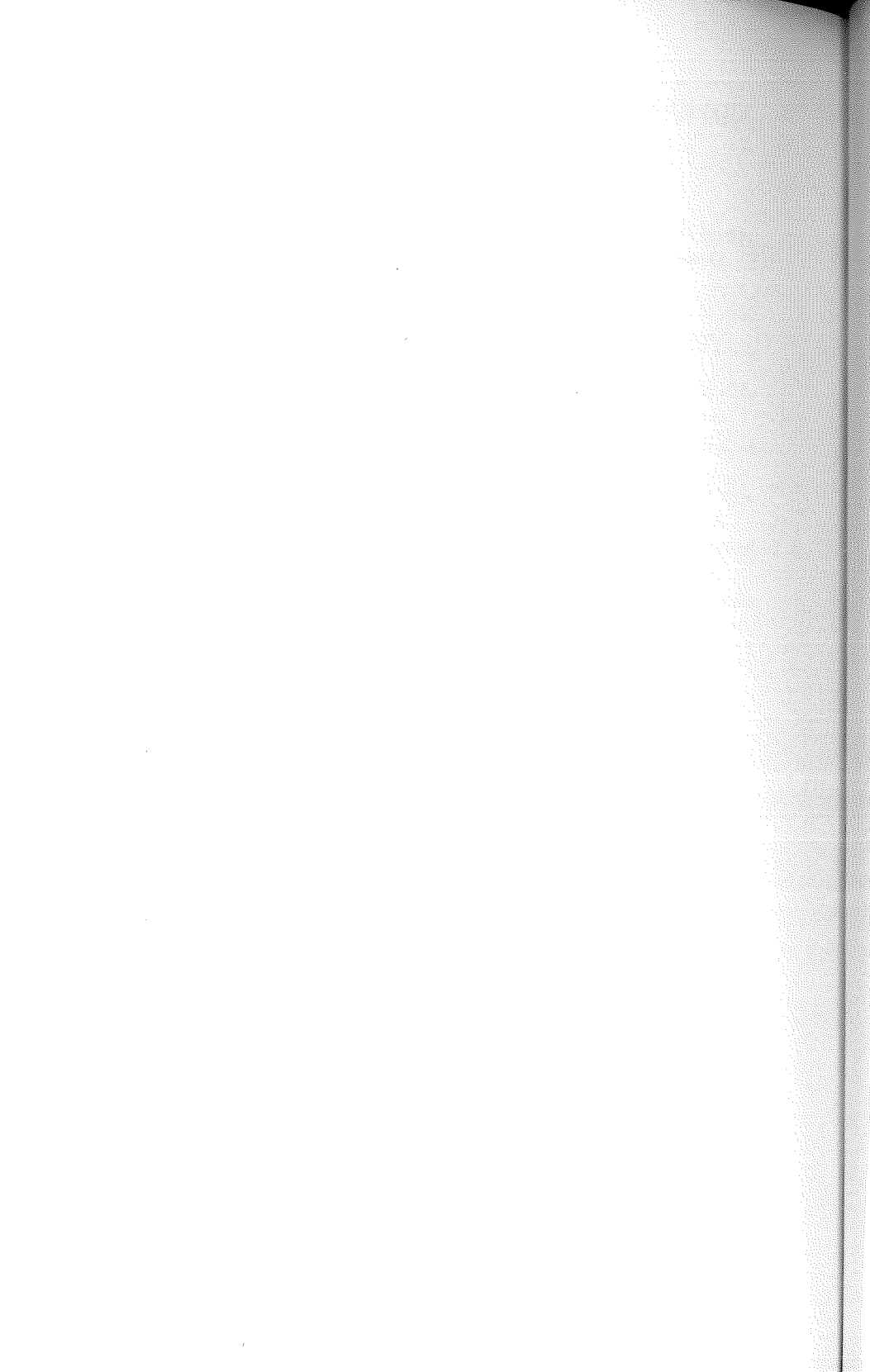
Abril 9

Salen de Cabo Haitiano en el mismo barco alemán en que llegaron a este lugar.

Abril 11

Amanecen en Inagua, donde compran un bote que embarcan a bordo del barco que los conduce.

Tocan tierra cubana en Playitas de Cajobabo, al sur de la Jurisdicción de Guantánamo. Gómez se hinca de rodillas y besa, conmovido y solemnemente, las arenas de la playa.



GUERRA DE INDEPENDENCIA (1895-1898)

Abril 14

Entra en contacto con Vega Beata con el Comandante de las fuerzas mambisas Félix Ruenes, quien se pone a sus órdenes.

Abril 18

Nombra a Martí, Mayor General.

Abril 26

Dirige una circular a los hacendados azucareros y dueños de fincas rurales de la jurisdicción de Cuba, en la que expresa: "Todo el que sirva a los enemigos de la revolución será destruido por ella... todo el que respete a la revolución, será respetado por ella."

Firma, conjuntamente con Martí, desde el cuartel general en campaña, una circular a los jefes, en la que se dispone castigar sumariamente, con la pena asignada a los traidores a la patria, a cualquiera persona que les presente una proposición —de rendición, cesación de hostilidades o arreglos— que no sea el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba.

Mayo 5

Se encuentran Gómez y Martí con Antonio Maceo en las tierras del demolido ingenio La Mejorana.

Esta reunión se conoce como la entrevista de La Mejorana. Los historiadores han formulado numerosas hipótesis acerca de los temas tratados.

Mayo 19

José Martí muere en combate de Dos Ríos. Esta es su primera acción de guerra en la última contienda contra el colonialismo español.

Junio 8

Entra en la jurisdicción de Camagüey.

Junio 24

Inicio de la campaña circular.

Junio 30

Escribe a Maceo desde el Cascarón, Puerto Príncipe, y le subraya que trate de incorporársele con la mayor urgencia para dar el golpe final en el Occidente cubano.

Agosto 4

Decreta el paro forzoso de todo trabajo, ya que considera que: "el trabajo es un crimen contra la Revolución", como le expresa en carta a Estrada Palma, en septiembre de 1895.

Septiembre 14

Se reúne la Asamblea Constituyente hasta que termina sus trabajos, el día 9.

Septiembre 19

Acto solemne para la proclamación del Gobierno, que le ha reconocido como General en Jefe, destino que venía desempeñando por voluntad del ejército.

Octubre 30

Cruza la Trocha de Júcaro a Morón y se pone al frente de las fuerzas que están dislocadas en la provincia de Las Villas.

Noviembre 17

El campamento español Pelayo, en Las Villas, es atacado y ocupado.

Esta acción de guerra se inscribe dentro de la fase inicial de su campaña en Las Villas. Ya por esta fecha Antonio Maceo, con su contingente invasor, se aproxima para su encuentro con el General en Jefe.

Noviembre 24

Antonio Maceo y el contingente invasor oriental cruzan la Trocha de Júcaro a Morón. Todas las acciones militares de Máximo Gómez en Camagüey y Las Villas están en función de la invasión a Occidente. Su campaña de Las Villas tiene entre sus objetivos, la de atraer fuerzas españolas para despejarle el camino al Lugarteniente General Maceo en su avance hacia la comarca villareña.

Noviembre 29

Según Máximo Gómez, el Ejército invasor queda dividido en dos columnas. La primera es de caballería, integrada por 3,000 jinetes. La segunda, de infantería, por 1,000 hombres. Esta avanzará por el sur, a través de la cordillera de Trinidad. Su jefe es el Brigadier Quintín Bandera. La primera marchará por el norte hacia el centro y el sur.

Ese mismo día combate en el camino real de Iguará a Sancti Spíritus, a unos dos kilómetros de Iguará.

Noviembre 30

Arenga a las fuerzas formadas —orientales y villaclareñas— para llegar “hasta donde haya tierra española” y emprende la fabulosa empresa de la invasión.

Queda organizado el Ejército Invasor en Ciego Potrero, Las Villas.

Diciembre 5

Combate entre Jumento y Báez, Las Villas.

Diciembre 9

Combate de Casa de Toja, Las Villas. Los cubanos prosiguieron su avance al no disponer de infantería. Los insurrectos tienen un muerto y trece heridos.

Diciembre 11

Combate, posiblemente en Boca de Toro, a cuatro kilómetros de Minicaragua. La columna española está integrada por unos 4,000 hombres de las tres armas.

Diciembre 13

Inicia el incendio de cañaverales.

Diciembre 15

Mal Tiempo, muy próximo al poblado de Encrucijada, Cienfuegos. Uno de los combates más importantes durante la jornada invasora. Los cubanos tienen cuatro muertos y cuarenta y dos heridos. El número exacto de las bajas españolas se ignora. Los insurrectos ocupan 140 máuseres, 35 remingtons, 5 acémilas cargadas de cajas de municiones, el archivo y la bandera del batallón de Canaria y la Mar.

Hecho significativo de esta acción de guerra, es el aniquilamiento de un cuadro defensivo español a nivel de batallón.

Las fuentes consultadas no aportan ningún otro hecho similar durante nuestras guerras de Independencia.

Diciembre 26

Después de librar el combate de Coliseo, provincia de Matanzas, Gómez ordenó una contramarcha con el marcado fin de desinformar al enemigo. La columna invasora arriba al territorio de Las Villas por el Hanábana. Al día siguiente, se reinicia el avance hacia Occidente.

Diciembre 29

Se libra otro de los grandes combates durante la invasión: Calimete. Los cubanos tienen doce muertos y setenta heridos. Las bajas españolas se ignoran.

1896, enero 1

La columna invasora arriba a la provincia de La Habana. Se libra un combate en el Estante.

Enero 4

Es atacado y tomado el pueblo de Güira de Melena. Gómez no tuvo una participación directa en esta acción de guerra, una de las más importantes en el territorio habanero durante la invasión. Se ocupan más de 200 fusiles y unos 15,000 cartuchos de guerra.

Enero 7

Después de ocupar algunos pueblos de la provincia habanera, la columna invasora se divide. Antonio Maceo continuará hacia Mantua. Gómez permanecerá en La Habana. La misión de Gómez consistirá en atraer el interés de los estrategas españoles con el propósito de facilitar el avance del Lugarteniente General Maceo por la provincia pinareña.

Ese mismo día libra el combate de Ceiba del Agua. Se inicia su campaña de La Habana.

Enero 11

Combate en el ingenio Mi Rosa, Quivicán. Esta acción de guerra es la primera concebida por Gómez en su campaña de La Habana. Es importante por la táctica empleada debido al terreno llano y a las cercas de piedra. Las bajas españolas se desconocen. Los cubanos tuvieron doce muertos y cincuenta y seis heridos.

Otros testimonios ubican el combate en el ingenio San Agustín, muy próximo a Mi Rosa.

Enero 12

Muy próximo al ingenio Fajardo captura e incendia un tren de carga y pasajeros.

Enero 13

Sin resistencia, ocupa por unas horas el poblado de La Salud. Ese mismo día, como a las dos de la tarde, ataca Bejucal. El combate se intensifica por el fuego nutrido de sus defensores. El General en Jefe accede a los ruegos de los vecinos de que no incendie completamente el pueblo, que es ocupado parcialmente. Gómez se autocensura por haber tenido una actitud débil, pues considera la acción una derrota. No obstante, se apodera de armas, cartuchos de guerra y efectos de diversas clases.

Enero 14

El General en Jefe, enfadado, ordena muy temprano en la mañana que la columna se sitúe en las inmediaciones de Bejucal, quizá para atacar nuevamente. Pero una columna española ha entrado a ese lugar en horas nocturnas. Con esa información ordena disparar para provocar el combate en las afueras de la zona urbana. Los españoles aceptan el reto. Gómez dispone la retirada. Alrededor de la una de la tarde entabla combate contra otra columna en la Laguna de Ariguanabo.

El General en Jefe es herido levemente en la pierna derecha. Su segunda y última herida de las dos guerras en las que participó.

Febrero 19

Combate importante en el ingenio Moralitos. Antonio Maceo, que había atacado al pueblo de Jaruco, se une a Gómez en un lugar llamado Soto.

Los españoles han ocupado el ingenio. Son unos 5,000 hombres de las tres armas. Los cubanos tienen unas cien bajas. A Gómez le matan su caballo. Una bala le roza la misma pierna derecha que ya había sido herida en el combate de Laguna de Ariguanabo.

Las acciones de guerra se prolongan por la zona hasta San Pablo y Catalina.

Este combate es uno de los más trascendentales librados por Gómez y Maceo en la provincia de La Habana.

Febrero 28

Gómez contramarcha al dirigirse a la jurisdicción de Cárdenas, provincia de Matanzas. La vanguardia tirotea los ingenios San Fernando y Adela. Son destruidos tramos de vía férrea. Gómez se caracteriza, durante su incursión por las regiones habanera y matancera, por destruir las vías férreas.

Marzo 9

Una columna, a las órdenes del General Prats, ataca el campamento de Gómez. El General en Jefe se esfuerza por rechazarla. Los cubanos tienen doce muertos y cuarenta y dos heridos.

En relación con esta acción de guerra, Bernabé Boza expresa: "Ha sido un combate mal dirigido por el General en Jefe, que no

debió dar, sino evitar a tiempo. Por el estado de la caballería, falta de municiones y cansancio de la gente”.

En la retirada, los insurrectos sostienen otro encuentro armado con una columna que trata de cortarles la retirada.

Como dato interesante, entre las bajas cubanas se relacionan seis muertos y diez heridos de la escolta de Gómez. En total son cuarenta.

Marzo 24

Es atacada la ciudad de Santa Clara. La acción de guerra es un fracaso. Entre las bajas cubanas se encuentra el Teniente Coronel Leoncio Vidal. Su cadáver queda en poder de los españoles.

Abril 26

Va a la jurisdicción de Sancti Spíritus para buscar refuerzos y organizar al ejército en Las Villas.

Mayo 8

Importante combate en Manajanabo.

Mayo 12

Combate contra una columna española de unos 800 hombres de las tres armas en la finca Fusté, Manajanabo.

Estas acciones de guerra en territorio Villarejo se insertan dentro de los propósitos españoles de impedir el retorno de Máximo Gómez hacia el Occidente de la Isla.

Mayo 14

Durante más de dos horas, Gómez, con fuerzas de caballería, resiste un ataque a su campamento en Manajanabo. Los cubanos tienen cuatro muertos y diecisiete heridos.

Concluida esta acción de guerra, el General en Jefe contramarcha hacia Camagüey. Su misión consiste en organizar en lo militar aquella región y activar las operaciones contra las fuerzas colonialistas.

Indudablemente, las dificultades surgidas en Camagüey hacen que Gómez desista de avanzar hacia Occidente, donde Antonio Maceo libra su campaña militar en Pinar del Río. No obstante, Gómez organiza una columna de 500 hombres bien armados a las

órdenes de Juan Bruno Zayas como refuerzo para el Lugarteniente General Maceo. Zayas y sus hombres parten hacia Occidente, el día anterior al combate de Manajanabo, es decir, el 13 de mayo.

Mayo 18

Llega a La Reforma, Sancti Spíritus.

Junio 11

Gómez libra en Saratoga, Camagüey, una de las acciones de guerra más relevantes de las guerras de independencia. El jefe de la columna española, General Adolfo Jiménez Castellanos, la compara con la batalla de Las Guásimas.

Aunque sobre esta batalla o combate se ha escrito con relativa prolijidad, aún requiere una investigación detallada y analítica para conocer su verdadera trascendencia histórica.

Junio 15

En el *Boletín de Guerra* número 25 se publica una entrevista a Máximo Gómez. Algunos fragmentos de sus declaraciones:

"... podemos combatir por tiempo indefinido y mejor éxito, si cabe, que hasta ahora."

"Weyler, General activo y duro, hombre que se impone, ha hecho ya cuanto humanamente ha podido, y no podrá hacer más de lo hecho; aun si le mandase su gobierno 100,000 hombres más, esos soldados no servirán sino de reemplazo para cubrir las bajas, y las cosas seguirían de la misma manera. Le hacen falta en primer término dos elementos poderosos y necesarísimos en todas las guerras: mucho dinero, mucho, para mantener contentos a sus soldados, y buenos generales, que no los tiene, pues cubren sus deficiencias con partes falsos, no cumpliendo por lo tanto sus planes operacionales..."

Julio 1

En Najasa ordena Gómez la difusión de una circular dirigida a los hacendados y dueños de fincas ganaderas. Su texto es el siguiente:

"En armonía con los grandes intereses de la Revolución, por la independencia del país. Considerando: Que toda explotación de

productos, cualesquiera que ellos sean, sirven de ayuda y recurso al Gobierno que combatimos, este Cuartel General dispone:

Primero: Queda terminantemente prohibido la introducción de frutos de comercio en las poblaciones ocupadas por el enemigo.

Segundo: Queda asimismo prohibido la introducción de ganado en pie.

Tercero: Las fincas azucareras paralizarán su labor y las que intentasen realizar la zafra, serán incendiadas sus cañas y demolida su fábrica.

Cuarto: Los que infringiendo estas disposiciones, tratasen de sacar lucro de la situación actual evidenciarán desde luego poco respeto a la Revolución redentora; serán considerados como desafectos, tratados como traidores y juzgados como tales, caso de ser apercibidos."

Julio 7

Palabras pronunciadas por Gómez a las tropas en Río Abajo, referidas al autonomismo: "La República puede admitir a todos los cubanos que con sus trabajos políticos se han opuesto y se oponen a la Revolución, y ¿cómo ellos no han de ser admitidos cuando abrimos las puertas hasta para recibir a los españoles que nos combaten?, pero ya como revolucionario no puedo admitir en la comunión honrada de hombres libres sino a los que como yo se han sacrificado, han trabajado y ahora luchan por la independencia de la Patria cubana."

Julio 10

En lugar donde cayera Martí en Dos Ríos, levanta un monumento de piedra viva.

Julio 27

En carta a su esposa pone de manifiesto su ideal antillano. Gómez considera que las Antillas deben estar unidas frente a la amenaza norteamericana.

Pasa los últimos días de este mes destruyendo cuanto pudiera ser útil al enemigo, desde Remanganagua hasta Palma Soriano y el Cafetal La Aurora.

Agosto 3

Se entrevista en el cafetal La Aurora con propietarios cafetaleros que reclaman respeto a sus propiedades por su condición de extranjeros.

“Llévense sus cafetales para su tierra”, es la respuesta de Gómez.

Agosto 20

Participa con Calixto García en un gran combate donde es destruido el fuerte de Loma de Hierro.

Agosto 28

Emprende marcha hacia Camagüey.

Septiembre 2

En La Yaya, Camagüey, Gómez —en versión recogida por Valdés Domínguez— le expresa al gobierno lo siguiente:

“Yo no he venido a imponerme como militar, he venido a auxiliar a los cubanos y a pelear por la independencia sin ambición de ninguna especie; la única gloria que quiero para mí, es la de morir al pie de la bandera de la Revolución; y sólo obedeciendo a los preceptos constitucionales, ocupar mi puesto mientras los cubanos me crean digno de él.”

En la reunión efectuada entre el Consejo de Gobierno y Máximo Gómez, se acuerda impedir la realización de la zafra azucarera.

Septiembre 21

Gómez comienza el sitio de Cascorro, poblado camagüeyano. La fecha del inicio de la operación militar es confusa debido a las versiones existentes.

El sitio de Cascorro forma parte de un plan complejo concebido por Gómez, en el cual se contempla la toma y ocupación de Guáimaro. Pero debido a la demora de Calixto García, por dificultades de diversa índole, el General en Jefe decide iniciar el combate de Cascorro. En definitiva, este poblado no es ocupado, pero Calixto García sí ocupa Guáimaro. En esta acción, el plan elaborado por el General en Jefe y la ayuda para rechazar refuerzos españoles son decisivos.

La operación militar combinada de Cascorro y Guáimaro es una de las más complicadas de las efectuadas por el Ejército Libertador, en relación con la toma y ocupación de pueblos y ciudades, pues se libran combates importantes en apoyo a esas acciones de guerra.

Octubre

Noviembre 6

Libra los grandes combates de Lugones y La Conchita.

Diciembre 8

En el Coral, Camagüey, Gómez recibe una comunicación del Consejo de Gobierno, en la cual se le exige una respuesta en un plazo breve acerca de los pases para comerciar con las zonas ocupadas por los españoles. El General en Jefe expresa que siempre ha cumplido con respeto los acuerdos del Gobierno y que con su actitud solo ha deseado servir mejor a la Revolución. Renuncia a su cargo de General en Jefe del Ejército Libertador. En definitiva, el incidente queda resuelto y Gómez continúa en la jefatura del ejército.

Diciembre 16

En su campamento El Paraíso recibe la noticia de la muerte en combate del Mayor General Antonio Maceo y de su hijo, el capitán Francisco Gómez Toro, en San Pedro, provincia de La Habana, el 7 de diciembre de ese año.

Diciembre 26

Cruza la Trocha de Júcaro a Morón, entre Morón y el Estero y arrolla una emboscada enemiga.

Al cruzar la Trocha militar de Júcaro a Morón se registra un breve encuentro con tropas españolas que estaban emboscadas. La acción es una carga al machete. Como observación mencionaremos que esta carga al machete se realiza en horas de la noche. Esto deviene en una rareza, pues las cargas se dan casi siempre por el día. A las ocho y treinta de la noche, Gómez está en la parte occidental de la Trocha. El resto de la guerra, todo el año 1897 y parte de 1898, lo pasará en Las Villas.

1897, enero 27

Comienza el ataque al poblado de Arroyo Blanco. La idea táctica de Gómez consiste en atraer hacia esa zona las columnas españolas para aliviar las presiones militares sobre Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Aunque no se toma el poblado, el propósito principal del General en Jefe se cumple, pues Valeriano Weyler envía contingentes de refuerzo.

El sitio de Arroyo Blanco termina el 1^{ro} de febrero. En relación con esta operación militar se efectúan combates en La Reforma, Juan Criollo, y sus zonas próximas a Taguasco y Arroyo Blanco.

Con estas acciones de guerra comienza la famosa Campaña de La Reforma, una de las más brillantes de Gómez en las guerras por la independencia. En esta campaña, los conceptos de tiempo y espacio, concebidos por el General en Jefe devienen uno de los aspectos más sobresalientes, porque nos revela un pensamiento militar en correspondencia con los valores de la guerra prolongada.

Febrero 6

Escribe a un compatriota amigo —Andrés Bello— sus inquietudes acerca de lo que califica de “tristemente deficiente sistema o forma como está constituida en Cuba la industria azucarera.” Compara el lujo de los hacendados frente a la miseria de los campesinos. Ve en esa desigualdad social un peligro para el futuro de Cuba que debe ser libre “sin privilegios a ningún linaje.”

Febrero 15

Se presenta en su cuartel el periodista español Luis Morote, autorizado por Severo Pina, Ministro de Hacienda. Morote es sometido a Consejo de Guerra. Puesto en libertad continuará siendo uno de los peores enemigos de Cuba.

Marzo 1

Acampado en Guayacancito con solo treinta hombres —sus ayudantes y escoltas—, es atacado por sorpresa. Después de mantener un rudo combate, puede retirarse.

Es conmovedor su relato de esta sorpresa cuando consigna que hubo que sujetarle el caballo, que con sus brincos le impedía pisar el estribo, porque “ya no puedo caer saltando”.

Marzo 8

Gómez, con 300 hombres, resiste en Santa Teresa el ataque de una columna española de las tres armas y de unos 3,000 efectivos. Las acciones de guerra se prolongan hasta el día siguiente.

En las acciones combativas el caballo que monta el General en Jefe es muerto de un balazo. Gómez pierde el conocimiento debido a la caída. Al recobrar la conciencia, mira a los que le rodean y pregunta: ¿Dónde está mi machete?

En el encuentro bélico pierde la vida el periodista norteamericano Crosby, comisionado de la Liga Cubano-Americana.

Marzo 31

En una declaración, que tituló "Última palabra" y que hizo pública, protesta enérgicamente contra la acusación, que le hizo el periodista español Luis Morote, después que visitó su campamento, de ejercer una dictadura sobre los revolucionarios libertadores. Califica de infame suponer que a los cubanos les falta honradez política, que solo los liga a la revolución el temor a su personalidad y a su intransigencia.

Mayo 3

Los españoles continúan su plan de persecución de las tropas de Gómez. Atacan su campamento en La Reforma. Los cubanos tienen dos muertos y siete heridos.

Agosto

En este mes se efectúan pequeñas acciones de guerra.

Septiembre 9

Tirotean el poblado de Cabaiguan.

Septiembre 18

En carta a Tomas Estrada Palma, el General en Jefe se refiera al desarrollo de la guerra durante la campaña de verano: "La campaña de verano, tan fecunda con éxito, sigue pujante y vigorosa en toda la Isla, no obstante la flojedad que en sus operaciones muestra el enemigo. Ya usted conocerá los detalles de los hechos de armas realizados sobre Mariano, Trinidad, Cumanayagua y algu-

nas poblaciones de Oriente que unido a los extractos de las operaciones realizadas por alguna de las Brigadas de este Departamento, le demostrarán que no damos un momento de tregua a España... Por lo que a mí respecta, le diré que después de 8 meses de activas y tenaces operaciones del enemigo empleando muchas fuertes columnas, no ha podido conseguir sacarme del reducido campo de acción que me tracé desde mi venida desde Camaguey, y constituye un triunfo permanecer aquí hasta que la necesidad de la campaña requiera mi presencia en otra parte."

Octubre

En este mes continúa Máximo Gómez sus intensos movimientos en correspondencia con su táctica de agotar al enemigo. Se realizan breves encuentros armados.

Escribe "Momentos de ocio." Diálogo entre Laura y Adela (histórico), dedicado a su hija Clemencia.

Noviembre 3

Cuatro columnas españolas, en combinación traban combate con los insurrectos. Gómez se enfrenta en retirada. Los españoles emprenden la marcha en dos columnas y son víctimas de emboscadas.

Noviembre 5

Los españoles sorprenden el campamento de Gómez en Las Delicias debido a una negligencia de las avanzadas mambisas. Se traba rudo combate.

Noviembre 6-29

Se efectúan pequeñas acciones de guerra.

Noviembre 30

Escribe al General Blanco, Capitán General de la Isla, y lo llama a la paz sobre la base de la independencia, para construir en Cuba la República.

Diciembre 18

En carta a Estrada Palma, enjuicia el asesinato de Cánovas del Castillo, no obstante los beneficios que su muerte habrán de pro-

ducir a la causa cubana, como un acto de terrorismo reprochable y nefasto, y contraproducente táctica revolucionaria. En proclama "Al Ejército Libertador" da a conocer la firme decisión de los patriotas, frente a los proyectos autonomistas, de continuar luchando hasta la total independencia de la Isla.

1898, enero 7

Una columna de 1,000 hombres de las tres armas trata de sorprender el campamento de Gómez en Los Hoyos. El enemigo se retira frustrado hacia Arroyo Blanco. Los cubanos tienen un muerto y dos heridos.

Enero 14

Publica en el diario *Yara*, de Key West, un artículo titulado "Mi protesta", donde califica rudamente al autonomismo y a los autonomistas.

Enero 21

Le llega la noticia de la explosión del acorazado norteamericano *Maine* que estaba anclado en la bahía habanera, el hecho le impresiona por la pérdida de tantas vidas.

Febrero 12

Afirma en un escrito no haber venido a Cuba sino a luchar por la humanidad.

Febrero 21

En las cartas dirigidas a varios autonomistas declara que no acepta la autonomía porque su único fin es dividir a los cubanos, "fórmula hipócritamente concebida por España."

Febrero 24

Abrumado por la fatiga, con el pretexto del frío, duerme en el suelo sobre pajas del potrero. La hamaca ya le resulta incómoda. Desde el 8 de enero hasta el 28 de febrero se concreta Gómez, al carecer de cartuchos de guerra, a tirotear columnas españolas y hostilizarlas en sus recorridos, así como a tenderles emboscadas.

Marzo 2

El General Blanco le propone la paz a base de la autonomía, en respuesta a su carta de noviembre.

Marzo 10

Escribe desde los campos de Cuba a Gregorio Billini. Le expone el fracaso del General Blanco y el régimen autonomista, al mismo tiempo que le recomienda pedir al General Liliés que no descuide a los hijos del grupo de patriotas que luchan a su lado en Cuba.

Marzo 16

Recibe a un emisario del General Blanco que trae algunas golosinas. Gómez las manda a quemar y amenaza al emisario con ahorcarlo, aunque después lo deja en libertad.

Marzo 19

Una fuerte columna lo ataca en Majagua, Gómez resiste cuando es posible y se retira a Los Hoyos.

Abril 23

Desprecia la orden de armisticio dada por los españoles y ordena la guerra.

Mayo 2

Inicia comunicaciones con el General Sampson, Jefe de la escuadra norteamericana.

Mayo 9

El jefe militar norteamericano, J. G. Watson, le envía una carta al General en Jefe. En la misiva le formula algunas interrogantes con respecto a la guerra.

En relación con esto, Bernabé Boza expresó que Gómez le daría respuesta cuando él fuera obispo.

Mayo 12

El General Sampson le ofrece recursos para la guerra.

Mayo 13

Acepta la ayuda ofrecida por el General Sampson y solicita el envío de tres expediciones.

Mayo 16

Máximo Gómez le expresa al General López Recio algunos criterios sobre el desarrollo de la guerra: "Los españoles poco a poco (no podrán hacerlo de golpe) se van concentrando en litorales. Y los americanos continúan probando los proyectiles de sus cañones en algunos puntos de Occidente, principalmente en Matanzas y Cienfuegos. Como todo el mundo supone, y es posible que así sea, ellos parece que primero se proponen estrecharlos para después atacarlos de firme. Yo he indicado al General Sampson que ellos no tienen necesidad de echar en tierra más hombres que algunos artilleros, y después que nos desembarquen muchos recursos por todas partes y de muchas clases, que nosotros damos cuenta de lo que quede de ellos, haciéndose ellos dueños y señores del mar, que nosotros lo somos de tierra, y dentro de seis meses estarán capitulados."

Junio 14

Combate contra una columna de un convoy, posiblemente entre Blanquizar y Marroquín.

Junio 15

Hostigamiento intenso contra una columna. Ocupa Punta Alegre, Las Villas.

Consigna en su diario que no ha recibido la ayuda prometida por el General Sampson.

Escribe en su Cuartel General de La Demajagua "El sueño del guerrero", dedicado a su hija Clemencia.

En el escrito "Mi escolta", pone de manifiesto el sentimiento internacional y latinoamericano que había de tener la independencia de Cuba.

Julio 15

Gómez eleva al Consejo de Gobierno su renuncia como General en Jefe, debido a actitudes incorrectas de algunos de sus subordinados.

Agosto 19

Escribe en su Diario de Campaña: "Recibí la noticia de la confirmación de la paz entre España y Estados Unidos; y el reconocimiento de la independencia de Cuba."

Septiembre 4

Escribe a su dilecta amiga María Escobar. Le manifiesta su gran amor al pueblo de donde procede y al que consagra su lucha.

Octubre 28

En carta a Tomás Estrada Palma reitera su pensamiento internacionalista al expresar no haber luchado solo por Cuba, sino "para la civilización, para el mundo todo."

Diciembre 29

Lanza su proclama "Al ejército y al pueblo", en la que considera que, con la ocupación militar norteamericana, Cuba no es "ni libre ni independiente."

Desde el central Narcisa, su Cuartel General, emite su manifiesto "Al pueblo cubano y al ejército", en el que plantea "envainar la espada y contribuir a la consolidación de la paz y el establecimiento de un gobierno cubano."

OCUPACIÓN DE LA ISLA POR EL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

1899, enero 5

Hace su entrada en Remedios, y el pueblo le tributa una verdadera ovación.

Enero 8

Cuando los soldados españoles regresan a su tierra, Gómez expresa: "Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros, porque un poder extranjero los ha sustituido.

"Los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos."

Febrero 10

Recibe una comunicación de la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes en la que se le ordena presentarse a dicha Comisión antes del día 14, ya que la Asamblea estaba convocada para el 15.

Febrero 24

Hace su entrada triunfal en La Habana al frente de Ejército Libertador.

Marzo 11

Es destituido de su cargo de General en Jefe del Ejército Libertador por la Asamblea de Representantes del Cerro.

Marzo 12

En su "Manifiesto al pueblo y al ejército" da cuenta de la actitud habilísima que adopta al despojo del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador.

Marzo 16

En carta pública dirigida a José Dolores Poyo, protesta contra las opiniones anexionistas de algunos cubanos, a los cuales considera "la mancha más negra que pudiera caer en la historia de uno de los pueblos más cultos y heroicos de América."

Junio 5

Lanza su proclama "Al pueblo cubano", en la que reitera su antimilitarismo y se despide del pueblo cubano, cumplida su misión.

Agosto 30-31

Publica en los periódicos *El Telégrafo* y *Listín Diario* sus "Declaraciones necesarias", cuando, al ser asesinado el presidente de la República Dominicana, se le achacan aspiraciones de ocupar la presidencia de ese país.

Noviembre 25

En las elecciones presidenciales de la República Dominicana, apareció un voto a favor de Máximo Gómez en el colegio electoral del distrito de Puerto Plata.

1900, enero

Visita a Santo Domingo.

Febrero 25

Se entrevista con el General Brook para tratar los asuntos relativos al licenciamiento del Ejército.

Mayo 25

Escribe su "Previsión", donde alerta a Cuba y Santo Domingo para que aseguren su independencia absoluta y se cuiden "del oro y los cañones de los imperialistas del Norte."

Mayo 28

Se publica, en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, su escrito "La vuelta a mi tierra", donde recoge las impresiones de su viaje a la tierra natal.

Agosto 20

Hace declaraciones públicas en el artículo "Dos palabras a mis amigos cubanos", en el que alerta para que no se dé cabida en la Convención Nacional "a los que ayer habían infamado a la Revolución."

Agosto 21

Publica, en *La Lucha* de La Habana y en el *Listín Diario* de Santo Domingo su artículo "Nosotros los dominicanos."

Diciembre 18

Hace pública su decisión de no aceptar destinos en el gobierno cuando se le ofrece la Presidencia de la República.

1901, marzo 21

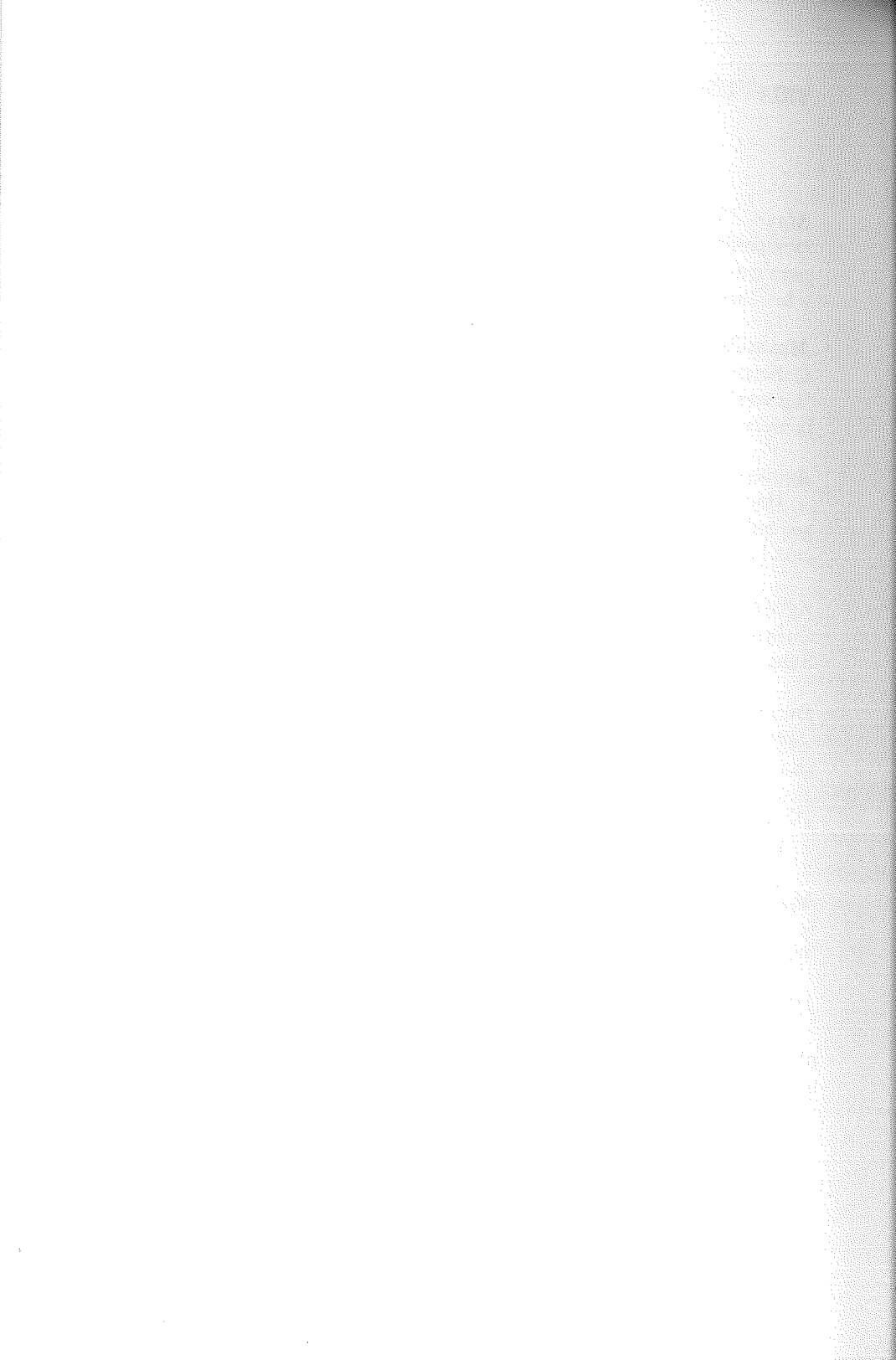
Reitera su negativa a ocupar la Presidencia de la República.

Mayo 8

Escribe a Sotero Figueroa y le expresa el peligro que corre la Patria ante la posibilidad de una anexión de la Isla a Estados Unidos.

1902, febrero 18

Aparece en el *Listín Diario* de Santo Domingo su carta dirigida al director de *El Cubano Libre* de Santiago de Cuba, en la que agradece los obsequios recibidos a su salida de aquella ciudad.



LA REPÚBLICA

Mayo 20

Le corresponde por sus méritos revolucionarios y su vida consagrada a conquistar la independencia de Cuba izar la bandera de la estrella solitaria.

Junio 4

Carta al General Francisco Carrillo. Ratifica su decisión de no aceptar cargo político alguno.

1905, septiembre 5

Publica, en *El Mundo* de La Habana, su artículo "Eugenio María de Hostos", a la muerte de éste en la República Dominicana.

Septiembre 9

Escribe a Federico Henríquez y Carvajal conmovido hondamente por la muerte de Eugenio María de Hostos, con quien mantenía relaciones íntimas y afectuosas.

Noviembre 13

Carta al General José Miró, en la que le reitera su decisión de no aceptar destino político.

1904, julio 2

En las elecciones generales de la República Dominicana obtiene un voto a su favor para Presidente de la República

1905, enero 9

Carta al director del periódico *La Protesta* de Sagua la Grande, en la que le agradece la presentación y apoyo de su candidatura a la Presidencia de la República. Al mismo tiempo, le expresa su negativa a aceptar dicha candidatura.

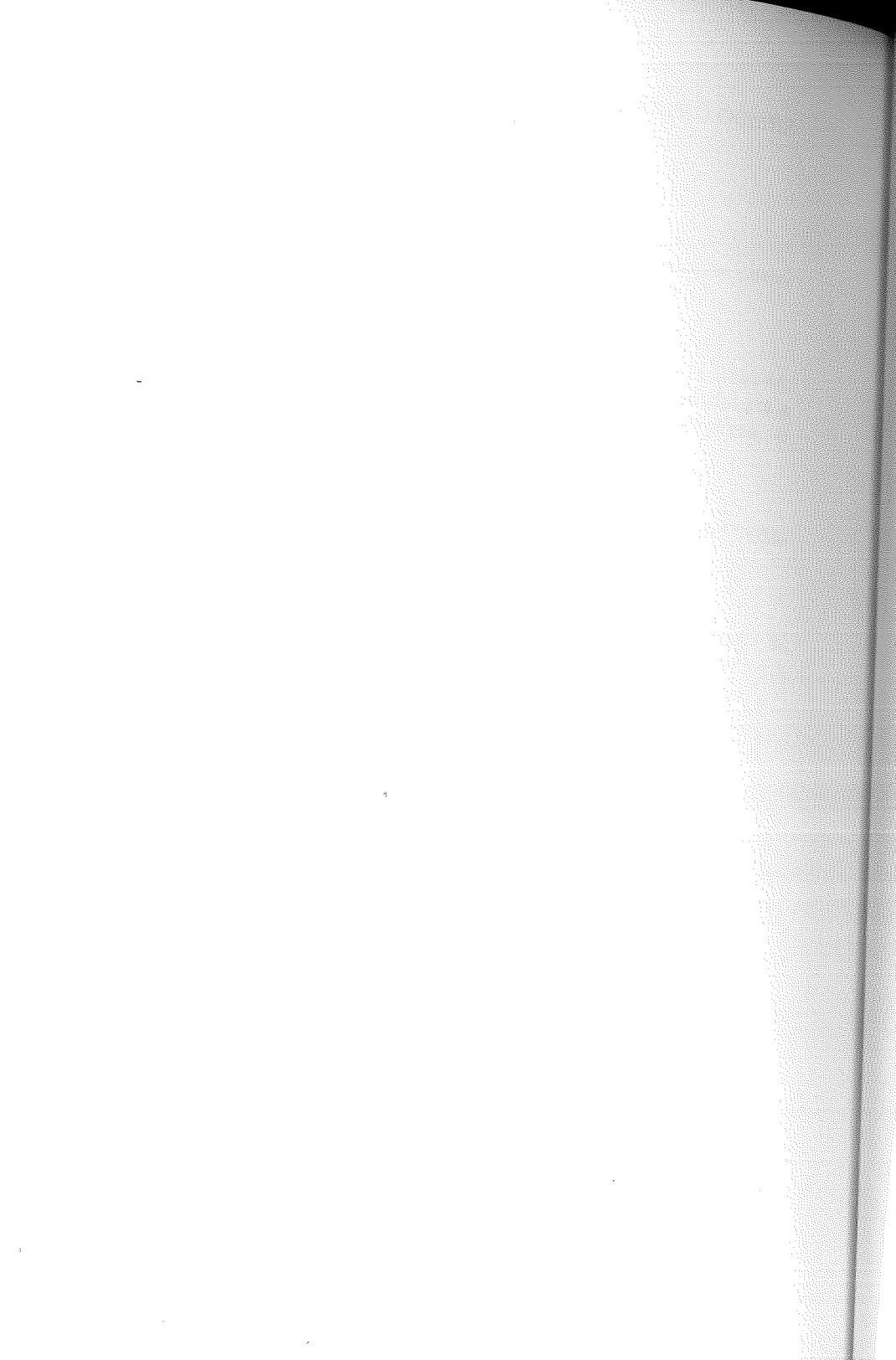
Junio 17

Fallece a las 6 y 7 minutos de la tarde, en su domicilio del Veda-do, calle 5^{ta}. No. 45.

1935, noviembre 18

Sobre un pedestal de bronce y granito, en la plaza situada al comienzo de la Avenida de La Misiones, se inaugura una estatua ecuestre destinada a perpetuar la memoria del Generalísimo.

APÉNDICE



MÁXIMO GÓMEZ BAJO LA ÓPTICA DE SUS CONTEMPORÁNEOS

Ningún jefe militar ni dirigente civil del proceso emancipador cubano, durante la segunda mitad del siglo XIX, fue pasado por el prisma del otro como Máximo Gómez. El hecho de haber sobrevivido a dos cruentas guerras independentistas, el liderazgo ejercido como General en Jefe del Ejército Libertador, y organizador de movimientos insurgentes, sus actividades revolucionarias fuera de Cuba y la relación con centenares de personas de todos los credos políticos e ideologías que abarcaban a mambises, emigrados y hombres y mujeres sin ninguna vinculación con la causa patriótica cubana, incidió para que se acumulara una vasta documentación acerca de cómo lo vieron sus contemporáneos.

Sin dudas en la bibliografía relacionada con Máximo Gómez y en los Archivos hay informaciones suficientes para un libro voluminoso y, posiblemente, para una obra en varios tomos.

Las naturales limitaciones de espacio obligan a una selección restringida en cuanto a personas y temas. No obstante los criterios vertidos nos conducen por el camino de aproximación al hombre en sus dimensiones de carácter político, social, militar, cultural y psicológico.

Un general mambí e ilustrado, Fernando Freyre de Andrade, lo define como padre de la patria.

*“La historia conservará el recuerdo de las hazañas del grande hombre, y en sus páginas aprenderán nuestros hijos a admirar la gloria del Libertador de su Patria; los tratados de arte militar harán justicia a su genio como estratega y como jefe de guerrillas, que aunó en su persona las raras dotes de que supo hacer gala, manteniendo siempre la unidad de plan en nuestra difícil guerra, y defendiendo, con un puñado de hombres, la posesión de un corto territorio del que inútilmente pretendía desalojarlo una nación que tiene fama de valiente y de producir notables guerrilleros; pero sus amigos, los que en los días duros de la guerra, le vimos pelear indómito contra el enemigo y mantener con férrea mano la disciplina entre los nuestros; los que vimos en medio del combate y del campamento correr sus lágrimas ante toda escena tierna, y recibimos las confidencias de su inmenso amor a los pobres, a los humildes y a los buenos, debemos proclamarlo, para que nuestros hijos y el mundo sepan que el héroe de nuestra epopeya, el padre de la patria, antes que héroe era justo, y antes que voluntad firme, era corazón tierno, amante y generoso”.*¹

El general Pedro Mella lo vio así:

*“Nadie puede decir que Máximo Gómez ha sacado de la Guerra de los Diez Años otra cosa que merecida fama de excelente táctico militar y soldado valiente. Nada quiso aceptar de nosotros aun cuando su pobreza era extrema y nuestro ánimo era de ofrecerle y darle cuanto pidiese”.*²

El Máximo Gómez de la Guerra de los Diez Años ante los ojos del irlandés James O’Kelly, corresponsal del *New York Herald*.³

1. Declaraciones publicadas por la revista *El Fígaro*, La Habana, 25 de junio de 1905, No 26, p. 48.

2. Periódico *El Mundo*, domingo 18 de junio de 1905, p. 6.

3. James J. O’Kelly: *La tierra del mambí*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, pp. 209-210.

“Como la mayor parte de los oficiales cubanos no han tenido la ventaja de una educación oficial, conocen poco de la ciencia de la guerra, excepto lo que han aprendido por experiencia durante los seis años de lucha por la libertad. Los oficiales cubanos conocen muy bien los principios fundamentales de la guerra por medio de guerrillas, gracias a las lecciones que les han dado dos dominicanos: los generales Gómez y Díaz.”⁴

“El general Gómez, que hoy manda en el departamento central, es un veterano bravo, enérgico y de un carácter de hierro. Carece de la alta educación de un oficial, y tiene, al parecer, menos instrucción general que su discípulo Calixto García. Posee, sin embargo, la ventaja de una grande experiencia de la guerra y un conocimiento práctico de la irregular. En gran parte la afortunada resistencia de los cubanos durante el primer año de la guerra se debe a la constancia e inquebrantable resolución de Díaz y Gómez; y cualquiera que sea el resultado final de la lucha, estos hombres deben ocupar un lugar preferente en la historia de Cuba.”

Durante la última Guerra de Independencia, Máximo Gómez recibió a muchos periodistas de Estados Unidos de América. Su celebridad estimulaba a los corresponsales de guerra para escribir sobre él y el conflicto hispanocubano. Uno de ellos, Grover Flint, concibió el libro *Marchando con Gómez* que es la suma de reportajes publicados en el *New York Journal* que alcanzaron gran fama. Flint, además de haber sido un excelente reportero, también se destacaba como dibujante. Estos dibujos han quedado como su testimonio de lo que vio en la manigua insurrecta cubana como el pequeño machete dominicano de Máximo Gómez. En lo que respecta al General en Jefe del Ejército Libertador, su visión fue la siguiente:

“Es un hombrecito gris. La ropa no le ajusta bien, y tal vez, si uno le ve en una fotografía, su figura podría parecer vieja y ordinaria. Pero tan pronto como pone sus agudos ojos en uno,

4. General Modesto Díaz.

golpean como un puñetazo. Uno percibe la resolución, la intrepidez y el conocimiento de los hombres que hay en esos ojos, y su poseedor se convierte ante usted en un gigante.

"Nacido en el campo, hijo de campesino, posee una firmeza de propósitos anglosajona y un sentido del honor tan entero y real como la hoja de su pequeño machete de Santo Domingo".⁵

Flint pudo constatar la franqueza envuelta en una saeta que Máximo Gómez un día le dirigió sin miramientos de ningún tipo. Y para no quedarse con ella porque era una forma de aproximar a sus lectores a la personalidad de la máxima autoridad militar del mambisado, relató la anécdota siguiente:

"Una vez que yo estaba haciendo un bosquejo a lápiz de su caballo, Gómez me vio y vino a mirar por encima de mi hombro.

—Un dibujo muy malo, dijo generosamente; pero añadió con profunda convicción:

—Yo le aconsejaría que se dedicara a otra carrera".⁶

Quizá esta otra anécdota asombró a Flint porque le enseñó una faceta desconocida de Gómez:

"A despecho de su autoridad, Gómez cedió una vez a un halago. Fue en una noche húmeda en el lomerío de Matahambre, cuando Colete y yo, con las espaldas expuestas a la lluvia, charlábamos despides de la comida en la insuficiente tienda de campaña de Gómez, Colete acababa de decir que ni Washington ni Bolívar habían dejado hijos que transmitieran sus apellidos. Pero usted, General —dije yo, inconscientemente—, es más afortunado. Gómez frunció el ceño y se encogió de hombros con un gruñido que significaba —que simpleza. Sin embargo, yo percibí que estaba interiormente complacido."

5. Grover Flint: *Marchando con Gómez*. Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1983, pp. 99-100.

6. *Ibid.*, p. 160.

En sus múltiples visiones de Máximo Gómez, Flint arribó a la conclusión de que:

“Para Gómez, la continuación de la lucha significaba diarias penalidades y falta de reposo o confort en una enfermedad, vida placentera para un joven, pero exigente para un hombre de avanzada edad. Para Gómez existía el riesgo de una bala perdida que podía impedirle ver consumado el propósito de su vida, la obra de su cerebro y sus manos.

Gómez, como soldado práctico, no se aventuraba a especular sobre el futuro de Cuba en detalle. Para él era bastante ver a Cuba bajo bandera y gobierno propios. “Uno no proyecta su casa —decía— hasta que es dueño del suelo sobre el que se va a alzar”.⁷

El depósito de corresponsales, lugar extraño y desconocido.

Un primer encuentro con Máximo Gómez siempre se realizaba bajo una tensión extrema. La presión se elevaba cuando se trataba de un periodista. Pues si le resultaba antipático o le despertaba la desconfianza por respuestas insatisfechas a sus preguntas cualquier orden por inverosímil que fuera podría esperarse. Mr. Dawley tuvo una experiencia peculiar que a sus lectores del *Harper's Weekly* le fue incomprensible.

“Para hablar con el gran hombre —dice Dawley— me fue necesario arrastrarme por debajo de su lona, porque él no se esforzó por salir y la lona no era bastante alta para que un hombre se mantuviera de pie debajo de ella. Después de haber respondido a sus pocas preguntas acerca de mí, dijo a uno de sus ayudantes, con tono de presunción: ‘Llévenlo al depósito de corresponsales’.

Yo había oído hablar de depósitos para caballos y reses, depósitos para boniatos y café; pero un depósito para corres-

7. *Ibid*

*ponales me llamó la atención como algo nuevo, y no tardé en descubrir que era un rasgo del campamento tan nuevo para el ayudante a quien Gómez le había dicho que me llevara como para mí".*⁸

Cuando su colega Grover Flint leyó su descripción que la consideró ingenua, comentó: "Un *deposit* (depósito), —como explica mister Dawley—, es un lugar donde se ponen animales o cosas. Fue exactamente como si Gómez hubiera dicho: "*Take him to the pound*".⁹

El teniente coronel Ramón Roa —fue uno de sus secretarios y ayudante en la llamada guerra grande— quedó convencido de que fue: "El padre de nuestros guerreros".¹⁰

Y como protagonista, testigo y escritor con alma de historiador de la primera guerra de independencia no dejaba escapar curiosas anécdotas que pretendían diseñar la personalidad de Máximo Gómez.

"Un rancharo camagüeyano tenía por ahí su bohío, con techo de guano, sin que apareciese que las pencas habían sido cortadas después de derribado el árbol como se practicaba por todas partes bajo la acción destructora que desarrolló la guerra. El General hubo de preguntar quién desmochaba las palmas que allí eran muy altas, a lo que el rancharo le contestó él mismo, pero con trepaderas. El General de cómo se hacía y de cómo funcionaba tal ingeniería hecha de sogas de majagua, no tardó en preparar unas, y al día siguiente se levantó muy temprano y nos sorprendió a todos con el espectáculo de subir la palma como todo un desmochador de oficio. Todo lo que le parecía varonil, encontraba en él un imitador tenaz y decidido.

"Otro día, como a la hora de haber amanecido, oímos en la llanura un disparo de fusil. Los ayudantes montamos, echándole de menos para cerciorarnos de lo que ocurría, en verdad que pasamos un mal rato, que subió de punto al ver a todo un

8. *Harper's Weekly*, mayo 19, 1897.

9. En una nota el traductor quiso aclarar que: "Llévenlo al depósito, empleando un equivalente inglés entonces más común o comprensible que *deposit*."

10. *El Figaro*, junio 25 de 1905, No. 26, p. 52.

mayor general Máximo Gómez, Jefe del Departamento, que a galope venía a encontrarnos con aire de satisfacción, de la cual aún sin saber la causa, nos hicimos partícipes fácilmente. Él, más digno de admiración que Fabio Máximo, por probar si podía derribar una res de un tiro a todo correr, había disparado sobre un toro montaraz, al que, desde luego, fueron nuestros monteros a desollar para el almuerzo".¹¹

Máximo Gómez el héroe abandonado, esa fue la impresión del poeta y patriota José Joaquín Palma acerca de las condiciones de vida de Máximo Gómez cuando residía en Jamaica en 1878, meses después de concluida su participación en la guerra de Cuba.

"(...) acudí a Jamaica, recibiendo una de las más terribles impresiones de mi vida al ir en busca del héroe abandonado, que tantos días de gloria diera a las armas cubanas. Me apretaba el corazón al contemplar la miseria en que vivía aquel hombre con su familia. La casa era un pequeño bohío de paja con piso de tierra, y los muebles eran tan escasos que puede decirse no existían. Y Gómez, tan sumido estaba en oscuros pensamientos, torturado Dios sabe por cuántas terribles preocupaciones, la cabeza hundida entre las manos, los codos apoyados sobre las huesudas rodillas, que no advirtió la presencia de quien venía desde Honduras para verlo".¹²

Eugenio María de Hostos —considerado por Máximo Gómez como su mentor— le concedió la categoría de hombre universal.

"Máximo Gómez, dominicano de nacimiento, cubano de gloria, antillano por aspiración, americano de sentimiento y conexión, es hombre universal, por la celebridad de que mercedamente gozó durante la primera guerra de independencia de Cuba.

11. Ramón Roa: *Pluma y Machete*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969, pp. 164-171. En Bernardo Callejas: *Máximo Gómez en la independencia patria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986, pp. 65-66.

12. José Joaquín Palma: *Toda una vida*, La Habana, imprenta El Siglo XX, 1948, p.74.

"Pero si la celebridad lo hizo universal; si el sentimiento y la convicción lo hacen patriota de todas las patrias americanas; si su aspiración lo hizo antillano, y su devoción a Cuba lo hizo cubano durante los diez años, no puede negar que es dominicano. Aunque quisiera negarlo, que ni quiere ni podría.

"Durante la guerra, como durante el breve tiempo en que yo lo conocí, dio prueba terminante de aquella astucia que el peso del coloniaje desarrolló en todos los pueblos abrumados por él, y que después, la servidumbre de la vida ha desarrollado de un modo a veces aterrador en los pueblos que más han batallado por constituirse.

"Entre estos, el más combatido ha sido el pobre pueblo que habita en la porción oriental de la hermosísima isla que tanto amó Colón, y que aman todos cuantos en ella han vivido el tiempo necesario para apreciar sus méritos. Entre ellos no está la franqueza de carácter; pero en cambio, está la firmeza del propósito.

"Sin medios ni recursos, sin armas ni dinero, se propusieron en 1844 liberarse de los haitianos, y se libertaron; en 1863, sin dinero ni armas ni auxiliares, se propusieron independizarse de los españoles y se independizaron.

"Pues bien, como su pueblo, es el enorme caudillo dominicano; reservado, astuto, sutil y firme en sus designios. Como lo está el sistema insular de las grandes Antillas en su basamento submarino; no haya miedo que Máximo Gómez abandone la empresa en que cifra la gloria de su nombre y el bien futuro de la familia cubana que ha formado".¹³

Confesión pública de reconocimiento de Antonio Maceo.

"¿No tenemos al general Gómez que reúne todas las voluntades? ¿No es él el más capaz de todos y el que ahoga la ambición mezquina con su gloria y espada, más grande y más brillante que todas? ¿Se ignora que conoce mejor que ningun-

13. Emilio Rodríguez Demorizi: *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, República Dominicana, Editora Montalvo, 1954, pp. 212-213.

no la situación del enfermo y que con oportunidad nos hará caer sobre nuestro enemigo común?"¹⁴

Gregorio Luperón, en carta fechada el 16 de noviembre de 1886 al general Ulises Heureaux, dejó constancia de sus valoraciones acerca de Máximo Gómez:

"El portador de esta carta puramente confidencial, es el General Máximo Gómez, amigo mío, a quien te recomiendo como un amigo, hermano y compañero en la lucha de un pueblo que como nuestra patria ayer, lucha hoy por conquistarse su independencia y la cual tú y yo y todos los dominicanos que no hayan perdido el valor y el sentimiento de amor a la independencia de los pueblos oprimidos por dominaciones extranjeras, le debemos los socorros, cooperación y decidida ayuda.

"El General Gómez, a más de ser nuestro amigo, es dominicano; sin nada de rodeos, ni de subterfugios ni dilatorias serviles y ayúdale a un hombre de valor y de corazón en todos sus apuros y hasta superior a las miserias, y a las pequeñeces...

"Quiero que tú recibas y veas a Máximo Gómez como mi propia persona, y que Dios te guarde de decirme que no puedes nada, pues yo en esta súplica, no admito excusas..."¹⁵

Otro puertorriqueño, luchador por el ideal antillano, Ramón Emeterio Betances, al mismo tiempo que se declaraba apasionado admirador de Máximo Gómez, le hacía saber:

"Los patriotas cubanos acaban de dar un bellissimo ejemplo de unión y de cordura al poner en sus manos de V. la dirección de la revolución. V. me honra con una carta suya que es para mí un título de gloria. En esa lucha yo soy un soldado y me pongo a sus órdenes..."¹⁶

14. Antonio Maceo: *Ideología política, cartas y otros documentos*, La Habana, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, 1950, Vol. I, p. 232.

15. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, Legajo 5, No. 652.

16. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, Legajo 2, No. 188.

Máximo Gómez personifica la revolución emancipadora aunque sea extranjero. A esta conclusión arribaron tanto los compañeros de armas de Máximo Gómez como el destacado general insurrecto Rafael Rodríguez o los que aspiraban a serlo. Entre la abundante correspondencia que recibía el General en Jefe, una carta de un remitente desconocido, fechada el 26 de diciembre de 1892 cuando ya el Partido Revolucionario Cubano había quedado fundado en abril de ese año, afirmaba:

“Aunque acá en el exterior haya recalcado en estos días algún periódico sobre la idea de que Vd. sea extranjero para los cubanos, especie contra la cual protesta mi corazón porque envuelve el desconocimiento del ideal antillano allá en el interior están identificados en ese punto conmigo y con Rafael Rodríguez, que en su último viaje a esta, por junio o julio último, se expresó aquí en estos términos:

‘Si los trabajos actuales no están directamente amparados por el General Gómez, no le concedan importancia, no den rienda a las ilusiones. Mientras el General Gómez exista, en él estará personificado el problema de la independencia de Cuba; y si cuando volvamos a pelear por ella fuese tan viejo que no pudiera moverse, y que no pareciera más que una pasita arrugada, todavía nuestro primer cuidado para asegurar el éxito habría de ser llevarle en una silla y preocuparnos sobre todo en el campo de su conservación’. Esta es la realidad de su significación para nosotros”.¹⁷

El retrato del Máximo Gómez de la Guerra de Independencia en el año de 1895 dibujado por la pluma de un bisoño mambí de la nueva generación que se nombraba Manuel Piedra Martel, y que terminó el conflicto bélico con el grado de Coronel.

“(…) Representa el Generalísimo en aquella época, de 58 a 60 años de edad. Era, en relación con los hombres nacidos en las Antillas, de estatura sobre mediana y de recia constitu-

17. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, Legajo 4, No. 543.

ción. Su cuerpo, delgado, de carnes enjutas, nervudo y ágil, dijérase formado de filásticas de acero. Sus facciones eran pronunciadas y enérgicas. La frente, en armonía con el volumen de la cabeza y del tórax, era ancha, y la sombreaban algunos pliegues horizontales. Un espeso bigote le cubría los labios, y una tupida barba, corta en punta, le ocultaba el mentón. Sus ojos eran pequeños, pero vivos y luminosos, de penetrante, de acerado mirar. El timbre de su voz era claro y agradable, pero hablaba siempre y en toda circunstancia con acento breve y autoritario, como una emancipada negación del derecho a la réplica. Era muy celoso de la disciplina, virtud militar esta que, aunque él mismo no siempre practicaba, no se le habría podido regatear la facultad de exigirla en los demás sí, poco ponderado de carácter, propenso a la irascibilidad, como era, no hubiere interpretado con frecuencia a su capricho los deberes de la subordinación y, juzgando sin ecuanimidad las contravenciones de la misma, impuesto castigos y correcciones arbitrarios, tales como dar planazos y meter en el cepo a oficiales y soldados sin discriminación, procedimientos que eran atentatorios a la dignidad de los primeros y en general de todo el ejército (...) Estos eran sus defectos. Con todos ellos, aún queda en él una de las figuras más grandes y gloriosas de la historia americana. Pero hay que agregar que aquel hombre áspero, gruñón, casi intratable, cuya rudeza habríase dicho misantropía, no era ajeno a los sentimientos de benevolencia, de emotividad y aún de ternuras, cuyas manifestaciones eran fáciles de observar en la humedad de sus pupilas cuando una pena o una satisfacción moral invadía su alma...¹⁸

El general de división Enrique Collazo, enlazado a Máximo Gómez por la amistad y años de bregar patriótico, dejó para la posteridad, pinceladas como estas:

"De carácter jovial a veces, en sus ratos de buen humor le gustaba bromear; celoso de su honra y de sus derechos; era

18. Manuel Piedra Martel: *Mis primeros treinta años*. La Habana, Editorial Minerva, 1943, pp. 147-149.

activo y justo; más tarde, ya viejo, su carácter fue agrio y violento en muchos casos.

"Tuvo pocos amigos, y fue para con ellos voluble y poco consecuente; en cambio, hizo de su amor a Cuba un culto constante, a la que fue siempre fiel, sacrificando por ella reposo, hacienda y familia".¹⁹

Y en otra oportunidad se esfuerza por ver al dominicano como un componente en la búsqueda del ideal jefe militar. Con esa proyección construye un paralelo entre dos leyendas del ejército mambí en la Guerra de los Diez años: Máximo Gómez e Ignacio Agramonte.

"El general Máximo Gómez fue —escribió Collazo— el heredero del Mayor Agramonte, aprovechó los Jefes y Oficiales que éste había creado y siguió sus huellas en las cuestiones de organización, completándolas e imprimiéndoles su carácter y escuela especiales para llevar a cabo sus operaciones.

"Gómez y Agramonte: he aquí dos personalidades que completaban al hombre que necesitábamos los cubanos: el uno ardiente, tenaz, de pasiones violentas y de un golpe de vista rápido y certero, audaz en sus concepciones y en la ejecución, de firmes propósitos y de un patriotismo y desinterés poco comunes.

"El otro, inteligente, con vasta ilustración, fácil palabra, transformado en el periodo revolucionario con instituto militar y especial don de mando; de un valor y serenidad extraordinarios; que subyugaba con la palabra, con la presencia y con los hechos..."²⁰

En las guerras de independencia de Cuba muchísimos norteamericanos se vistieron de mambí. No pocos conocieron a Máximo Gómez y algunos estuvieron bajo sus órdenes directas por tiempo prolongado. Uno de ellos, el artillero Frederick Funston, ha dejado en las páginas de su diario de campaña momentos interesantes cuando

19. Enrique Collazo: *Cuba Heroica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980, p. 295.

20. Enrique Collazo. *Desde Yara hasta el Zanjón*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, pp. 139-140.

trataban de rendir a la guarnición española que defendía el poblado de Cascorro, Camagüey, en septiembre de 1896. Funston nos narra desde la perspectiva de un estadounidense aristas que revelan otros rasgos del General en Jefe.

“La siguiente mañana —relata Funston— fui presentado por el General Cabrera al encanecido y hermético viejo Jefe Mambí Máximo Gómez, veterano de la Guerra de los Diez Años, y tuve ocasión de ver algo de mis futuros camaradas de armas.

“Ese día tuve ocasión de ver distintas veces al Jefe que había conocido la noche anterior. Le vi sentado en su hamaca de lona colgada de dos árboles pequeños. Pasó casi todo el día leyendo la correspondencia que le trajimos de la Junta de New York, el único medio de comunicación con el mundo exterior de que disponían los insurrectos en la manigua. Dictó algunas cartas a su secretario y después de almorzar, echó una siesta. Al despertar, juró por algo que había ocurrido en torno suyo, dirigiendo sus quejas al asistente. Yo no entendía por aquel entonces español; pero juzgaba por el tono de su voz y gestos, que estaba endilgando una filípica a ese individuo por su actuación. Después de esto me mandó a buscar. Yo me acerqué con mis temores, después de haber presenciado su exabrupto. Un miembro de su Estado Mayor. El Coronel Miguel Tarafa, banquero de Matanzas en tiempo de paz, sirvió de intérprete.

“El General inició su conversación expresando su reconocimiento por el espíritu que nos había movido, siendo extranjeros, a abandonar nuestros hogares y echar nuestra suerte con un pueblo que luchaba por su independencia, y luego, bruscamente, me preguntó si sabía algo de artillería. Yo le expliqué con sinceridad que mis conocimientos eran limitados, a lo que contestó: ‘Bueno, usted no puede saber menos que otro americano que vino aquí y dijo saberlo todo.’ (...) Me dijo que tendría la categoría de oficial con los privilegios correspondientes; pero que no quedaría confirmado hasta tanto no demostrare capacidad.

“Pasando de esto a asunto de menor importancia, me preguntó si yo había comido caña de azúcar, y tuve que confe-

sarle que mis conocimientos en la materia andaban a la par con los de artillería. —Bueno—, dijo con una sonrisa reprimida, —usted no puede ser un verdadero mambí si no sabe comer caña—, tomando varios canutillos del suelo, debajo de su hamaca, con una especie de cimitarra que llevaba en vez del indispensable machete, me enseñó a pelarla y aprovechar su jugosa pulpa. Me hizo luego probar con su propio machetín y pareció divertirse mi torpeza.

“Desde ese momento tomó mucho interés por mí, y cuando nos encontrábamos, si había intérprete a mano, me preguntaba cómo andaba y si me gustaba la vida de mambí, el término hiriente con que apodaban los españoles a los insurgentes. Siempre me llamaba Capi, como abreviatura al término español capitán.

“Era un hombre severo, de corazón duro, temperamento violento, aunque su naturaleza estaba salpicada de destellos de bondad humana que relucían en contraste. Se asemejaba mucho a los retratos que de él se publicaban cuando se presenta a la expectación pública. Era delgado, pero fuerte y nervioso, con bigote y pera blancos como la nieve y de complejión atezada como casi todos los latinos.”²¹

Para el corresponsal de guerra Silvestre Scover, de relación muy afectuosa con Máximo Gómez y de larga permanencia a su lado, plasmó en sus escritos esta versión:

“Gómez ha dominado toda su vida a hombres indisciplinados apelando a la severidad y el poder de mando; su carácter es irascible.”²²

Máximo Gómez protector de los débiles y los niños lo transforman. Así lo evaluó el italiano Francisco Federico Falco, al afirmar:

21. Adolfo G. Castellanos, en su condición de traductor, afirmó que de las *Memorias de dos Guerras* —de Frederick Funston— tradujo al castellano la parte que abordaba a Cuba y que se publicó con el título de *Memorias de un mambí yankee*, Herminio Portell Vilá escribió el prólogo. El libro no registra fecha de publicación ni la editorial o imprenta.

22. Grover Flint: *Ob. Cit.*, p. 165.

El viejo —así lo llaman en toda la Isla— es una superioridad; es la fascinación y el terror, porque él os adivina antes que vosotros habléis, os fulgura sin piedad ninguna toda hipocresía aunque sean aquellas comúnmente toleradas, os dice la verdad con una crudeza áspera que os hiere. Ante él sentís que debéis tener el carácter sólido, la voluntad derecha y firme como una espada, la conciencia de cristal, y carácter, voluntad y conciencia ciegamente sometida a su mando —aun cuando la educación os haya vuelto el carácter flexible a las oportunidades, la voluntad sujeta a las influencias de la sugestión, la conciencia reverberante, las cualidades del ambiente y el criterio del libre examen os invite a discutir razones.

“Puritano intolerante, impone el más celoso cuidado para los seres débiles: la mujer, el anciano, el niño. La más ligera falta contra estos es severamente castigada. Los niños excitan en él una ternura suavísima que lo hace repentinamente tan benigno y dulce que el hombre parece transformado. En su pequeño equipaje encontré un solo objeto de lujo: un álbum de fotografías de niños.

“Él llega a reírse de poderosos extranjeros que tendrían mucho gusto de ser sus amigos, maltrata y rechaza a los fotógrafos y a los periodistas americanos y escribe al Almirante Sampson que no tendrá en cuenta ninguna recomendación que tenga por razón ponerle a su lado personas que quieran examinar sus actos.

“Pero él tiene el corazón abierto a los pobres andrajosos que sitian sin tregua su tienda, y sin movimiento de impaciencia, atiende con cuidado a aliviar la miseria de ellos como puede, dando lo que tiene y obligando a sus soldados a dividir el poco alimento propio con aquellas familias.

“Él es amigo de todos los humildes, de todos estos desheredados que no pueden mostrarle otro reconocimiento que su cariño... no exento de algún interés por el socorro de mañana. Va de tiempo en tiempo por los ranchos del campo a visitar los enfermos graves y, lo que más extraña, asiste a las graves operaciones quirúrgicas.

“Ayer una mujer de un campesino, se le hizo la desarticulación del puño a causa de un cáncer difundido por todo el dorso de la mano. Entre nosotros estaba Máximo Gómez, al lado de

su medico, el Dr. Lucas Álvarez. Aquella pobre mujer, acostada sobre la mesa operatoria, quiso besarle la mano y se adormeció entre los vapores del cloroformo, exclamando entre sollozos: —¡El General es mi padre! ¡El General es mi padre!

"La mujer del campesino en aquel momento decía la palabra que está iluminando todos los corazones republicanos de Cuba. Las recomendaciones ya citas después del armístico, hacen concluir esta vida épica de guerrero en un epílogo magnífico que con la luz de su cordura y con el calor de su cariño hará eclipsar al General para presentar en Máximo Gómez el tipo ideal del padre de un pueblo redimido".²³

La vertiente del Máximo Gómez escritor no pasó inadvertida para muchos mambises que cultivaban las letras. El general insurgente, nacido en Cataluña, España, José Miró Argenter, reconocido como una pluma de altos quilates, plasmó estas observaciones que entendía era un contraste singular en el legendario dominicano:

"El tono de su voz es siempre imperativo, al extremo de que aún en el hablar amistoso, parece que reprende o que manda una maniobra. Inflexible y severo, la ordenanza es su cánón único ¡hay de que la conduce!, recluta, oficial o jefe superior no hallaran clemencia. Por lo demás, es amante del soldado viejo, con el que bromea a menudo; ¡Contraste singular!, le gusta escribir y escribe sobre diversos asuntos cálamos currente.²⁴ Su estilo rudo, defectuoso, cuando se refiere a cosas del servicio militar, se trueca en pintoresco, con matices, imágenes y colorido propio, si la labor es narrativa. Dijérase que Gómez, cuando deja la espada por la pluma, hace un despliegue mental por los campos de la retórica".²⁵

23. Francisco Federico Falco: *El jefe de los mambises*, Imprenta de Mapos, 1898, p. 11. En *Máximo Gómez en la independencia patria*, Editorial de Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986.

24. Según el editor del título *Alma sin fronteras*, libro del cual seleccionamos la referencia de Miró Argenter, "Cálamo currente" es una locución latina que significa al correr de la pluma, sin pensarlo mucho el escribir.

25. José Miró Argenter: *Crónica de la Guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 110. En René González Barrios: *Alma sin fronteras*, Ediciones de Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 1996.

Del conglomerado de personas que conocieron y sostuvieron relaciones con Máximo Gómez durante las guerras anticoloniales y en la emigración, le correspondió al escritor de pensamiento socialista y dirigente obrero, Diego Vicente Tejera ver en el dominicano dos proyecciones contrapuestas cuando procedía como militar o civil. Fundamentado en esta observación, puntualizó:

“¿Qué impresión me produjo Máximo Gómez?

“Voy a tratar de definirla. En los primeros momentos me costó trabajo convencerme de que tenía delante un militar y un militar famoso. Ningún esfuerzo en cambio me habría costado imaginar que era un veguero o un sitiero de Cuba, venido no sé a qué a las márgenes del Hudson. Pero a poco de fijarme en su rostro y en su modo de ser y expresarse iba yo observando en él la asociación perfecta de dos hombres distintos: uno, que pudiéramos llamar civil, compuesto de cualidades sólidas aunque no brillantes: la sensatez, la rectitud, la bondad, la sensibilidad, la modestia; y otro, severo, rudo, autoritario, seguramente el militar. Cuando el primer hombre domina, tenemos a Máximo Gómez, bonachón y complaciente, amantísimo padre de familia, que escribe cartas que deleitan por la cordura de las ideas, la delicadeza de los sentimientos y la llaneza del estilo; que sabe sonreír y hasta llorar, probo y sobrio hasta la austeridad, generoso y humano hasta el sacrificio de sí mismo en pro del bien ajeno, en ara de los bellos ideales, y agradecido hasta el punto de legar a sus hijos sus deudas de corazón, para que sigan pagándolas a los hijos de sus benefactores. Este es el hombre verdadero, el natural. Cuando le toca dominar al otro, al militar, la transformación es súbita. Como en el terreno de la fuerza hay que ser fuerte, Máximo Gómez con el poder de su voluntad, hace que el hombre modesto y sensible se repliegue y ceda el puesto al inflexible y autoritario. Entonces la frente se alza, los pardos ojillos se secan y lanzan chispas, los músculos se recogen como para asaltar, los labios se contraen bajo el bigote espeso y de ellos parte la voz breve, la voz dura despótica e irresistible, la voz de mando, la voz del general. ¡Ay del subalterno, del audaz que la desoiga! La disciplina hecha carne y hueso lo agarra por el cuello y lo dobla hasta quebrarlo.

“Cuanto al hombre que llamé civil, es curioso observar la personalidad un tanto literaria que le presta su sola sinceridad. Máximo Gómez no ha tenido preparación para escribir; su educación escolar según confiesa él mismo, apenas pasó de la instrucción primaria. Y sin embargo, el general que escribe con bastante complacencia, se hace leer siempre con gusto y a ratos con admiración, De mí sé decir que me atraen sus escritos, porque en ellos veo, invariablemente, a través de la poca atildada pero sencilla frase, la imagen serena de un hombre bueno, justo, veraz, afectuoso y algo soñador. Como siente noble y hondamente, por la manera sincera de la expresión, llega a menudo a la elocuencia.

Pero el aspecto principal de Máximo Gómez es el militar. Ese hombre tan bien dotado para la vida íntima del hogar, para el ejercicio modesto de la ciudadanía y para el comercio cariñoso y honrado de los hombres es — ¿Quién los creyera? — un militar de primer orden. Su inteligencia posee en alto grado la penetración y la astucia, la previsión y la invención, así como su corazón contiene en grado heroico la entereza y el valor, la fe y el entusiasmo, la constancia y la paciencia: facultades —aquéllas y éstas— indispensables para dirigir y vencer en las luchas de importancia”.²⁶

Máximo Gómez la esperanza de Cuba

Gonzalo de Quesada, quien ocupaba la responsabilidad de Secretario del Partido Revolucionario Cubano, le confesaba a Máximo Gómez, en carta fechada en New York, el 11 de marzo de 1893, su apreciación:

“¿Qué daría por conocerle, por abrazarlo? ¡Por escribir su vida!

26. Diego Vicente Tejera: *Recuerdos sobre Máximo Gómez*. En Bernabé Boza. *Mi Diario de la Guerra*, La Habana, 1924, t. 1 p 85-86.

"Cuando veo a hombres como Vd. tengo fe en el triunfo. Toda Cuba tiene su esperanza en su jefe militar Máximo Gómez, y yo creo que juntos, Martí y Vd. cada uno ayudándose en su esfera, Cuba será libre antes de mucho".²⁷

Los ojos de un pueblo puestos sobre Máximo Gómez

Enrique Loynaz del Castillo, nacido en Santo Domingo y de padres cubanos que se habían acogido a la emigración, con el ímpetu de su juventud dejaba correr su pluma, impregnada de tinta de la nueva generación, impaciente por marchar a la manigua independentista, para expresarle a Gómez:

"Hoy es día de año nuevo, día en que uno se acuerda de aquellos amigos a quienes más se quiere.

"Por eso le escribo, siquiera unas líneas, para decirle que le deseo felicidades, prosperidad y glorias en el 94.

"En Vd. tiene hoy fijados sus ojos un gran pueblo, de los más ricos e ilustrados de la tierra, ¡Cuba!, de allá vengo y puedo reiterarle en nombre de los camagüeyanos, de los hombres de la Revolución y de la juventud ansiosa de heroísmo, la seguridad de que a la primera voz de Vd. correrán a los campos de batalla a pelear por la libertad, a sufrir privaciones, a esperar la muerte, todo en la vía del honor, los cubanos amantes de su patria.

"Nadie como Vd., General, personifica el caudillo legendario que para su nueva epopeya ansía ese pueblo valeroso. Vd. tiene un altar en el corazón de todos los cubanos. Su nombre, allá en el Camagüey lo he oído repetir todos los días como la clave de un nuevo período histórico".²⁸

27. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, legajo 2, No. 259.

28. A Enrique Loynaz del Castillo le concedieron el grado de General de Brigada después de concluida la guerra. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, legajo 2, No 287.

El derecho de llamarse cubano

Sin dudas que los camagüeyanos vieron a Máximo Gómez con profunda admiración, y al más respetado para llevarlo al campo de batalla en la nueva guerra que se convocaba. La correspondencia a Gómez demuestra la enorme influencia que ejercía en todos los sectores patrióticos de Camagüey. Fundamentado en esa interiorización de tenerlo como un cubano más, personalidades representativas de esa región, le afirmaban:

*"(...) ya podrá Vd. considerar con qué placer hemos visto que Vd. aun cuando no ha nacido en este suelo, pero con el derecho como el que más a llamarse cubano, por sus relevantes servicios a favor de la independencia de Cuba, nos dice que ha asociado su nombre y sumado sus esfuerzos a todo un grupo de patriotas que con fe y honradez se ocupan de llegar recursos para seguir en lucha..."*²⁹

De los contemporáneos de Máximo Gómez que emitieron criterios sobre su personalidad histórica, la óptica martiana fue la más constante y abarcadora. En una de las asiduas y largas referencias del delegado del Partido Revolucionario Cubano lo definió como el hombre inmortal que está dispuesto a completar la democracia americana. En un discurso de presentación, durante una velada patriótica, del legendario general mambí dominicano cubano, José Martí, visiblemente emocionado, rindió públicamente, una vez más, su tributo.

A excitación de la presidencia —según el periódico *Patria*—, se levantó el señor Martí a hacer uso de la palabra. El orador afluente de otras veces, el propagandista admirable que lleva en su palabra todas las rebeldías indómitas de los que no quieren ser esclavos; el que cuenta los triunfos por los discursos pronunciados, apareció en la tribuna como agobiado por la fecha magna que se conmemoraba, como confundido ante tamaña ovación que com-

29. La cita corresponde a una carta firmada, entre otros, por Salvador Cisneros Betancourt, expresidente de la República en Armas durante la Guerra de los Diez Años. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Máximo Gómez, Legajo 2, No 286.

partía con la más alta representación de la sagacidad y el valor militar encarnados en Máximo Gómez. Las palabras salían de sus labios como si las comprimiese profunda interna emoción.

*“Yo no puedo hablar esta noche, dijo, porque ante la gloria del padre se inclina el hijo reverente». Pero no pudo menos de recordar que la virtud silenciosa tiene pocos amigos en los días amargos y tristes, muchos a la hora del triunfo, y son contados los que salen de la prueba difícil, limpias las manos y la conciencia, pudiendo exclamar satisfechos que han cumplido con su deber. De la ‘luz deslumbrante que vio una vez en su vida, y que será hoguera en que se consuma’, tomó un rayo de vivísima refulgencia e iluminó el escenario con imágenes tan fulgurantes, que la asamblea ahogó su voz en oleadas de entusiasmo; las aclamaciones se sucedían a los aplausos, y las protestas revolucionaras a las efusiones de confraternidad patriótica. Pero el periodo más culminante de su breve y concptuoso discurso, fue cuando, dirigiéndose a la concurrencia, presentó a Máximo Gómez como el prototipo de la abnegación ilimitada por la redención de Cuba. Débil nuestra memoria, pobre nuestra frase, no acierta a reconstruir aquel periodo de generosa, de noble admiración. ‘Este hombre, que no nació en Cuba, a quien conoce y admira todo el continente americano, que ha hacinado tantos laureles sobre su frente que habría con ellos para dar prestigio a muchos héroes; este hombre, que ya es inmortal, y que podría descansar satisfecho de su obra, abandona su comodidad presente, deja una familia que le rinde culto de adoración y que es como premio digno a sus virtudes, se lanza al mar y viene a nosotros con todo el ímpetu de sus pasadas proezas, dispuesto a proseguir en su propósito nobilísimo de completar la democracia americana. Este hombre, ¡ah, cubanos! Merece toda nuestra veneración, y ante él yo me reconozco pequeño, y no puedo hablar sino para saludarlo con la efusión de hijo agradecido”.*³⁰

30. En el periódico *Patria* del 17 de abril de 1894, en la reseña titulada “El último 10 de abril en New York”, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, *Obras Completas*, T. 4, pp. 334-335.

El dominicano Lorenzo Despradel, ayudante militar del insigne guerrero, plasmó para la posteridad estas impresiones:

El general Gómez no solamente tenía un conocimiento perfecto del territorio en que operaba, sino que conocía además los procedimientos, usos y costumbres del enemigo con quien se estaba batiendo. Muchas veces, estando acampados teníamos noticias de que se aproximaba una columna. Se oían los disparos de nuestros exploradores y las descargas de los españoles. Todo el campamento se ponía en guardia para ensillar y cargar, tan pronto como el General le diera órdenes a su corneta de que diera esos toques. Silbaban las balas enemigas más cerca, y con gran asombro nuestro oíamos la voz del viejo caudillo ordenándole a su asistente que le colgara la hamaca.

Cesaba el fuego, y a poco venían los exploradores a avisar que la columna había acampado en determinado sitio. "Ya lo sabía —decía el General— son las once y media. Salió esta mañana del pueblo, y la única aguada apropiada que tiene para descansar y hacer el rancho, es esa donde se ha quedado."

Cuando las descargas de fusilería nos indicaban que la columna de nuevo se había puesto en marcha, ya el General estaba a caballo con las fuerzas listas para comenzar a hostilizarla con la tenacidad en él acostumbrada.

El día 1° de marzo nos sorprendió acampados en "La Reforma". Desde el mes de enero, desde que pasamos la Trocha, pocas habían sido las noches que no habíamos dormido en ese potrero o en cualquiera de los otros tres que formaban el campo que el General había escogido para desarrollar su táctica de cansar al enemigo, obligándole a hacer marchas y contramarchas y causándole al mismo tiempo todo el daño posible.³¹

31. Fragmento del vívido relato *Máximo Gómez y la Campaña del 97*, de Lorenzo Despradel, ayudante militar del generalísimo, y uno de los dominicanos que se distinguieron en las acciones bélicas que culminaron con la declaratoria de independencia de Cuba. Apéndice en Orestes Ferrera: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, La Habana, Molina y Compañía, 1942.

DISCURSO DE EUGENIO DESCHAMPS EN OCASIÓN
DE LA LLEGADA DE MÁXIMO GÓMEZ
A LA CAPITAL DOMINICANA EN ABRIL DE 1900³²

Guerrero:

La ilustre juventud de Santo Domingo de Guzmán; la hija legítima de la juventud inmortal a cuyo empuje brotó, llena de timbres, la nacionalidad dominicana; la que tiene, en la patria de Febrero, un culto, la sabiduría y una orientación, el patriotismo; la que, confundida con la inmensa multitud que te rodea, honra ruidosamente en ti, al par que las ejecutorias del titán, el egregio pensamiento de la independencia americana, pone en mis labios este mensaje, que es también amor de mi corazón y ferviente tributo de mi espíritu.

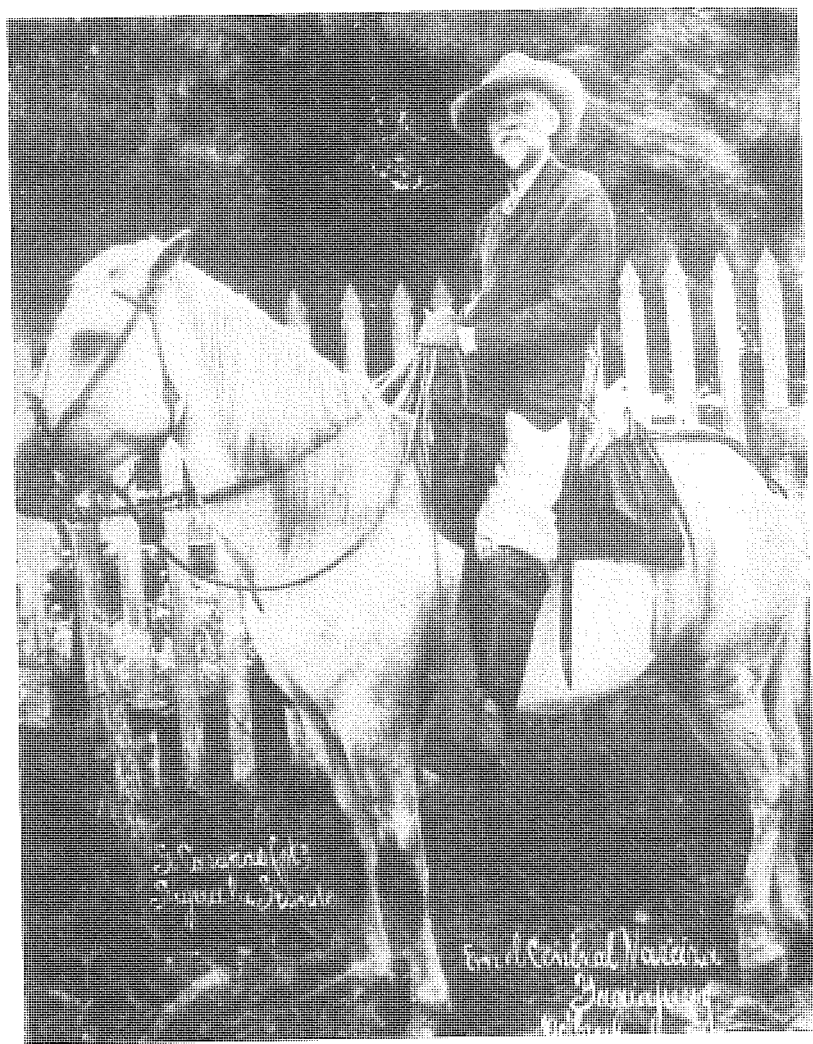
Guerrero:

La epopeya no había muerto. Había reclinado, cargada de lauros, la cabeza, y dormía sobre las gloriosas tumbas de Bolívar y de Páez. La vía, empero, trazada por Miranda y San Martín, estaba ahí, cuajada de abismos, salpicada de cráteres, y cual la espada de la leyenda, era imposible tocarla a quien no sintiera en sí la titánica musculatura del león llanero, o no tuviera la pujanza del águila que fue, de cumbre en cumbre, tocando dianas gloriosas a lo largo de los Andes. De pronto soliviantáronse los pueblos, sonó el clarín y brilló el machete al sol. Eso que había despertado la epopeya, que salvó el mar, que saltó, rugiente y trágica a la faja de la tierra en que se habían arremolinado las sombras en derrota, y encendiendo el volcán de las batallas, y haciendo surgir las abnegaciones estupendas, y resucitando, con grito formidable los heroísmos magníficos, y cruzando, a nado, con la espada entre los dientes, el horrible mar de sangre que entre ella y el triunfo arrojó, desesperada, la insensatez del error, traspuso el monte, llenó el valle, y cerró con el mágico buril de la victoria, el fulgurante ciclo heroico del continente libre!

32. Reproducido por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi.... *Discursos... y literarios*. Imprenta San Francisco, 1947.

¡Tú, oh paladín! ¡Eres la resurrección de la epopeya! ¡Ave Hatuei! Al sentirse hollada por ti, se estremece de júbilo tu tierra. Acepta, héroe, sus viriles y ruidosos entusiasmos. Al saludarte, al festejarte, al glorificarte, orgullosa y altiva, el alma de la patria; saluda y festeja y glorifica a Cuba, libre, al término de sus espantosas décadas sangrientas; saluda y festeja y glorifica la radiosa trinidad que ha de alzarse, triunfadora en el rebelde piélago caribe; saluda, festeja y glorifica, por último, a América, arrojando, intrépida, la carga de sus épicos dolores y de sus nefandas servidumbres, y encarándose a los siglos, sin amos, libre, heroica, próspera, ubérrima, íntegra y gloriosa!

ICONOGRAFÍA DE MÁXIMO GÓMEZ



En su campamento de "Central Narcisa", al terminar la Guerra de Independencia. Año de 1899. Foto, Castaño



Quizás la foto más antigua que se conserva del Generalísimo Máximo Gómez, tomada posiblemente en 1878 en Jamaica. Aparecen junto a él, Rafael Rodríguez, Enrique Callozo y Enrique Condes.



Gómez posa junto a sus hijos Clemencia y Urbano, la señora Teresa Tavell y la señoritas Hortensia y Lola Borrero. Foto tomada en La Habana, 1899, aunque en el "Diario de Campaña" se anota que es del año 1903 en un día de campo en La Aguada del Cura.



Foto tomada en enero de 1905 para el cuadro "Mal Tiempo", del pintor Feliciano Ibáñez.



BIBLIOGRAFÍA

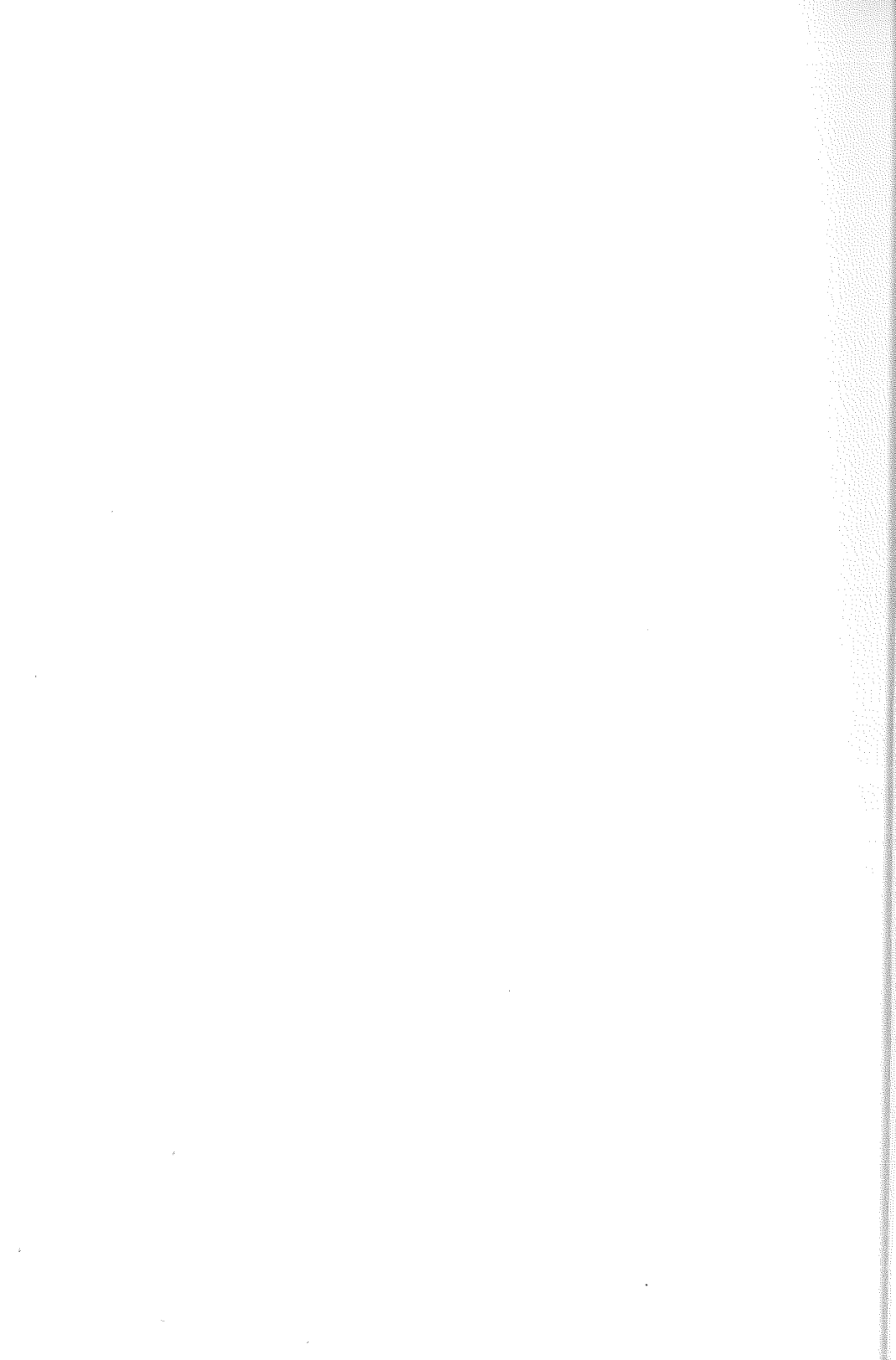
- Abascal, Horacio: *Máximo Gómez, el Libertador*. Universidad de San Carlos de Guatemala, 1948.
- Bosch, Juan: *La Guerra de la Restauración*. Santo Domingo, República Dominicana, 1982.
- Boza, Bernabé: *Mi diario de la guerra*. Editora de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1974.
- Cabrales, Gonzalo: *Epistolario de héroes, cartas y documentos históricos*. Imprenta El Siglo XX, La Habana, Cuba, 1922.
- Cassa, Roberto: *Historia social y económica de la República Dominicana*, sexta edición, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, Rep. Dom., 1985.
- Centro de Estudios Martianos: *José Martí, Obras completas*. Edición crítica, La Habana, Cuba, 1985.
- Cordero Michel, Emilio: "Características de la Guerra Restauradora, 1863-1865". *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, No. 164, junio-diciembre 2002, Santo Domingo, Rep. Dom., 2003, pp. 39-78.
- Cordoví, Yoel: *Utopía y realidad de una república*. Editora Política, La Habana, 2003.
- -----: *Máximo Gómez. Selección de documentos (1895-1898)*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 2003.

- Díaz Roque, José y Doris González (compiladores): *Cartas desconocidas de Máximo Gómez a Rita Suarez del Villar*. Editorial Colección Ideas, Cienfuegos, Cuba, 1992.
- Ferrera, Orestes: *Mis relaciones con Máximo Gómez*. Molina y Compañía, La Habana, Cuba, 1942.
- Flint, Grover: *Marchando con Gómez*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1983.
- Fornet, Ambrosio: *Máximo Gómez. Obras escogidas*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.
- García Domínguez, Bernardo: *El pensamiento vivo de Máximo Gómez*. Santo Domingo, Ediciones CEDEE, Santiago de Cuba, Casa del Caribe, Santo Domingo, 1991.
- Gómez Báez, Máximo: *Diario de Campaña*. Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, La Habana, Cuba, 1940.
- Gómez Toro, Bernardo: *Revoluciones... Cuba y hogar*. La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, 1927.
- Gómez Toro, Urbano y otros: *Archivo del Mayor General Máximo Gómez*. Oficina del Historiador de La Habana, 1959.
- González Barrios, René: *Almas sin fronteras*. Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1996.
- Griñán Peralta, Leonardo: *El carácter de Máximo Gómez*. Editor Jesús Montero, La Habana, 1946.
- Infiesta, Ramón: *Máximo Gómez*. Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1972.
- Loynaz del Castillo, Enrique: *Memorias de la guerra*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- Maza Miquel, Manuel: *Esclavos, patriotas y poetas a la sombra de la cruz. Cinco ensayos sobre catolicismo e historia cubana*. Centro de Estudios Sociales padre Juan Montalvo, República Dominicana, 1999.
- Morales, Salvador: *Máximo Gómez, selección de textos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- Pérez Guzmán, Francisco: *La guerra de liberación*. Máximo Gómez. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- Piedra Martel, Manuel: *Mis primeros treinta años*. Editorial Minerva. La Habana, 1943.
- Roa, Ramón: *Con la pluma y el machete*. Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1950.

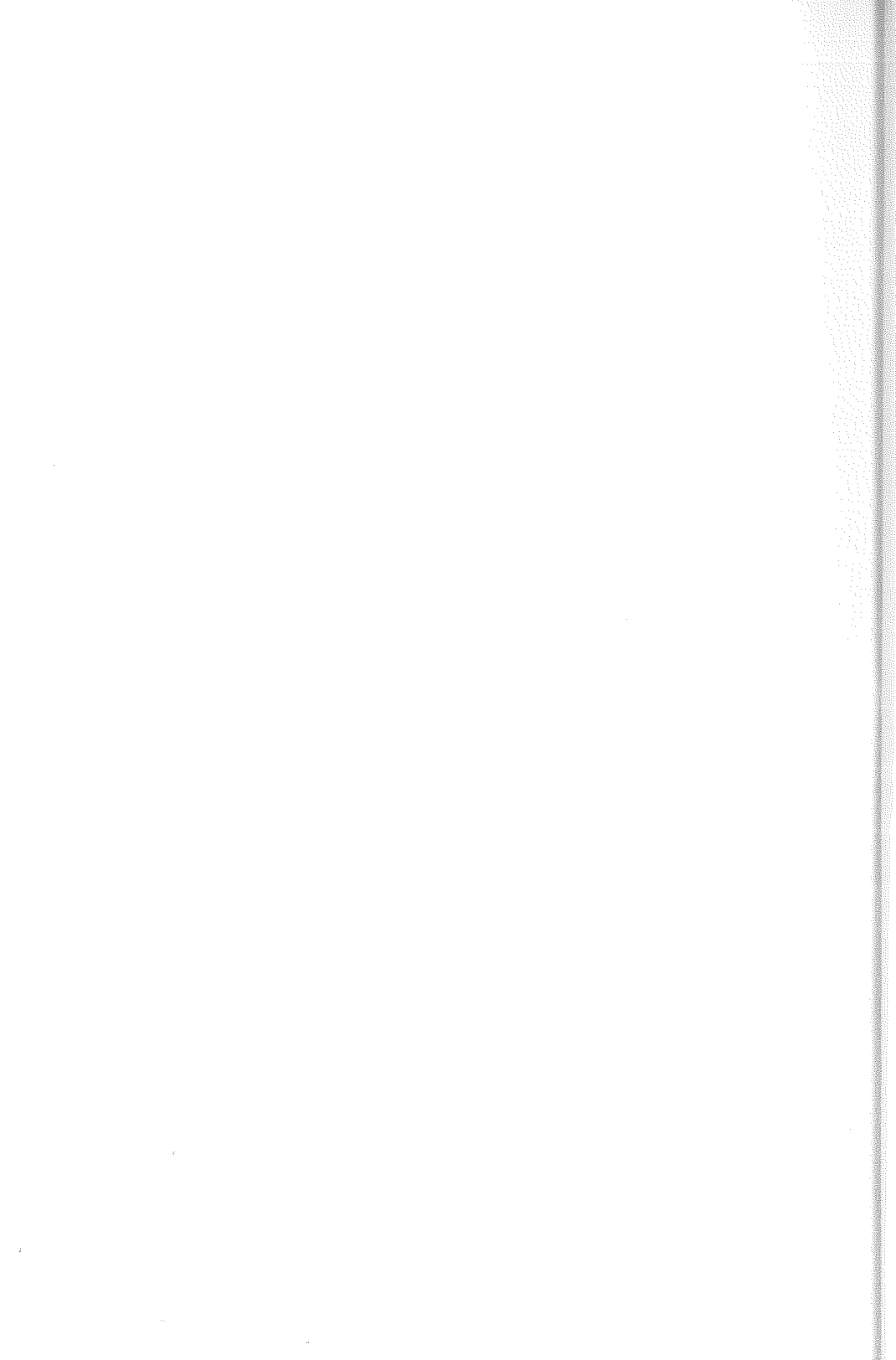
- Rodríguez Demorizi, Emilio: *Cartas de Máximo Gómez*. Imprenta de J. R. Vda. de García, Ciudad Trujillo, Rep. Dom., 1936.
- -----: *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, Rep. Dom., 1954.
- Rodríguez La O, Raúl: *Máximo Gómez, una vida extraordinaria*. Editora Política, La Habana, Cuba, 1986.
- Rodríguez Rodríguez, Amalia: *Algunos documentos políticos de Máximo Gómez*. Colección cubana de la Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, Cuba, 1962.
- Roig de Leuchsenring, Emilio: *Ideario cubano II. Máximo Gómez*. Cuadernos de Historia Habanera, administración del Alcalde doctor Antonio Bereff Mendieta, La Habana, Cuba, 1936.
- -----: *Máximo Gómez, el libertador de Cuba y el primer ciudadano de la República*. Cuadernos de Historia Habanera, No. 67, La Habana, Cuba, 1874.
- Bouza, Benigno: *Máximo Gómez, el Generalísimo*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1972.
- Valdéz Domínguez, Fermín: *Diario de soldado*. Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de La Habana, Cuba, 1974.
- Varona Guerrero, Miguel: *El Generalísimo Máximo Gómez visto por uno de sus ayudantes durante la Guerra de Independencia de 1895*. La Habana, Cuba, (s.e.), 1976.
- -----: *Máximo Gómez Báez*. La Habana, Cuba, (s. e.), 1951.

Otras fuentes consultadas

- Documentos de archivos:
 - Archivo Nacional de Cuba
 - Fondo Máximo Gómez
 - Fondo Donativos y Remisiones
 - Fondo Adquisiciones
 - Fondo Academia de la Historia
- Publicaciones periódicas
 - *El Mundo*, La Habana, 1905
 - *La Discusión*, La Habana, 1905
 - Revista *El Fígaro*, La Habana, 1905



ÍNDICE



| | |
|------------------------|----|
| El General Gómez | 9 |
| Al lector | 11 |

INTRODUCCIÓN

| | |
|--|----|
| Máximo Gómez en diagonal | 15 |
| Construcción de una leyenda | 22 |
| La leyenda se transforma en mito | 37 |
| La pluma mambisa: un arma de combate | 49 |

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE CAMPAÑA

| | |
|--|-----|
| En el largo camino de fundación de la nación cubana | 55 |
| En el vórtice de la perturbación | 83 |
| Como General en jefe del Ejército Libertador | 113 |

LETRAS INSURGENTES

Relatos de la guerra

| | |
|---|-----|
| El héroe de Palo Seco | 135 |
| El viejo Eduá (o Mi último lugarteniente) | 147 |
| Odisea del General José Maceo | 169 |

Inquietudes literarias

| | |
|---|-----|
| La fama y el olvido (diálogo) | 183 |
| Momentos de ocio. Diálogo entre Luisa y Adela | 189 |
| El sueño del guerrero | 199 |

Crónicas

| | |
|-----------------------------|-----|
| La vuelta a mi patria | 205 |
|-----------------------------|-----|

Una obra especial

| | |
|-----------------------------------|-----|
| El porvenir de las Antillas | 209 |
|-----------------------------------|-----|

ESCRITOS DE CAMPAÑA

| | |
|--|-----|
| Proclama del General Gómez (11 de noviembre de 1895) | 237 |
| A Arsenio Martínez Campos (10 de enero de 1896) | 238 |
| Carta a Andrés Moreno (6 de febrero de 1897) | 240 |
| Carta a Ramón Blanco Erenas (Noviembre de 1897) | 244 |
| Carta al editor de <i>The New York Herald</i> (26 de diciembre de 1897) | 245 |
| Las tres fases de la guerra (Abril de 1898) | 247 |

OTROS ESCRITOS

| | |
|--|-----|
| Las mujeres (8 de octubre de 1898) | 257 |
| Proclama al pueblo cubano y al ejército (29 de diciembre de 1898) | 258 |
| Consejos del General (29 de diciembre de 1898) | 260 |

CARTAS Y ESCRITOS DIVERSOS

| | |
|---|-----|
| A Manuel de J. de Peña y Reynoso (10 de agosto de 1894) | 265 |
| Obra de justicia (1 de septiembre de 1894) | 268 |
| A Federico Henríquez y Carvajal (29 de noviembre de 1895) ... | 245 |
| A Fernando A. Meriño (4 de enero de 1886) | 273 |
| Al general Ulises Heurieux (8 de enero de 1886) | 276 |
| A Francisco Gregorio Billini (8 de febrero de 1897) | 281 |
| A Francisco Gregorio Billini (10 de diciembre de 1897) | 282 |
| Carta abierta (2 de abril de 1899) | 285 |
| A C. Armando Rodríguez (7 de octubre de 1902) | 292 |
| A M. de J. Galván (10 de diciembre de 1904) | 294 |
| Al Alférez L. Despradel (Sin fecha) | 295 |
| A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo (Sin fecha) | 295 |

CRONOLOGÍA MÍNIMA

| | |
|--|-----|
| Republica Dominicana, invasión haitiana, guerra de la Restauración | 299 |
| En Cuba antes de la guerra | 303 |
| Guerra de los Diez Años (1868-1878) | 305 |
| Con la emigración cubana | 319 |
| Guerra de independencia (1895-1898) | 355 |
| Ocupación de la isla por el ejército de los Estados Unidos de América | 353 |
| La República | 357 |

APÉNDICE

| | |
|---|-----|
| Máximo Gómez bajo la óptica de sus contemporáneos | 361 |
| El depósito de corresponsales, lugar extraño y desconocido | 365 |
| Máximo Gómez, la esperanza de Cuba | 378 |
| Los ojos de un pueblo puestos en Máximo Gómez | 379 |
| El derecho de llamarse cubano | 380 |

| | |
|---|-----|
| Discurso de Eugenio Deschamps en ocasión de la llegada de Máximo Gómez a la capital dominicana en abril de 1900 | 383 |
| ICONOGRAFÍA DE MÁXIMO GÓMEZ | 385 |
| BIBLIOGRAFÍA | 373 |

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina cristiana y cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.

- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).
- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.

- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los sermones del padre Eliseo.
- Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.
- Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripos y prosas.
- Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.
- Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
1.- Baní o Engracia y Antoñita.
- Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
2.- Miscelánea
- Vol. XXIX.- Ligio Vizardi
Poesías completas
- Vol. XXX.- Ligio Vizardi
Novelas y cuentos
- Vol. XXXI.- Pedro Francisco Bonó
1. El Montero-Epistolario
- Vol. XXXII.- Pedro Francisco Bonó
2. Ensayos sociohistóricos.
Actuación política
- Vol. XXXIII.- Ulises Francisco Espaillat
Escritos y Epistolario

- Vol. XXXIV.- Javier Angulo Guridi
La fantasma de Higüey y otros relatos
- Vol. XXXV.- Javier Angulo Guridi
Poesía e Iguaniona
- Vol. XXXVI.- Tulio M. Cestero
Obras escogidas
1.- Novelas
- Vol. XXXVII.- Tulio M. Cestero
Obras escogidas
2.- César Borgia y otros ensayos
- Vol. XXXIII.- Federico García Godoy
Obras escogidas
1.- Trilogía patriótica y El derrumbe
- Vol. XXXIX.- Federico García Godoy
Obras escogidas
2.- Misceláneas
- Vol. XL .- Máximo Gómez
Vida y Escritos

COLOFÓN

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2005
en los talleres gráficos de
Editora Corripio, C. por A.
Santo Domingo, Rep. Dominicana

libre vine aquí (a Cuba, J. G.) no a llorar con los esclavos, sino a animarlos para que nos fuésemos al campo a conquistar la libertad, y al campo fuimos. El triunfo coronó nuestros esfuerzos, y, alcanzado mi ideal, no necesito de nada.”

Se trata de iluminación y circunstancia.

Con ambas como herramientas, luchó y venció Máximo Gómez

¿Cómo podemos ser lúcidos, consecuentes y valientes con el viejo banilejo?

Levantándonos de una conformidad tercermundista.

Blanda y apática.

Jacinto Gimbernar